



# EL SUSTITUTO

---

BLANCA MIOSI

EL SUSTITUTO  
BLANCA MIOSI

A Henry, siempre.

Título original: *El sustituto*  
Primera edición Marzo, 2018  
©Blanca Miosi, 1803086059387

Los hechos y/o personajes de esta obra son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las

leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

## Tabla de Contenidos

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te gustó esta novela te invito a leer mis otras obras en Amazon:](#)

[Enlaces de la autora](#)

## Capítulo 1

*Era poco probable que Fedor Mogliani, cuando esperaba respuesta de algunas de las casas de estudio a las que había solicitado una beca, sintiera tanta aprensión como en ese momento, en que un extraño debilitamiento en las piernas estuvo a punto de hacerlo caer, al ver a Patricia Stevens dirigirse hacia él. De todo lo bueno que le había sucedido en el tiempo que llevaba en el MIT nada era comparable al instante que tanto había ansiado. Solo los separaban cuarenta y cinco pasos; de acuerdo a la regla de sucesión de Laplace, calculó Fedor, los suficientes para que recordara cómo había empezado todo.*

Un año atrás, él se encontraba disfrutando el viento en su rostro mientras corría las acostumbradas dos millas y sesenta yardas una mañana de comienzos de otoño. El crepitar de las hojas secas al contacto con sus zapatos deportivos le provocaba un deleite al que se había acostumbrado desde pequeño. Había pasado frente a la casa de Bertha, la chica que no le quitaba los ojos de encima desde el primer año de escuela. Sabía que siempre lo observaba a través de las cortinas, podía ver su silueta. Era extraña, pensó al recordarla; las pocas veces que intercambiaron palabras, una sensación de inquietud lo había acompañado a lo largo del día y, aunque no solía pensar en ella, cuando lo hacía no podía evitar un sentimiento de temor, algo parecido a una premonición, como sucedía en la serie de películas «Destino Final», en la que los hechos ocurrían matemáticamente calculados. Su mente se alejó de Bertha y recorrió las dos calles que lo acercaban a la casa de tabloneros blancos y techo de pizarra gris en la que había crecido y que dejaría muy pronto, cuando se trasladara a la universidad. Para él sería toda una aventura vivir en un campus, lejos de su madre y de la vieja vecina, a cuatro casas de la suya, Isabel, que parecía estar enterada de todo sin necesidad de Internet. Estaba seguro de que ella ni siquiera contaba con un móvil. Era del tipo de gente que desconfía de los adelantos de la ciencia, como no fueran para mejorar su

salud, y aun así, con reticencia. Recordaba haberse quitado las zapatillas observando el desgaste evidente, y dejarlas como siempre en el zaguán. Los recuerdos vívidos de su madre llamándolo desde la cocina al oírlo llegar lo alejaron un momento de la imagen de Patricia, ya a veinte pasos de él.

Cadence, su madre, acababa de servir los panqueques y, blandiendo un sobre en las manos, se le había acercado.

—Mira. Lo encontré en el buzón.

—Debieron dejarlo allí después de que salí —dijo él—. Antes de irme lo revisé.

No lograba comprender por qué seguían usando el correo postal cuando hubiera sido más fácil recibir la notificación en su correo electrónico.

—Es del Instituto Tecnológico de Massachusetts.

Fedor había mirado el sobre con desgana. No era la carta que estaba esperando. Él deseaba ingresar a Yale, Harvard o Princeton; graduarse en Derecho en alguna de ellas le garantizaría un futuro brillante.

—Me aceptaron con beca completa —dijo después de leer la carta. Y aunque su voz trataba de parecer indiferente, rebosaba orgullo.

—Hijo, ya sabes que para ingresar a las universidades que tanto ansías necesitas algo más que notas extraordinarias. Sé que eres inteligente, pero a veces eso no es suficiente para una beca —había razonado su madre.

—Lo sé. De las respuestas que he recibido es la mejor.

—Lo dices como si les hicieras un favor —arguyó su madre, simulando disgusto—. Termina de comer los panqueques antes de que se enfríen —había dicho, mirándolo con ternura.

Una mirada que llevó para siempre consigo.

Sus recuerdos de Lisbon quedaron a un lado al ver a Patricia a cinco pasos de él. A medida que se acercaba sentía los latidos no solo en el corazón; los sentía en todo el cuerpo, como una marejada. De pronto, cuando pensaba que ya no podría resistir más tanta tensión, se dieron los cuatro pasos y el que faltaba la llevó a pasar de largo. Entonces comprendió que la sonrisa no iba dirigida a él sino a otro estudiante con quien parecía tener cierta confianza por la forma en que se saludaron. Fedor dejó de observarlos. Montó en su vieja Cruiser y enfiló hacia la biblioteca sintiéndose un idiota por no haber contemplado el elemento equiprobable en la Teoría de Laplace. No era suficiente saber calcular cuánto tardaría una persona en llegar del punto A al punto B sin tomar en cuenta la probabilidad de que el punto B no fuera él. Sin embargo, al mismo tiempo se sintió aliviado, porque no estaba preparado para

entablar una conversación, un intercambio de palabras, o siquiera un saludo con Patricia. ¿Por qué? No lo sabía. Era otro de los enigmas que poblaban su mente.

## Capítulo 2

Cadence Mogliani había enviudado cuando Fedor contaba cuatro años. Desde el comienzo, el padre de Cadence se había opuesto a la boda; decía que casarse con un militar de ese rango —Fabrizio Mogliani era un cabo— no traería nada bueno, menos cuando en cualquier momento sería enviado al frente, según los vientos de guerra que se sentían en el ambiente militar. Sin embargo, la boda no se detuvo. Se aceleró cuando el mismo hombre que se había opuesto, su padre, se enteró de que ella esperaba un pequeño Mogliani. No iba a permitir que su única hija fuera una madre soltera. Después de todo, Fabrizio no era un mal hombre, sino un joven de veinticuatro años que, según afirmaba, tenía futuro en la vida militar, aunque eso ni él mismo lo creyera, pues no era universitario, y el único diploma que había logrado obtener tras terminar la secundaria era un certificado de operario en reparación de equipos de aire acondicionado y, como no se había enrolado en la Marina de Guerra, sus probabilidades de pertenecer a un cuerpo élite eran prácticamente nulas.

Lo que para Fabrizio y el padre de Cadence era un contratiempo, para ella significaba una bendición. Jamás hubiese deseado que su marido corriera riesgos en una guerra lejana, para ella la Guerra del Golfo no tenía mayor significado, aunque su sentimiento patriótico le crease una indulgente propensión al sacrificio y la «operación», como la llamaba su marido, tuviese un nombre tan atractivo como Tormenta del Desierto. De aquel primer embarazo que determinó que Cadence y Fabrizio contrajeran nupcias, no hubo ningún retoño, ella perdió el bebé a los dos meses de gestación. Y lo que ocurrió, como siempre sucede cuando son otros los que toman las decisiones sobre la vida de los demás, fue que Fabrizio terminó embarcándose junto con miles de soldados de toda índole hacia una guerra inacabable, y pese a que el presidente Bush había dicho que todo había terminado y que las tropas regresarían a casa, no fue así. Fabrizio solo regresó en cuatro oportunidades para marcharse otra vez. Y del último de esos viajes no regresó. Ni siquiera pudieron recuperar su cuerpo fragmentado por una bomba, que explotó junto al fanático que la cargaba, llevándose a otros dos compañeros más.

Cadence pasó el primer año esperando noticias del frente bajo la mirada recriminatoria de su padre que, sin palabras, le decía: «Te lo dije». Para entonces Cadence, una mujer joven, atractiva y con aspiraciones a una vida mejor, salió de Lisbon en dirección a la capital del país en busca de alguna oportunidad que jamás tendría en su pueblo, y el hecho de que fuera esposa de

un combatiente ayudó a que encontrara empleo de secretaria en una de las dependencias del Estado que tenía que ver con la Policía Militar. Según decía siempre, había sido la mejor parte de su vida. Era inteligente. Después de terminar la secundaria, estudió secretariado y dominaba el francés por parte de su madre y el italiano por la de su padre, de manera que fue promovida con bastante rapidez a traductora de documentos oficiales y eventualmente también hacía de traductora oral cuando la ocasión lo ameritaba. Las pocas veces que Fabrizio estuvo de permiso se quedaba en el piso que ella alquiló en Washington. También fue la época en que volvió a quedar embarazada, Fedor fue concebido durante ese periodo. Después del parto, Cadence se retiró a Lisbon porque su padre enfermó, y se dedicó a criar a su hijo.

Fedor tenía cuatro años cuando Cadence recibió la visita de unos oficiales informándole que Fabrizio Mogliani había fallecido en combate. Y, como si su muerte no fuera suficiente, su padre también se fue un año después y dejó de herencia una casa hipotecada que pasó a poder del banco, porque había sido del tipo de hombre que siempre arriesgaba demasiado en supuestos negocios que nunca prosperaban, sea porque los socios le hacían una mala jugada, o porque los gustos habían variado y el producto que ofrecía ya no interesaba, o porque simplemente tenía mala suerte. De esto último se enteró ella, cuando a un amigo cercano a su padre se le escapó en el funeral: *Siempre le dije que el juego no era el mejor camino*, y aunque ella frente al féretro no prestó mucha atención a sus palabras, supo a qué se refería cuando vio desaparecer su presunta herencia al leer la notificación de la entidad bancaria. Su sueldo de entonces como secretaria en una firma de arquitectos que trataba con poca efectividad hacer de Lisbon una ciudad, unido a la pensión que recibía del ejército como viuda, apenas alcanzaba para cubrir los gastos, y si Fedor no hubiera sido tan inteligente, no habría tenido posibilidad de estudiar en una universidad. La casa en la que vivían la había comprado ella con el dinero que ganó cuando trabajaba en Washington y con los ahorros que había podido reunir del salario de su difunto marido.

La beca que había recibido su hijo parecía tener más significado para Cadence que para Fedor, quien con el rostro inexpugnable que ella conocía tan bien, el día que recibió la noticia, al tiempo que terminaba de comer el último trozo de panqueque que quedaba en el plato, dijo:

—Esperaré a que llegue la notificación de Harvard, mamá. Si no me admiten allá iré al MIT. Creo que optaré por ingeniería.

Para sus dieciséis años, Fedor tenía una visión del futuro bastante

aventajada en comparación con los muchachos de su edad. Si algo lo había motivado a lo largo de su corta existencia era la ambición. Ambicionaba ser el mejor de la clase. Ser el más listo. El más rico. El más atractivo. Y tal vez sus genes ayudaban a esto último porque su apariencia no era la de un chico común en aquella población del Medio Oeste. Sus ojos oscuros poblados de espesas pestañas hacían su mirada profunda. Tal vez no lo fuese, pero era lo que percibían las chicas. Y bajo su figura larguirucha y algo desgarbada, se dejaba entrever un porvenir de físico envidiable. Había empezado a correr y a hacer ejercicio moderado desde hacía un año para fortalecer los músculos. Para su madre era perfecto. Cada vez que lo miraba se sentía satisfecha de haber procreado a un hijo envidiado por gran parte de las madres que frecuentaban las reuniones escolares, porque además de ser tan guapo era inteligente, sin embargo, nunca pudo olvidar aquellos años en Washington, y en lo que había dejado allí. Algunas veces Fedor la sorprendía llorando en silencio y no decía nada, porque no sabía qué decir. Suponía que era por su padre, por su abuelo o quién sabe por qué.

Y el día que tuvo la carta del MIT en las manos, mientras observaba a través de la ventana de la cocina el paisaje que se iba tiñendo de tonos rojizos, tuvo una epifanía. Así la llamaba su madre. Supo que tendría que pasar los próximos años en el campus del Instituto Tecnológico de Massachusetts —el MIT, como se le conocía—, en el lejano Boston. Su sueño de convertirse en abogado millonario quedó a un lado para enfocarse en la carrera de ingeniería informática, después de todo, pensaba, los ingenieros también pueden llegar a hacer grandes fortunas y aunque estaba bastante lejos de su aspiración de algún día pertenecer a un famoso bufete de abogados, la informática quizá le permitiría llegar a obtener una fórmula valiosa que pudiera vender a algún conglomerado empresarial.

Cuando abrió el correo electrónico vio con sorpresa que la carta del MIT por alguna extraña razón había llegado a la bandeja de *spam*. Ingresó a la página web de la Universidad y se solazó con sus muchos edificios, zonas verdes y edificaciones para los estudiantes. Pensó que tal vez no sería tan malo dejar sus aspiraciones de una vez por todas y ser más realista.

Cadence Mogliani sintió un nudo en el corazón al ver alejarse el autobús en el que Fedor se perdía de vista para buscar nuevos horizontes. Se sentía feliz y al mismo tiempo triste, y se recriminó a sí misma por su sentimiento egoísta. Su hijo tenía derecho a cumplir sus sueños y no sería ella quien se opusiera a sus deseos. De regreso a casa se encontró con Bertha, la chica que vivía en la

casa contigua a la suya. Solo las separaban los jardines y los árboles, pero muchas veces la había visto inmóvil en la ventana esperando el paso de Fedor. Cuando él viajó a Boston, ella se acercó a su casa llevando un pastel de manzanas y empezaron a entablar amistad. Los fines de semana, Bertha iba a visitarla y hablaban de recetas de cocina, de las series de televisión, de las habladurías del pueblo y principalmente de Fedor. Fue cuando supo que Bertha estaba profundamente enamorada de su hijo y la admiración que sentía por él estaba fuera de cualquier duda. Cierta día le confió que lo había admirado desde que eran niños, y escuchar que su hijo era tan querido y respetado por una mujer era música para los oídos de una madre. Y aunque Bertha no era la mujer que cualquier madre hubiese ambicionado para su hijo, su sentido de lealtad y su humildad hicieron que le tomase tanto cariño como si fuera su propia hija, sin embargo jamás se atrevió a contarle nada personal de su vida o de sus sentimientos, en eso ella y Fedor eran muy parecidos.

### Capítulo 3

Michael Trenton tenía frente a él la carpeta que contenía la ficha de Fedor Mogliani. Se fijó en sus calificaciones, sus tareas extracurriculares, sus aptitudes deportivas, mientras asentía con un gesto automático como dándose la razón. Releyó una de las cartas de recomendación con cierto regocijo. Estaba acostumbrado a aprobar becas parciales a alumnos brillantes y a recibir cartas de ese tipo, pero esa en particular le pareció excepcional:

*«Es un gran placer para mí recomendar a Fedor Mogliani para su admisión al MIT. Es uno de los estudiantes más extraordinarios que he encontrado en veinte años de enseñanza. Fui profesor de Cálculo de Fedor el año pasado en el décimo grado, y él era uno de los mejores estudiantes en un grupo extremadamente capaz en el que la mayoría lo superaba en edad. Tiene alta aptitud para las matemáticas y estuvo muy involucrado en su trabajo, aplicándose con persistencia y dedicación y, a menudo, superando las asignaciones regulares de clase.*

*«El interés permanente de Fedor, sin embargo, es la Informática. Ha desarrollado una serie de “hilos” para su uso en la perforación y revisión computarizada en las habilidades y técnicas básicas de álgebra y aritmética y ha adaptado recientemente estas a otros temas. La labor de Fedor en esta área ha sido tan original y significativa que ha publicado un trabajo sobre ella y ha impartido varias conferencias a profesionales. Este es un logro fenomenal para cualquier persona, especialmente para un joven de un pueblo rural. También vale la pena señalar que tanto el año pasado como este año Fedor enseñó programación de computadoras a una clase de décimo grado durante dos semanas. Sus conferencias son claras y bien organizadas.*

*«Las cualidades personales de Fedor son tan impresionantes como sus logros intelectuales. Es un muchacho amable y sensible, ha tenido una difícil situación familiar y proporciona apoyo emocional a su madre a través de su batalla contra el cáncer sin permitir que la situación socave su propia estabilidad y logros. Ha agotado todo lo que tenemos para ofrecerle en esta pequeña comunidad, y la madurez que ha demostrado me lleva a creerle capaz de entrar en la universidad un año antes, como ahora planea hacer. Espero sinceramente que usted pueda ofrecerle un lugar en la clase de pregrado del MIT.*

*Edward Ramsey, MD, PhD»*

Las otras dos cartas tenían un contenido similar; lo extraordinario era que cada una de las personas que escribía a favor de Mogliani lo hacía desde un punto de vista diferente: una profesora afirmaba que el chico deseaba estudiar leyes, y que estaba particularmente dotado para las letras porque llevaba la revista quincenal de la escuela como un editor profesional. El otro aseveraba que la carrera idónea para Fedor Mogliani se encontraba en la investigación científica; sugirió Ingeniería Biológica por su capacidad de deducción y la curiosidad demostrada en los laboratorios de práctica.

Michael Trenton estaba seguro de encontrarse ante un genio, uno de los que de vez en cuando se asomaban por el MIT, el centro de estudios en donde se forjaban las mentes más privilegiadas del mundo. La entrevista por Skype con uno de los miembros del consejo educativo había sido en extremo interesante, de ahí que quisiera conocer en persona al joven Mogliani, algo que raramente ocurría. Dio aviso a su secretaria para que lo dejase entrar y en pocos segundos lo tuvo frente a él.

A simple vista su rostro poseía un candor que difícilmente se esperaría de un genio, pero sí de un adolescente de dieciséis años, sin embargo, sus ojos tenían la mirada inteligente. Trenton no supo dilucidar si era por las pestañas oscuras enmarcadas por unas cejas también oscuras, pero en definitiva el conjunto le agradó.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, soy Michael Trenton. —Fedor hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y guardó silencio—. Te preguntarás por qué he querido conocerte — prosiguió Trenton—. Sentí curiosidad por la contradicción en las cartas que te recomiendan.

En el cerebro de Fedor se disparó una alarma.

—¿Contradicción? ¿Se refiere a que cada una de ellas me recomienda para algo diferente?

—Exacto. No es usual que un postulante tenga habilidades tan... disímiles —dijo Trenton como si le costase encontrar el adjetivo apropiado.

—¿Usted se comunicó con ellos? Esas cartas no las inventé yo.

—Lo sé. No dudo de tu honestidad, el comité te aceptó, así que tampoco temas por tu admisión. Son doce las personas que evaluaron tu ficha, y todas estuvieron de acuerdo. Solo tengo curiosidad por cuál de las carreras te has decidido y por qué.

—Honestamente yo quería ingresar a Harvard. Deseaba seguir Leyes, creo que es una profesión que me conviene, necesito dinero para ayudar a mi madre

—confesó Fedor.

—Siento mucho la enfermedad de tu madre.

—Gracias, señor Trenton. Lo supimos poco después de recibir la carta de admisión. Usted sabe que para Harvard o Yale se requiere más que buenas calificaciones, y mi posición en la sociedad no es...

—No siempre es así —atajó Trenton.

—En mi caso lo es. Dependo de una beca para estudiar.

—El MIT te ha concedido una beca completa, no siempre ocurre, pero creemos en ti y espero que no nos defraudes.

—No sabe lo agradecido que estoy, señor Trenton.

—Como ingeniero o biólogo también puedes hacer logros importantes y ganar dinero, si es lo que te preocupa.

—Sí, señor. Seré un buen alumno, me decidí por Ingeniería Biológica,

—El 83% de los estudiantes completaron pasantías mientras estudiaban; el salario promedio para universitarios graduados es de 84.000 dólares y puedo decirte que los del MIT no son rechazados. No todos los alumnos admitidos tienen asegurado el alojamiento, a ti se te ha asignado una habitación individual en Baker House.

—Tal vez podría trabajar, he averiguado que existen muchas plazas de trabajo.

—Tal vez... pero la beca completa te asigna gastos de manutención y material de apoyo, solo esperamos de ti una dedicación máxima, no deseamos que hagas nada que no sea estudiar; obviamente puedes participar en programas de recreación o en cursos extracurriculares. Las distracciones sanas contribuyen a mejorar la capacidad intelectual —finalizó Trenton.

Fedor lo escuchó, asintiendo. Empezó a comprender lo que se esperaba de él.

—¿Baker House, señor? —preguntó para cambiar de tema.

—Sí, en el edificio W7, lo encontrarás con facilidad. Todo el mundo sabe cómo llegar a Memorial Drive. Sería bueno que tuvieras una bicicleta.

—Traje una de las mías, señor Trenton.

—Perfecto. Es la mejor forma de moverse aquí.

Minutos después, Fedor recorría la explanada frente al Edificio 10, un domo situado en pleno centro de las sesenta y ocho hectáreas que abarcaba el MIT. Más adelante se enteraría de que raramente los alumnos tenían la oportunidad de hablar directamente con Michael Trenton.

Un año más tarde, Fedor pedaleaba su Cruiser hacia la biblioteca

sintiéndose un idiota por pensar que Patricia Stevens podría estar interesada en él. El chico al que ella saludó tenía un coche deportivo, ¿cómo compararse con él? Al menos no en ese momento. Más adelante él también tendría un coche y una Patricia Stevens.

Ese año de pregrado había sido uno de los más interesantes de su vida, ya era reconocido como un alumno brillante por la mayoría de profesores y gran parte del alumnado. Su actitud tranquila y colaboradora lo hacía el compañero ideal. Una vez acabado el pregrado tuvo que escoger la especialización y, como dijo en la conversación con Michael Trenton la primera y única vez que habían hablado, había elegido Ingeniería Biológica. Cuando tuvo oportunidad de conversar con el doctor Peter Dodum, profesor de esa materia, no pudo menos que admirar su sabiduría. Era algo que no sucedía a menudo. Había asistido a algunas charlas del doctor Dodum, quien ejercía como profesor en el MIT y a la vez trabajaba para un conocido laboratorio farmacéutico.

## Capítulo 4

Peter Dodum observaba a través de sus gruesos lentes el comportamiento errático de los dos ratones blancos, cuando escuchó un par de golpes en la puerta del laboratorio. Esperó y otros dos golpes se sumaron a los primeros.

—Adelante —invitó.

—Buenas tardes, profesor Dodum —saludó Fedor. Se desembarazó de la pesada mochila y la dejó a un lado—. ¿Algún cambio? —preguntó, señalando con la mirada a los ratones.

—Sí, pero no para mejor. Sus movimientos siguen torpes, erráticos, no sé si por efecto de la inoculación o porque simplemente no hay ningún avance.

Fedor se puso los guantes, abrió una de las jaulas y tomó en sus manos a un ratón. Tenía una joroba protuberante y tres de sus patas se hallaban agarrotadas.

—Está igual que ayer —dijo después de examinarlos detenidamente.

—Es lo que me pareció. Tendremos que volver a estudiar la fórmula y empezar de cero.

—Creo que mientras sigamos haciendo experimentos con ratones no llegaremos a nada, profesor. Si pudiéramos utilizar el compuesto en un ser humano...

—Obviamente, Fedor, pero no está permitido —objetó Dodum mirándolo con curiosidad. Fedor tenía una apariencia diferente ese día, sus ojos usualmente vivos y atentos parecían apagados—. ¿Te ocurre algo?

—Recibí una llamada de una vecina de mi madre. Ella está hospitalizada, su enfermedad empeoró y quiere verme. Debe estar muy mal para hacerlo, jamás lo haría si no...

—Tienes que ir, hijo, ¿qué es lo que estás pensando?

—Sé que debo ir. Temo no llegar a tiempo, ¿usted sabe dónde queda Lisbon?

—Ni idea.

—En Dakota del Norte, a más de mil ochocientas millas de aquí. Y no hay un autobús directo, me tomará al menos dos días.

—Pero ¡cómo se te ocurre! Te conseguiré un vuelo, dos si son necesarios —dijo Dodum al tiempo que se quitaba los guantes de latex—. Acompañame a mi oficina.

Fedor lo siguió sin decir nada. Estaba desesperado, la última vez que estuvo en casa acababan de operar a su madre de cáncer de mama y ella se

estaba recuperando. Según los médicos todo estaba bien. ¿Qué pudo haber ocurrido?

Dodum dio indicaciones a la secretaria para que consiguiera un vuelo con las conexiones necesarias para Fedor y dejó que él le explicara los detalles, entró a su despacho y se sentó tras su escritorio. Era un chico inteligente, lo admiraba; había logrado descubrir por sí mismo modificaciones de fosforotioato en genomas bacterianos, incluyendo el microbioma humano, con unas modificaciones del ADN que conferirían resistencia al estrés oxidativo; la misma conclusión a la que había llegado un grupo de investigadores del laboratorio Novartis. Individuos así se presentaban una vez en la vida. Haría lo que fuese necesario para ayudarlo, estaba seguro de que con él finalmente lograría lo que tanto ansiaba.

—¿Profesor? —Se asomó Fedor en la puerta.

—¿Listo?

—Sí, muchas gracias, profesor, no sé cómo pagarle, la verdad...

—No hablemos de eso ahora. Coge tu maleta y vete el tiempo que sea necesario —cortó Dodum con apremio. Espero que no sea fatal.

Lo acompañó hacia la puerta y le palmeó la espalda.

—No pude conseguir un vuelo directo, profesor Dodum —dijo la secretaria—. Tendrá que ir del Aeropuerto Logan hasta Denver, de allí tomar una conexión en un vuelo especial que hace dos escalas antes de llegar al aeropuerto municipal de Lisbon, donde él vive.

—Por mí está perfecto... de ese aeropuerto al centro de la ciudad solo hay un par de millas. No saben cómo se lo agradezco, yo no lo hubiera podido conseguir. Ir como acostumbro me hubiera llevado días. ¿Vuelo especial? —preguntó.

—Sí, y lo conseguí porque tuvimos suerte. Es un vuelo que hay tres veces por semana. Un avión pequeño, porque la pista de ese aeropuerto no permite aviones comerciales regulares —explicó, sonriendo—. Sales mañana a las seis, habrás de madrugar porque debes estar en Logan antes de las cinco.

—Tendré tiempo para dejar algunas cosas en orden, debo hablar con el profesor de Ciencias Aplicadas para explicarle que no asistiré a la exposición de mañana.

—Tienes libre lo que queda de la tarde.

—Gracias, profesor; gracias, señorita Eileen.

Fedor se despidió y salió. Montó en su Cruiser al vuelo y pedaleó como si estuviese en una competición de velocidad. Después de explicar al profesor

de Ciencias Aplicadas el motivo de su ausencia, cuando ya oscurecía se dirigió a Baker House. Subió a su cuarto y puso un par de cosas en la mochila, más el dinero que tenía guardado, tomó un baño para no tener que hacerlo de madrugada y se acostó, procurando conciliar el sueño.

Ir del MIT hasta el aeropuerto era todo un trayecto, debía ir primero a la Estación Sur y esperar al autobús que lo llevaría al Logan en cincuenta y ocho minutos, sin contar las paradas que, según los datos, eran ocho. Le mortificaba no saber cuánto tiempo se tomaba el autobús en cada una, por lo que decidió salir media hora antes de lo previsto.

Había memorizado el trayecto y las explicaciones de la secretaria; sería la primera vez que viajaría en avión, solo esperaba que los horarios fuesen correctos para no perder los vuelos.

Diez horas y cuarenta y tres minutos después según su reloj, se hallaba en el vehículo de cortesía del aeropuerto de Lisbon rumbo al único hospital de la ciudad. El entorno conocido bajó la ansiedad que lo había acompañado durante los vuelos, al pensar que tal vez había cometido algún error. Su principal preocupación era llegar a tiempo para ver a su madre. Fue directo al hospital; en la recepción le dieron el número del cuarto y se dirigió hacia allá.

Al entrar vio a su madre con los ojos cerrados, el sonido intensificado por el respirador artificial significaba que estaba viva, y mientras lo estuviera había esperanzas. Se sentó sin hacer ruido en la silla junto a la cama y permaneció en silencio observando el rostro demacrado de la persona que significaba todo para él. Una enfermera entró para verificar el suministro del líquido que colgaba de un atril.

—Solo es suero y calmantes para que pueda descansar —explicó.

—¿Podría hablar con el médico que la está atendiendo?

—Por supuesto. Es usted su hijo, supongo.

—Sí, soy Fedor Mogliani.

—Le avisaré, descuide.

Su madre permanecía dormida gracias a los calmantes, caviló Fedor. Si despertaba sentiría dolor, pero él necesitaba que ella supiera que estaba allí. Un rato después se fijó en el reloj de pulsera; habían transcurrido dieciséis minutos. La puerta de la habitación se abrió y apareció el mismo médico que la había operado.

—Buenas noches, doctor Norman. Soy Fedor, el hijo de...

—Buenas, Fedor, me acuerdo de ti. Salgamos un momento al pasillo.

Se sentaron en las dos sillas de metal con asiento acolchado de vinilo.

—Dígame, doctor, ¿qué sucedió? Creí que había mejorado.

—Y así fue después de la operación. Pero encontramos un carcinoma infiltrante. Nació *in situ*, pero desarrolló la capacidad de infiltrar los tejidos adyacentes a la mama: los capilares linfáticos. A través de ellos siguió a los ganglios linfáticos y de ahí a otros órganos del cuerpo. La operación de las mamas suele ser muy efectiva, pero de vez en cuando ocurren casos como el de tu madre. Lo lamento, Fedor.

—¿Quiere decir que no hay esperanza?

—El cáncer se ha diseminado en su organismo. Actualmente le fallan los riñones, el páncreas, el colon, los pulmones, por eso tiene un respirador. Le administramos calmantes para evitar que sufra, pero ahora que estás aquí daré órdenes a la enfermera para que la siguiente dosis se la dé después de que hable contigo. Tu madre me lo pidió. Lo siento —añadió, al ver el gesto de impotencia de Fedor.

—Está bien. Gracias, doctor.

Fedor permaneció al lado de la cama varias horas. La única vez que la dejó sola fue para ir al baño y asearse la cara, las manos, y tomar un café con leche en la cafetería. Regresó, se acomodó en el sillón que separó un poco de la cama y se quedó dormido.

Lo despertó un sonido parecido al aliento de Darth Vader y por un momento pensó que estaba en su cuarto viendo televisión. Su madre respiraba agitada, el efecto del calmante había pasado y a la débil luz de la lámpara led al lado de la cama, Fedor buscó sus ojos. Lo miraban.

Se acercó y la tomó de la mano que, extendida, esperaba la suya.

—Fedor, llegaste... —Se quitó la máscara de oxígeno sin tomar en cuenta el ademán de él—. Deja que te vea. Y que me veas —susurró.

—Mamá, lo lamento, lo lamento tanto. El médico me explicó lo que sucede.

—Quería verte, sé que será la última vez, Fedor. No pensé que me iría tan rápido, quería verte convertido en un doctor, pero ya ves... Perdóname.

—No digas eso, mamá, no tengo nada que perdonarte. Te prometo que seré un hombre de éxito, tal como tú querías. Te lo prometo.

—Mi niño... Quiero que sepas que siempre amé a tu padre. Siempre, no importa qué sucediera entre nosotros, no pude... Ve a casa, encontrarás una carta. Te quiero tanto, hijo, no sabes cuánto... Bertha...

Su madre cerró lentamente los ojos a medida que una sonrisa se dibujaba en su cara hasta congelarse. La mano que segundos antes agarraba la de él aflojó y descansó inerte en la cama. Su rostro adquirió la paz de los muertos. Fedor

se acercó más y comprobó si respiraba. Era la primera vez que veía morir a alguien. El pitido largo y quejumbroso de la pequeña pantalla se escuchaba tal como tantas veces había oído en las películas. No intentó llamar a nadie, ¿para qué?, pensó. Era preferible que ella muriera para no sufrir más. No obstante la puerta se abrió y entró una enfermera que comprobó el deceso.

—Ocurrió a las tres y veintitrés minutos, cuarenta y un segundos —apuntó Fedor.

Ella lo miró con extrañeza y tomó nota en la bitácora al pie de la cama.

—Déjeme unos momentos a solas con mi madre, por favor.

—Por supuesto.

Y aunque la idea de perderla lo había acompañado todo el trayecto, aún le parecía mentira ver a su madre sin vida. ¿Qué haría ahora? ¿Qué se hace en estos casos?, se preguntó. Minutos después salió al pasillo y se sentó en una de las sillas de metal forradas de vinilo. La misma enfermera de momentos antes se le acercó y le entregó una nota.

—Llama a este número. Isabel es amiga de tu madre, ella me pidió que la llamara en caso de que sucediera lo inevitable. Ahora que estás aquí, creo que es mejor que lo hagas tú.

—Gracias —dijo Fedor—. Miró el trozo de papel a través de las lágrimas que luchaban por salir y bajó la mirada para que ella no las notase.

—Conocía a tu madre, Fedor. Sabes que aquí todos nos conocemos, no estás solo en estos momentos. —Lo abrazó y le acarició la espalda.

Fedor empezó a llorar sin tapujos hasta que se quedó sin lágrimas. Después se sintió avergonzado.

—Lo siento —dijo. Y se limpió los ojos y la nariz con la servilleta de papel que le dio la enfermera.

Ella lo miraba con afecto. Deseaba comportarse de una manera más cercana a él, pero en Fedor había algo que le producía respeto, distancia... No sabría explicarlo a cabalidad. Siempre le había parecido un chico inteligente, más que el resto, y justamente por eso no se atrevía a mostrarse más cercana.

—Llama a Isabel —repitió—. Puedes hacerlo desde el teléfono de la recepción.

Fedor se encaminó hacia allá y la recepcionista le alcanzó el teléfono al ver la señal que le hizo la enfermera.

—Buenas noches, señora Isabel, soy Fedor.

—Fedor... Buenas noches, ¿dónde estás?

—En el hospital. Me dijeron que la llamara.

—Querido, lo siento tanto. No te preocupes por nada, iré para allá ahora mismo.

—Mi madre murió.

—Lo sabía, lo sabía, lamentable... Dejé mi teléfono justamente porque... Bueno, voy para allá. Espérame.

¿Y adónde podría ir?, se preguntó Fedor. En ese momento no sabía qué hacer. Tampoco que la señora Isabel, la mujer que estaba enterada de todo en el pueblo, fuese amiga de su madre. Ignoraba demasiadas cosas.

Casi dos horas más tarde vio la enjuta figura de Isabel caminando a lo largo del pasillo con la mirada fija en él. Se le acercó y lo abrazó sin decir nada. Para Fedor fue más que suficiente.

—Ya está todo arreglado, llevarán el cuerpo a la casa de pompas fúnebres, el sacerdote hará la misa y el entierro será mañana. Tú ve a casa y espera a que te llame para que acudir al velatorio.

—¿Seguro que no me va a necesitar?

—Tengo los documentos necesarios —dijo Isabel—. Tu madre era mujer muy previsora. Después, podrás firmar lo que haga falta.

—No sé cómo agradecerle...

—Tranquilo, muchacho, yo me encargo.

Fedor entró al cuarto y dio una última mirada a su madre, luego salió y caminó las ocho manzanas que lo llevaron a la calle Elm, donde quedaba su casa. Abrió con la llave que llevaba consigo y regresó a ese otro mundo que había dejado atrás para buscar nuevos horizontes. Lo reconfortó encontrar todo tal como lo había visto la última vez, en el orden que tanto gustaba a su madre. «Las cosas tienen que estar siempre en su sitio, para que las puedas encontrar a oscuras», decía. Él había crecido apegado a esas normas y era probable que la crianza aunada a su apego a la exactitud diera como resultado su amor por las ciencias. En esos momentos lo comprendía mejor que nunca; sus deseos de ser un prestigioso abogado habían quedado reducidos a un simple recuerdo engorroso después de comprender la importancia que tenía para la Humanidad la carrera que había escogido. «Si tan solo hubiera servido para ayudarte, mamá», dijo en voz alta. Sus conocimientos eran básicos, aunque el profesor Dodum lo tratase como si sus precarios primeros pasos fuesen la gran cosa. Descubrir algo que ya habían hecho otros no tenía mérito alguno, pensaba con frecuencia, pese a que comprendía que para Dodum significaba un hecho extraordinario si provenía de un alumno de primer año.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el sonido del timbre. Acudió

con curiosidad y su sorpresa fue mayúscula al abrir la puerta. Frente a él se hallaba Bertha, la chica que solía espiarlo desde su ventana.

—Hola, Fedor. Me enteré de que tu madre ha fallecido —dijo con una mirada esquivada.

—Hola, Bertha. ¿Quieres pasar? —se le ocurrió preguntar.

Fedor se hizo a un lado y ella cruzó el umbral con paso vacilante.

—Gracias.

—Gracias a ti. Sí... mamá falleció esta madrugada, a las tres y veintitrés minutos, cuarenta y un segundos —dijo sin percatarse de la mirada de Bertha.

Se dirigió a la cocina y le ofreció asiento junto a la pequeña mesa. Se sentaron frente a frente.

—Sabíamos que estaba muy enferma, es una pena. Tu madre siempre fue muy amable conmigo.

*¿Se conocían?* A Fedor le pareció que había muchas cosas que eran nuevas para él.

—¿Cuándo volvió a enfermarse? —preguntó el muchacho—. Ella evitaba darme malas noticias.

—Hace un par de meses sintió molestias y volvió a visitar al médico que la había operado, pensamos que eran síntomas postoperatorios, pero el cáncer se había empezado a extender —explicó Bertha.

A Fedor le llamó la atención que ella hablara siempre en plural, ¿cuánta gente estaba enterada de todo? Lisbon era un pueblo pequeño en el que todos se conocían, eso lo sabía él mejor que nadie, pero parecía que de pronto viviera en un escenario, se sentía como en una vitrina.

—Yo no lo sabía.

—Lo sabemos. Ella se cuidó bien de que no te llamáramos, decía que estabas en plenos exámenes.

—Es cierto, pero debió avisarme.

—¿Qué habrías hecho tú?

—Habría venido.

—Justo lo que ella quería evitar. Sabes, Fedor, para tu madre lo más importante eran tus estudios. Y creo que estaba en lo correcto, de nada valía que perdieras clases o exámenes por algo que no tenía remedio. Siento ser tan fría, pero tu madre me convenció y creo que tenía razón.

Por primera vez Fedor le prestó atención y ella lo notó en la forma de mirarla.

—Mamá siempre antepuso mi tranquilidad a la suya —dijo él, mirando sus

ojos. Eran de un verde asombroso.

—Como todas las madres, Fedor. Es un instinto natural que tenemos las mujeres —manifestó ella sintiendo que algo en su interior se removía.

—Sabes, Bertha, me alegro mucho de que estés aquí hoy. Te lo agradezco.

Ella hizo un pequeño gesto parecido a una sonrisa nerviosa.

—Es lo menos que podía hacer. ¿Deseas que te prepare algo? Ya está amaneciendo, tal vez café... ¿Qué acostumbrabas tomar?

—No tomo café. Sigo tomando malteada.

—Sé que tu mamá preparaba unos panqueques especiales, yo puedo hacerlos.

—No te molestes, Bertha, con tu presencia es más que suficiente.

—Tranquilo, ve y descansa, seguro que no has dormido. Te despertaré cuando todo esté listo.

Y como si estuviera condicionado a obedecer órdenes femeninas, Fedor no dijo nada, tomó la mochila que había dejado en el sofá y fue a su cuarto. Bertha sonrió esta vez con plenitud, la emocionaba hacer algo por él, no podía creer que el chico al que había admirado durante tanto tiempo la hubiese mirado así. Desde que se enteró de que él había llegado y se encontraba en el hospital estuvo esperando a que llegase a su casa. No se apartó de la ventana hasta verlo entrar. No le importó la hora, ¿a quién podría importarle algo tan pueril como las buenas costumbres? No era una visita de cortesía, era dar apoyo a quien lo necesitaba.

Fedor se echó en su cama y le pareció que el tiempo se había detenido desde la última vez que estuvo allí. La luz que empezaba a traspasar las cortinas dejaba ver su cuarto tal como siempre había sido. Un lugar donde todo tenía un sitio y en donde podía encontrar los objetos más dispares en la oscuridad. Sus ojos tropezaron con algo parecido a un sobre en su mesa de noche. Algo inusual. Extendió el brazo al tiempo que recordó las palabras de su madre. Cogió el sobre, lo puso sobre el pecho y se quedó dormido.

## Capítulo 5

En 2006, Raj Shah era piloto de un F-16 de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos. Volaba en misiones de combate durante la Operación Libertad Irakí. Fue el peor año de la guerra, y Shah tenía un problema: la pantalla de su cabina no disponía de un mapa en movimiento. El GPS le mostraba coordenadas del suelo, pero no había ninguna imagen superpuesta, ningún puntito o icono que se desplazara para mostrarle dónde estaba él en relación a esas coordenadas. Shah no sabía si volaba sobre Irak o sobre la vecina Irán. Durante un permiso, se compró un iPAQ, uno de los primeros ordenadores personales de bolsillo, y lo cargó con un programa de mapas de aviación de bajo coste. De vuelta al F-16, sujetó el iPAQ a su regazo con una correa, y confió en él para la navegación en lugar de emplear el multimillonario software militar especializado para el avión. Shah se dio cuenta de que la tecnología comercial de Estados Unidos estaba más adelantada que la militar. Una peligrosa tendencia para la seguridad del país, dada la importancia que daba su nación a la ventaja tecnológica para ganar guerras.

A raíz de ese suceso, Shah elevó su queja a los altos mandos militares, y después de mucho discutir, pedir, amenazar, y hasta rogar, se creó el DIUx, una Unidad de Innovación Experimental de Defensa idea del Secretario de Defensa de los Estados Unidos que contribuyó a reparar los dañados vínculos entre las fuerzas armadas y Silicon Valley, y que revolucionaría la manera en que se conceden los contratos de defensa. La sede central del programa actualmente se encuentra situada en Mountain View, California, en la misma parcela de la cual Google ocupa gran parte, y aloja a una gran base de investigaciones de las Fuerzas Aéreas y la NASA.

Una de las personas con más poder en el gobierno de los Estados Unidos es el director general de la Agencia Central de Inteligencia; de ella dependen muchas de las decisiones que tome el Secretario de Defensa o el presidente de la nación. Su presupuesto y número de empleados es información clasificada.

Y la secretaría que más le interesa mantener al día y a la que le da más importancia es la de Defensa.

Como consecuencia de la creación del DIUx, las largas esperas por aprobaciones burocráticas dejaron de existir, y en la actualidad el acercamiento entre el Pentágono y Silicon Valley, el lugar donde se gestionan los resultados de las mentes más brillantes en tecnología, está dando resultados sorprendentes, como el Sonitus, un pequeño micrófono y dispositivo de escucha bidireccional que se coloca en la boca de un soldado a modo de protector bucal y conduce las señales a través de los huesos, ya en uso en Afganistán... Y muchos de los inventos que maneja el Pentágono nacieron en los laboratorios del MIT, incluyendo el robot guepardo, el más sonado acontecimiento de los últimos tiempos.

Mientras Fedor Mogliani dormía en su casa de Lisbon con la carta de su madre sobre el pecho, Peter Dodum esperaba en una sala a que el Secretario de Defensa lo hiciera pasar. La cita se había fijado para unos días después pero se adelantó por motivos que desconocía; lo peor para Dodum es que no tenía ninguna noticia alentadora que ofrecerle. No podía decirle que su futuro dependía de la mente brillante de un chico que empezaba a cursar el segundo año en el MIT. Ni tampoco por qué se había fijado en él, un alumno que destacaba por sus notas, pero que no mantenía mayor trato social ni sobresalía por su carisma como para llamar su atención hasta que lo invitó solo por cortesía a visitar su laboratorio privado y, al tratarlo de cerca, notó con asombro el gran parecido físico con Mark, el hijo de su viejo amigo Wilson Carter, el Secretario de Defensa. Pero Mark era un muerto viviente, excepto porque todavía conservaba sus facultades mentales; sus huesos habían adquirido un tamaño descomunal en la pelvis, tenía las manos casi paralizadas y debía moverse en una silla de ruedas porque le era imposible caminar debido a la fibrodisplasia osificante progresiva que lo aquejaba.

Dodum y Carter habían crecido en el mismo pueblo y estudiado en la misma escuela. Fueron amigos inseparables hasta que Carter optó por la carrera militar y Dodum por la científica. Sus vidas siguieron caminos muy diferentes. Mientras uno se embarcaba en las guerras de Asia Central, Dodum afianzaba sus conocimientos en medicina microbiológica, y fue justamente el motivo por el que sus caminos volvieron a cruzarse. Después de una exitosa carrera militar, condecorado con la Estrella de Plata por su valentía y servicio a la patria, Carter fue nombrado Secretario de Defensa. Poco después, cuando se había empapado de los alcances del cargo, supo que existía una línea directa

de colaboración entre el Pentágono y el MIT. Una relación que venía desde la época de la Segunda Guerra Mundial, y que algunas de las siniestras armas biológicas podían muy bien haber tenido su origen en esa casa de estudios. Al revisar las fichas del Departamento de Ingeniería Biológica encontró con sorpresa el nombre de su antiguo amigo Peter Dodum, como profesor destacado. No tardó en llamarlo y desde entonces habían recuperado su vieja amistad.

La secretaria se le acercó y lo acompañó al despacho de Carter. A una señal esta salió y cerró la puerta.

—Peter... siento haberte llamado intempestivamente, pero tengo unos días muy complicados. Me iba a ser difícil la próxima semana —dijo a modo de saludo, mientras salía de detrás del escritorio y se acercaba para darle un abrazo.

—No te preocupes, Will. Sé que tu tiempo vale oro.

—Por como van las cosas, casi —admitió Wilson—. Dime, ¿tienes alguna buena noticia? La última vez que hablamos dijiste que...

—Me temo que no, Will. No hay buenas noticias, al menos de momento, no. Fue una falsa alarma —respondió Dodum fijando la vista de manera involuntaria en un retrato de Mark, que Carter exhibía con orgullo en su escritorio.

—¿Qué hace falta? ¿Necesitas dinero?, por eso no te preocupes, ahora estamos menos limitados que antes, puedo hacer pasar tu investigación como un asunto de prioridad y hablar con la agencia, sabes que trabajamos estrechamente unidos desde que implementamos el DIUx —precisó Carter de manera atropellada.

—No, Will. No se trata de eso, aunque el dinero siempre ayuda en la investigación. El experimento requiere de voluntarios; si sigo trabajando con conejillos de indias me temo que tomará mucho más tiempo.

—¿Voluntarios humanos, quieres decir?

—Sí, pero voluntarios específicos, que tengan la misma enfermedad de Mark, de otro modo no podré ver los resultados.

—¿Y no podrías hacer las pruebas con Mark?

—Demasiado arriesgado. No sé cuáles serán los efectos secundarios, quizá sean irreversibles.

Carter golpeó levemente la mesa con el puño y guardó silencio.

—Veo que no hay salida. Mi hijo cada día es menos... humano.

—No digas eso. Es un joven inteligente. Hay personas que han vivido

mucho tiempo con la enfermedad.

—Es justamente eso lo que temo, no quiero que termine siendo un monstruo, no soportaría verlo convertirse en un muerto viviente, ¿comprendes? ¡Daría lo que fuera por volver a verlo sano y fuerte como antes!

—Tal vez pueda hacer algo, aunque no quiero prometer nada.

—Lo que sea, pídemelo lo que sea, Peter.

Peter Dodum contempló el rostro crispado de su amigo. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar por ver a su hijo curado?, pensó. Pudo imaginarse en su situación. Concluyó que un padre en su lugar haría cualquier cosa.

—Está bien. Te pediré tres cosas. O tal vez cuatro —murmuró como si hablase consigo—. Pero no pienses que lo hago en mi beneficio, me arriesgaré por ti.

—¿Arriesgarte? No deseo que tu salud corra peligro.

—No me refiero a eso. Voy a necesitar mucho dinero para profundizar en las investigaciones y contratar a los mejores científicos. También necesitaré efectivo para pagar a voluntarios o a sus familias, como se dé el caso. Y te pediré otra cosa: absoluta discreción. Nadie, ni los científicos que contrate sabrán para quién trabajo. Tampoco permitiré que el Pentágono se entrometa con lo que resulte, y necesitaré un sistema de seguridad permanente. Por último, quiero tener acceso libre a Mark.

—¿A Mark?

—Sí. Necesitaré tomar muestras de sangre, observar de cerca el desarrollo de la enfermedad.

—Comprendo. Creo que puedo arreglarlo.

—Entonces todo está dicho.

—¿Cuánto? —preguntó Carter.

—Varios millones de dólares. Tendré que retirarme del laboratorio para el que trabajo e instalarme en un lugar seguro, actualmente utilizo los equipos del MIT, pero necesitaré comprar otros de última tecnología.

—¿Quiénes serán los científicos que contrates? —preguntó Carter, cauteloso.

—Estudiantes del MIT. No te imaginas las mentes que se gestan en ese lugar y no hay personas más entusiastas y desinteresadas que los jóvenes, siempre y cuando les hagas creer lo que tú quieres que crean.

—No te preocupes. Arreglaré para que el dinero pertenezca como una partida de compras de armas, diariamente se mueven millones en armamento. Crearé una empresa proveedora y tendrás firma autorizada. Espero que logres

el objetivo —dijo Carter, como si se tratase de una estrategia militar.

—Tardará un poco. Pero cuando esté listo, la enfermedad de tu hijo podrá ser revertida. Solo ten un poco de paciencia.

—Hecho. —Carter alargó la mano para cerrar el trato—. Cuando regrese de Europa y Asia dentro de unos días, tendrás noticias mías. Confío en ti, Pete.

Se dieron un abrazo y el científico salió del despacho con un pensamiento fijo en mente.

Sentado en el asiento posterior del taxi de regreso caviló que la vida daba muchas vueltas antes de llegar al punto esperado. De nada le había servido ser una de las mentes más brillantes en ingeniería molecular y haber recibido honores y alabanzas, si su final se vislumbraba tan gris y anodino como presentía. En un mundo donde los jóvenes parecían nacer con una computadora bajo el brazo y cada día sobresalía uno que otro imberbe con ideas geniales que lo volvían multimillonario, Dodum veía para sí un futuro negro. Sin ir más lejos, Fedor Mogliani, un chico que acababa de cumplir diecisiete años parecía tener más preparación, estar más capacitado para descubrir cosas que a él le pasaban por alto, y tenía más poder de concentración del que él tuviera jamás. No era justo. Había formado mentes que se convirtieron en dueños de transnacionales. En el mundo del conocimiento el que lleva la peor parte siempre es el maestro. Esta vez sería diferente.

Trabajaría con calma. Lo menos que necesitaba era que Wilson Carter fuera a meter directamente las narices en sus asuntos. La vida había situado a su amigo en el lugar más prominente que un militar podía aspirar: era respetado por el Presidente, por el Senado, por la Agencia y por gran parte de la población y, como iban las cosas en el mundo, hasta podría postularse como candidato a la Casa Blanca y tendría el apoyo de demócratas y republicanos. En pocas palabras pasaba por su mejor momento. Lástima que su hijo estuviera enfermo. Nada era completo. Primero la enfermedad de Mark y después el suicidio de su mujer. Movié la cabeza negativamente. Bajó del taxi y fue al mostrador del aeropuerto a registrar su vuelo de regreso a Cambridge.

Wilson Carter vio la espalda ligeramente curva y la incipiente calvicie descuidada de su amigo Peter Dodum al dirigirse a la puerta. Una apariencia bastante ordinaria. Nadie al verlo reconocería en él a un gran científico, excepto cuando estaba frente a un pódium dando una charla o exponiendo una nueva teoría, pensó.

Carter se negaba a admitir que su hijo terminara su vida convertido en un solo bloque de huesos. Por eso había percibido como un mensaje divino

encontrar a su amigo de la infancia, ¿Qué otro podría haber? Estaba seguro de que él lograría que la enfermedad de Mark se detuviera, aunque su esperanza firme era que consiguiera la regresión del mal. Estaba dispuesto a hacer uso de todo su poder y de todo el dinero que fuera necesario, aunque le costara la carrera. Amaba a Mark aunque él siempre se mostrara reacio a sus órdenes, era el vivo retrato de su madre, la mujer que él más había amado en su vida. Pensó en ella, en su mirada profunda, en su cuerpo cimbreado al que solo tuvo acceso tan pocas veces... y no pudo evitar que una vez más sus ojos se humedecieran. Le debía tanto... Si ella pudiera ver ahora a su hijo enloquecería. Un motivo más para no buscarla, no saber más de ella. ¿Qué mal había hecho él para merecer ese castigo? Su mujer nunca lo entendió y terminó suicidándose. La culpa que cargaba consigo era demasiado pesada, su único refugio era el trabajo, las responsabilidades y había volcado su vida en ellas.

## Capítulo 6

Fedor abrió los ojos y se palpó el pecho. Ahí estaba. Una vez recuperado del cansancio lo invadió la curiosidad. ¿Qué podría haberle escrito su madre?

Rasgó el sobre y extrajo una hoja de papel ordinario, a rayas. La caligrafía irregular de su madre parecía indicativa de su estado de salud al escribirla:

*Mi amado Fedor,*

*No hubiera querido que llegase el día en que tuvieras que leer esta carta, pero llegado el momento te habrás dado cuenta de que todo tiene un principio y un final. Muero sabiendo que tengo un hijo valioso. Eres la prueba de que fui una buena madre, aunque suene jactancioso de mi parte, pues te dejo con las herramientas necesarias para que seas un hombre de bien: los estudios. Es mi herencia. Tu inteligencia y preparación harán el resto; no necesitarás más en la vida excepto mi amor que te acompañará siempre aunque no puedas verme.*

*Nuestra casa está libre de deudas, y todo lo que contiene es tuyo, puedes quedártela, venderla, hacer lo que desees con ella. Lamento no dejarte más bienes materiales. Solo te pido que seas un buen hombre y que aproveches la oportunidad que la vida te ha dado. Tenía tanto que decirte... Me hubiera gustado hacerlo en persona ya que no deseo que quede nada por escrito. Si algún día llegas a enterarte espero que puedas perdonarme, y quiero que sepas que amé a tu padre más que a nadie en el mundo.*

*Tu madre que te adora,*

*Cadence.*

Una nota concisa y a la vez enigmática, probablemente escrita pensando en que no se verían a tiempo. Suspiró apesadumbrado al recordarla en el hospital, sabía que nunca más la volvería a ver, y sintió un extraño desasosiego en el pecho. Era la primera vez que la ausencia de alguien tenía

significado en su vida. La muerte de su padre le había pasado casi inadvertida pues siempre estuvo ausente. La de su madre era diferente. Miró el portarretrato en el que su madre unos quince años atrás lo abrazaba. Hermosa, de cabellos y ojos negros, profundos, como los suyos. Siempre le había parecido que su madre era más linda que todas las madres de sus amigos y compañeros de escuela. Aún pasados varios años desde aquella foto siguió siendo hermosa.

Se lavó la cara para borrar los rastros de lágrimas y al salir vio a Bertha sentada en la sala. Ella retiró su atención de la revista que tenía en las manos, lo miró en silencio y fue a la cocina. Después de un rato lo llamó.

—Fedor, ven a desayunar.

Y él fue hacia allá sin replicar. Se sentó a la mesa y aguardó a que ella también lo hiciera, como si esperara que siguiera el mismo comportamiento que hubiera tenido su madre.

La malteada estaba como a él le gustaba, y los panqueques tenían un sabor similar a los que acostumbraba comer sentado en ese mismo lugar, un hecho que lo tranquilizó sobremanera porque hubiera detestado algún cambio, sobre todo en ese entorno familiar. No le preguntó a Bertha cómo sabía lo que a él le gustaba, ni por qué había escogido servirle en el lugar que era el suyo. Ella procuró no prestarle atención y se comportó como si su presencia en esa casa fuese natural.

—Gracias, Bertha, el desayuno estuvo genial. Creo que iré al hospital.

—No encontrarás nada allá. La señora Isabel te llamará cuando sea necesario.

—Entonces daré una vuelta en la bici.

—Bien, yo estaré en casa. Llámame si necesitas algo, lo que sea.

Dejó una nota con sus señas pegada con uno de los imanes de la nevera.

—Lo haré. Muchas gracias por todo.

Ella salió y él fue al garaje. Su vieja bicicleta todavía seguía colgada en la pared sujeta por gruesos ganchos. La descolgó, comprobó el aire de las ruedas, abrió la puerta de la cochera, salió pedaleando y tomó el mismo camino que solía recorrer dos años atrás. Bertha lo atisbó a través de la cortina de su casa y Fedor supo que lo miraba. Como antes. Como siempre.

√

Bertha suspiró y se dejó caer en el sillón más cercano a la ventana, ya hundido por el paso de los años y que nadie en su casa parecía tener intenciones de cambiar. Se sentía satisfecha por haber servido al hijo de

Cadence; lo consideró un privilegio. El reloj de pie marcaba las siete. Oía los ruidos de su madre en la cocina, estaba segura de que no había advertido su ausencia.

Aún le parecía mentira haber estado en casa de Fedor. Si no hubiera sido por la difunta Cadence tal vez no se habría atrevido, pero ella fue insistente: «Por favor, cuando muera, acércate a mi hijo». En los últimos tiempos, después de que él se trasladase a vivir a Cambridge, habían pasado muchas horas juntas. Fue así como aprendió a hacer los famosos panqueques que tanto le gustaban y la malteada que él desayunaba. Hablaron durante horas, y Bertha supuso que la madre de Fedor buscaba con ese acercamiento que su hijo no se sintiese desamparado al morir ella, lo cual tenía bastante sentido después de conocerlo a través de las conversaciones. Él no era un joven fácil. Tenía más manías que la mayoría de los chicos de su edad, supuestamente porque era un genio. Bertha guardaba una admiración por él rayana en la devoción, así que no le costó mucho aprender sus hábitos, solo esperaba que él se fijase en ella y al menos la tratase con la familiaridad de un amigo. No podía esperar más, no se sentía a su altura. Con eso le bastaba. Al ser la madre de Fedor, Cadence había sido para ella una de las personas más importantes en su vida, y el sentimiento fue mutuo. Unos días antes de ser recluida en el hospital, le había entregado un sobre: «Por favor, Bertha, por nada del mundo entregues esto a Fedor a menos que él esté corriendo un grave peligro». Y ella había guardado la carta como un tesoro, en una cajita que mantenía con llave junto con otras cosas íntimas, como un diario que llevaba cuando iba a la secundaria. «Solo en caso de extrema necesidad o una desgracia», había recalcado Cadence, y Bertha comprendió que todo el mundo guardaba en su corazón algún secreto que no era fácil dar a conocer. Nunca le preguntó por el contenido del sobre ni se le ocurrió abrirlo. Solo el hecho de guardarlo significaba para ella ser una persona especial en la vida de Fedor.

Después de terminar la escuela supo que sus estudios quedarían allí. No era una chica con ambiciones, se sentía bien como estaba y a lo máximo que aspiraba era a encontrar un empleo tranquilo en una ciudad tan tranquila como Lisbon. Su madre, una mujer sencilla, trabajaba en la lavandería del pueblo y llevaba una vida apacible, rodeada de las cosas que amaba. Iban a misa los domingos, a las fiestas de cumpleaños, a las bodas y a los entierros. Para una joven de dieciocho años como Bertha eso era suficiente, el amor que guardaba por Fedor, un amor inalcanzable, platónico, solo alimentado por su imaginación y en esos momentos por la necesidad que él tenía de conservar

sus hábitos, quedaría allí, en Lisbon. No se atrevía a desear más, sabía que más allá de las fronteras del pueblo ella sería tragada por el anonimato, por las personas cultas, por seres parecidos a Fedor.

—Bertha, tu avena se enfría, cariño —avisó su madre desde la cocina.

—Voy, *mam*.

Se alejó de la ventana, y por el reloj supo que él regresaría de su paseo en bicicleta, en veintiocho minutos.

—Hoy por la tarde será el entierro de la mamá de Fedor —anunció Bertha.

—Pobre Cadence... y el chico, ¿cómo está?

—Supongo que triste, *mam*.

—Estuviste con él toda la madrugada —dijo su madre mirándola de soslayo.

—Bueno, ya sabes... su madre me encargó atenderlo, no quería que se sintiera solo.

—Hiciste bien, cariño. Hiciste bien. En momentos como ese necesitamos a personas que nos aprecien.

Madre e hija vivían solas desde que Bertha tenía memoria. Nunca conoció a su padre y no le pareció importante saber quién era, si es que seguía vivo. Después de que Fedor regresara a la universidad, ella tenía previsto empezar a trabajar en la nueva heladería que habían abierto en el pueblo. Un lugar que al comienzo todo el mundo vio con cierto escepticismo, y que al paso de los meses se había convertido en el sitio de encuentro de la mayoría de los chicos en una ciudad donde no había mucho que hacer. Ciudad o pueblo, Lisbon era considerada por sus habitantes de acuerdo al conocimiento que estos tuvieran del mundo. Para los que habían traspasado sus fronteras era sin lugar a dudas un pueblo. Para los que no, Lisbon era una ciudad; tenía un hospital, una estación de bomberos, un ayuntamiento, una escuela, un teatro Scenic que la ciudad luchaba por conservar por ser el edificio más antiguo, y un par de iglesias. Sus calles cuadriculadas y asfaltadas le daban un aspecto ordenado y próspero, aunque su principal edificio tuviera tres plantas y su población apenas llegara a los dos mil trescientos diecinueve habitantes con la muerte de Cadence Mogliani.

Como alguien que jamás había asistido a una ceremonia funeraria en calidad de anfitrión, Fedor se hallaba fuera de su ambiente. Pronunció la disertación acostumbrada para esos casos con largas pausas, como sucede cuando la persona no está preparada para hablar de alguien que ya no existe. Le costaba referirse a su madre en tiempo pasado y un par de veces se quedó observando

el llanto de algunas mujeres en la iglesia, mientras trataba de no contagiarse de sus lágrimas. Quien lo hizo mejor fue el director de la escuela. No desperdició adjetivos benevolentes dirigidos a su madre y, para su asombro, también habló de él, como si se tratase de un personaje ilustre que representaba a la ciudad de Lisbon ante el mundo. La señora Isabel, sentada a su lado en primera fila, apretó con su mano huesuda la suya, como si estuviese transmitiéndole la aprobación general, y después, ya en el cementerio, se dio cuenta de la magnitud del acontecimiento al comprobar la cantidad de gente que lo acompañaba. Al ver el féretro bajar al foso sintió deseos de estar a solas en ese momento tan privado. No podía comprender que la gente se comportara como si aquello fuese un acontecimiento social —y de hecho, así lo sentía la mayoría— en el que todos se conocían y parecían estar enterados al detalle de su vida. Decidió que regresaría más tarde, recorrer las casi dos millas desde su casa no sería tan difícil, y podría despedirse de su madre como debía ser. Su meta en ese momento era recluirse en casa y no asistir a la reunión que había organizado Isabel en el *gymnasium* de la secundaria.

—¿No vendrás con nosotros? —preguntó ella, y alzó la vista hacia él, haciendo más evidentes las tres arrugas horizontales de su frente. Fedor pensó que le daban el aspecto de vivir asombrada del mundo.

—No, señora Isabel. Le agradezco mucho por todo lo que ha hecho por mi madre, pero no me siento con ánimos para asistir a la celebración.

—¿Celebración? No, hijo, es un acto conmemorativo en honor a tu madre.

Él no quiso sacarla de su error. Conmemorar algo que acababa de suceder no le parecía lo más apropiado.

—Prefiero permanecer en casa, tengo algunas cosas que ordenar, no me siento bien cuando soy el foco de atención de tantas personas.

—Te comprendo, hijo, no es fácil ser el centro de atención en estas circunstancias. —Después de pensarlo, prosiguió—: Tranquilo, les diré que no te sientes bien y sé que todos lo entenderán.

El vehículo en el que iban se detuvo frente a su casa y Fedor se apeó aliviado. Luego Isabel apuró al conductor porque debía ser una de las primeras en llegar al *gymnasium*, ya que las viandas de las voluntarias serían recibidas y organizadas por ella. En cierta forma tuvo que darle la razón a Fedor; ese acto más parecía una celebración, y en un lugar como Lisbon, con pocas oportunidades de entretenimiento, la gente se sentiría más a sus anchas si el hijo de la fallecida no hacía acto de presencia.

Fedor fue a su cuarto y después de descalzarse se tumbó en la cama. ¿Qué

se hace en momentos como este?, pensó. La tristeza que parecía evasiva en medio del tumulto se alojó en su pecho y se sintió libre de llorar, porque pese a su aparente indiferencia él amaba a su madre. Recordó multitud de momentos frente a ella, su ternura al dirigirse a él, su paciencia que parecía no tener fin cuando él cometía alguna tontería, y su mirada de orgullo, siempre esa mirada, que, ahora lo sabía, lo hacía sentirse comprometido porque más que nada en el mundo, no deseaba defraudarla. ¿A quién no defraudaría en adelante? Ya nunca más habría una Cadence Mogliani ante quien lucirse sin aparentar modestia. Le pareció extraño que en ese momento su memoria trajera a Bertha, tal vez porque su mirada era parecida a la que le dedicaba su madre, o quizá porque había demostrado una preocupación genuina por él; al menos así la había sentido.

## Capítulo 7

La existencia para Mark Carter no tenía sentido. Enclaustrado en su silla de ruedas miraba el mundo delante de él sin tomar parte. Una vida que cinco años antes le sonreía, cuando al sentir dolores en la espalda lo adjudicaba al uso del ordenador, y después, al ejercicio físico. Ser hijo de un padre como Wilson Carter no era fácil. Y menos ser hijo único llegado al mundo cuando se habían perdido las esperanzas de tener uno. Menos aún cuando años después, su enfermedad significó la muerte de su madre. ¿Sería un castigo divino? Últimamente Mark pensaba más en Dios que nunca antes, aunque no sentía hacia Él un vínculo de devoción sino más bien de desapego, y las palabras de la mujer que se hacía cargo de él tenían mucho que ver en el desasosiego que lo corroía. “Dios solo nos da la carga que sabe que podemos soportar”, decía. ¿Se suponía acaso que esa carga estaba bien repartida? ¿Por qué no compartía un poco con su padre? ¿O con alguna estrella de rock o actor de cine que, además de tener buena salud tendría un físico envidiable? De ninguna manera creería en ese Dios cruel. Pero Ruth era la única persona que se ocupaba de él, ya que sin su ayuda no habría podido satisfacer desde sus necesidades más elementales hasta bañarse, comer sin desparramar medio plato, vestirse y calzarse él mismo los zapatos pese a que ya no llevaba los de cordones, que eran los que más le gustaban, así que prefería pasar por alto sus frases devocionales. Su vida se limitaba a leer frente al ordenador porque así evitaba tener que sostener un libro; lo utilizaba con pequeños movimientos en el teclado. Quería a su padre, pero había llegado a odiar su compañía, aunque últimamente no le preguntara cómo se sentía, y él evitara decirle qué otra cosa no podía hacer, o dónde le estaba creciendo un nuevo bulto que dolía más de lo que podía soportar. Ya casi no cruzaban palabras. Al terminar la secundaria quiso estudiar cualquier carrera que lo alejase de las armas. Las diferencias

con su padre en ese aspecto eran irreconciliables. Hasta hubiera deseado ser actor, cualquier trabajo, menos militar.

Después de que le diagnosticaran fibrodisplasia osificante progresiva, su padre, en un esfuerzo que contenía un íntimo sentimiento de culpa, lo había llevado a un psiquiatra, como si los huesos supieran de psicología. Él no había enfermado ni se había convertido en un lisiado porque no quisiera ser militar, lo cierto era que algo en sus genes no funcionaba bien, y era gracias a uno de sus progenitores, a los antepasados de estos o a algo que resultó mal en la formación de su ADN. Su padre no admitía que en su familia hubiese miembros con enfermedades congénitas. Y por parte de la familia de su madre... quién sabía. Fue lo que conllevó al conflicto entre ellos, un problema que día a día se había convertido en un muro que les impedía hablar como lo harían padre e hijo en presencia de una enfermedad como una simple gripe.

Lo cierto de todo era que aunque hubiera sido un joven saludable, estaba seguro de que tampoco sería del agrado de su padre, para quien la vida militar era sinónimo de hombría.

Recordó con tristeza los días en la escuela, los partidos de fútbol americano en los que sobresalía por su fortaleza y velocidad. Y recordó también a la chica pelirroja, la que iba a ser su novia antes de que su principal preocupación fuese seguir caminando sin caerse. Le faltaban meses para ingresar a la universidad cuando se enteró de que las caídas, los dolores y la falta de equilibrio eran ocasionados por una enfermedad que transformaba los músculos y los tendones en huesos, que era incurable, y que se expandía por su organismo como si un *alien* se hubiese apoderado de él. Perdió el interés en la escuela, se recluyó en casa, y huyó de la chica pelirroja. No podía permitir que lo viesen en ese lamentable estado; dos veces había tratado de suicidarse y las dos veces fue salvado por Ruth, la mujer que a veces lo atosigaba con sus frases bíblicas hasta el punto de no saber discernir si deseaba escapar de su cuerpo deforme o de sus frases sin sentido.

Fue durante la primera visita de Peter Dodum cuando una semilla de esperanza empezó a germinar en su atormentada existencia.

## Capítulo 8

*Jamás* hubiera imaginado Fedor al conocer a Peter Dodum que sería tan significativo en su futuro, pues pronto todo el sistema de vida que había hecho suyo poco más de dos años atrás cambiaría. Y aunque al comienzo el científico no fue demasiado explícito, Fedor siempre intuyó ser la persona más importante en el proyecto de Dodum.

A su regreso de Lisbon el comportamiento del profesor hacia él, dentro de las limitaciones dadas por su carácter ligeramente frío, se hizo más cercano. Fedor supuso que se sentía responsable de él al saber que su madre había muerto, aunque en su interior no estaba convencido de que fuese el motivo principal.

Al día siguiente de su regreso a Cambridge, lo invitó a su casa después de clases; algo inusual, porque siempre las conversaciones las llevaban a cabo en el laboratorio del MIT, cuando los demás se habían retirado, pero esa tarde se le acercó y le dijo:

—¿Te gustaría acompañarme a casa? Quisiera hablar contigo de algunos asuntos.

Accedió de buena gana y después de subir al Chevy de hacía varios años, color cremoso desgastado, salieron de los predios del MIT, cruzaron el río Charles a través del puente Harvard y ocho minutos después de atravesar manzanas completas de edificios de ladrillos, Dodum dobló a la izquierda, recorrió tres manzanas más y detuvo el coche frente a unas casas adosadas de dos plantas, todas muy parecidas entre sí, con escaleras al frente y con muros de ladrillos rojos, como parecía gustar a los bostonianos. El profesor se limitó a estacionar el coche detrás de uno que tenía delante.

—Llegamos —dijo.

Fedor se apeó y observó con atención la curiosa arquitectura del lugar.

—Me gustan los ladrillos —dijo con una sonrisa.

—¿Sí? Estas casas tienen muchos años, es la parte vieja de la ciudad.

Ahora hay demasiado hormigón y acero por todos lados. Al menos aquí tenemos un poco de verdor —acotó, señalando los árboles y los jardines delanteros de las casas que, alineadas, lucían como un curioso laberinto de superficies salientes y entrantes, de aspecto confortable y antiguo para Fedor, acostumbrado a las simples casas de madera y techos a dos aguas de su Lisbon natal.

Una vez dentro, después de dejar sus respectivas chaquetas colgadas en el vestíbulo, Dodum lo invitó a tomar asiento en uno de los sillones de cuero de un salón de discreta elegancia.

—Tengo muchos planes, Fedor, en especial para ti.

—¿Para mí?

—Sí. Escucha: en estos momentos estoy instalando un laboratorio cerca de aquí con las infraestructuras más modernas que existen. Será un sitio donde solo trabajarán las personas idóneas, algunas de ellas probablemente las conozcas porque estudian en el MIT, aunque en grados superiores al tuyo. —Dodum hizo una pequeña pausa, al tiempo que estudiaba el rostro de Fedor—. Quiero proponerte que trabajes conmigo en la investigación de un tratamiento para la FOP.

—¿Fibrodiasplasia osificante progresiva? ¿La enfermedad que estamos investigando?

—Sí, pero no deseo hacerlo dentro de los laboratorios del MIT porque allí existen limitaciones en cuanto a métodos y a presupuesto.

—¿Métodos? —preguntó Fedor, tratando de indagar adónde quería llegar Dodum.

—Sí. Tenemos que ser más arriesgados, es probable que tengamos voluntarios para probar nuestros estudios.

—No me irá a decir que inocularemos el remedio, por llamarlo de alguna manera, ¿en seres humanos?

—Es posible, sí. Pero creo que el daño será mínimo, pues serán pacientes que ya tengan la enfermedad.

—Me parece buena idea, siempre lo he pensado. Ganaríamos tiempo. ¿Qué pasará con mis estudios?

—Proseguirás tus estudios, por eso no te preocupes. Ventrás después de clases; las horas que pasamos en el laboratorio del MIT las harás en el lugar del que te hablo, no queda muy lejos —insistió—. En bicicleta llegarás en unos diez minutos.

—Supongo que todos los demás harán lo mismo.

—Así es. Pero me gustaría que tú llevaras la investigación que *nos concierne*, adelante.

Fedor se quedó mudo por un momento.

—¿Por qué yo? —preguntó frunciendo las cejas—. Apenas estoy en segundo año, no creo que tenga más preparación que los otros.

—Por ahora solo tú. Así podremos cambiar impresiones al final de la jornada.

—Espero ser merecedor de esa distinción, profesor, la verdad... estoy impresionado, pensé que todos trabajaríamos para una misma finalidad.

—No he querido compartir nuestros progresos con los demás. Los nuestros están encaminados a un fin en particular, ya te explicaré.

—No sé qué decir. —Fedor no sabía si sentirse orgulloso o preocupado. Temía parecer quisquilloso.

—No es necesario que digas nada. Con que hayas aceptado está bien, hijo. También quería decirte que recibirás una paga.

—¿Yo? ¿Por aprender?

—Sí, Fedor. Es un trabajo, tu aporte a la ciencia lo amerita. Nada es gratis en esta vida, ¿Qué planes tienes para el futuro? Porque supongo que tienes algún objetivo, ¿no?

—Claro, profesor. Desearía llegar a obtener prestigio como investigador, descubrir la cura para muchas enfermedades, llegar a tener mi propio laboratorio farmacéutico...

—Porque sabes que obtendrás mucho dinero, ¿verdad? —preguntó Dodum como si el asunto no fuera crucial para Fedor.

—Siempre quise ser alguien en la vida, profesor. —Fedor pensó en su madre—. Es lo que mamá hubiera deseado para mí.

—Ahí lo tienes. Vas por buen camino. No dejes que nada te aleje de las metas que te has trazado—. Después de unos segundos añadió—: Me gustaría que vivieras aquí.

—¿En su casa?

—Sí, claro, es mucho más práctico. Así estarás cerca del laboratorio que estoy montando y no tendrías que regresar al instituto hasta el día siguiente para tus clases regulares.

—Es más de lo que hubiera esperado, muchas gracias —repitió Fedor, más por cortesía que porque la idea lo entusiasmara.

Esa casa antigua no era muy de su agrado, pese a que todo se veía limpio y confortable. En cierta forma le molestaba perder su privacidad.

—Te diré cuándo haremos los cambios. Todo depende del laboratorio, algunas máquinas vienen de Alemania, de ahí el retraso.

—No sé... profesor. No estoy muy seguro de querer vivir aquí.

—¿Qué te preocupa? Te enseñaré tu habitación, creo que te gustará. Si no es así, no insistiré. —Fueron al primer piso y Dodum abrió la segunda puerta del pasillo. Lo invitó a entrar con un gesto amable y extendió el brazo señalando la ventana—. Tienes vista a la calle, el jardín del frente es bonito y el verdor de los árboles hace de esta zona una de las más atractivas de Boston.

Las cortinas romanas de la amplia habitación le daban el toque de modernidad que extrañaba Fedor en el resto de la casa. Aquello lo animó un poco. Un sillón al lado de una lámpara de pie daba paso a un pequeño escritorio con muchas gavetas, y una biblioteca de tres niveles con estantes vacíos parecía estar esperando por sus libros. El suelo de grandes tablones daba a la estancia una acogedora imagen. En una esquina, la cama individual vestida con un edredón y muchos cojines servía al mismo tiempo de sofá.

—Es muy bonita —musitó el joven.

—Claro que sí, y tienes baño privado —reveló Dodum abriendo una puerta.

Era más de lo que podía esperar. Un baño moderno con ducha cerrada con vidrios, y un gran espejo frente al lavabo, todo de una calidad y un gusto que Fedor no había conocido antes.

—Debo reconocer que es una habitación muy agradable.

—Esta planta está renovada —dijo con orgullo Dodum—. La idea es que estés cómodo. Yo ocupo la segunda planta, será muy raro que nos crucemos. Tal vez en algunas ocasiones a la hora de las comidas, y no es necesario que sean en el comedor. Puedes comer en la cocina o en tu cuarto, si te hace sentir más cómodo.

—Prefiero que sean en el comedor, profesor —dijo el joven. Pensaba en el desorden y la desorganización que traerían las comidas en cualquier lugar.

—Eso pienso yo —repuso Dodum con satisfacción—. Aprovecharemos para conversar de nuestros progresos.

Desde ese día Dodum no había vuelto a mencionar nada al respecto. Y cuando Fedor creía que ya se había desanimado, seis meses después el profesor llegó al laboratorio del MIT bastante ansioso.

—¡Al fin! Llegó todo el equipo y lo están instalando.

—¡Me alegra saberlo, profesor! —exclamó Fedor contagiado por su entusiasmo—. Espero que ahora las cosas avancen más rápido.

—Eso espero yo también. De lo contrario, tendré que echar mano del plan

B.

—¿Plan B?

—Ya te explicaré con calma, hijo... ya te explicaré. ¿Sabes?, desde hace un par de meses el hijo de un amigo está viviendo en casa, tiene dieciocho años, casi diecinueve. El pobre tiene la enfermedad.

—¿Padece de FOP? —preguntó Fedor.

—Sí. Es básicamente por quien empecé esta investigación.

—¿Se ha ofrecido de voluntario?

—No, no... no quiero correr riesgos con él, solo creo que teniéndolo cerca podré estudiar mejor su evolución. Hay un par de individuos que se han ofrecido, pero ellos por ahora están en las instalaciones del nuevo laboratorio.

—¿Quiénes son los otros alumnos que trabajarán con nosotros?

—Ya hablaremos de eso. Ahora debo ir para supervisar la instalación —explicó Dodum.

Se quitaron las batas, las colgaron en las respectivas perchas y salieron. Fedor hacia su próxima clase y el profesor hacia el nuevo laboratorio.

Esa noche, después de un frenético día entre las clases de estructura molecular de los materiales biológicos, dada por el profesor Shuguang Zhang, a quien no se le escapaba el mínimo error ni ninguna distracción de algún estudiante, y las prácticas de volibol para el próximo campeonato interuniversitario, Fedor terminó agotado. Se dio una larga ducha y descansó en la cama de su cuarto en Baker House. Miró en derredor con cierta nostalgia, pues pronto todo su sistema de vida cambiaría. Sin embargo, el aviso de Dodum le alivió la carga de presión que llevaba desde hacía meses, pues si había algo que lo inquietara, era el no tener fechas definidas, horas definidas, y cualquier evento que se saliera de su vida cronometrada.

Iba ya por el tercer grado, y estaba ansioso por emprender el proyecto de Dodum. Se preguntaba qué se traería entre manos. Había muchas cosas que le gustaría haber preguntado y no lo había hecho por discreción, pese a que el profesor le prestaba más atención que a los demás; una situación que a veces lo incomodaba frente a los otros alumnos. Suponía que lo pasaban por alto por tratarse del alumno más joven de la clase. En las otras asignaturas, sin embargo, se sentía más a gusto. Más de igual a igual con los demás, y sin sentir la presión que significaba ser el preferido.

Presentía que pronto algo iba a cambiar, no solo por trabajar y recibir una paga por primera vez. Y sus sospechas se corroboraron cuando escuchó el sonido del móvil.

—¿Fedor?

—Buenas noches, profesor.

—Prepárate para mudarte mañana domingo —dijo Dodum.

—Necesitaré un transporte, tengo algunas cosas que no podré cargar en la bicicleta —manifestó el joven, sin ocultar su entusiasmo.

—No te preocupes, pondré a tu disposición una furgoneta —respondió Dodum—. ¡Ah, muchacho, a partir de mañana te esperan grandes cosas!

Fedor no supo si alegrarse o preocuparse por lo que dijo el profesor. Tal vez esperaba demasiado; empezó a invadirle la inseguridad de no estar al nivel de los demás.

Fue la última noche que pasó en Baker House.

## Capítulo 9

La casa que ocupaba Dodum en la calle Marlborough se veía por fuera engañosamente pequeña; sin embargo, además de contar con dos plantas, tenía un enorme sótano, con ventanas que daban al jardín del frente, contaba también con un cobertizo en el jardín posterior y una buhardilla con dos habitaciones y un baño.

Fedor ordenó sus pertenencias en la habitación que el profesor le había asignado; guardó la bicicleta en el sótano, al que se accedía desde dentro de la casa y también desde el exterior. Bastante iluminado por la luz diurna, el lugar distaba de ser lúgubre. Destacaba una pared con herramientas ordenadas en largos listones de madera y, para su sorpresa, una mesa de billar cubierta por una lona ocupaba un espacio a la izquierda, con sus respectivos accesorios. Todo el mobiliario consistía en un par de sillones frente a una estantería; una puerta daba a un pequeño baño con ducha y en un cuarto aparte una tabla de planchar, una lavadora y una secadora completaban el cuadro. Situó la bicicleta al lado de la salida y de regreso a su dormitorio se topó con Dodum en el salón de la planta principal.

—Quiero que conozcas a Mark, es el joven del que te hablé —le dijo.

Subieron al primer piso y el profesor tocó la puerta contigua a la habitación de Fedor. Una mujer de mediana edad, robusta y de rostro preocupado, abrió.

—Buenos días, doctor Dodum. Adelante —Saludó. Al ver a Fedor abrió la boca como para decir algo, pero guardó silencio.

Fedor y el profesor entraron; la mujer se retiró santiguándose con disimulo.

—Buenos días, Mark.

Una voz juvenil contestó:

—Buenos días, doctor.

—Quiero que conozcas a Fedor Mogliani, es el estudiante del que te hablé. Ocupará la habitación contigua, espero que sean buenos amigos.

Fedor se apresuró a acercarse y ofrecerle la mano, un ademán que supuso

recíproco, sin saber la dificultad que conllevaba el gesto por parte de Mark. Al notar lo, de inmediato retiró su mano y trató de sonreír.

—Mucho gusto, Mark.

—Igualmente —replicó él.

—Los dejo para que se conozcan mejor —dispuso Dodum y salió de la habitación.

De pie y sin saber qué hacer, Fedor se limitó a observar el rostro del enfermo. Le sorprendió encontrar sus rasgos familiares, pese a la deformidad del lado derecho del cuello que estiraba la piel hacia un bulto junto a la oreja.

Mark también lo miró y tuvo la impresión de verse en un espejo en sus mejores tiempos. Bajó los ojos para que no se notara su creciente inquietud al tiempo que hizo un gesto con el mentón, señalándole una silla.

—Siéntate, ponte cómodo.

—Gracias.

Fedor no tenía idea de qué hablar ni qué preguntarle. Le pareció una torpeza por parte del profesor dejarlo allí, según él «para que se conozcan».

—¿Quién eres? —inquirió directamente Mark.

La voz que pulsó una alarma en el cerebro de Fedor. ¿No había dicho el profesor que le había hablado de él?

—Soy alumno del profesor Dodum. Viviré aquí mientras dure la investigación...

—Esa parte ya la sé —cortó con sequedad Mark—. Sabes a qué me refiero.

—La verdad, no sé a qué te refieres.

La franqueza en la voz de Fedor hizo que su interlocutor rebajara el tono.

—¿Crees de verdad que se puede curar mi enfermedad? —preguntó sin apartar la mirada de la ventana que, al igual que la de la habitación de Fedor, daba a la calle—. Si te soy sincero, a veces pienso que lo único que desean es aprovecharse de mi situación.

—Vaya... ¿De qué forma nos aprovecharíamos? Creo que el profesor está haciendo un gran esfuerzo; tenerte aquí es una muestra de ello. Yo personalmente llevo adelantados unos estudios. Me parece que la ingeniería molecular podría ayudar al diseño de nuevos materiales biológicos de nanotecnología regenerativa si fuera posible recuperar las células madres de tus partes afectadas, pero no he podido hacerlo porque los conejillos de indias no tienen el patrón de ADN similar al del individuo en cuestión, es decir, a ti —soltó en una sola parrafada Fedor.

—Si están tan cerca de la solución y me tienen aquí, a su disposición, ¿por

qué no lo han hecho ya? Estoy preparado para someterme a cualquier experimento.

—Porque primero necesitamos saber cómo revertir la enfermedad. No puedo «construir» sobre lo que ya está hecho.

—No comprendo... ¿Qué hace falta?

—Estoy haciendo unos experimentos... Debo crear unos nanopolímeros capaces de destruir el hueso formado por la FOP, para inocular células madre embrionarias y reparar los tejidos afectados. Pero aun así, es más que probable que volvieras a enfermarte, pues el gen mutado existe en tu ADN y empezarías a desarrollarla otra vez.

—Entonces no hay cura para esta maldita enfermedad —murmuró Mark mirándose las manos.

—Todo es posible, solo debemos encontrar la manera de lograrlo. Hasta ahora solo se han podido modificar los genes de plantas y animales, se está tratando de hacer con seres humanos, yo creo que sí podemos lograrlo, todo es cuestión de tiempo y dedicación. Por eso el profesor Dodum ha instalado uno de los laboratorios más avanzados.

Los ojos de Mark cobraron interés. Empezó a mirar a Fedor con respeto.

—Entonces tendré que esperar —masculló, con una media sonrisa que cambió su cara por completo—. ¿Has notado que tenemos un gran parecido?

Fedor no pudo evitar un escalofrío al escucharlo.

—Un poco, sí... es extraño, ¿no?

—Demasiado, diría yo.

—Creo que exageras.

Mark no dijo nada. Su silencio hizo que Fedor quisiera salir de allí de inmediato.

—Voy a terminar de instalarme, vendré a visitarte más tarde —prometió—. Somos vecinos. Estoy en la habitación de al lado.

—Gracias por responder a mis preguntas —dijo Mark a modo de despedida.

Fedor fue a su cuarto; necesitaba serenarse antes de hablar con Dodum. Empezaba a sospechar que existía algo oscuro en todo ese asunto. Por un momento temió por su vida. ¿Acaso Dodum había descubierto algo que él ignoraba y pensaba utilizarlo? Le parecía una teoría descabellada, improbable; pero tratándose de un científico con su capacidad y experiencia, todo era posible.

Bajó al salón y no lo encontró. ¿Dónde buscarlo? Esa casa tenía tantas

habitaciones que él no conocía, que tendría que esperar a la hora de almuerzo para hablar con él. Se fijó en la hora y ya era mediodía. Cuando se disponía a regresar a su habitación, una mujer negra con el cabello pegado al cuero cabelludo se asomó y anunció que el almuerzo estaba servido. Lo acompañó al comedor situado detrás de una puerta corredera ubicada en una de las paredes del salón, que a Fedor le había pasado inadvertida, y cuando traspasó el umbral vio que Dodum lo miraba sonriendo en la cabecera de una mesa rectangular de ocho puestos.

—Siéntate, hijo, vamos a probar las delicias de Lorena —invitó—. Ella trabaja aquí desde siempre, cocina y asea la casa todos los días excepto los domingos; hoy hizo una excepción. Su hora de salida es siempre a las cinco de la tarde. Como habrás podido observar —explicó Dodum mientras se colocaba la servilleta sobre las piernas—, Mark tiene una enfermera personal, atiende todas sus necesidades. Su habitación está frente a la de él.

—Fue inquietante conocer a Mark —arguyó Fedor al tiempo que tomaba asiento.

—Presumo que te diste cuenta del parecido que tienen ambos.

—Sí —concedió el joven—. Y él también lo notó.

—¿Sabes quién es su padre?

—No tengo la menor idea, profesor —expresó Fedor impaciente por los rodeos de Dodum.

—Es el Secretario de Defensa.

—¿En serio? —preguntó Fedor sin mucho entusiasmo.

—Debería interesarte más. El MIT ha sido y será un aliado del Pentágono. Supongo que sabes que uno de nuestros más insignes científicos tuvo mucho que ver con la invención de Internet: John Licklider, y fue nombrado jefe de la Oficina de Procesado de Información del Departamento de Defensa. Tenemos muchos más intereses comunes de los que te imaginas.

—¿Y tiene algo que ver el Pentágono con lo que estamos investigando?

—En cierta forma... sí. El actual jefe del Pentágono es Wilson Carter, el padre de Mark. Gracias a él he podido renovar esta casa y montar el nuevo laboratorio. Le interesa que encontremos una cura para su hijo.

—Entiendo. Volviendo a lo del parecido entre Mark y yo...

—¿No te parece extraordinario?

—Sí. Y también me confunde. ¿Usted es amigo de su padre?

—Estudiamos juntos en la escuela, nuestra amistad es antigua, sí... pero yo no había visto a Mark desde que era pequeño. Cuando me habló de la

enfermedad de su hijo lo volví a ver y me sucedió igual que a ti. Quedé impresionado por el parecido que guardaba contigo; para entonces tú ya eras mi alumno.

Fedor trató de desechar las ideas que se le habían cruzado por la mente. Todo parecía ser producto de la casualidad, aunque él no era dado a aceptar que existiera.

—Sí que es extraordinario —convino.

—Hay muchas personas que se parecen, algunas son idénticas sin tener parientes entre sí. Supongo que lo de ustedes proviene de la parte mediterránea que lleva Mark en la sangre: su madre tenía ascendencia italiana, al igual que tus padres, pero es evidente que no provienen de la misma rama familiar.

—Claro... comprendo todo lo que dice, lo raro es que me haya sucedido.

—Yo también experimenté algo extraño cuando noté el parecido —confesó Dodum.

—De que hay personas similares, no hay duda. Pero somos millones de seres humanos y la ley de las probabilidades indica que es poco frecuente que se conozcan.

—Los genes que conforman los rostros son limitados dentro de la variedad, por lo que las coincidencias son más que posibles —explicó Dodum mientras notaba el gesto de extrañeza de Fedor—. Se han hecho estudios al respecto. La naturaleza no tiene tantos fenotipos de dónde escoger y, al final, termina por repetir algunos. Tenemos la tendencia a percibirnos como individuos singulares, sin embargo, somos simples entidades con muchas más cosas en común de las que pensamos, al menos en nuestra parte exterior —concluyó.

Dodum tuvo la impresión de que su interlocutor parecía satisfecho con la explicación, percibió que asomaba una sonrisa como disculpándose por mostrarse tan susceptible.

Y era así. Fedor sintió un poco de vergüenza. ¿Se creería él un ser especial, único e irremplazable en el mundo? Y su espíritu rebelde y para ese momento vanidoso, le respondió: «sí».

El almuerzo transcurrió en calma, interrumpido por las eventuales apariciones de la asistente Lorena al llevar y traer los platos, y la conversación derivó hacia otros temas que interesaban a ambos. Al terminar, Dodum subió a su habitación y Fedor a la suya.

Apartó los cojines a un lado y se echó en la cama. Era ligeramente dura pero confortable. Cerró los ojos y trató de ordenar sus pensamientos, como

estaba acostumbrado: desde el punto más lejano de los acontecimientos importantes hasta el momento actual.

Recordó el último adiós a su madre en el cementerio ya vacío: mientras la gente que pocas horas antes rodeaba la fosa se encontraba en una especie de festividad en algún lugar en el pueblo, él había regresado en bicicleta y, tras cerciorarse de estar solo, a excepción del ruido del motor de uno que otro jardinero que a lo lejos podaba el césped, pudo finalmente acercarse a los restos de su madre. La tumba ya cubierta por un manto de tierra, todavía conservaba alrededor las flores y coronas; recordó en especial la de los lirios blancos. Expelían un penetrante aroma dulzón que quedó para siempre en su memoria asociándolo a la muerte. Se había agachado y tocado la tierra en un incomprensible acto de acercamiento hacia algo inanimado. Solo fue para decir «adiós mamá», aunque sabía que ella no podía escucharlo.

Luego, Bertha. La muchacha de los extraordinarios ojos verdes. De ella solo recordaba sus ojos, no se había fijado si tenía la cara ancha o estrecha, si tenía los dientes grandes o pequeños, o en la forma de su boca. Pero no era raro; él no prestaba atención a las facciones de la gente. Pensó en ella como alguien cercano, un punto cuestionable si tomaba en cuenta que nunca, hasta ese día, habían cruzado palabra, y las pocas que intercambiaron fueron para hablar de los panqueques, de la malteada y de que su madre le había pedido que lo acompañara. No obstante, pudo vislumbrar en sus ojos cierto atisbo de inteligencia reprimida. Difícil definirlo, pero estaba convencido de que Bertha era más de lo que ella misma pensaba de sí. Le agradó su silencio, su poca necesidad de hacer preguntas, de ser simplemente eficaz. Lo último que recordó de ella fue la despedida. Le dio su teléfono y su correo escrito en una cartulina del tamaño de una tarjeta de presentación. No hizo el amago de darle un abrazo, ni un beso en la mejilla, ni siquiera la mano. Después de entregarle la tarjeta puso las manos en la espalda y le dijo: «adiós, Fedor, recuerda que siempre estaré aquí».

¿Qué habría querido decir con eso? Nadie existía para siempre.

Después repasó todo lo relacionado con Dodum. Su ofrecimiento, el nuevo laboratorio, los supuestos «científicos» que eran otros alumnos del MIT, la mudanza, las palabras vagas del profesor que querían decir y no decir a la vez, su amigo, el jefe del Pentágono y por último, Mark.

## Capítulo 10

Los días entre el MIT y las nuevas ocupaciones de Fedor se fueron tornando usuales, lo que contribuyó en gran parte a que incrementase su rendimiento. El paseo en bicicleta diario desde el Instituto al laboratorio era un momento ansiado, le ayudaba a oxigenar el cerebro y aprovechaba el trayecto para ordenar sus ideas. La presencia de Mark en su vida dejó de perturbarlo, entre ellos se fue forjando una relación parecida a la amistad. El hijo del Secretario de Defensa había dejado de ser un enigma para convertirse en un reto, una responsabilidad que había tomado casi sin darse cuenta, y que, sin embargo, no le importaba asumir con entereza, pues tenía la seguridad de que si lograba su cura, o siquiera su mejora, habría hecho una gran contribución a la humanidad. Dodum alimentaba ese deseo que sabía era predominante en la personalidad de Fedor; estimulando su ambición al decirle de manera sutil que bien podría ser la persona más joven que obtuviera el Nobel de Medicina, y que el premio venía acompañado de un suculento cheque que pasaba del millón de dólares. Y, además de su apego por las cosas puntuales, las relaciones fríamente impersonales, su interés por la investigación y por probar a los demás que era superior, Fedor tenía amor por el dinero. Estaba convencido de que ese invento que reemplazó al trueque era el secreto de la felicidad, no solo porque podría obtener lo que quisiera; también porque demostraba superioridad. Y no se refería al dinero heredado, como podría ser en el caso de Mark, sino al que se ganaba por la capacidad intelectual. Los estantes de su habitación, además de contener libros de texto y revistas científicas, también guardaban revistas como Forbes y Fortune con las biografías, artículos y consejos de los más prominentes hombres de negocios de diversa índole. Y cuando disponía de tiempo se dedicaba a localizar las noticias recientes de ellos a través de Internet.

Próximo a cumplir veinte años, su cuerpo empezaba a transformarse en el de un adulto. Los barros y las espinillas que por un tiempo fueron una molestia, menos importante para él que para la mayoría de los jóvenes de su

edad, empezaron a desaparecer, y requería afeitarse con más frecuencia, pues si dejaba de hacerlo un par de días, una sombra cubría una parte de su rostro dándole un aspecto más maduro, pero poco prolijo, lo que en cierta forma le desagradaba, hasta el día en que se topó de frente con Patricia Stevens, la chica que lo hacía sentirse tan nervioso en el primer año en el MIT, y no era que no la hubiera vuelto a ver; era inevitable que se cruzaran en un centro de estudios, lo asombroso para Fedor es que cada vez se sentía más seguro de sí, y cuando intercambiaban saludos casuales con una ligera sonrisa de parte de ella, y un asentimiento de cabeza de parte de él, el suelo había dejado de temblar bajo sus pies.

Ese día ella se dirigió directamente a él al final de clases, cuando se disponía a montar en su Cruiser.

—¿Fedor?

Él elevó la vista del timón de su bicicleta y vio la cabellera castaña que cubría parte del rostro que él conocía tan bien. El único en el que se había fijado y que podría dibujar a la perfección.

—Patricia... Hola. —Se enderezó y la miró desde su altura—. Qué sorpresa.

—Me enteré de que estás viviendo en casa del profesor Dodum.

En otros tiempos el que ella supiera qué hacía o dónde vivía hubiera significado algo importante. En ese momento, no. Le parecía que aquello no era de su incumbencia, y hasta podría significar un peligro.

—Sí. Es más cómodo para mí.

—Te sienta bien la barba —dijo ella de manera imprevista.

Él pensó que algo fallaba en la conversación. No comprendía qué tenía que ver el que no se hubiera afeitado con que viviera en casa de Dodum. Se tocó la barbilla, no para acentuar lo que ella afirmaba, sino por un gesto automático de reflexión.

—No me afeité —se le ocurrió responder.

—Pues te luce —insistió ella sonriendo con una coquetería que él no captó.

—Gracias. Me tengo que ir.

—¿Por qué la prisa?

Fedor no sabía qué contestar. No deseaba que se enterase de que trabajaba en el laboratorio de Dodum, en lo que a él concernía todo aquello se conservaba en secreto

—Debo estudiar.

—¡Claro!, entonces no te detengo más. Nos estamos viendo. —Ella se

despidió llevándose el cabello hacia un lado; dio vuelta y prosiguió su camino.

—Adiós —respondió él casi al unísono. Terminó de montar en su bicicleta y pasó delante de ella pedaleando hacia el puente Harvard.

Patricia fue al encuentro de las dos chicas que la esperaban.

—Vaya con el chico. Parece que no le interesas, Patricia —dijo una de ellas.

—Creo que es tímido; lo vi un par de veces cuando ingresamos, pero ahora está muy cambiado.

—¡Se ve muy bien! —rio su compañera—. Pero no me parece que sea de los que te gustan.

—Veremos —contestó Patricia.

√

Ajeno a todo, Fedor pedaleaba por el sendero para bicicletas, y mientras sus piernas endurecidas por el ejercicio hacían lo suyo, su mente regresó a Patricia. No comprendía el cambio de actitud. Era evidente que Fedor no había prestado atención al hecho de que ya no era un adolescente; se había transformado en un joven atractivo, de una altura superior a la media y de un físico bien formado que podía llamar la atención a las chicas en un ambiente en el que las hormonas estaban a flor de piel. Él vivía ensimismado en una especie de burbuja, en la que toda su atención estaba dirigida al aprendizaje y a la investigación con un prestigioso científico, una oportunidad única que no deseaba desperdiciar. A su derecha, el río Charles discurría humedeciendo el aire todavía tibio del final de verano; le recordaba las tardes de estío después de la lluvia en su pueblo natal. Y al pensar en Lisbon, el color verde inaudito de los ojos de Bertha acudió a su memoria. Le era difícil compararlos con cualquier otro tono de verde que hubiera visto. Su mirada se parecía mucho a la de los retratos de gatos, fija y sin parpadear, como si no quisiera perder detalle de su presa. El único vínculo que tenía con Lisbon era ella. Significaba para él una lejana conexión con su madre; una relación extraña porque nunca le había escrito ni la había llamado, daba por hecho el que ella siempre estaría allí, a su disposición, como le había prometido, atisbando su llegada a través de la ventana.

Mark Carter desmejoraba día a día, y Fedor solo podía ser testigo de su deterioro. Algunas noches, al regresar del laboratorio y ver la luz de su habitación encendida, llamaba a su puerta. La respuesta invariable era: «pasa», como si estuviese condicionado por Ruth, la mujer que lo cuidaba,

que entraba y salía durante todo el día, y él solo decía: «pasa», porque no tenía nada más que decir. Se había resignado a ser un montón de huesos sin vida propia, excepto cuando lo visitaba Fedor. Y este había descubierto que hablar de los avances o retrocesos en la investigación con Mark lo ayudaba a discernir, meditar, a buscar una respuesta a las preguntas empíricas y en ocasiones filosóficas que le hacía y a las que él respondía con un entusiasmo del que su receptor trataba de impregnarse.

Como invariablemente ocurría, había terminado de procesar los pensamientos que se agolpaban en su mente justo al llegar al laboratorio de la calle Lime; un lugar bastante tranquilo en una vía con poco tráfico. El edificio de tres plantas pasaba inadvertido entre el mar de otras edificaciones con paredes de ladrillos que tanto parecían gustar a los bostonianos. Una gran puerta metálica corredera de color entre marrón y ladrillo como para no desentonar, la camuflaba entre las demás construcciones; era la entrada a la cochera. Cuando no se utilizaba para los vehículos, permanecía cerrada y accedían por la puerta de peatones.

Fedor trabajaba en la tercera planta junto a Dodum. La segunda planta estaba equipada, pero Fedor nunca vio a nadie trabajando allí. Supuso que lo harían cuando él no estaba, pues llegaba después de clases. Y la primera planta constaba de varios cuartos equipados con camas y los implementos necesarios de una clínica. El primer voluntario con FOP, el paciente A, un hombre de cuarenta y siete años, había empezado a desarrollar la enfermedad treinta años antes y firmado un acuerdo para que se hicieran en él experimentos encaminados a encontrar la cura para su mal. En otro cuarto se alojaba una mujer de treinta años que padecía la enfermedad desde que tenía cuatro años. El progreso se había detenido por un lapso de catorce años y reiniciado a los veinticuatro. Hacía seis que hacía lo posible para sobrevivir y esperaba, según sus propias palabras: «curarse o morir en el intento». Era la paciente B.

—Lástima que sean tan mayores, hubiese preferido alguno más joven, para equiparar los resultados con Mark —consideró Dodum como pensando en voz alta—. ¿Cómo van tus pulpos? —le preguntó a Fedor, alzando la vista de unos papeles que tenía sobre el escritorio.

—Bastante bien —respondió Fedor mientras miraba a la joven pulpo de dos manchas que había mandado traer de California. Su pareja había muerto dos meses atrás, como suele ocurrir con los machos después de fertilizar los huevos. La hembra permanecía agazapada en una especie de cueva construida

artificialmente—. Espero tener la respuesta que andaba buscando.

—Me parece una propuesta demasiado arriesgada. La he estudiado y no me convence —alegó Dodum escéptico.

—He trabajado ex situ con el ADN del paciente. Construí, según la técnica de CRISP un ARN guía. Como usted sabe, el ARN se une a las proteínas CAS, buscan la secuencia específica y la cortan, en este caso el gen ACVR1 que es el relacionado con la enfermedad. Como la mutación más frecuente es un cambio de aminoácido en el residuo 206 de la proteína ACVR1 que hace que el receptor esté hiperactivo, en lugar de bloquearse la formación de tejido óseo, se activa su producción. Reemplacé esa parte con un gen del pulpo que contiene una proteína capaz de limitar la formación ósea —explicó Fedor.

—Esperemos que dé resultado.

—Los cigotos del pulpo hembra que tenemos aquí contienen la proteína en estado puro —dijo Fedor refiriéndose a los huevos que colgaban como preciosos racimos uniformes del techo de la cueva artificial en la pecera—. Bastante costó traerla y hacer que se apareara en cautiverio —añadió.

Dodum escuchó la explicación de Fedor sin demostrar su poco entusiasmo. Ya había tratado él anteriormente con ranas y hasta con el hígado del tiburón perro que tanto había recomendado Michael Zasloff de la Universidad de Pensilvania. Prácticamente estaba resignado a echar mano del plan B, pero antes, deseaba que Fedor agotase todos los medios posibles por su propia cuenta.

—¿Y qué piensas hacer?

—Inocularlos en las partes afectadas, obviamente, ya sabe que tenemos su autorización.

—Veamos... Fedor, solo te pido que no te entusiasmes demasiado; anteriormente no hemos tenido éxito con el gen de la rana y me preocupan las reacciones adversas.

—Esto será diferente. Y si hay reacciones negativas... bueno, usted sabe que el paciente es consciente de eso.

—El organismo humano tiene un comportamiento diferente al de los ratones, no sabemos qué pueda suceder más adelante. Ten cuidado, en estos pacientes hasta los pinchazos pueden producir inflamaciones que agraven su situación.

—¿Más de lo que ya están? No lo creo, profesor. Si yo estuviera en su lugar permitiría que hicieran conmigo lo que fuera, con tal de curarme.

—Recuerda que no se trata de usar veneno de serpiente o escualina de tiburón, que tienen un efecto directo por sí mismos. Se trata de terapia génica

entre animales y humanos, y eso no se ha hecho aún. Podría ser mortal.

—No podemos decir que no se haya hecho; tal vez sí, pero nosotros no sabemos los resultados —enfaticó Fedor.

Dodum negó con la cabeza y prosiguió leyendo el informe que tenía delante. El frenesí de sus años mozos había dado paso a una actitud sosegada y calculadora. Estaba al tanto de todas las investigaciones que se habían hecho al respecto, y sabía que ninguna, especialmente la de los seres invertebrados, había dado resultado. Pero, ¿cómo hacerle entender eso a Fedor? El problema principal residía en la propiedad mutante del gen de la enfermedad y su reacción a la Activina A. Pero dejaría que Fedor lo siguiera intentando, tal vez lograra algún resultado con su pulpo, ¿quién sabe? Pensó. Tenía cierto sentido. Por suerte estaban los pacientes A y B. No se atrevía a experimentar con Mark por más deforme que estuviera. Su padre no se lo perdonaría jamás.

Fedor reservaba los domingos para los estudios. El laboratorio le restaba un tiempo valioso que algunas veces no podía compensar a lo largo de la semana, aunque les dedicase las horas nocturnas y muchas veces las madrugadas. Dormía poco pero no incidía en su desempeño, y la obsesión por encontrar la cura para la enfermedad de Mark se había convertido en su principal objetivo. En cierta forma el responsable era Dodum, porque había infectado su mente con la idea de obtener el Premio Nobel, y algo que para el científico había sido una conversación casual, para Fedor era crucial. No obstante, había momentos en los que sin ser consciente, el deseo de ayudar a Mark empezó a ser prioritario. Su presencia se había convertido en un hábito casi imprescindible. Las visitas nocturnas y el buen humor que se desprendía de Mark aun en esos momentos aciagos convertían su rutina en una parte irresistiblemente agradable. La comprensión y el afecto entre ambos era recíproco; ambos formaban una pareja dispar y al mismo tiempo similar. Mientras a Mark la enfermedad lo había llevado de ser un chico alegre y extrovertido a ser un huraño, Fedor lo era por naturaleza, tal vez no tan arisco, pero sí carente de la jovialidad normal de un joven de su edad. El cambio de actitud de Mark le hizo descubrir que el humor era tan placentero como resolver un problema de ciencias, y que soltar una carcajada de vez en cuando le infundía energía.

Ruth trabajaba toda la semana, incluidos sábados y domingos. Para su beneplácito, parte de los domingos empezaba a tener un interés diferente, porque por las tardes Fedor se había convertido en el acompañante de Mark y habían convenido en prescindir de la mujer.

Dodum observaba en silencio la creciente amistad entre los jóvenes; en cierta forma, si se decidía a poner en marcha el plan B, aquello convenía a sus intereses.

## Capítulo 11

*Para Fedor, los experimentos en el laboratorio eran tanto o más importantes que sus clases en el MIT. A diario ansiaba regresar para verificar los resultados en el paciente A. Esperaba encontrar alguna reacción. Con la paciente B, todo dependería de la reacción del primero.*

Hubiera deseado no separarse de él ni un minuto, pero era indispensable presentar el trabajo acerca de fisión binaria que estuvo preparando durante la semana. Confiaba en Dodum, quien tenía más tiempo que él. Después de dictar clases estaba libre del MIT y en su contacto con los pacientes era meticuloso; anotaba en la bitácora los más ligeros cambios o síntomas del paciente A por mínimos que fuesen, igual que lo hacía con la mujer. La observaba y conversaba con ella desde su llegada, para anotar cualquier avance o deterioro en su salud.

Tres días después de haber sido inoculado con el vector, el paciente A empezó a tener fiebre. Era un síntoma, aunque poco frecuente, de rechazo. Las partes afectadas por la FOP empezaron a inflamarse y los dolores hicieron necesaria la aplicación de fuertes calmantes que lo mantuvieron en una especie de coma inducido. Fedor veía que su experimento fallaba y se sentía inútil al no poder hacer nada. Al cabo de cinco días decidió suprimir los calmantes; era imposible conocer el desarrollo o la involución de la enfermedad en ese estado. Y ocurrió lo impensable. El paciente A registró una notable mejoría, los dolores desaparecieron y según sus propias palabras, se sentía mucho mejor que en los últimos siete años. Para Dodum fue un resultado inesperado; para Fedor fue como haber ganado un premio. Se preparó para iniciar el tratamiento en la paciente B a pesar de que Dodum le pidió que esperase.

Día a día, el paciente A mejoraba, no de la enfermedad que lo había llevado allí, sino de los efectos colaterales de la inoculación del gen. Dodum estaba seguro de que su recuperación no tenía nada que ver con la cura que andaban buscando, para él el paciente se recobraba de los efectos secundarios, pero le

era imposible hacerle entender a Fedor la verdad. El profesor era demasiado escéptico y el alumno extralimitaba su entusiasmo.

—¿Cómo se siente hoy? —preguntó Fedor al paciente.

—Mejor que ayer —respondió el hombre—. ¿Ve que la hinchazón en mi rodilla ha desaparecido? —agregó, señalando la articulación que antes se veía hipertrofiada por la enfermedad.

—Ha desaparecido la inflamación reciente, sí, señor —admitió Fedor acercándose y tocándola con cuidado.

—Y ha dejado de dolerme, lo que es mucho decir. Antes me dolía todo el tiempo. También puedo mover el cuello, Mire. Hizo un movimiento que Fedor no le había visto hacer antes.

El corazón de Fedor empezó a latir apresuradamente.

—¿Desde hace cuánto tiempo no giraba el cuello?

—Ya perdí la cuenta. Lo que importa es que ahora puedo hacerlo. Quiero hablar con el doctor para agradecerle.

—Por supuesto. Es necesario que lo sepa, iré a llamarlo.

Fedor fue al despacho de Dodum con una felicidad que no le cabía en el pecho. Entró sin tocar y el profesor, sentado al escritorio, lo miró por arriba de sus gafas, con gesto de interrogación.

—¿Qué ocurre?

—¡Se lo dije! El paciente A se está recuperando, no solo de los síntomas de la inculación, como usted dice. De su enfermedad. Puede girar la cabeza, hace años que no lo hacía.

Dodum se quitó las gafas lentamente, como si sin ellas pudiera comprender mejor lo que escuchaba.

—Tenemos que hacerle una tomografía —dijo, al tiempo que se puso de pie para acudir a la habitación del paciente mientras murmuraba para sí—: Es imposible...

—Dijo que quería agradecerle —señaló Fedor, ajeno a los pensamientos de Dodum.

Dodum puso una mano en su hombro y apretó ligeramente.

—Deja que lo crea, ambos sabemos que quien lo logró fuiste tú.

—No se preocupe profesor, está bien —sonrió él.

—La responsabilidad es mía, pase lo que pase —agregó Dodum con cierta preocupación.

Fedor hizo un gesto de incompreensión y fue detrás de él. El paciente sonrió al verlos.

—Buenas tardes —saludó Dodum, como si no mencionar su nombre hiciera que el hombre fuese menos humano.

—Buenas, doctor, ¿ya le dijo Fedor que su tratamiento está surtiendo efecto?

—Debemos realizar algunos exámenes antes de saber si realmente la enfermedad está remitiendo. Usted sabe que es incurable, no deseo que albergue falsas expectativas; algunas veces los síntomas pueden variar, no nos hagamos ilusiones —sugirió Dodum con voz calmada mientras examinaba su rodilla. La presionó. —¿Le duele?

—No, doctor.

—Interesante. —Tocó con destreza la corva y asintió—. Fedor, pasa tu mano por el hueco poplíteo.

—¿Por dónde?

—Por aquí, y presiona un poco —señaló Dodum. Fedor hizo lo propio. —¿Qué notas?

—Está bastante suave, no sé cómo estaba antes porque no...

—Se llama plopíteo porque allí está el músculo poplíteo, arteria poplíteo... Es una región sensible, allí se encuentran multitud de vasos y nervios en el espacio que dejan los tendones de los músculos y otras estructuras. Antes solo había una masa ósea. ¿Puede estirar la pierna? —le preguntó al paciente A.

—Voy a tratar...

—Lo ayudaré. Ha pasado mucho tiempo y sus músculos pueden no responder.

Dodum lo tomó del tobillo y procedió a elevar el pie poco a poco.

—No puede ser... —susurró el hombre—. Me estoy curando, lo logró doctor, ¿es usted un santo!

—Aún no cantemos victoria. Le haremos una tomografía, y después veremos cómo se desarrolla.

El enfermero lo trasladó a la sala de exámenes, mientras Fedor estaba a punto de estallar de orgullo. Había hecho posible lo que nadie hasta ese momento pudo. Sin perder tiempo fue a su laboratorio y contempló al pulpo hembra. Había dejado de existir, extenuada, después de cincuenta días sin alimentarse. Una nube de pequeños pulpos de tamaño microscópico flotaba en la superficie, *unos cien mil*, tal vez más... calculó. *Conservaré unos cuantos y escogeré al mejor par*, concluyó Fedor. Extrajo al pulpo con unas pinzas largas y lo dejó en una cubeta de desechos. Sin prestar más atención a la pecera fue directamente a la cámara de congelación. Abrió el recipiente que

guardaba los cigotos de pulpo en pequeños contenedores herméticos. Cogió uno y procedió a descongelarlo. Después del procedimiento habitual lo introdujo en la incubadora, cronometró su reloj a dos horas y fue al encuentro de Dodum, quien al verlo llegar le mostró los resultados grabados de la tomografía en una pantalla.

—¿Ves alguna diferencia con estos? —le preguntó señalando las placas de un estudio anterior.

Fedor observó con atención cada una de las partes atrofiadas del paciente A, en unas y en otras.

—Veo que el tratamiento solo ha actuado en ciertas partes. Tal vez deberíamos esperar para que termine de inocularse el «compuesto» en el resto de lesiones —sugirió.

—Lo que yo veo es que tu tratamiento está dando resultado, Fedor. Aunque es muy temprano para cantar victoria, debo felicitarte. Estamos viendo una recuperación de una enfermedad incurable. Debemos mantener al paciente en vigilancia las veinticuatro horas, nos turnaremos, no quiero dejar nada al azar.

—Empezaré a tratar a la paciente B. Si funciona con ella creo que no quedarán dudas.

—Me temo que tendremos un problema a la hora de hacer público nuestro descubrimiento. Tu descubrimiento —rectificó Dodum.

—¿Por qué?

—Porque nos hemos saltado las reglas, hemos hecho experimentos en seres humanos, y todavía no sabemos los riesgos que pueden conllevar. Verás, cuando se investiga un nuevo tratamiento, los primeros estudios deben hacerse sobre animales de laboratorio, pues no se sabe lo que puede pasar. Solo si se demuestra en ellos alguna utilidad y que no aparecen efectos graves, se puede probar en humanos. Hay unas normas éticas muy severas... ¿Comprendes? —preguntó al ver el ceño fruncido de Fedor—. Y nosotros no las seguimos.

—¿Quiere decir entonces que aunque surta efecto no podremos darlo a conocer? Es absurdo —se quejó Fedor.

—La mayoría de las investigaciones llevan años; solo en los pacientes en grave riesgo de morir se pueden acelerar algunos tratamientos experimentales, aun así las normas son estrictas. Nadie nos apoyará solo por apresurarnos en encontrar una solución. Créeme.

—Comprendo. Pero eso no debe impedir que sigamos investigando, experimentando, son personas que nos han dado por escrito su autorización, me refiero a que son mayores de edad, saben a lo que están expuestos.

—Claro, pero la comunidad científica es muy estricta, siempre se antepone la ética. Lo que debemos hacer es mantener al paciente en observación el mayor tiempo posible, el cuerpo humano es impredecible.

—Está bien —admitió Fedor mirando el reloj de pulsera—. Perdone, profesor, pero tengo algo que hacer.

Faltaban quince minutos cuarenta y tres segundos para las dos horas. Tenía que desinfectar la superficie donde trabajaría y todo el material para la edición. Se lavó las manos escrupulosamente y se puso los guantes, el gorro y la mascarilla y procedió a sacar la placa de la incubadora. Se quedaría hasta tarde ese día, el procedimiento de edición de ADN de la paciente B tenía que hacerse con mucho cuidado.

Al cabo de tres horas Fedor ya tenía el gen de la paciente B editado con el del cigoto del pulpo. Se dirigió a su habitación y lo inoculó en cada una de sus partes afectadas. Se sentía eufórico, si resultaba, ¡podría probar con Mark! Era lo que más le interesaba, más que cualquier premio, el cual veía alejarse por las explicaciones de Dodum. ¿Acaso el científico ruso Anatoli Bruchkov no se había inyectado el bacilo F, una bacteria de hace tres millones y medio de años? Y al parecer con resultados sorprendentes. Claro que la comunidad científica no lo aprobaba. Sin embargo, ya una mujer se había sometido al tratamiento que la haría más fuerte, saludable y aparentemente inmortal. Pero había tenido que inyectárselo ella misma, porque de lo contrario él hubiera perdido su licencia.

La mente afiebrada de Fedor era capaz de encontrar cualquier excusa para convencerse a sí mismo de que lo que hacía era correcto, mientras Dodum, su cómplice y mentor, procuraba alejarse de cualquier responsabilidad que manchase su reputación, pero sabía que sería imposible si el muchacho proseguía con el afán de continuar con los experimentos de manera indiscriminada.

Esa noche Fedor durmió como no lo había hecho desde hacía días. Era como si haber encontrado la cura surtiese un efecto apaciguador en su ánimo. Las últimas semanas habían transcurrido a un ritmo demencial y, aunque él no lo notara, su cerebro estaba exhausto. Sin embargo, despertó como siempre a las seis en punto de la mañana y procedió a su ritual matutino: cepillarse los dientes, ducharse, hacer la cama, vestirse, ordenar su habitación e ir al instituto. Desayunaría después de la primera clase, como siempre. No toleraba los alimentos demasiado temprano.



## Capítulo 12

Para Bertha, la vida en Lisbon transcurría plácida hasta el día que se le ocurrió escribir a Fedor:

*Hola, Fedor,*

*Solo quería decirte que tu casa está bien. Yo me ocupo de ir una vez por semana a hacer limpieza. La nevera está vacía para que no se desperdicien los alimentos, así que por favor, si piensas venir algún día no olvides avisarme. La semana pasada pinté la cerca del jardín interior y ha quedado preciosa porque los pensamientos que tanto le gustaban a tu mamá están en plena floración y hacen un lindo contraste.*

*Espero que todo te vaya bien por allá,*

*Hasta pronto,*

*Bertha.*

A partir de ese día, cada vez que abría el correo para ver si había respuesta, era un momento angustioso, aunque tenía la certeza de que Fedor respondería, ya que debido a su forma de ser, le resultaría inadmisibles que dejara algo pendiente. El temor que la embargaba consistía en no saber qué actitud tendría él al leer la nota. Tal vez se enfadaría, o considerase que eran tonterías que él no tenía por qué saberlas. Pero era su casa. Y le había dejado las llaves. Era su obligación velar por ella y reportarse, se decía, y quedaba más tranquila para al día siguiente volver a sentirse igual de angustiada.

Aunque el trato directo con él fue corto, de alguna manera Bertha consideraba que al mismo tiempo había sido profundo. Ella había estado a su lado cuando más la necesitaba —al menos eso creía— y le había preparado los panqueques que su madre hacía. Se sintió feliz cuando le dio las llaves de su casa; ella las tenía porque Cadence se las había dado, pero fue más significativo recibirlas de él. Todavía tenía indeleble en la memoria el momento en que la miró a los ojos. Cuando lo hizo sintió que había dejado de ser invisible para el mundo. El pequeño parpadeo de Fedor al mirarla,

significó más que todos los lacónicos «hola» que se habían dado durante todos esos años. Bertha no pudo evitar el suspiro entrecortado que se escapó de su pecho al revivir ese momento. Si eso era estar enamorada, seguramente lo estaba. Y aunque su madre le dijera que no valía la pena enamorarse de un chico tan indiferente como él, ella sabía que su indiferencia no se debía a que él fuera frío o distante con la gente por algún motivo específico; simplemente él era así. Y ella así lo aceptaba.

√

Una vez más Fedor repasó los correos del día y volvió a detener la mirada en el de Bertha. No le había contestado a pesar de que habían transcurrido cuatro días, algo inusual, porque a él le desagradaba tener correspondencia pendiente. La desechara o la archivaba después de responder, pero verla ahí justo en la última fila de los correos recibidos le empezaba a producir cierto malestar. ¿Qué podía contestarle? «No pienso regresar más a Lisbon», no sería lo más apropiado. Después de todo la casa era de él y no podía darse el lujo de regalársela, pero lo cierto es que no deseaba ni tenía planeado ir a Lisbon. Ya no había nada que lo atara a ese lugar, excepto la casa, claro, pero, ¿y si le encargase que la vendiera? Tendría que ir de todos modos para la firma y ese tipo de cosas... Pensó en Bertha y recordó sus ojos de un verde increíble. Si se topara con ella en la calle y ella tuviera los ojos cerrados con seguridad no sabría quién era, pese a ello, si alguien le preguntase: ¿tienes alguna amiga de confianza?, la primera persona que acudiría a su mente sería Bertha.

Decidió responder:

*Hola, Bertha,*

*Muchas gracias por tomarte tantas molestias con mi casa. No tengo pensado regresar por el momento, pero dado el caso que lo requiera hacer, te avisaría, por supuesto.*

*Saludos,*

*Fedor.*

Pulsó «enviar» y respiró aliviado. Ya podía continuar con la bandeja de entrada hasta dejarla absolutamente vacía.

De regreso al laboratorio su mente se ocupó de inmediato en lo que lo tenía absorto en esos días: los pacientes A y B. Había tres semanas de diferencia en el tratamiento y el paciente A continuaba progresando, lo que para Fedor era indiscutiblemente una curación. La paciente B empezaba a movilizar las articulaciones de los codos, lo cual significaba que el tratamiento era exitoso. Pero Dodum se negaba a aceptarlo así. «He visto mejorías que después

involucionan sin motivo aparente, debemos esperar», afirmaba. Pero paciencia era lo que menos tenía Fedor. No veía las horas de inocular el tratamiento en Mark, quien día a día se veía más desmejorado.

Los días que pasaban más tiempo juntos eran los domingos, y Fedor empezó a conocer a Mark. Era un joven que lo había tenido todo desde la cuna y cuando su padre empezó a escalar posiciones en el ejército, la situación económica de ellos mejoró notablemente. Se sentía culpable por la muerte de su madre. En realidad, para Fedor era una mezcla inusual y al mismo tiempo inútil de sentimiento de culpa entre ambos; el hecho de que su madre se hubiera suicidado al conocer su enfermedad no solucionaba nada. El médico había cometido el error de comentar que había más probabilidades de transmitirla por vía materna, y eso fue demasiado para ella. Aunque sabía que la enfermedad no necesariamente era hereditaria, desde el punto de vista de Fedor, hubiera resultado más útil si ella hubiese continuado con vida, de esa manera, quizá extrayendo células madre de su médula ósea, se habría hecho un estudio de su ADN o tal vez una edición si fuera necesario, para implantarla en Mark, pero tal como estaban las cosas solo pensarlo era tan inútil como la muerte de ella, razonaba.

Comprendía hasta cierto punto la aversión que él sentía hacia su padre, quien hubiera deseado un hijo vigoroso que siguiera sus pasos, o que tuviera un intelecto brillante, o al menos que mostrase ambición hacia algo, el deseo de llegar a ser alguien por cuenta propia... y lo único que había heredado de él era el sexo, aunque su rostro era más parecido a la madre, según él. Fedor había visto la foto que llevaba en su cartera y no estaba muy de acuerdo. Enfermo como estaba, decía que era un constante recordatorio para su padre de lo inútil y delicado que era. Lo decía el mismo Mark, quien pese a que su padre lo considerara poco inteligente, sabía que era una carga inservible, algo que lo hacía sentir que llevaba sobre él un fardo cargado de culpa; suya, de su padre y también, ¿por qué no?, de su madre.

Para Fedor, Mark era un lienzo en el cual trabajar. Sería su obra, lo recompondría y el profesor Dodum tendría que aceptar que finalmente tenía razón; podría mostrar a su amigo, el Secretario de Defensa, que su hijo estaba sano. No obstante, no se había atrevido, al menos no todavía, a inocularle el tratamiento, pero su paciencia empezaba a acabarse y lo tendría que hacer, tarde o temprano.

Los pacientes A y B mostraban clara regresión de la enfermedad, sin embargo Dodum se mantenía firme, después de cuatro meses, a aprobar el

tratamiento en Mark. Y esa mañana, cuando recibió la llamada de Wilson Carter, la inquietud que lo embargaba siempre que hablaba con él se agudizó.

—Hola, Pete, ¿qué hay de nuevo?

—Estamos por empezar el tratamiento con Mark. Justo hoy te iba a llamar —mintió.

—¿En serio? —preguntó Wilson sin ocultar su escepticismo. No era la primera vez que recibía la misma respuesta.

—Esta vez va en serio, Will.

—No veo a mi hijo desde hace meses.

—Mark está bien, no te preocupes. La próxima vez que esté frente a ti será un hombre nuevo. Lo prometo.

—Abogaré por ti para que te concedan el Nobel, de ser así.

Dodum no supo si lo decía en serio.

—No hablemos de eso, será mejor que no hagas nada al respecto, esto tendrá que quedar estrictamente entre nosotros, recuerda que nuestros métodos son... empíricos. Lo contrario nos tomaría mucho tiempo.

—Pero no correrá peligro la vida de Mark, ¿verdad? —Dodum percibió en la voz de Wilson cierta vacilación.

—Descuida, haré que todo sea seguro para él. Dentro de lo posible, claro.

—La última vez que hablé con Mark lo noté bastante animado, ya quiero tenerlo de vuelta sano, Pete, no sabes lo que significa para mí.

—Lo sé. Confía en mí —afirmó Dodum con el tono más firme que pudo—. Tengo un pequeño problema. Se nos están acabando los fondos, y necesito... Debo pagar a la gente que trabaja conmigo y necesitamos una cámara criogénica adicional.

—Lo solucionaré, por eso no te preocupes.

Después de finiquitar los detalles, Dodum colgó el teléfono. Exploraría a los pacientes A y B una vez más y tomaría la decisión ese mismo día, era lo mejor, pensó.

Al llegar, Fedor encontró al profesor de habitual talante sereno, bastante excitado.

—Hijo, tenemos que inocular el tratamiento en Mark. Llegó el momento —le dijo.

—Qué bien, profesor, justo pensaba que ya era tiempo de hacerlo —contestó Fedor entusiasmado. ¿Trasladaremos a Mark?

—No... creo que es mejor tenerlo en casa, así estaremos disponibles para él día y noche.

—Buena idea. Lo haré ahora mismo.

Fedor sonrió. Pocas veces lo hacía pero la situación y la cara de Dodum le hacían gracia. Los ralos cabellos del profesor se esparcían en forma desordenada alrededor de su cabeza dándole una apariencia que, vista a contraluz, parecía una aureola.

Se encaminaron por un pasillo hacia el cubículo de Fedor. Él miró a Dodum y este levantó las manos y enseñó las palmas.

—Yo solo me limitaré a observarte.

Fedor asintió en silencio, se encajó el gorro, la mascarilla y los guantes y sacó de una pequeña nevera un pequeño vial. Luego procedió a extraer su contenido y pasarlo a una jeringa.

—Listo —dijo, una vez que dejó todo en orden y la jeringa a buen resguardo previamente cerrada, en un estuche especial.

—¿Lo tenías preparado?

—Claro. Tengo más, todas pertenecen al ADN de Mark y ya están editadas. Dodum pensó que no debería asombrarse.

—Te llevaré —se limitó a decir.

## Capítulo 13

Ruth, la enfermera, los hizo pasar y salió de la habitación. Mark, después de mirar a Dodum y a Fedor indistintamente, supuso que iría a ocurrir lo que ya este le había anunciado un par de días atrás. Por fin empezaría su tratamiento. No sabía si alegrarse o asustarse; sintió una combinación de ambos sentimientos. Tenía miedo de que todo resultara inútil, o de que algo no calculado pudiera ocurrirle a su organismo, después de todo, le iban a inocular ADN modificado de un pulpo, como le estuvo explicando Fedor.

Fedor desinfectó con sumo cuidado la mano derecha de Mark. Sería donde primero aplicaría la inyección con el vector. Momentos después Mark cerró los ojos y lo único que se le ocurrió fue rezar para que todo saliera bien. Sintió el leve pinchazo y supo que no había marcha atrás.

Dodum solo actuaba como observador mientras los pensamientos bombardeaban su mente. ¿De verdad el resultado sería permanente? ¿Cuáles serían los efectos secundarios a largo plazo? ¿Se curarían Mark y los otros pacientes? De no ser así tendría que echar mano del plan B. De ninguna manera se presentaría ante Wilson Carter como un fracasado. Se fijó en las manos de Fedor; lo hacía bien. No pudo evitar un sentimiento de envidia. Con pulso firme procedió a inyectar su «cura milagrosa». Después tapó la jeringa desechable y la guardó en el estuche de metal.

—Tal vez sientas algún malestar al comienzo, Mark, pero es normal. De todos modos, tienes el timbre de Ruth a tu lado, a la hora que sea, aun si es de noche, que ella me despierte.

—Gracias, Fedor, espero no sentir nada pero lo tomaré en cuenta —dijo Mark sonriendo levemente. Deseaba evitar que se viera nervioso.

—Son las seis de la tarde. Puedes cenar como normalmente lo haces, no hay nada contraindicado. Estaré en mi cuarto.

—Todo saldrá bien, Mark —dijo Dodum, y dándole una palmada en el hombro, salió.

—Fedor, espera —dijo Mark—. No te vayas todavía.

—Como digas.

—Supongo que los pacientes de los que me hablaste están mejorando, ¿qué probabilidades hay de que a mí me ocurra lo mismo?

—Probabilidades... —Fedor pensó que no era el momento de una respuesta exacta de las probabilidades que tenía respecto a que a Mark le ocurriera lo mismo. Creyó conveniente tranquilizarlo, y le dio una respuesta simple—: Si el paciente A empezó a recuperarse a los ocho días, y a la paciente B le tomó siete días, creo que tú empezarás a sentirte mejor a los dos días y medio.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Solo respondo a tu pregunta. Deseo que el vector que te inoculé tenga el mismo comportamiento que con ellos.

—Hablaste de efectos secundarios...

—No. Te dije que los primeros tres días uno de los pacientes tuvo fiebre y síntomas de rechazo, y la otra paciente lo llevó un poco mejor. No estoy seguro si es por ser mujer, cada organismo se comporta de diferente manera.

—¿Eres feliz con tu vida, Fedor?

—¿Yo? —preguntó él sorprendido.

—Sí, claro, tú. Supongo que sí. Haces lo que te gusta, y lo sabes hacer bien. Eso debe hacerte sentir muy feliz.

—La felicidad es un estado momentáneo. Si se trata de eso te pondré un ejemplo: Me sentiría feliz si veo que empiezas a recuperarte. O tal vez estoy confundiendo felicidad con satisfacción —repuso Fedor frunciendo el entrecejo.

—¿Sabes qué haría yo si me curase por completo?

—No.

—Desaparecería.

—¿Qué? —preguntó Fedor. Pensó que la inyección empezaba a surtir un efecto extraño en Mark.

—Así mismo. Me alejaría de mi padre cuanto pudiera.

—Pero él es quien está más interesado en tu cura, ha invertido mucho dinero en ti, Mark, no digas tonterías.

—Lo sé, sé que él más que nadie quiere que yo sea perfecto, pero no me siento capaz de curarme y cambiar mi forma de ser, ¿comprendes? Quiero ser libre. Si llego a curarme seré más esclavo de él que nunca, le deberé la vida. Sí, sé que la vida me la dio él, y todo eso, pero jamás comprenderías lo que es vivir con un padre como él. No me siento capaz. ¿Y sabes una cosa? Así como

me ves, paralizado y dependiendo de Ruth para mis más íntimas necesidades, soy más feliz que viviendo con mi padre.

—No comprendo... si no tuvieras ese padre quién sabe qué habría sido de ti. No tendrías a Ruth, ni estarías aquí en busca de una cura. ¿Por qué lo odias tanto?

—No lo odio. Simplemente me siento un incapaz a su lado. Él desea un hijo perfecto, inteligente, alguien similar a él, valiente, invencible... ¿Te conté que tiene la Estrella Púrpura? Es un héroe. Yo no soy así. Nunca podré serlo. Nunca... podré...

Mark cerró los ojos. Fedor tomó su pulso y era normal, su respiración acompasada no indicaba ningún problema. Llamó a Ruth. Ella le tomó la presión arterial, y le abrió un ojo. Miró a Fedor y le preguntó:

—¿Le dieron un ansiolítico?

—No. Estábamos conversando y de pronto se quedó dormido.

—Será mejor que lo acueste en su cama.

Ruth puso el estetoscopio en el pecho de Mark. Después le dio vuelta y lo puso en su espalda y escuchó con atención, luego en el vientre. Finalmente asintió e hizo un gesto con la boca.

—¿Sucede algo?

—No. Todo está en orden, aparentemente.

—Estaré en mi cuarto, si sucede algo, me llama, por favor.

—Descuide. Lo haré —dijo Ruth preguntándose de qué podría servir un simple estudiante de ciencias. En todo caso necesitaría al doctor Dodum, no a un joven inexperto como él.

Le quitó la ropa a Mark y le puso el pijama sin que él diera muestras de despertarse. Observó que en una de sus manos había un pequeño punto inflamado. Dedujo que lo habían inyectado. Pensó que sería bueno saber con qué, para actuar en caso de ser necesario. Decidió hablar con Dodum. Subió a la segunda planta; por la hora supuso que estaría en su despacho. Tocó dos veces.

—Adelante. —La cara de Dodum reflejó sorpresa por un instante. Esperaba que fuese Fedor—. ¿Qué se le ofrece, Ruth?

—Me preguntaba si ustedes le habían suministrado algún sedante a Mark. Está profundamente dormido.

—No, desde luego. ¿No acostumbra a dormir?

—Claro que sí, pero no como ahora. Noté un pinchazo en el dorso de su mano derecha.

—Ah... eso. No se preocupe. Es un placebo. Parece que Fedor y él han estado hablando de su posible recuperación, lo cual usted y yo sabemos que es bastante improbable, y para tranquilizarlo le inyectamos una pequeña cantidad de solución inocua. Probablemente lo que está viendo es el efecto placebo.

—Comprendo... —dijo Ruth no muy convencida—. Usted es consciente, supongo, de que en su condición, los pinchazos, traumatismos o cualquier roce puede exacerbar la enfermedad.

—¿Más de lo que está? ¿Ha demostrado alguna mejoría desde que está a su cuidado?

—No. No lo creo, y solo Dios sabe cómo estuvo antes.

—Usted y yo sabemos cómo estuvo. Su enfermedad avanza inexorablemente y no creo que se detenga, así que dentro de poco, me temo que tendré que enviarlo a su casa.

—¿Podré seguir a su servicio?

—No lo creo, Ruth. Pero me aseguraré de que su trabajo sea bien recompensado. Es usted una enfermera excelente.

—Gracias, doctor. Pero más que cualquier compensación monetaria lo que desearía es una recomendación para recuperar mi licencia.

—Es un asunto muy delicado, y aunque sé que usted actuó de buena fe, el cuerpo médico no lo considera así, no obstante, trataré de hacer algo.

—Bien, doctor, gracias.

—Por favor, mantenga a Mark estrechamente vigilado las veinticuatro horas. Y si ve algo raro, avíseme.

Ruth se retiró cerrando la puerta con cuidado. Todos sus movimientos eran siempre sigilosos, como si temiera despertar a alguien.

Dodum sabía que Ruth era eficiente, y que tenía buena disposición para el trabajo que se le había encomendado. No era una simple asistente o enfermera, había estudiado medicina aunque no llegó a graduarse por falta de medios, según ella, y tuvo que optar por enfermería, una carrera menos exigente. Había perdido su licencia por proporcionar fármacos sin receta y sin permiso; el hospital donde trabajaba la despidió porque consideraron que era un robo y le cancelaron la licencia. Ahora ella había rebajado su status a cuidadora de enfermos, en esos momentos bien pagada, eso sí, por sus conocimientos y por su fortaleza física. A Dodum le daba lástima. Y Ruth parecía haber depositado toda su confianza en Dios; pertenecía a uno de los tantos cultos cristianos de nombres extraños, y atosigaba al pobre Mark con versículos de la biblia. En su momento la había recomendado a Wilson Carter, y dependiendo de la

evolución de su hijo tendría que deshacerse de ella. Le pagaría una cantidad que no rechazaría, dado el caso. Prefería tenerla lejos, nunca se sabía lo que pasaba por su mente, o qué conclusiones sacaría de todo. La ambición... ¿Acaso alguien estaba exenta de ella? Bajó y fue al laboratorio. Deseaba examinar una vez más a los pacientes.

Los pacientes A y B, habían tenido diferentes reacciones. Lo de quedarse profundamente dormido era nuevo. ¿Tendría que ver la edad? Mark era el más joven. Fue a ver a los ratones de Fedor y lo que encontró le dio escalofríos. Sintió miedo. Miedo de que todo resultase mal y tuviera que decirle a Wilson que su hijo se había quedado dormido para no despertar más. Era necesario que hablara con Fedor.

A Ruth las palabras de Dodum le parecieron misteriosas. *¿Le inyectó un placebo y desea mantenerlo vigilado las veinticuatro horas?* Sospechaba que se traían algo entre manos. Él y ese estudiante Fedor Mogliani. ¿Acaso estarían actuando fuera de la ética? Algo extraño se respiraba en el ambiente. Esperaría a ver qué sucedía. Volvió a la habitación de Mark y lo vio durmiendo con una placidez sorprendente. Le dio vuelta para cambiarlo de posición; él siempre dormía de lado porque le era imposible acostarse espaldas. Después se sentó en un sillón al lado de la cama y sacó una pequeña biblia de bolsillo.

√

Fedor, al igual que Dodum, achacó el sueño de Mark a su edad. Esperaba que fuese el único síntoma, pues el paciente B, el mayor, lo había llevado bastante mal. La mujer, en cambio, solo había tenido náuseas y escalofríos, y ninguno de ellos había reaccionado como Mark. Supuso que de haber otro paciente los síntomas también serían diferentes. Lo de los ratones, en cambio, era otro asunto. Como si el vector no hubiera tenido el menor efecto secundario en ellos. Los cinco ratones inoculados mostraban una importante mejoría, podían caminar y moverse con soltura aunque ninguno de ellos corría en la rueda que permanecía en la jaula, inmóvil, esperando ser usada. Sin embargo, no podía preguntarles qué sentían o qué les dolía. Pensó en sus pacientes A y B. Era lo bueno de los seres humanos.

Durante la cena Dodum sugirió en algún momento que debían hablar en privado, así que la conversación no se refirió en ningún momento a Mark.

—Es una suerte que estemos de vacaciones —dijo el profesor.

—Cierto, así tendré la oportunidad de verificar los avances en Mark.

—O los retrocesos.

—Profesor, usted es demasiado pesimista. Yo creo que todo saldrá muy bien.

—Será mejor que hablemos en mi despacho —le recordó Dodum— No sabemos quién puede estar escuchando —añadió quedo.

La cena prosiguió en silencio.

—Por favor, Lorena, sírveme el café en el despacho —ordenó el profesor al terminar el postre.

—Para mí que sea té verde, por favor —indicó Fedor.

Una vez sentado tras su escritorio, Dodum preguntó:

—¿Crees que la reacción de Mark conlleve algún peligro?

—No sé, profesor, es muy temprano para saberlo. Antes de la cena lo vi y seguía durmiendo, según Ruth sus constantes eran normales, pero él no despertó. Creo que debemos esperar para saber qué sucederá.

—Me preocupa lo que le pueda ocurrir, y más la reacción de su padre. ¿Te imaginas que le dijéramos que su hijo se convirtió en un vegetal?

—Pues, tal como está tampoco es muy del gusto de su padre —repuso Fedor con cierto cinismo.

—¿Acaso no te das cuenta de la gravedad de la situación? Y Ruth parece estar sospechando algo.

—¿Qué podría sospechar?

—Se dio cuenta de que le inyectamos. Le dije que era un placebo, pero se me hace que no lo creyó.

—¿Y qué, si no lo creyó? Ella no puede hacer nada.

—Podría hacer. Y mucho. No estoy dispuesto a ser chantajeado.

—Profesor, creo que debería ser más claro conmigo. ¿A qué le teme? El padre de Mark lo puso en sus manos, que yo sepa, nunca hubo seguridad de que su curación fuera posible, sin embargo hemos avanzado en la dirección correcta. Ya hay dos personas que demuestran que se puede revertir la enfermedad, ¿Qué le hace suponer que con Mark no ocurra lo mismo?

—Esta tarde al regresar al laboratorio encontré a tres de tus ratones muertos.

Fedor dio un respingo.

—Imposible. Llevaban varios meses en franca mejoría. ¿Qué sucedió con los otros dos?

—Están vivos, pero con ellos es imposible saber qué les duele o qué sienten.

—Tal vez la dosis haya sido demasiado fuerte para un animal tan pequeño.

—O tal vez tu vector no sea tan eficiente como pensamos.

—Es probable. En todo caso lo que nos interesa es que los pacientes están mejorando. Y a usted no debería preocuparle tanto su amigo del Pentágono, creo que él sabe que hará lo posible por curar a su hijo y, a decir verdad, de ocurrir una fatalidad, creo que lo comprendería.

—No, tú no entiendes... Me estoy jugando mi carrera. Todo por lo que luchado se irá al diablo. No conoces al padre de Mark, ha invertido demasiado dinero en esto. Solo se me ocurre una solución, y tú eres el único que puedes ayudarme.

—Yo estoy haciendo lo posible, profesor, créame, también me interesa que todo salga bien, aunque, como me dijo, quede en el anonimato. Si Mark se cura, para mí sería el logro más importante de mi vida.

—¿Y si muere?

—Finalmente habrá descansado.

—No, tú no entiendes... —insistió Dodum.

—La verdad es que no.

—¿No te gustaría tener acceso a todo el dinero de los Carter? ¿Ser el heredero de su fortuna, ser el hijo del que se sentiría orgulloso? Tendrías lo que quisieras, tu propio laboratorio, podrías tener a tu disposición lo que nunca antes...

—Por supuesto que me gustaría, profesor. Pero no veo cómo... —Fedor hizo una pausa y terminó de digerir todo lo que acababa de decir Dodum—. ¿No estará usted pensando en...?

—¿Recuerdas que te hablé de un plan B? —Fedor no respondió. Guardó silencio y miró a Dodum. *¿Con qué saldrá ahora?* Si era lo que estaba pensando, solo confirmaría lo que en ocasiones había sospechado—. Hijo, ustedes son muy parecidos. —Prosiguió Dodum—. Después de tantos años con la enfermedad, ni su propio padre podría identificarlo con certeza.

—¿Y qué sacaría usted con eso? No veo en qué podría beneficiarlo académicamente.

—Tal vez académicamente no, pero Wilson es mi amigo, y no quiero defraudarlo.

—Pero acaba de decir... —Fedor prefirió evitar lo incongruente que le resultaba la afirmación de Dodum—. Está bien. Supongamos que yo acepte. ¿Qué pasaría con Mark?

—Había pensado recluirlo en algún lugar apartado, para él será igual estar aquí o en cualquier parte.

—Me parece bastante retorcido de su parte, profesor.

—Piénsalo. Solo te pido eso. Piénsalo y después hablamos.

—Creo que no debería preocuparse tanto por tres ratones muertos. Lo importante es que tenemos a dos seres humanos recuperándose —replicó y salió del despacho.

Fedor sintió que Dodum se había convertido en una estatua con pies de barro. Toda la admiración que había sentido por él se había diluido en unos segundos. Se recriminó por ser tan ingenuo. ¿Cómo pudo pensar que él lo consideraba un genio? Todo había sido una pantalla para finalmente terminar en una propuesta que debió haber fraguado desde el comienzo. No sabía si sentir pena o rabia. Deseó que Mark despertara. Deseó que su curación fuese posible para restregarle a Dodum en la cara lo que era capaz de hacer.

Fue a ver a Mark. Ruth lo miró con cara de circunstancias.

—Sigue dormido —dijo de manera innecesaria.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Creo que unas cinco horas y media.

—Lleva durmiendo seis horas y cuarenta y cinco minutos —afirmó Fedor mirando su reloj de pulsera. Se abstuvo de decirle los segundos porque consideró que sería abrumador—. Probablemente mañana temprano despierte. Dejemos que descanse.

—Me quedaré con él —afirmó Ruth en tono desafiante.

—Está bien.

Fedor salió y fue a su dormitorio. Una vez allí se derrumbó en la cama. Toda la frialdad e indiferencia que había mostrado ante Ruth quedó de lado y lo atenazaron ideas inquietantes. Pensó que si accediera al requerimiento de Dodum él se transformaría en el hijo de un hombre importante. Su vida cambiaría. ¿Qué haría con su carrera? ¿Cómo convencería a Wilson Carter de que él era Mark? ¿Qué haría con esa nueva identidad? Era una locura. Lo mejor sería que Mark despertase de una vez y el vector empezara a surtir efecto. No durmió bien esa noche. Despertó varias veces aguzando el oído para escuchar algún ruido en el cuarto de Mark, pero todo seguía silencioso como en tiempos de la creación, que diría su madre.

A las seis de la mañana sintió toques en la puerta y de inmediato se despejó.

—Adelante —dijo.

—Mark ha despertado —anunció Ruth con solemnidad y dio vuelta.

Fedor se cepilló los dientes, se dio una ducha rápida para estar presentable y después de hacer su cama, estaba frente a Mark. Le dijo a Ruth que los

dejara a solas y ella salió hacia la cocina. Él cerró la puerta y pasó el pestillo.

—Dormiste mucho.

—Eso me dijo Ruth.

—¿Cómo te sientes?

—Te parecerá extraño, pero me siento muy bien. Como si con el sueño hubiera recuperado fuerzas. No sabría explicarlo.

Fedor examinó su mano derecha. El pequeño punto apenas se notaba.

—¿Puedes estirar los dedos?

Mark miró su mano y tras hacer un esfuerzo negó con la cabeza.

—Sigue igual que siempre.

—Esperemos a que la inyección surta efecto, suele ocurrir a los tres días.

Mark lo miró de manera extraña y no dijo nada.

—Tuve un sueño un poco raro...

—¿Sí? —preguntó Fedor más por decir algo que porque le interesara saber con qué había soñado. Le parecía una pérdida de tiempo enterarse de algo irreal.

—Sí. Soñé que podía estar bajo el agua sin necesidad de tomar aire.

Fedor Sonrió.

—Es porque sabes que te he inyectado tu ADN editado con el de un pulpo. La mente puede jugar contigo.

—Tal vez... —repuso Mark, un poco desilusionado.

—Ahora debo ir al laboratorio, Ruth me llamará si nota algún cambio. Ya sabes, si sientes náuseas o un decaimiento, es normal, no te asustes.

—Tengo hambre. Es lo único raro que siento.

—Bien, Mark, fantástico. Nos vemos más tarde.

Al salir se topó con Ruth. Llevaba una bandeja grande con jugo, café, tostadas, tocineta y huevos fritos.

—Mark se despertó con mucho apetito —dijo ella.

Después de pedalear la distancia que lo separaba del laboratorio, Fedor guardó la bicicleta en el garaje y subió por las escaleras como una tromba para ver a sus ratones.

Desinfectó el recipiente del día anterior y lo guardó en su lugar. Sacó de la nevera a los tres ratones muertos, cada uno en una bolsa plástica, y los examinó con cuidado. Tocó sus articulaciones y notó que el progreso había seguido avanzando, pero al mirar detrás de la oreja notó una marca. Una especie de mordisco o algo parecido. Revisó los otros dos y tenían una marca similar. No habían muerto por el tratamiento, algo los había matado. Volvió a

meter lo ratones en la nevera y fue a ver a los sobrevivientes.

Se veían bastante más saludables que hacía solo dos días. Uno de ellos había recuperado la movilidad de sus cuatro patas. Y se notaba más grueso que antes, pero no por efectos de la deformidad, que había desaparecido. No se movía y lo miraba directamente a los ojos con sus ojillos brillantes. El otro ratón visiblemente más sano que antes, parecía resguardarse en un rincón. ¿Qué estaba sucediendo? Salió y fue a su laboratorio, para ver a través de la pantalla lo que ocurría en la jaula. El ratón grande empezó a caminar lentamente de un lado a otro, hasta acercarse de manera subrepticia al ratón que estaba en el rincón. Lo atacó clavando sus dientes justo detrás de la oreja. La víctima quedó inmóvil. Fedor no podía creer lo que estaba viendo. Fue al cuarto donde estaban los ratones y el ratón gordo se separó de inmediato del otro. Metió la mano enguantada con cuidado y tomó al ratón agredido. Estaba muerto. Extrañamente tieso, lo puso de espaldas en la mesa y aseguró cada una de sus cuatro patas con alfileres. Procedió a cortarlo en canal y observó que sus huesos eran normales. Pero la sangre se hallaba extrañamente disecada. Examinó la parte donde había sido mordido y al abrirla notó una profunda hendidura que iba hacia la arteria carótida interna. Tendría que estudiar al ratón sobreviviente y ver su reacción al encontrarse solo.

Un par de horas después no había ocurrido nada. El ratón parecía encontrarse satisfecho y, lo mejor de todo, la enfermedad había remitido, podía moverse sin dificultad. Incluso dio vueltas en la rueda giratoria.

Pasó a visitar a los pacientes A y B que estaban en franca recuperación. Mark se recuperaría igualmente y Dodum podría olvidarse de sus planes absurdos. Regresó a su cubículo y procedió a llenar la jeringuilla con una nueva dosis para Mark. Dejó el estuche metálico en el refrigerador y fue a hablar con Dodum.

—Buenos días, profesor.

—Buen día, Fedor. Salí de casa muy temprano hoy.

—Mark despertó a las seis.

—¿Por qué no me llamaste?

—Porque de todas maneras se lo iba a decir. Quise venir a ver a los ratones primero; ellos no murieron por el tratamiento.

—¿No? —preguntó Dodum extrañado.

—Los mataron.

El profesor frunció el ceño y miró a Fedor como si hubiera perdido la razón.

—¿Y quién los mató?

—Otro ratón. En realidad, mató a cuatro. Y vi cómo mató al último de ellos. Solo queda el asesino y parece completamente recuperado.

—¿Te has preguntado por qué los mató?

—Es lo primero que hice. Pensé que estaría hambriento, pero su sumidero estaba lleno, El pienso les llega de manera automática y el mecanismo funciona perfectamente.

El rostro de Dodum se crispó en una mueca de horror.

—Hay algo siniestro en ese vector de pulpo. Debemos parar esto ahora mismo.

—No, profesor, tal vez el ratón que sigue vivo tenga tendencias asesinas. Creo que cada individuo tiene su propia personalidad, ¿no cree? ¿Cómo es que los otros siguieron comportándose igual que siempre? Tal vez tenga que ver con algún gen diferente...

—Dime exactamente cómo murieron. Cuando los vi no tenían marcas de violencia.

—Es porque clavó sus incisivos en la arteria carótida interna, justo detrás de la oreja.

—Así que además de asesino se volvió inteligente.

—Creo que fue algo instintivo —afirmó Mark, obviando decirle la forma en que el ratón grueso lo había mirado. Ya no estaba seguro si había sido una mirada inteligente o si le había parecido así porque él estaba sugestionado en ese momento.

La mueca de Dodum dio paso a un gesto de dubitación. Abstraído, tenía el dedo índice y pulgar en su habitual movimiento rotatorio y la mirada fija en el escritorio. Los pulpos eran sujetos inteligentes. No había visto manchas de sangre, el comportamiento del ratón era anormal, ¿acaso succionaba a sus víctimas? No era propio de los ratones. En cierta forma el resultado del experimento de Fedor era fascinante.

—Los pacientes A y B no han mostrado signos de violencia —dijo pensativo—. Tal vez sea una reacción que se da en los animales. ¿Te fijaste que no había manchas de sangre?

—Es porque la sangre se solidificó en su cuerpo, se secó. Lo noté al abrirlos.

—Eso sí es extraño. ¿Será resultado de la mordida? —preguntó Dodum como para sí mismo.

—Es probable, profesor.

—Lo raro de todo es que los haya mordido. ¿Por qué?

—Es probable que al estar juntos haya surgido algún problema territorial. He debido ponerlos en jaulas separadas.

—Los ratones son sujetos sociales. Viven en grupos y, si tienen a disposición alimentos, no son territoriales.

—Es difícil saber cómo son o en qué piensan, profesor. Por eso los experimentos deben hacerse en seres humanos. Estoy seguro de que Mark tendrá una reacción mejor que los pacientes anteriores.

—¿Qué te hace pensarlo?

—Es más joven.

—Esperemos. De todos modos, ¿pensaste en lo que te dije?

—Desearía no hablar de eso. Mejor esperemos a la reacción de Mark. Ahora debo ir a ver cómo se encuentra y llevaré otra dosis para aplicarla en su otra mano.

—Está bien, Fedor. Ve y esperemos que ocurra el milagro —aceptó Dodum.

## Capítulo 14

Mark miró a la enfermera y captó que disimulaba un bostezo.

—Puedes descansar, Ruth, estuviste toda la noche aquí.

—No te preocupes, estoy acostumbrada.

—Me gustaría estar a solas, no es necesario que te quedes, créeme, me siento bien. Descansa.

—Como digas. Si me necesitas ya sabes cómo llamarme.

—Gracias, Ruth.

Mark ya se encontraba en la silla de ruedas. La asistenta lo había bañado, vestido y acicalado. Después de un desayuno un poco más copioso de lo normal él se sentía bastante animado, pero necesitaba ordenar sus ideas. Durante la noche despertó por los ligeros ronquidos de Ruth. El reloj de la mesa de noche marcaba las tres y veinte. Recordó la inyección y quiso hacer una prueba, aunque la consideró una tontería. Hizo el intento de mover los dedos de su mano derecha y la rigidez con la que se había topado antes había desaparecido. Pudo estirla con cierta dificultad, pero era evidente que algo había cambiado. Tenía miedo de que todo fuera un reflejo, o también era posible que estuviera soñando. Esta vez sentado en la silla miró con emoción contenida las manos que desde hacía dos años se negaban a obedecerle y procuró estirlas. Solo pudo hacerlo con la derecha, algo impensable solo veinticuatro horas antes. El corazón empezó a latirle con fuerza. Era cierto. El reflejo que sintió en la tina cuando Ruth lo bañaba no era tal; para evitar resbalarse de lado sintió que había abierto la mano, pero estaba bajo el agua y no pudo verla. Observó con detenimiento sus dedos. Estaban menos deformes, tenían una apariencia más normal.

Tantos días sentado a solas —porque la presencia de Ruth no podía contarla como compañía—, le dejaba mucho tiempo para pensar. Especulaba si no sería mejor que estuviera muerto, porque estar inmovilizado a una edad en la que se estaba perdiendo todo lo bueno de la vida era peor que soportar

cualquiera de los infiernos que mencionaba su asistente, y curarse le parecía tan remoto, que hace tiempo había descartado la idea, a pesar de que Fedor lo visitaba todos los días antes de irse a dormir y le hablaba de su maravilloso... ¿cómo decía él? «vector»; su ADN mezclado con el huevo de un pulpo. Había llegado a pensar que eran cuentos para animarlo y resultaron ciertos, entonces sus ideas acerca de la muerte empezaron a diluirse para centrarse en la posibilidad de que él podría convertirse otra vez en un ser humano normal, lo cual también lo aterrizzaba, porque, ¿quién aguantaría a su padre? Lo había tratado siempre como una causa perdida, y de no ser por la existencia de su madre hubiera negado toda responsabilidad en su creación. Aquello sería insufrible, se sentiría obligado a agradecerle de por vida por haberle devuelto la movilidad, lo cual lo convertiría en su esclavo, porque no imaginaba otra manera de manifestarle su agradecimiento por tanto derroche de bondad. No alcanzaba a entender cuál era su afán de mantenerlo con vida. Si lo que quería era un heredero le bastaba con encontrar a una mujer y tener otro hijo.

Esa noche, después de haber pasado casi dos horas escuchando los ronquidos de Ruth, que, según ella, lo estaba vigilando, decidió que no le diría a Fedor que había mejorado. Después, durante el día, una nueva idea fue tomando forma y concluyó que era un genio. Tal vez fuese verdad lo que afirmaba Ruth: «Tú ya has pagado en vida. Dios tiene que ser misericordioso contigo, en algún momento verás la luz». Y aunque él sospechaba que se refería a volverse religioso, también podría ser que se refiriera a encontrar una salida. Dios no podía tenerle tanta inquina como para permitir que se curase para enviarlo al infierno.

Y mientras su cerebro no dejaba de pensar en situaciones posibles e imposibles como desde hacía mucho tiempo no sucedía, oyó que llamaban a la puerta.

—Pase —invitó con la esperanza de que fuera Fedor.

—Hola Mark. ¿Cómo te sientes?

—Muy bien. —Después de unos momentos de duda dijo—: Mira.

Estiró hasta donde fue capaz los dedos de la mano derecha.

—¿Desde cuándo puedes hacerlo? —preguntó Fedor sin ocultar su entusiasmo.

—Desde anoche. Desperté a las tres y algo, y quise probar, pero no estuve seguro, mi mano estaba debajo de la cobija, pensé que pudo ser un reflejo.

—¿A las tres y algo? —Fedor frunció el ceño—. ¿No puedes ser más específico?

—Ups... Eran las tres y veinte. ¿Qué importancia tiene?

Fedor movió la cabeza a ambos lados pensando que todo sería más fácil si la gente diera datos exactos.

—Es para anotarlo en la bitácora. Esta mañana no pudiste mover la mano, pudo haber sido un reflejo.

Mark evitó contarle lo de la tina. Si le preguntaba la hora tendría otro problema.

—¿Has sentido alguna otra cosa fuera de lo común?

—He sentido más apetito.

A Fedor le vino a la mente el ratón. Y la costumbre de Mark de no ser exacto lo exasperó.

—¿Más apetito que cuándo?

—¿Cómo?

—Dijiste que «has sentido más apetito», es una conjunción comparativa. Termina de establecer la comparación: ¿Más apetito que antes?, ¿más apetito que ayer?, ¿más apetito que cuando estabas sano?

—¿Realmente importa?

No sabes cuánto. Pensó Fedor.

—Sí, porque podría ser un síntoma.

—Bueno —aprobó Mark de mala gana. Hablar con Fedor le recordaba vagamente a cuando lo hacía con su padre—. Antes de la enfermedad siempre tuve buen apetito. Era capaz de comerme tres packs completos de Mac Donalds y seguía con hambre. Pero supongo que era porque estaba creciendo, según mi madre decía. Después mi apetito disminuyó un poco, lo que agradezco porque ya empezaba a engordar. Justo antes de la enfermedad comía como una persona normal; durante estos cuatro años mi apetito disminuyó considerablemente. Lo ataño al hecho de que mi organismo no necesita tantas calorías. Estoy inmóvil las veinticuatro horas del día. Desde esta mañana empecé a sentir más hambre de lo normal.

—¿Se te antoja comer algo en especial?

—La verdad es que no.

—¿Ordenaste tú el desayuno o fue Ruth quien escogió el menú?

—Le dije que me trajera lo que ella quisiera pero en más cantidad porque me moría de hambre. Se lo dije tal cual te lo estoy diciendo ahora. Literalmente. El desayuno me llegó a las siete y dieciocho minutos, por si te interesa saberlo.

Fedor sonrió. Finalmente empezaban a entenderse.

Mark se había fijado en la hora porque fue cuando él terminó de examinarlo y casi choca con Ruth al salir. Sin comprender la importancia que le daba a las horas, lo vio anotando febrilmente en una libreta. Le hacía gracia. Lo comparó con su amigo Joe cuando anotaba las apuestas en los partidos de fútbol.

—Te inyectaré la otra mano. —Procedió a desinfectar el dorso de la mano de Mark y le inoculó el contenido de la jeringa—. Después de guardarla en el estuche metálico comparó ambas manos con evidente satisfacción. Se notaba la diferencia. Esperaba que su cuerpo fuera regando el vector para que llegase a todos los sitios afectados.

—¿Crees que me cure del todo?

—Por el momento vamos bien, Mark.

—Pero dime, ¿crees que pueda volver a caminar?

—Si todo va como parece, Sí.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Claro.

—No le digas al doctor Dodum que estoy empezando a mejorar.

Fedor se sentó frente a él y lo miró durante unos segundos.

—¿A qué viene eso ahora?

—Verás... no es que yo no desee curarme, lo deseo más que nada en el mundo. Lo que no quiero es que mi padre sepa que estoy curado. Tendré que regresar a casa, tú no sabes cómo es vivir con él.

—Tienes veinte años, no puede obligarte a vivir con él.

—Lo hará. Me encontrará donde sea que yo vaya y le deberé mucho, sé que él hizo posible que ustedes llevaran a cabo la investigación, y aunque no viva con él lo veré siempre, me obligará a ser lo que no quiero ser.

—¿Y qué es lo que quieres ser?

—Soy un poeta. Me gusta escribir, me gusta el arte, también los deportes, pero si se lo digo, querrá que fuese el mejor escritor del mundo, el mejor pintor, el mejor deportista... ¿comprendes?

—¿Y tiene algo de malo ser el mejor? —preguntó Fedor con curiosidad. Para él ser el mejor era lo normal.

—Oh, Dios, ¡cómo te pareces a mi padre! ¡Mejor que si tú fueras su hijo!

—Mark sonrió con tristeza—. Mi padre y yo nunca nos entendimos.

—Pero él debe quererte, de lo contrario no hubiera invertido tanto en tu curación, ¿no te parece?

—Querer no es suficiente. Se quiere más a sí mismo. Le da vergüenza tener un hijo como yo. Por eso lo hizo. Sé lo que te digo.

—¿Y qué si pones un poco de tu parte y te esfuerzas por ser el mejor escritor o el mejor de lo que sea? No es tan difícil proponértelo.

—No me gustan las cosas obligadas.

—No le diré nada al profesor por ahora, pero en algún momento tendrá que saberlo, él vendrá a examinarte, se dará cuenta de que la hinchazón está remitiendo, y al hacerte un eco verá los resultados, no puedes engañarlo eternamente.

—Sí que puedo. Simplemente no moveré mis manos, ni mis piernas, ni nada.

—Fedor pensó que Mark se comportaba como un niño, en realidad era más estúpido de lo que creyó en un comienzo. Mark lo miró con seriedad y añadió—: Tengo un plan.

—¿Cuál?

—Te lo diré cuando empiece a sanar. Mientras tanto, por favor, no le digas nada al doctor.

—No te puedo prometer mucho, él es un hombre inteligente, se dará cuenta de tu engaño. No puedes permanecer eternamente aquí, tu padre te reclamará estés curado o no. Piensa en eso.

—Lo he pensado.

—Bien.

—Lo siento —dijo Mark tratando de ocultar un bostezo—. Ha empezado a darme sueño.

—Descansa, debe ser el efecto de la inyección. Le diré a Ruth que te acomode en tu cama.

Mark cerró los ojos y Fedor supo que estaba completamente dormido. Ruth al verlo, miró a uno y a otro y se persignó. Lo cargó con sus fuertes brazos y lo puso en la cama, le quitó la ropa y lo vistió con el pijama sin que el joven diera muestras de despertar. Fedor partió hacia el instituto.

√

Peter Dodum terminó de examinar a los pacientes A y B. Les tocó las articulaciones, presionó la columna vertebral, los nudillos de las manos, las rodillas, los codos, el cuello... después estudió las analíticas, centrándose en cada uno de los resultados y también en las radiografías y los ecosonogramas, todo sin demasiado entusiasmo. Sabía que en cualquier momento los resultados obtenidos hasta ese momento se revertirían. No confiaba en la cura completa que prometía Fedor, era imposible. Por otro lado, el asunto de los ratones era muy preocupante.

A ambos pacientes se les seguía suministrando las inyecciones; ya no

mostraban los desagradables efectos secundarios del comienzo, sin embargo, en ambos casos, la progresión de la cura parecía estar deteniéndose. Era como si hubiera alcanzado su máximo nivel y por los resultados de las radiografías Dodum notaba que no había habido ningún avance; eran idénticos a los del día anterior. Lo tomó como una premonición. ¿Se habría detenido la cura o la enfermedad cobraba fuerza y retornaba a ocupar sus espacios? Era como luchar contra un enemigo diabólico. No se sabía cómo combatirlo, y las inyecciones, tal como había pensado él, eran tan solo un paliativo. Era una batalla perdida antes de empezar. A veces le parecía que la gente adoraba a un Dios que parecía más entretenido en experimentar con sus criaturas que a escuchar sus súplicas. Dejó los expedientes de los pacientes a un lado y se asomó a la ventana. Miró a través de las rendijas de las persianas la solitaria calle Lime. Estaba convencido de que, a la larga, no quedaba más opción que el plan B. Esperaba que Fedor abriera los ojos y viera qué era lo que más le convenía.

√

Fedor pedaleó automáticamente mientras su mente estaba en la conversación con Mark. Parecía que todo el mundo tenía planes excepto él. ¿Con qué saldría Mark? Era muy raro que no quisiera que Dodum se enterase de sus progresos. Al regreso del instituto debía ver al ratón sobreviviente y los resultados de los pacientes.

## Capítulo 15

*Dodum* se fijó en el rictus de preocupación que asomaba al rostro de *Fedor* al entrar a su despacho. Supuso que se habría enterado de que el ratón sobreviviente había muerto.

—Buenas, profesor.

—¿Ya lo viste? —asomó *Dodum*.

—Sí.

—Lo siento. Era lo que trataba de decirte, todas estas pruebas no son de ninguna manera definitivas, estamos apenas en etapa de experimentación. La mayoría de las veces lleva años.

—Todo iba tan bien... ¿Cómo van A y B?

—Los últimos análisis indican que la enfermedad se detuvo, pero la curación no avanza. Está estática. No podría decir cuál será su situación de aquí a mañana, tomando en consideración lo de los ratones.

*Fedor* hizo un gesto con la mano como suplicándole que no los mencionara. Se sentó frente a *Dodum* y miró al suelo, derrotado. Puso las manos entre las piernas y levantó la cara con una expresión que conmovió al profesor; era la primera vez que mostraba su lado frágil desde que lo conocía.

—Todo iba tan bien... ¿Qué pudo suceder?

—Una buena pregunta —se limitó a decir *Dodum*—. A veces son necesarios los fracasos para recordar que somos humanos. Todos cometemos errores y no eres la excepción, por desgracia. ¿Qué efecto está haciendo en *Mark*?

—Hasta el momento, ninguno —mintió *Fedor*. Solo lo pone a dormir por unas horas.

—Tiene un efecto diferente en cada individuo; lo que descubriste es interesante, pero no la cura definitiva, me temo que pasaremos mucho tiempo tratando de encontrar un resultado permanente. Años, quizá.

—¿Años?

—Nunca dije que sería fácil. Tuviste suerte, y probablemente estés bien

encaminado, pero es solo la punta del iceberg. Quién sabe con qué otros contratiempos nos encontraremos.

—Empezaré de cero, si es necesario —alegó Fedor con terquedad.

—Claro, claro... ¿Pensaste en lo que te dije? Ya ves que el camino no es tan fácil. Podrías obtener mucho a cambio. Al final...

La llamada a la puerta lo interrumpió.

—Doctor, tenemos un problema con el paciente A.

Dodum dejó el escritorio y salió detrás del enfermero seguido por Fedor hasta la habitación del paciente. Se encontraba inmóvil en la cama, la mirada fija en el techo. Parecía sin vida, pero respiraba. Tenía puesta una máscara de oxígeno.

—¿Desde cuándo está así?

—Hace treinta y cinco minutos dijo que quería recostarse en la cama porque se sentía cansado de la silla. Al regresar hace diez minutos noté que estaba inusualmente callado. Él siempre hablaba, y últimamente más. Me acerqué y noté que respiraba débilmente.

—Debemos examinarlo.

Lo trasladaron en una camilla rodante a la Unidad de Medicina Nuclear para realizarle un escáner. Lo que arrojó la pantalla los dejó preocupados. Los músculos del tórax empezaban a osificarse.

—¿Inyectaste en esa área?

—Lo hice. Creo que debería aplicar otra dosis.

—Por algún motivo parece estar surtiendo el efecto contrario. ¿Hiciste la disección de los ratones?

—Solo de la parte afectada por la mordida.

—Necesitamos saber en qué estado estaba el ratón asesino.

Fedor fue a su cubículo y extrajo el cuerpo del ratón. Al abrirlo encontró lo mismo que empezaba a suceder con el paciente A. Si los músculos del tórax se convertían en hueso, los pulmones simplemente dejaban de funcionar. ¿Cómo pudo pasarsele lo de los músculos del tórax?, la osificación era incipiente, pero ahí estaba. Su muerte se había producido porque los músculos osificados habían perforado los pulmones.

—Es probable que los organismos se estén defendiendo y que el gen ACVR1 esté mutando debido a la agresión que significan las inyecciones con el vector. En estos momentos está hiperactivo, de ahí que se haya propagado tan rápido —explicó Dodum, como si conociera de sobra la respuesta.

—Usted sabía que eso pasaría y no me lo advirtió —reclamó Fedor.

—¿Me hubieras escuchado? Sabes que lo que estamos haciendo son experimentos, debo dejar que llegues a tus conclusiones por ti mismo. De lo contrario siempre quedarías con la duda. Un estudio publicado en Science Translational Medicine acaba de revelar que la presencia de la mutación en el gen ACVR1 modifica su capacidad de interaccionar con la activina A, de forma que en lugar de bloquearse la formación de tejido óseo, se activa su producción.

—Sí, leí el estudio, y tomé en cuenta a la activina A, que es la que regula la formación ósea.

—Pero parece que en este caso no regula lo suficiente, es probable que se haya hiperactivado debido a la cantidad de agresiones debidas a la punción de las agujas hipodérmicas, recuerda que cada una es un punto de inflamación.

—Los pacientes recibirán la medicación por goteo, vía intravenosa. Será la última punción que se les haga —decidió Fedor.

Dodum lo vio salir del despacho y se encogió de hombros. Él había perdido las esperanzas semanas atrás.

Fedor no quería darse por vencido, ¿cómo era posible que el efecto de la inyección se hubiera detenido? Preparó suficiente cantidad de medicamento para cada uno de los pacientes, y procedió a dar las indicaciones para que fuesen suministradas por goteo intravenoso.

Al llegar a casa de Dodum le dio las instrucciones a Ruth, y una vez a solas con Mark, quiso ser sincero con él.

—El tratamiento no está surtiendo el efecto deseado con los pacientes de los que te hablé; creo que es debido a la cantidad de punciones debido a la aguja hipodérmica. Tu enfermedad se activa al recibir cualquier tipo de agresión que produzca inflamaciones. De ahora en adelante te administraré el medicamento por vía intravenosa.

—¿Y se me regará en todo el cuerpo?

—Sí. Encontrará las zonas a tratar y actuará.

—¿Por qué no lo hiciste antes?

—No sabía cuál sería tu reacción, pero ahora es imperativo. Parece que en ti el efecto secundario es más benigno, solo te produce sueño.

—¿Cómo están los otros pacientes?

—No voy a engañarte, Mark. Uno de ellos está mal. Los músculos del tórax se osificaron y no puede respirar porque sus pulmones no pueden expandirse. La enfermedad recrudesció.

—¿Le habías inyectado en esa zona?

—No, porque no presentaba problemas allí, por eso creo que si suministro la medicación vía intravenosa será más efectiva.

—¿Qué sucederá conmigo? —preguntó Mark mirándose las manos.

Fedor tocó sus manos y notó el cambio experimentado en ellas.

—¿Puedes moverlas?

—Mejor que esta mañana. Estoy feliz, ¿sabes? Bueno, estaba. Con lo que me acabas de decir ya no sé qué pensar. No quisiera terminar convertido en una estatua de hueso.

—Haré lo posible para que no suceda —declaró Fedor en un extraño arranque emotivo.

—Lo sé, amigo. Lo sé... —. La medicación empezaba a hacer efecto; Mark entrecerró los ojos a pesar del esfuerzo por seguir despierto.

Fedor llamó a Ruth para que lo acompañase y le avisara de cualquier reacción.

√

Las vacaciones de verano estaban encima, era la segunda vez que las tomaba. Antes no lo había hecho porque en el instituto la cantidad de proyectos era inagotable, al igual que el entusiasmo. Se consoló pensando que lo que estaba haciendo no era para tomarlo a la ligera. De él dependían varias vidas humanas y haría lo imposible para que su experimento diera resultado. Esta vez no lo hacía por obtener la admiración de Dodum ni para conseguir algún galardón científico; experimentaba la sensación de omnipotencia al saber que la vida de Mark dependía de él. No de que muriera o siguiera con vida sino de convertirlo otra vez en una persona normal. La pregunta de Mark: «¿Qué sucederá conmigo?» Había despertado en él algo extraño, se daba cuenta de que su vida estaba en sus manos. Podía matarlo o dejarlo vivir y ser consciente de ello era abrumador, y al mismo tiempo le proporcionaba esa sensación inigualable.

Había recuperado el optimismo, no podía dejar que una situación aislada lo sumiera en un mar de vacilaciones. No obstante, las dudas eran necesarias, pensó. Si no fuera por ellas, la humanidad jamás se habría arriesgado a averiguar el porqué de las cosas. La llamada de Dodum rompió con brusquedad sus reflexiones.

—Necesito que vengas. Ahora —dijo. Su voz calmada tenía un lejano sabor a victoria.

—¿Ocurrió algo?

—Es mejor que lo veas tú mismo.

Fedor no esperó para ponerse en camino. Pedaleaba como si la vida le fuese en ello; el tono falsamente aleccionador de Dodum ejercía el efecto de una sombra oscura sobre él. Su presentimiento se hizo realidad cuando le escuchó decir:

—El paciente A falleció hace veinticinco minutos de un paro respiratorio. Quiero que estés presente cuando realice la autopsia. Sígueme.

Dodum tenía un título médico en patología y estaba capacitado por haber trabajado varios años en medicina forense. Aparte de diseccionar conejillos de indias, Fedor jamás había visto un cadáver humano. El paciente A yacía desnudo en una mesa metálica. A sus ojos era como ver a un ser humano despojado de su naturaleza; un animal lampiño con los miembros inferiores recogidos y los codos doblados.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Fedor, disimulando el malestar que le ocasionaba la visión del cuerpo distorsionado.

—Lávate bien las manos con jabón líquido, usa los guantes, la mascarilla, el guardapolvo y el delantal que están ahí —señaló con su mano enguantada.

Una vez frente a Dodum, al otro lado de la mesa, admiró su pericia al trazar con el bisturí el cráneo mientras explicaba:

—Empecemos por el cráneo, que debe estar en un reposacabezas para mejor maniobrabilidad —dijo, mientras efectuaba una incisión coronal con bisturí de un pabellón auricular al otro. Para a continuación recoger la piel hacia atrás y hacia adelante, como si estuviese pelando una fruta, hasta dejar el hueso del cráneo a la vista—. Ahora usaré la sierra para extraer el cerebro. Cuando te lo entregue lo pesarás en la balanza y lo pondrás en el primer recipiente. Es importante saber qué efectos causó el medicamento en ese órgano.

La náusea inicial de Fedor se transformó en fascinación al conocer el organismo por dentro, hacía todo lo que Dodum ordenaba a medida que avanzaban en la disección del cuerpo, poniendo especial cuidado en los músculos y tendones osificados. Fedor pesó y guardó cada órgano y cada hueso en recipientes especiales debidamente etiquetados. Al final, después de varias horas, pusieron lo que quedaba del paciente A en una bolsa negra con cierre hermético y lo introdujeron en la cámara frigorífica.

Al quitarse la mascarilla, el rostro de Fedor tenía una brillante película de sudor pese al frío del aire acondicionado.

—No me siento capaz de realizar una autopsia —declaró Fedor con humildad, para asombro del profesor.

—Las harás, si sigues la carrera llegará el momento en que tendrás que estudiar medicina y especializarte en anatomía patológica; un buen investigador no debe dejar en manos de otros los estudios *in situ*.

—Es evidente que el paciente murió por compresión del tórax, las costillas están soldadas con los músculos, uno de los pulmones estaba perforado.

—Cierto. Pero ahora debemos analizar bajo microscopio los huesos para ver la regresión y el desarrollo de la enfermedad. Lo mismo haremos con el cerebro, recuerda que es el que ejerce el control centralizado para las funciones del organismo.

—Usted nunca creyó que podía curarse —indicó Fedor, señalando los restos guardados del difunto—. ¿Por qué dejó que experimentara con ellos? ¿Qué le sucederá a la paciente B? Por lo que ha sucedido con el ratón y él —volvió a señalar el cuerpo—, el vector en lugar de curarlos termina por fortalecer la enfermedad.

—No creas en algo porque lo hayas visto someramente; recuerda que cada organismo reacciona diferente. Hasta el momento tenemos un denominador común: en este paciente y en el ratón asesino la osificación se hizo presente de manera repentina; en los otros ratones no sucedió. La paciente B no parece tener el mismo desarrollo. Te dije desde un comienzo que debías de tener paciencia, no puedes cambiar en un santiamén lo que a la naturaleza le tomó tanto tiempo; los efectos de la manipulación genética pueden ser catastróficos.

—Comprendo todo lo que dice, profesor, pero lo que estoy haciendo es lo que muchos hoy en día tratan de hacer. Con los conocimientos actuales y los adelantos tecnológicos estamos mucho más preparados para acelerar los procesos. En los últimos cincuenta años se han descubierto y encontrado la cura para más enfermedades que en los siglos anteriores, y eso será exponencial, lo que estamos haciendo aquí no hubiera ocurrido ni en sueños hace menos de doscientos años —expuso Fedor con vehemencia.

—¿Qué me dices si todos los pacientes tratados con tu vector fallecen?

—No sé a dónde quiere llegar. Es como si deseara que mi experimento no diera resultado.

—Mira, Fedor, yo más que nadie desearía que todo lo que hacemos tuviera resultados exitosos. Nos cubriríamos de gloria. Pero sé por experiencia que nada en biología puede hacerse demasiado rápido. Necesitaremos años, tal vez diez o más para encontrar algún resultado positivo o para que encontremos el camino correcto. Y yo no tengo tanto tiempo. Ni tú, aunque estés rozando apenas los veintiún años. Cuando tengas cuarenta habrán pasado los mejores

años de tu vida y es muy posible que no hayas descubierto la cura definitiva para esta enfermedad. Te sugiero que tomes muy en serio la propuesta que te hice antes. ¿Quieres cambiar tu vida por la de Mark? Lo puedes hacer. Tú serás un hombre con todas las facilidades que la vida te negó y yo seré un jubilado dedicado a la ciencia no por necesidad ni porque me paguen, sino por convicción. En definitiva: seguiremos trabajando, pero bajo otras circunstancias.

Fedor lo miró como si Dodum se hubiera vuelto loco. No sería la primera vez que un científico enloquecía.

—Lo que me dice no es lo que quiero para mí, doctor.

—Solo te pido una cosa: piénsalo en serio.

—Lo pensaré —respondió Fedor solo por no seguir con el asunto—. Ahora debo ir a ver a Mark. Esa es mi prioridad por el momento.

Dodum hizo una pequeña mueca de tristeza y le hizo un gesto con la mano.

—Ve. Yo me ocuparé de analizar cada una de estas partes —señaló una cantidad de frascos y recipientes alineados en orden sobre una mesa con los restos de los órganos, huesos y vísceras del paciente A.

Al llegar a casa Fedor se dio cuenta de que tenía hambre. No había probado nada desde el desayuno y eran más de las cuatro de la tarde. Pasó por la cocina y Lorena le preguntó si deseaba comer algo.

—Sí, por favor, no he almorzado.

Ella le sirvió allí mismo y miró con deleite cómo la comida desaparecía a velocidad de los platos.

—Preparé bizcocho de leche, ¿le sirvo?

—No me lo perdería por nada, Lorena.

Y el bizcocho junto con una malteada, como sabía que le gustaba a Fedor apareció frente a él.

Él comía automáticamente, y mientras masticaba cada bocado repicaban en su mente las palabras de Dodum. «En definitiva, seguiremos trabajando bajo otras circunstancias». ¿Qué tan importante era para él presentar un sustituto a su amigo Carter?, ¿simple ambición?, ¿reconocimiento?, ¿tal vez mucho dinero? Al terminar dio las gracias a Lorena y fue a cepillarse los dientes, minuciosamente, como acostumbraba. Después pasó a ver a Mark.

## Capítulo 16

La figura grande y fornida de Ruth apareció en la puerta. Se hizo a un lado con su eterno aire de preocupación y antes de que Fedor dijera algo, salió.

La mirada de Mark guardaba el brillo de los secretos retenidos, de aquellos que se quieren contar.

—¿Cómo te sientes, Mark? —preguntó Fedor al tiempo que revisaba la vía venosa. Goteaba con una lentitud hipnotizante. Por un momento sus ojos quedaron fijos esperando la siguiente gota mientras escuchaba lo que Mark decía.

—Bien, un poco amodorrado, pero bien. Quiero enseñarte algo.

Fedor apartó los ojos de la vía y lo miró. Mark movió las dos manos simultáneamente. Despacio, pero lo hizo de manera normal. Contrajo el pulgar hacia la palma sin dificultad y luego encogió y estiró cada uno de sus dedos mejor que si lo hubiera hecho el propio Fedor, quien agarró sus manos y apretó ligeramente.

—¿Te duele?

—En absoluto. Y mira—: Se bajó el cuello de la camisa moviendo el brazo de manera natural—. El bulto ha desaparecido y puedo mover el cuello. Creo que me estoy curando, amigo. Lo has logrado. —Su voz se quebró. Miró a Fedor y murmuró un «gracias» que se ahogó en un llanto sereno, bajó la mirada y buscó la mano de quien le había devuelto la vida y en un gesto impensado, la besó.

—No hagas eso —atinó a decir Fedor sin comprender por qué lloraba, ¿acaso no era feliz por volver a ser normal? Él había llorado cuando murió su madre, una verdadera razón para hacerlo.

—Me devolviste la vida. Vine aquí sin esperanzas y mírame, soy otra vez un ser humano—. Movié los dedos de los pies.

—Extraordinario —susurró Fedor más como si hablara consigo mismo. ¿Desde cuándo lo haces?

—Desde hace... —Miró el reloj a través de sus lágrimas y dijo—: Cuarenta y cinco minutos.

Fedor asintió sin poder evitar una sonrisa. Se detuvo un momento para observar la emotividad de Mark, movió la cabeza a ambos lados lentamente y le explicó:

—Quiero ser sincero contigo, Mark. El paciente del que te hablé, ¿recuerdas? Falleció esta madrugada. También tuvo síntomas de remisión de la enfermedad, pero después de diecisiete días regresó con mayor fuerza y se osificaron sus músculos pectorales ocasionándole la muerte. La otra paciente me parece que va por el mismo camino. Sería un verdadero milagro que en ti el efecto fuese diferente —explicó Fedor sin miramientos mientras el rostro de Mark reflejaba asombro, decepción y después, miedo—. Creo que es justo que lo sepas porque debes de estar preparado para lo que sea. Créeme que deseo más que nada en el mundo que te cures, pero no puedo ocultarte la realidad.

—¿Me estás diciendo que todo esto no servirá sino para acelerar mi muerte? —preguntó Mark incrédulo, mientras pensaba que definitivamente Fedor era incapaz de sentir compasión.

—Como dice el doctor Dodum, el cuerpo humano reacciona de manera diferente en cada organismo, no sabemos todavía qué sucederá contigo, pero tú estabas al corriente... Recuerdo que dijiste en algún momento que preferías morir a seguir así.

—Lo dije, es cierto, pero entonces no tenía ninguna esperanza... ahora cuando todo parecía estar quedando atrás, ¡vienes y dices que es posible que muera en cualquier momento...!

—Déjame explicarte lo de los ratones.

—¡No me hables más de tus ratones!

—Es importante que me escuches: quedaban cinco ratones que recibieron el vector. Cuatro de ellos no desarrollaron osificación masiva, como en el caso del paciente A.

—¿Quieres decir que sobrevivieron?

—No. Murieron...

—¿Qué sucede contigo? No veo a qué viene este recuento de tus ratones —se lamentó Mark, limpiando de un manotazo las lágrimas.

—Deja que termine de explicarte —prosiguió Fedor sin prestar mucha atención a sus nervios alterados—. Murieron, pero por una causa diferente. El quinto ratón los mató. Les clavó los incisivos en la arteria carótida. Es algo extraordinario... ¿Cómo pudo el ratón saber que ese era el lugar exacto para

matarlos? —desvarió por un momento Fedor.

—Igual que los tigres saben que tienen que afincar los dientes a sus víctimas en la vena aorta —dijo Mark sin entusiasmo—. No veo dónde esté lo extraordinario.

—Bueno, a donde quiero llegar es que después de seis meses de tener el vector en su organismo, los cuatro ratones asesinados estaba curados. La enfermedad había desaparecido. El quinto ratón en cambio, murió asfixiado por el mismo motivo que el paciente A: la osificación de los músculos del tórax.

—¿A qué crees que se deba la diferencia?

—Después de estudiarlos establecí un factor común en los cuatro ratones asesinados: eran mucho más jóvenes que el quinto. Eso podría suceder contigo, el factor de la edad es importante, ¿sabías que cuanto más jóvenes, tenemos en nuestro organismo más cantidad de células madre? Esto podría ayudarte. Son importantes para la regeneración de los órganos. Debo tomar una muestra de tu sangre, es importante que la analice.

—¿Qué es exactamente lo que estoy recibiendo por vía intravenosa? Y no me digas que es un vector, quiero más detalles.

Fedor dio un profundo suspiro. Explicarle a Mark lo que había hecho se le hacía complicado.

—Intentaré explicarlo: lo que hice fue tomar unas células de tu piel, que es el órgano con mayor capacidad regenerativa del cuerpo, estas células son los fibroblastos, las que hacen que las heridas en tu piel cicatricen cuando te haces cortes o heridas.

—Comprendo.

—Una vez que las aislé, las puse en cultivo con un retrovirus. Tres semanas después un pequeño porcentaje de estas células transferidas, es decir, estos fibroblastos empezaron a transformarse en células madre no embrionarias, es decir, células madre pluripotentes inducidas, conocidas como iPS. Hice un Crisp de tu ADN e intercalé estas células iPS con las células del cigoto de pulpo. Ese es el vector. Necesitaba células madre embrionarias para reparar tu ADN, de lo contrario la enfermedad tendría una regresión.

—Creo entender lo que me has dicho, pero al parecer no tuvo efecto en tus pacientes.

—Pienso que se debe a la edad. Es un factor clave. Cuanto más joven, más probabilidad de éxito. Por eso los ratones más jóvenes tuvieron una cura, no puedo decir «definitiva» porque murieron antes por otras causas. Ahora es

necesario que haga el análisis de tu sangre. Espera un momento.

—No iré a ningún lado.

Fedor fue a su habitación sin percatarse de la nota irónica de Mark. Se lavó las manos, se puso los guantes y tomó el estuche metálico donde guardaba una hipodérmica y un tubo de ensayo. Regresó al cuarto de Mark y extrajo una pequeña cantidad de sangre de uno de sus brazos. Vacío el contenido de la hipodérmica en el pequeño tubo de ensayo, lo tapó y guardó todo en el estuche.

—Cuando regrese espero traer buenas noticias. No te desanimes, Mark.  
—Miró el lento goteo de la vía venosa y después de una ligera duda, salió.

No estaba seguro de nada. Por un momento pensó en detener el flujo de la vía intravenosa, pero decidió hacerlo después. La mejoría de Mark era un hecho, solo esperaba que no ocurriera lo mismo que con los otros dos.

Al llegar a su cubículo puso bajo el microscopio una muestra de la sangre. Lo que ocurría allí era impresionante, se estaba librando una batalla campal. Las células del cigoto de pulpo se comían literalmente a la Activina A, que es la proteína que activa la formación de hueso. El temor de que Mark quedase convertido en un amasijo sin huesos invadió a Fedor por un momento, pero recordó que los estudios que había leído acerca de la base molecular del cerebro del pulpo era su capacidad para adaptarse de inmediato a las propiedades de la red neuronal que afectan en gran medida la capacidad de la memoria y el aprendizaje. Esas capacidades podían ser la salvación de Mark; podían incorporar mecanismos biológicos que permitieran a los tejidos alterar las proteínas con el fin de cambiar su función.

Guardó todo y dejó en orden su cubículo. Tuvo un presentimiento y llamó a Ruth.

—Por favor. Cierre la vía venosa, fue suficiente.

—Necesito una orden del doctor Dodum —contestó ella, impertérrita.

Fedor fue rápidamente en busca del profesor. Lo encontró en la puerta de la paciente B.

—Profesor, es necesario que hable con Ruth y le diga que detenga la vía intravenosa a Mark. Ahora —marcó el número y le pasó el móvil.

—¿Ruth? Por favor, detenga de inmediato el tratamiento intravenoso a Mark y retire la vía con mucho cuidado —ordenó Dodum, mientras sus ojos miraban interrogantes a Fedor.

—Enseguida, doctor —fue la breve respuesta de Ruth.

—¿Qué rayos está sucediendo? —le preguntó el profesor a Fedor.

—Ruth quería que fuese usted el que diera la orden.

—No me refiero a eso. ¿Por qué retirar la vía?

—Porque prefiero ser cauteloso. Ha estado recibiendo la medicación diecisiete horas con treinta y ocho minutos. Creo que es suficiente.

—Supongo que la cantidad era la misma que se le administraba con una inyección, no veo ese apuro de cortar el tratamiento, a menos que tengas un motivo razonable.

Fedor estuvo a punto de contarle la mejoría de Mark, pero prefirió que fuese él quien se lo dijera, si quería. Le había hecho prometer que no le diría nada y eso haría.

—Sí, pero en vista de los resultados finales, prefiero no arriesgar su vida.

—¿Sabías que la paciente B murió hace unos minutos? Fue un paro cardíaco. Tu fórmula no funciona. Tienes razón.

Fedor bajó la mirada. Sabía que iba por buen camino, pero por alguna razón no había funcionado con ellos. ¿Qué sucedería con Mark?, se preguntó. Dodum asintió varias veces en silencio y se alejó en dirección a su despacho. Tenía la espalda encorvada, como si el cansancio hubiera invadido su ser de repente. Fedor tenía miedo de regresar con Mark. Ya no estaba seguro de nada, al final resultaría que Dodum tenía razón. No era sino un estudiante entusiasmado que había creído superar al maestro.

## Capítulo 17

Ruth abrió la puerta, como siempre. Esta vez su mirada reflejaba curiosidad, más que desconfianza o preocupación, como solía ser. Fedor supuso que se habría dado cuenta del cambio operado en Mark, no era ciega y según Dodum casi una médico. El infinitesimal cruce de miradas fue suficiente para saber que Mark estaba bien, al menos de momento. Recostado en la cama, el joven lo miró con los ojos entornados, todavía bajo los efectos secundarios que le producía el medicamento, pero sonrió.

Al retirarse Ruth hizo un gesto con la mano para que se acercara.

—Siéntate junto a mí —dijo—. Fedor arrastró la silla y se sentó lo más cerca que pudo, como si Mark fuera a decirle un secreto. —¿Descubriste algo?

—Todo va muy bien. Puedes estar tranquilo; creo que te curarás, y si no es así, al menos estarás mejor que antes —comentó Fedor sin darle mayores detalles.

—Me siento mejor. Hace tiempo no me sentía así. Supongo que no le dijiste todavía al doctor.

—Prefiero que lo vea él mismo, de todos modos lo hará y no podrás engañarlo.

—Quiero proponerte algo, es en serio, no quiero que te burles de mí.

—Dime.

—No deseo regresar a casa de mi padre.

—Eso es fácil de solucionar, puedes vivir en otra parte.

—Tú no entiendes, quiero que tú seas yo. Que él piense que su hijo eres tú.

Fedor retiró la silla como si de esa manera pudiera tener una mejor perspectiva.

—¿De qué locura estás hablando? ¿Estuviste conversando con Dodum?

—¿El doctor?, ¡no! No sé qué tiene que ver él en esto.

—Me propuso lo mismo, pero por otros motivos.

—Explicame —pidió Mark. Su cara reflejaba extrañeza; Fedor supuso que

decía la verdad.

—El profesor pensó que no te llegarías a curar y me dijo que de ser así, yo podría hacerme pasar por ti ante tu padre. ¿No es una verdadera locura?

—No. Creo que si estuviera en su lugar habría hecho lo mismo. Ya imagino la presión que estará ejerciendo mi padre sobre él. ¿Y qué pensaba hacer conmigo? —preguntó tras reflexionar un momento.

—No lo sé. Mantenerte recluido hasta que murieras, supongo.

Mark hizo una mueca.

—¿Por qué no quieres aceptar mi propuesta? Sé que te llevarías bien con mi padre, en cierta forma ustedes son muy parecidos. Él jamás me dejará en paz, ahora más que nunca seré suyo, totalmente.

—¿Y qué te hace pensar que yo quiero ser «suyo»?

—Sé que a ti no te molesta ser como él quiere. Ya lo eres. Eres el hombre perfecto para ser su hijo. Tendrías una vida como nunca la tuviste, Fedor, yo lo único que deseo es perderme de vista, no te reclamaré nada, lo único que te pido es no regresar con él, por favor... —Los ojos de Mark estaban llenos de lágrimas.

—Yo también tengo una vida, Mark. Mi vida.

—¿Y qué piensas hacer con ella?

—Seguir estudiando, ser un científico brillante, tener mi propio laboratorio farmacéutico.

—Todo eso puedes hacerlo siendo su hijo. ¿Cómo piensas lograrlo sin ayuda?

Fedor iba a replicar pero calló. No lo había pensado. ¿Cómo llegar a tener una empresa farmacéutica? Recordó a Dodum y pensó en lo que le dijo. Se había hecho viejo sin llegar a completar sus sueños, vivía de su sueldo como profesor y se había retirado del laboratorio donde trabajaba, lo que tal vez le habría aportado alguna jubilación que ahora no tendría.

—No lo sé. Solo sé que lo haré —dijo.

—Lo que te estoy ofreciendo no es ninguna locura, como dices. Eres un individuo racional, demasiado, diría yo.

—¿Y qué sucedería si en realidad no estás curado, si volvieras a recaer, si la enfermedad regresara?

—No importa. En ese caso moriré, y mi padre jamás se enterará y no seré una vergüenza para él porque tú serás Mark.

Fedor lo miró y sintió algo extraño, la dependencia que había generado en Mark lo hacía sentir su protector, como si el joven que tenía delante fuese algo

más que un paciente, ¿sería por el parecido que ambos guardaban?, lo cierto era que no podía dejar de sentir pena por él. Lo compadecía, un sentimiento que había ido naciendo a medida que intimaban, y él nunca había intimado con nadie como con Mark. Le dolía su situación y deseaba ayudarlo de la manera que fuese, pero lo que proponía no tenía pies ni cabeza. ¿Dónde viviría Mark? ¿De qué? Se preguntó Fedor. ¿Acaso Dodum no era de la misma idea pero por razones diferentes? Él probablemente tenía todo cubierto. Fedor cayó en la cuenta que pensaba como si ya hubiese aceptado. Se acercó a Mark y lo tomó de los hombros. El extraño sentimiento de protección se acentuó y lo soltó lentamente, confundido. Los ojos de Mark le pedían auxilio, la expresión de su rostro lo convenció.

—Debo hablar con el profesor —le dijo.

—No, no deseo...

—¿De todos modos lo sabrá! No puedes ocultar tu estado actual.

—Está bien. Solo espero que esté de acuerdo, tengo miedo de que le diga todo a mi padre.

—No lo hará —aseguró con certeza Fedor—. Él más que nadie desea que tu padre crea que te ha curado.

—Me siento cansado... quisiera dormir un poco.

—Descansa. Yo hablaré con él.

—Fedor... Gracias. Te debo dos veces la vida.

—Todavía no me agradezcas.

√

—Profesor, ¿podríamos hablar cuando venga a casa? —preguntó Fedor por teléfono.

—Por supuesto. Te buscaré apenas llegue.

Dodum esperaba que su presentimiento fuese cierto, que finalmente aceptase la propuesta. ¿Acaso se habría convencido de que Mark no tendría cura? En buena cuenta prefería que así fuese; *los muertos no hablan*.

Después de guardar el cadáver de la paciente B en el frigorífico, bajó al garaje y enfiló el coche hacia su casa. Tenía curiosidad por saber qué le diría su joven alumno.

Fedor vio al profesor aparcar el coche frente a la casa, bajó y se apresuró a darle alcance; juntos subieron hasta el despacho.

—Debo hablar con usted.

—Tú dirás —dijo Dodum al tiempo que cerraba la puerta y con un gesto lo invitaba a sentarse en uno de los dos sillones. El otro lo ocupó él.

—Creo que Mark se está recuperando de una manera impredecible. No sé cuánto dure y si la enfermedad recrudecerá, no podría hacer un diagnóstico de su futuro porque ya ve... hasta ahora no he acertado.

—Y créeme que lo siento, hijo. Me hubiera gustado tanto encontrar la cura...

—Solo deseo saber la verdad, profesor.

—¿De qué verdad hablas?

—Usted había planeado todo esto desde un comienzo, ¿no es así? Desde que me vio en el instituto planeó suplantarle por mí. ¿Por qué me hizo creer que yo era capaz de encontrar una cura? Me dijo muchas cosas que no cumplió. No he visto a otros estudiantes del MIT en el laboratorio, no hay un equipo abocado a encontrar una cura o tratamiento eficaz, ¿Por qué no fue sincero conmigo desde el primer momento?

—No fue así, Fedor. La primera vez que te vi en el instituto yo todavía no sabía lo que ocurría con Mark, a él lo había visto de pequeño. Su padre recibió el mando del Pentágono y fue cuando me contactó. Quiso que fuera a su casa, en donde vi a Mark enfermo y entonces me fijé en el parecido entre ustedes... No fue nada planeado. Y en cuanto a tu capacidad, créeme, sé que eres brillante, ¡cuánto quisiera tener tu habilidad de deducción!, eres inteligente y lo sabes, no tengo que decírtelo. Creí que podríamos encontrar la cura pero sabía que tomaría tiempo, y mi amigo, el padre de Mark es impaciente. Es comprensible, es su único hijo, quiere verlo sano, entonces se me ocurrió que tú podrías ser el sustituto de Mark. Sé que actué mal, pero no sabía qué respuesta darle a su padre, no comprendes, me siento tan inútil...

—Si ocupo el lugar de Mark, ¿qué sucederá con él?

—Había pensado tenerlo en algún lugar apartado esperando por una cura, o esperando a que muera, si te soy sincero. Esa enfermedad no tiene remedio, lo estás viendo por ti mismo.

—¿Qué sucedería si él se cura por completo?

—Imposible.

Fedor quiso decirle que podría estar equivocado, pero se lo guardó.

—¿Quién se encargaría de él? Es un ser humano, ¿y si él se resiste, y no quiere ir a ese lugar apartado que usted dice?

—No tiene opción.

La respuesta de Dodum lo decepcionó. Sintió que algo desconocido nublaba su sentido común.

—Voy a aceptar su propuesta. Seré Mark, pero con una condición —dijo

después de un largo silencio, con una voz en la que Dodum captó ira contenida.

—Las que tú digas, Fedor —contestó Dodum. El hombre que tenía delante había dejado de ser un joven, no era más el muchacho inseguro que conoció en el MIT, su mirada dura y acusadora era intimidante.

—Quiero hacerme cargo de él. Usted me dará lo necesario para su manutención hasta que se cure o fallezca —demandó Fedor.

—Correré con todos los gastos que sean necesarios —se apresuró a afirmar Dodum—. Pero no veo cómo...

—Deje que yo me haga cargo —repitió Fedor, interrumpiéndole—. Voy a hablar con Mark primero, después, si usted desea, puede verlo y examinarlo.

—¿Se puede saber adónde piensas llevarlo?

—No. ¿Para qué? Es mejor que usted no lo sepa —masculló Fedor con rabia.

—Está bien. Ve y habla con él, no creo que sea necesario que yo lo examine, sé que será inútil —se atrevió a decir Dodum. Sus dedos índice y pulgar rotaban frenéticamente. En esos momentos supo que Fedor no era más el joven al que podía manipular, ¡pero había aceptado!

Fedor fue a la habitación de Mark y esperó a que Ruth los dejara solos.

—Mark, he decidido aceptar tu propuesta. Probablemente Dodum venga a verte pero no te hará ningún examen. Tendrás que salir de esta casa, irás a un lugar en donde alguien te cuidará mejor que nadie hasta que te recuperes del todo.

—¿Tú crees que me voy a curar?

—Claro que sí —dijo Fedor tajante—. Lo harás. Y ya verás cómo tu padre se arrepentirá de haberte tratado como un inútil. Yo me haré cargo de ti aunque esté lejos.

—Haré lo que digas, amigo, estoy en tus manos. Literalmente. Pero no deseo que mi padre se entere de nada; en adelante tú serás su hijo.

Fedor prefirió no comentar al respecto.

—Haré unos cuantos arreglos y coordinaré tu traslado. Será un viaje largo, muy largo, pero estarás en un lugar seguro —repitió—. Te explicaré todo.

Fedor y Mark pasaron ese y los días siguientes hablando de lo que encontrarían a los lugares a donde irían; Mark le relató con lujo de detalles cómo era su casa, dónde quedaba su dormitorio, el de sus padres, dónde acostumbraba a esconderse de niño, quiénes eran sus parientes cercanos, qué ropa solía usar, qué comidas prefería, qué era lo que más le gustaba a su

padre, los equipos de los que era fanático, en qué países había servido, cuáles eran las frases preferidas de su madre, sus pasatiempos, su color predilecto, le contó cómo era la escuela donde había estudiado, quiénes eran sus mejores amigos, cómo era la chica que a él le gustaba, cuándo le habían regalado su primer coche... y Fedor le dijo quién era Bertha, cómo era, le describió sus extraordinarios ojos verdes, la casa en la que había crecido, sus gustos en la comida, bebidas y manías, y no había tanto que aprender de él porque había sido siempre un chico tranquilo y sin mayores amistades. Y en vista de que Mark parecía no tener la misma capacidad retentiva que él, le escribió en un cuaderno todo lo que pensaba que podría necesitar saber para ser su sustituto. Porque el plan era ese: Mark se haría pasar por Fedor, y, como pensaba este, su recuperación total haría que poco a poco llevase la vida que él tanto ansiaba: vivir en un lugar tranquilo en el que no tuviera que rendir cuentas a nadie y hacer lo que le viniera en gana. En cierta forma, pensaba, era un desperdicio de vida y de recursos, pero esa era su elección y suponía que la vida lo había situado en su camino para que Mark cumpliera sus deseos, unos que jamás desearía para sí, y si era feliz no haciendo nada útil, no sería él quien le enseñara que había demasiadas cosas importantes en la vida. Creía en su recuperación, y de ocurrir lo contrario, que no se dijera que no había hecho lo posible por devolverle la normalidad.

Frente a él tenía un gran reto. Debía empezar a firmar como Mark, escribir con su letra y utilizar sus documentos personales. Por suerte él no había salido del país, de manera que todavía no había sacado el pasaporte y sus huellas dactilares no estaban registradas. Mark tenía un permiso especial para conducir porque su padre le había regalado un coche cuando terminó la escuela, y fue lo que alarmó a Fedor, porque a partir de los años noventa las huellas dactilares iban impresas en las licencias de conducir en algunos estados. Averiguó y por suerte en el estado de Washington, donde Mark la había sacado, no se había implementado la nueva regulación. No se fiaba de lo que él pudiera decirle, visto el enorme deseo de alejarse de su padre, podría inventar cualquier cosa. Si se iba con cuidado, el padre de Mark creería a ciencia cierta que él era Mark; después de haberlo visto varios años en una silla de ruedas podían existir algunas diferencias físicas, los jóvenes de esa edad son cambiantes, hasta las voces cambiaban. Tendría que idear una manera para que el general aceptase que su hijo no solo se había curado; también había evolucionado en un ser inteligente, amante de los estudios, de la disciplina, de la perfección, de la exactitud y de las ciencias. Esa sería la

parte más difícil. Por suerte, según le había explicado Mark, su padre viajaba mucho y permanecía fuera de casa mucho tiempo, jamás se presentó a alguna reunión de padres de familia en la escuela y le aseguró que nunca lo haría en el MIT, pues a él lo único que le importaba era el ejército, en donde decía, se hacía la carrera más importante para servir al país. Seguiría la misma estrategia; estudiaría sin que él se enterase sino del resultado de sus exámenes y mantendría un perfil bajo. Cuando completara el ciclo de ingeniería biológica estudiaría medicina en otra universidad y allí sí lo haría con el nombre de Mark Wilson. *Tal vez sería buena idea ir acostumbrando a los demás a que lo llamasen Mark.* ¿Pero era realmente una buena estrategia?

De un momento a otro se había apoderado de él la fiebre de siempre: que todo saliera conforme a sus planes. No estaba acostumbrado a la derrota, las equivocaciones eran para él un símbolo de debilidad, tenía que hacer que todo saliera perfecto y lo que había planeado como estrategia no funcionaría. Él era Mark Carter, debía estudiar como Mark Carter. Tendría que cambiarse de universidad —la parte más difícil para él— e idear un plan para que lo aceptaran en el nivel que le correspondía. No estaba dispuesto a perder años de estudios. Empezó a diseñar la manera de hacerlo sin saber que más adelante todo encajaría de manera perfecta como un rompecabezas al que no le faltaría ni una pieza.

## Capítulo 18

A partir del día en que Fedor tomó la decisión, Dodum se desentendió de Mark. Lo visitó pero solo le hizo un examen somero —que, por supuesto, Mark captó—, solo para cumplir con él. No se atrevía a mirarlo a los ojos. Su presencia lo incomodaba, prefirió que fuese su pupilo quien se encargase del dichoso traslado al lugar que, según él, sería ideal para el enfermo. Habló con Ruth a petición de Fedor para informarle que prescindiría de sus servicios, y tras pagarle una suma considerable y prometerle que hablaría con algunas personas influyentes para que le devolvieran la licencia de enfermera, dejó que se despidiera de Mark.

—Espero que te sigas recuperando, pronto no necesitarás ayuda —dijo Ruth.

—¿Por qué lo dices?

—Porque ya puedes moverte por ti mismo —dijo ella sonriendo con cierta malicia.

—Eso espero —comentó él con mesura—. Te agradezco por todos tus cuidados durante estos años, Ruth, pero es necesario que empiece a valerme por mí mismo.

—Y todo se lo debes al doctor Dodum, que Dios lo guarde y lo favorezca; es un santo. Rogaré todos los días por tu curación, pues todos tendremos el bien que nos merecemos si deseamos lo mejor al prójimo, y ya tu sufriste en la Tierra. El reino de los cielos espera por ti.

Se persignó, le dio la bendición y salió.

Mark no supo desentrañar sus palabras. Eran alentadoras y al mismo tiempo, fatalistas, como todas las que solía decir. *Pobre Ruth, siempre esperanzada en dioses inútiles y en doctores hipócritas.*

Cuando la puerta se cerró tras ella estiró las manos y después los brazos. Luego trató de estirar las piernas pero carecían de fuerza. Giró la cabeza a la izquierda, después a la derecha. No sentía dolor. Podía apoyar la espalda con más comodidad en el respaldar, ya no la tenía tan encorvada. Hizo el intento de ponerse de pie pero no pudo. Aun así, se sintió feliz, dentro de poco saldría de esa envoltura pesada en la que se había transformado Mark para convertirse en Fedor.

√

A Fedor le costaba mentir, su vida siempre había sido tan transparente y a su modo de ver, tan simple, que no veía motivos para no decir la verdad, y en

ese momento, frente a la pantalla del ordenador, sus dedos permanecían inmóviles sobre las teclas. De un momento a otro toda su existencia se había convertido en una mentira. Desde el momento en que accedió al pedido de Mark —no al de Dodum—, supo que la peor parte sería sobrellevar el peso de la farsa. Sin embargo, el reto que suponía hacerlo de manera perfecta fue lo que terminó de convencerlo, al menos era lo que deseaba creer. No soportaba la mirada de Mark, su pedido de auxilio, y solo pensar en la posibilidad de que él muriese lo hacía sentirse responsable. No acertaba a comprender por qué despertaba en él los deseos de protegerlo. Ahora frente al espacio en blanco de su correo electrónico, debía de escribir la primera mentira: una carta a Bertha. La última correspondencia con ella había sido dos años atrás.

*Hola Bertha,*

*Te preguntará el motivo de este largo tiempo sin noticias mías. Estuve enfermo pero me estoy recuperando, es una enfermedad poco conocida que no tiene sentido que la explique ahora, cuando me veas sabrás a qué me refiero, porque necesitaré ayuda. No quisiera abusar de tu confianza pero eres la única persona a la que conozco en Lisbon. Tendré que permanecer inmobilizado un tiempo hasta mi completa recuperación. Quiero saber si puedo contar contigo. Te prometo no ser una carga muy pesada, no desearía tener a una persona extraña cerca, por eso pensé en ti.*

*Por favor, dime si tienes tiempo y, por supuesto, recibirás un sueldo, sé que los asuntos de dinero son delicados de tratar, pero me conoces, y no deseo que haya malentendidos.*

*Espero tu respuesta,*

*Tu amigo,*

*Fedor.*

Antes de darla por terminarla la releyó varias veces. Finalmente se decidió y pulsó «enviar». Empezaba a notar que cuando se miente se necesitan más palabras que cuando se dice la verdad.

Él había contado con la fidelidad incondicional de Bertha. En ningún momento se le ocurrió pensar que ella podría tener otros intereses, que tuviera un novio, que se hubiese casado o simplemente lo hubiera olvidado. Para su sorpresa, recibió treinta y cinco minutos después la respuesta:

*Querido Fedor,*

*Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea. Lamento mucho lo de tu enfermedad, aunque me alegra saber que te estás recuperando y que elegiste tu casa en Lisbon para hacerlo. Estaré feliz de ayudarte, y por el*

*pago no te preocupes, lo haré con mucho gusto.*

*Tu casa está lista para recibirte y yo también. Solo dime cuándo vendrás para esperarte.*

*Tu amiga,  
Bertha.*

Leer esas líneas tuvo un significado especial para Fedor. Era como si su propia madre le hubiese contestado, la única persona en el mundo a la que le pediría algo con la seguridad de que jamás se negaría. Era un sentimiento que casi había olvidado; sintió una tibieza en el pecho, algo que no sabía cómo definir y por un momento sintió envidia de Mark. ¿Envidia? No sabría decirlo con exactitud, nunca había sentido nada parecido, de manera que no podía compararlo con nada. Por otro lado se sintió aliviado, al menos esa parte del plan ya estaba resuelta, solo tenía que preparar su viaje. Escribió a Bertha:

*Estimada Bertha,*

*Te agradezco mucho tu buena disposición, pero de ninguna manera permitiré que lo hagas gratis, me sentiría muy mal. Por favor, acepta mi ofrecimiento, de lo contrario tendré que buscar otro sitio donde quedarme.*

*Fedor.*

*Querido Fedor,*

*Si para ti es tan importante pagarme, lo aceptaré. No te preocupes, esperaré noticias tuyas con la fecha de tu llegada.*

*Bertha.*

Le agradaron las respuestas cortas y concretas de Bertha. Satisfecho de haber dilucidado el asunto del pago fue a la habitación de Mark.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó.

—Cada vez mejor. Creo que los pulpos y yo congeniamos. Me preocupa no poder mantenerme de pie.

—¿Te has visto las piernas? Parecen dos palos de golf. Estuvieron inmobilizadas mucho tiempo, tus músculos se debilitaron, tendrás que ejercitarlas.

—Espero que sea solo eso.

—Seguro. De todos los males que pudieran sobrevenirte, ese es el menor —aseguró Fedor, sin percatarse del malestar que empezaba a reflejar la cara de Mark.

—Parece que mi futuro no es muy alentador.

—No quise decir eso. Para tu tranquilidad, tu organismo está respondiendo

mucho mejor de lo que esperaba —dijo Fedor en tono conciliador—. Pero tengo buenas noticias: Bertha aceptó con mucho gusto cuidar de mí, es decir, de ti. Ya te lo había adelantado, es una amiga confiable. Tendrás que parecerte mucho a mí, porque creo que conoce todos mis gustos, mis defectos y lo que tenga yo de bueno; es muy observadora. Si alguna persona de por allá pudiera notar la diferencia, creo que sería ella.

—Será todo un reto —dijo Mark, reanimado.

—Voy a ayudarte a mover un poco las piernas.

Fedor llevó la silla de ruedas hasta el borde de la cama y, tal como había visto hacer a Ruth, con un movimiento giratorio del cuerpo situó al enfermo en el lecho. Sujetó la corva o el hueco poplíteo como habría dicho Dodum, y movió la pierna derecha de Mark cogiéndola por el talón hacia arriba. Lo hizo despacio varias veces y después también con la otra. Flexionó la cadera hasta casi tocar el pecho tanto con una pierna como con la otra; al tiempo que notaba que sus articulaciones estaban bastante más flexibles de lo que había supuesto.

—¿No te parece genial? —preguntó Mark.

—Más que genial me parece asombroso. ¿Puedes mover las manos como para manejar el teclado? —preguntó Fedor sin dejar de flexionarle las piernas.

—Creo que sí. De hecho estuve navegando, pero no he escrito nada demasiado largo.

—Intenta escribir, pues se supone que le has escrito a Bertha. La próxima vez que lo hagas será para darle la fecha de tu llegada.

—Está bien, practicaré. Cada vez mis movimientos son más sueltos, y me siento con una energía que no tenía desde hace tiempo.

—¿Cómo llamas a tu padre? ¿Le dices papá, papi, señor?

—Antes le decía papá. Después empecé a llamarlo general; de esa manera era más real. Siempre empezaba a hablar conmigo como si estuviera pasando revista, ¿comprendes? Entonces me cuadraba y lo trataba al estilo militar, pero con cierta sorna, lo que invariablemente lo irritaba —explicó Mark sonriendo, como si el asunto resultara gracioso.

—Entonces cómo lo tratarías si de pronto estuvieses curado y estuvieras frente a él después de largo tiempo, ¿señor?, ¿general?, ¿papá? —insistió Fedor sin prestar atención a sus intenciones jocosas.

—Creo que dadas las circunstancias, le diría: hola papá, aquí me tienes otra vez para volverte loco. Sería la manera exacta como lo saludaría. Él respondería: «Me alegra mucho que te hayas recuperado, hijo, espero que

ahora veas la vida con más seriedad», O algo parecido.

A Fedor el general Wilson Carter le parecía cada vez más agradable.

—¿Puedes ir al baño tú solo? Me refiero a si puedes sentarte en el inodoro, y esas cosas.

—Sí. Lo hice hoy para probar porque Ruth ya no iba a estar. Solo debo dejarme caer en el sitio justo. Si le pongo el freno a la silla es menos complicado volver a ella. Y puedo limpiarme solo. Al fin.

Aquello le pareció significativo a Fedor. No le hubiera gustado que Bertha tuviera que hacerse cargo de esas tareas. Aunque sería el de Mark, ella pensaría que ese era su cuerpo.

—He arreglado con una empresa de transporte que te lleve con ciertas comodidades a Lisbon. Alquilan casas rodantes, las he visto, parecen unas pequeñas viviendas, tienen de todo, cocina, nevera, baño. Habrá una persona a tu cuidado de todos modos. Todo quedará cubierto. En este sobre hay dinero en efectivo para los gastos que puedas tener. Sería conveniente que practicases mi firma desde ahora, pues tendrás que abrir una cuenta bancaria. Yo ya sé hacer la tuya a la perfección.

—Lo bueno es que al estar en esta situación, el que tu firma no me salga perfecta es comprensible, ¿no crees?

—Sí, he tomado en cuenta ese aspecto, también la letra tendrá algunas variaciones, pero procura que sea siempre legible, mi firma es muy simple. Espero que tengas buena ortografía.

—Claro que la tengo. Ya te dije que uno de mis deseos era ser escritor.

Aunque a Fedor la respuesta no le dio la menor garantía, supuso que tendría que creerle. Esperaba que fuera cierto, ningún accidente o enfermedad estropeaba la ortografía.

—Te lo mostraré. —Ayudándose de los brazos, Mark apoyó las manos en la cama y se sentó, al tiempo que giraba su cuerpo poniendo los pies en el suelo.

—¿Desde cuándo haces eso? —le preguntó Fedor.

—Desde ayer. En realidad no es muy difícil, ya te dije que podía sentarme sin ayuda en la taza del baño, es más o menos lo mismo. Ahora mira cómo me paso a la silla.

Acomodó la silla con el brazo derecho y luego con ambos brazos apoyados en los reposabrazos hizo un movimiento cruzado y quedó sentado sobre la silla de ruedas. Mark utilizó sus miembros superiores antes inmovilizados, con una soltura y una fuerza impensables. Como si lo que acababa de hacer no tuviera importancia, quitó el freno de la silla y fue rodando hasta el pequeño

escritorio. Cogió una hoja en blanco y un lapicero y escribió «Fedor Mogliani» con caligrafía regular, ligeramente inclinada a la derecha.

—Es muy parecida a mi firma... Ahora escribe algo como: «Viviré en Lisbon, una ciudad que parece un pueblo» —improvisó Fedor.

A pesar de la dificultad que parecía tener Mark para que sus manos manejaran instrumentos delicados, clavó la vista en una nota que tenía frente a él con la caligrafía de Fedor y escribió lo que le había dictado.

—¿Ves que se parece mucho a tu letra? Y no son las mismas palabras que tengo en la muestra —dijo Mark con orgullo.

—Impresionante. Se ve que estuviste practicando.

—En realidad, no. Pero he notado que se me dan bien estas cosas.

√

Dodum parecía haberse desentendido de Mark. Solo aprobaba todos los requerimientos de Fedor en cuanto a su traslado, los gastos y el dinero que tendría que proporcionarle para su manutención mientras estuviese en proceso de curación y tal vez más adelante, porque había previsto que no era dable abandonarlo a su suerte. Esa parte ya la tenía cubierta, la había incluido dentro de la partida de gastos y en aquellos momentos era lo que menos le preocupaba. Toda su atención estaba dirigida a la entrada que Fedor haría en su nueva vida. Wilson Carter estaba en la Base Aérea de Ramstein, regresaría en tres semanas y ya le había informado en la última llamada que le hizo desde Alemania que diera por hecha la curación de su hijo. Carter no lo podía creer, casi había enloquecido de alegría al escucharlo, hasta pudo percibir su sonrisa a través del móvil, de manera que no había marcha atrás. «Pídeme lo que quieras, lo que sea. Te lo debo», había dicho. Y eso es lo que haría una vez que Fedor ocupara el lugar de su hijo Mark. Todavía tenía suficiente dinero en el banco; la cantidad ilimitada que podía manejar el ejército a través de quién sabía qué manejos era impresionante, concluyó Dodum. Los gastos que Mark estaba ocasionando para su traslado y manutención eran simples naderías.

A Fedor, sin embargo, sí le preocupaba el asunto monetario. Él estaba acostumbrado a calcular cada centavo, y la gala de generosidad proveniente del profesor la veía sospechosa, aunque gran parte de esas sospechas recaían en el padre de Mark, pues era, según Dodum, quien había financiado el laboratorio. A la larga ese laboratorio solo había tenido la finalidad de enmascarar las verdaderas intenciones del profesor: hacerlo pasar a él por Mark. Suponía que iría a vender todo lo que contenía: muchos equipos costosos con apenas uso y empezaría a disfrutar de la verdadera vida que él

creía merecer. Por la forma en la que se refería al hijo del general parecía tener la certeza de que moriría, tal como había sucedido con los pacientes A, B y los ratones. En su mente no existía la posibilidad de que, según sus propias palabras, su *estrambótica fórmula* diera como resultado alguna cura definitiva.

## Capítulo 19

Una semana antes de que Fedor estuviera frente al general Wilson Carter, Mark iba rumbo a Lisbon. Habían ensayado hasta la saciedad la manera de hablar, de comportarse y hasta de comer. Los hábitos de comida de uno y de otro eran bastante diferentes; mientras a Mark le encantaba la comida basura, Fedor había sido criado por una madre que preparaba los alimentos en casa, algo que para Mark parecía no haber tenido importancia. Uno había crecido haciendo lo que le venía en gana y el otro fuese por su naturaleza o por los hábitos forjados desde la niñez, era disciplinado, ordenado, estudioso, meticuloso, algo a lo que Mark no estaba acostumbrado. Su padre viajaba con frecuencia, y las veces en que su progenitor estaba en casa le exigía un comportamiento diferente al que su madre le permitía. Fedor supuso que era la fuente de los problemas entre ellos.

Pasó el largo trayecto tendido en una de las dos camas del remolque. Habían incluido una bicicleta estática que empezó a usar días antes del viaje para fortalecer las piernas, y una caminadora, pero todavía no podía prescindir de la silla de ruedas. Algo más que débil musculatura le impedía ponerse de pie. Trataron con muletas y después de varios intentos, Fedor prefirió evitar cualquier instrumento que pudiera ocasionarle inflamaciones, en este caso en las axilas. El último examen de sangre demostró que el organismo de Mark se había estabilizado, el gen de la enfermedad ya no existía en su ADN, y con la edición de las células madre de pulpo parecía que la producción de hueso se había detenido; Fedor lo atribuyó sin dudarle a la base molecular del cerebro del cefalópodo por su capacidad para adaptarse a las propiedades de la red neuronal, como había pensado al comienzo. No se lo había dicho a Dodum porque parecía haber perdido todo interés en Mark. El profesor seguía con la idea de que en algún momento la curación iba a revertir y lo más probable fuese que los huesos de Mark empezaran a disolverse. Y aunque respetaba las opiniones y la sabiduría de Dodum, Fedor no estaba de

acuerdo. Su intención era mantener una correspondencia fluida con Mark para que le fuera informando día a día de su evolución. Ya habían convenido que debían borrar el historial del ordenador en cada uso, y jamás dejarlo conectado para evitar que cualquier persona se enterase de lo que escribían.

Después de atravesar Albany, Bufalo, Cleveland, Chicago y Wisconsin, tras treinta y dos horas de viaje, llegaron a Dakota del Norte. El remolque se detuvo en el 801 de la calle Elm, en Lisbon. Había sido un largo trayecto, casi mil ochocientas millas cruzando varios estados que, según el conductor, las habían hecho en un tiempo récord.

Bertha salió de casa de Fedor, cruzó el jardín y se acercó a la casa rodante. Un hombre puso una rampa por la que bajó Mark en silla de ruedas. Al verlo, ella no pudo reprimir un sobresalto, no esperaba verlo así. Mark la reconoció en cuanto vio sus ojos verdes y a partir de ese momento se transformó en Fedor.

—Hola, Bertha —saludó con una sonrisa.

—Fedor... qué alegría verte de nuevo. Por aquí, por favor. —Indicó al hombre que cargaba la bicicleta estática. Ella se situó detrás de Fedor y empujó la silla hacia la entrada de la casa.

El hombre dejó la bicicleta y regresó al remolque por el caminador, por último, la maleta y una caja con libros, y dejó todo en el salón.

—Fue un gusto acompañarlo —dijo, dándole la mano a Mark, se despidió y salió.

Bertha hizo el ademán de empujar la silla de ruedas hacia el dormitorio de Fedor, pero este le hizo un pequeño gesto con la mano y lo hizo solo. En su mente se había grabado el plano de la casa, sabía que a su habitación se iba por el pasillo, la segunda puerta a la derecha. La primera era una habitación pequeña que se usaba como despensa porque quedaba cerca de la cocina. Bertha arrastró la maleta y lo siguió. Una vez dentro empezó a desempacar y a poner cada cosa en su lugar.

—¿Qué fue lo que te ocurrió? —preguntó mientras lo hacía.

—Después de una virosis tuve el Síndrome de Guillain Barré —Por la expresión de su rostro notó que Bertha obviamente, no sabía de qué se trataba. Le explicó—: Consiste en una parálisis de los músculos que empieza por las piernas y va subiendo por el cuerpo, pero ya recibí el tratamiento adecuado y estoy en proceso de recuperación.

—Me apena verte así. ¿No puedes caminar?

—Dentro de poco espero que sí.

—¿Puedes comer de todo? Preparé el almuerzo —dijo Bertha al terminar de acomodar los calcetines en el tercer cajón de la cómoda.

—¡Sí, claro! De todo.

—Te avisaré cuando la mesa esté servida... O tal vez prefieras que te traiga la comida...

—No, está bien. Iré allá. Gracias.

Bertha salió y cerró la puerta.

Una vez solo en la habitación, Mark se dedicó a observar con detenimiento el cuarto. Tenía una idea bastante aproximada de lo que encontraría, un ambiente con el que se había familiarizado porque Fedor era exacto en las descripciones. Observó la habitación espaciosa, miró la pared a cinco pasos —según Fedor— paralela a la cama, con estanterías que llegaban hasta el cielo raso. A cincuenta centímetros del suelo, empezaban compartimentos con cajones al lado derecho y puertas al izquierdo. Los libros acomodados en las ménsulas dejaban espacio para unos cuantos libros más. Los que se exhibían allí eran todos de texto, ordenados desde el primer año hasta el último, cuando terminó la escuela. La cama, pegada a la pared, tenía al lado izquierdo una mesa de noche con un reloj despertador antiguo. Separado por un metro y cinco centímetros del pie de la cama se extendía frente a ella una pared con un clóset, la mitad de él con una barra para colgar la ropa y la otra mitad con cajones y estantes. El escritorio, pequeño, pegado a la mesa de noche; una lámpara de contador iluminaba la del escritorio y en la otra, un espacio para el ordenador. Bertha había situado el que él trajo justamente allí. Mark inspiró profundo como queriendo impregnarse de Fedor, necesitaba ser él, al menos al comienzo. Después podría ir cambiando, la gente solía hacerlo, ¿o no? Lo cierto es que esa casa y ese cuarto le producían una familiaridad y un confort tranquilizadores. Afuera, el sonido de los pajarillos era lo único que se escuchaba a través de la ventana situada justo frente al escritorio. Miró la foto del portarretrato; una mujer muy atractiva con un pequeño que supuso, sería Fedor. Al verla, sintió algo familiar en su rostro. *Claro, era la madre de Fedor y se parecían.* La luz del mediodía se filtraba por las persianas y permitían ver el frondoso árbol que daba sombra a esa parte de la casa. Era un buen lugar para empezar una nueva vida, y es lo que haría; desde ese momento sería Fedor Mogliani. No había vuelta atrás. Abrió el ordenador portátil y escribió un correo electrónico:

*Llegué sin novedad. Estoy instalado y Bertha me llamará para almorzar. Todo está bien.*

*Saludos*

*Mark*

La respuesta llegó casi de inmediato, como si Fedor hubiera estado esperando frente a la pantalla:

*Felicidades. Ya sabes, cualquier duda, pregúntame.*

*Mark*

Mark se fijó en que él firmaba con su nombre, probablemente para enfatizar que a partir de ese momento ninguno de los dos debía de usar sus nombres anteriores. No respondió, no era necesario. Sintió dos golpes suaves en la puerta.

—Adelante.

—El almuerzo está servido, Fedor.

—Allá voy.

Eliminó los correos, apagó el ordenador, maniobró la silla y fue directamente a la cocina, donde se suponía había una mesa para dos y Bertha habría dispuesto el almuerzo. No se equivocó. Sonrió al saber que había acertado. Había un espacio vacío y fue hacia allá. Ella parecía sentirse orgullosa de la comida que había preparado siguiendo la receta del cuaderno que la madre de Fedor había dejado en una de las gavetas de la cocina: lasaña y ensalada capresse. Una comida casera que Mark devoró ante la mirada de placer de Bertha. De postre había helado, comprado en la heladería donde había trabajado.

—Lamento que hayas dejado la heladería —dijo Mark recordando lo que Fedor le había comentado.

—Solo pedí permiso. Lo bueno es que tengo descuento en los helados —contestó Bertha con una sonrisa.

Mark se fijó con atención en sus ojos. Era cierto. Los ojos de Bertha eran de un verde insólito, tal como Fedor había dicho. Pero él no había sido demasiado específico en cuanto a la forma; eran raramente oblicuos, lo que daba a su rostro una apariencia extraña, felina, tal vez. Su cabello de un rubio pálido peinado sin gracia alguna, sin volumen y recogido detrás de las orejas, acentuaba la sensación; le llegaba casi a los hombros y no favorecía en nada a su rostro, pero Bertha no parecía querer impresionarlo. Era tal como había dicho Fedor, una persona simple, honesta y eso era lo que veía Mark. Al sentir la mirada de él, ella sintió un *déjà vu*.

—¿Qué harás con tus estudios en el MIT? —preguntó para disimular su inquietud.

—Me reincorporaré cuando pueda caminar. O tal vez no.

—¿O tal vez no? No comprendo.

—Ya he aprendido todo lo que pude allá. Tal vez sería bueno dedicarme a buscar otros horizontes.

—¿Dónde?

—En otro lugar, otra universidad, todavía no lo sé. La enfermedad me ha hecho replantearme algunas cosas.

Bertha asintió. Era tan raro escucharlo hablar. Hasta su voz había cambiado, pero le parecía natural, ya había dejado de ser el chiquillo que partió a Boston. Físicamente había crecido, se había convertido en todo un hombre. Y bastante atractivo, pensó.

Después de terminado el almuerzo, Mark fue a cepillarse los dientes y Bertha lavó la vajilla.

—¿Me necesitas para algo más? —le preguntó al verlo salir hacia el salón.

—No, Bertha, muchas gracias, tu almuerzo estuvo delicioso.

—Vendré a la hora de la cena. ¿Qué deseas que prepare?

—Algo ligero.

—¿Podrás arreglártelas solo durante la noche?

Mark se quedó pensando un rato antes de decidirse a decirle que requería ayuda para ponerse el pijama.

—Un poco, solo para cambiarme de ropa y temprano para bañarme.

—Te ayudaré, no te preocupes —dijo ella un poco azorada, pero decidida a serle útil—. Tienes mi teléfono en el escritorio, si necesitas algo antes, llámame.

—Gracias —respondió Mark escuetamente. Así lo habría hecho Fedor.

Aunque no lo aparentase, Mark se hallaba seriamente preocupado por la inmovilidad de sus piernas. Podía moverlas sin dificultad con ayuda, pero él parecía no tener voluntad sobre ellas, como si su cerebro y sus piernas no tuviesen conexión. Lo último que había hecho Fedor antes de embarcarlo para Lisbon había sido una resonancia magnética nuclear de la región lumbar, pero no la había interpretado con exactitud, y el doctor Dodum se encontraba fuera de Boston para ese momento.

Fue al ordenador y escribió:

*¿Tienes alguna noticia de lo que sucede con mis piernas?*

Tres minutos más tarde la respuesta fue:

*Acabo de conversar con Dodum. Dice que tienes una fuerte compresión en la médula espinal que puede aliviarse con corticoesteroides, tal vez debido*

*a los años que estuviste inmovilizado en mala postura, porque no hay presencia de hernias ni tumores. Dile a Bertha que se comuniqué con el hospital y hable con el doctor Norman, fue el que atendió a mi madre, para que vaya a verte. Te estoy enviando las imágenes de la resonancia para que él las vea.*

Descargó el archivo adjunto pero no logró entender nada. Llamó a Bertha y le dio las indicaciones de Fedor.

Dos horas después Bertha entró acompañada de un hombre de mediana edad que llevaba consigo un maletín de médico. Supuso que era el doctor Norman.

—Buenas tardes doctor —saludó como si lo conociera.

—Hola Fedor, ¿qué es lo que tienes exactamente?

—Me diagnosticaron el síndrome de Guillain Barré.

—Entiendo... Supongo que el tratamiento surtió efecto, porque se te ve bastante bien. ¿No puedes mover las piernas, dices?

—No tienen fuerza. Mire lo que acabo de recibir. —Le enseñó la imagen de la pantalla.

El médico la observó con cuidado y luego lo miró extrañado.

—Lo que veo es que tienes una fuerte compresión de la médula espinal a la altura de la tercera vértebra lumbar. ¿Por qué no recibiste tratamiento? Está seriamente inflamada.

—Porque cuando me hicieron la resonancia yo estaba a punto de venir y no quise esperar.

—Mal hecho. Por suerte Bertha me explicó que no movías las piernas y traigo conmigo algo que te servirá. ¿No sientes dolor?

—No.

—Es muy raro, generalmente los dolores son intensos.

Abrió el maletín y extrajo una hipodérmica que llenó con el líquido que contenía una ampolleta.

—¿Qué es, doctor?

—Dexametasona. Te pondré una dosis ahora y otra dentro de seis horas. —Le aplicó la inyección vía intravenosa y guardó sus instrumentos—. Eso debería bastar, porque no veo daños ni abscesos. Lo de tus piernas no tiene nada que ver con el Síndrome de Guillain Barré. Tuviste suerte en que el tratamiento que te dieron surtiera efecto.

—Sí, doctor, soy afortunado.

—Es bueno verte por aquí otra vez, Fedor.

—Estaré un tiempo, necesito descansar, doctor.

—Sí, supongo que estuviste sometido a mucho estrés en el instituto, a veces no nos damos cuenta de lo perjudicial para la salud que puede llegar a ser. Te enviaré a una enfermera dentro de seis horas.

—Está bien doctor, ¿cuánto le debo?

—No te preocupes, la cuenta la recibirás después, si tu problema se soluciona.

—Gracias, doctor.

—Adiós, Fedor. Fue un gusto volver a verte.

Bertha lo acompañó a la puerta y regresó con Mark.

—¿Sientes algo?

—¿Como qué?

—Bueno, supongo que la inyección te hará algún efecto, ¿no?

—Solo tengo ganas de recostarme y dormir un rato.

—Puedo ayudarte.

—Gracias, antes debo hacer algo.

Fue al ordenador, borró el correo y apagó el aparato.

Bertha lo ayudó a tenderse en la cama y lo dejó descansando. Sin decir nada, se retiró.

Camino de casa se preguntó si la situación merecía que le entregase el sobre que le dejó Cadence. «Solo en situación de un grave peligro», le había advertido. Se preguntó cuál sería el contenido del sobre, nunca había sentido curiosidad por saberlo. Era indudable que era una carta o un documento, no podía ser otra cosa. Esperaría la evolución de Fedor y si su salud empeoraba, le entregaría el sobre.

## Capítulo 20

*El día tan esperado por Fedor al fin había llegado. Dodum lo llevaría a la presencia de Wilson Carter, y deseaba hacerlo en una silla de ruedas para que su curación no pareciera tan abrupta.*

Dodum lo condujo por los largos pasillos del aeropuerto Dulles empujando la silla de ruedas hasta la salida, en donde un soldado se les acercó, se identificó, tomó la silla y se dirigió, seguido por el profesor, hasta una enorme furgoneta negra orillada en la acera. Subió a Fedor por una rampa móvil al interior, modificado para ofrecer suficiente espacio. Puso el freno a la silla y pasó una cinta de seguridad. Luego bajó y se sentó al lado del conductor.

Dodum hizo crujir los dedos, y empezó a frotar el índice con el pulgar de manera frenética. Aunque su rostro simulaba estar tranquilo, la sonrisa que asomaba a sus labios era como la de las personas que desean ser aceptadas pero saben que será difícil. Fedor solo captó en su rostro cierto nerviosismo y procuró no prestarle atención por temor a contagiarse, aunque sabía que cuando él frotaba sus dedos de esa manera había que preocuparse. Durante el trayecto de poco más de veinte minutos no cruzaron palabra. Solo al tomar la calle que llevaba a la casa de Mark el profesor comentó:

—Bueno... llegamos.

La furgoneta cruzó la ancha reja flanqueada por dos militares, y se estacionó frente a la puerta principal.

Tal como la había descrito Mark, la enorme casa era de estilo neoclásico americano. El frente estaba cubierto por un empedrado de lozas pequeñas en diferentes tonos de gris que no se veía en absoluto monótono. En la planta baja, una fila de ventanas en forma de arco repartidas de manera simétrica a ambos lados de la enorme entrada, le daban la apariencia de un templo, y en la planta alta grandes ventanas rectangulares, cuyas contraventanas abiertas dejaban ver las cortinas de color claro, todas iguales, a través de los vidrios. Una casa hermosa rodeada de árboles frondosos. El soldado empujó la silla

de Fedor por la estrecha rampa discretamente dispuesta a un lado de los seis escalones que conducían al portón de roble tallado. Una vez allí tocó el timbre y regresó a la furgoneta por la valija. Esperó junto a Dodum.

La mucama que abrió al ver a Fedor iluminó su cara con una sonrisa.

—¡Joven Mark, ¡qué alegría verlo otra vez!

—Hola Sarah —respondió Fedor como si la conociera de toda la vida—. ¿Está papá?

—Enseguida le avisaré que ha llegado. Deje la valija allí, por favor —dijo al soldado. La mujer empujó la silla de ruedas hasta una puerta y presionó un botón. El ascensor se abrió y entraron en él con Dodum.

—Quiero refrescarme un poco antes de ver a papá —dijo Fedor—. ¿Dónde está?

—En el despacho, joven Mark. —La mucama condujo a Fedor al que sería su dormitorio—. Enseguida traeré su equipaje.

—Si ves a mi padre, no le digas que estoy aquí. Quiero darle la sorpresa.

—Por supuesto, joven Mark —sonrió Sarah y se retiró cerrando la puerta.

Sarah bajó y volvió a subir con la valija.

—Vendré después a desempacar, joven —dijo.

Fedor miró a Dodum.

—A partir de ahora eres Mark Wilson —musitó—. Esta es la nueva vida que te espera —agregó mirando alrededor.

—Por favor, asegure la puerta. No quiero que la mucama entre y me vea de pie —sugirió Fedor al tiempo que se levantaba de la silla para ir al baño.

Conocía la disposición de la casa por el plano que le había dibujado Mark. Se lavó las manos con sumo cuidado como siempre y se enjabonó la cara. Peinó sus cabellos y después pasó los dedos entre ellos para dejarlos como Mark acostumbraba, con un desorden artístico, como diría él. Al salir, Dodum seguía en la misma posición, tocándose el pulgar y el índice de manera disimulada.

—¿Listo?

—Listo, profesor. Vayamos al encuentro de mi padre.

Sin ayuda, dirigió la silla de ruedas al despacho. Tocó levemente y esperó.

—Adelante —invitó una voz de barítono.

Fedor entró y Dodum detrás de él. La mirada de Carter fija en Fedor parecía no dar crédito a lo que veía.

—¡Mark! —Salió de detrás del escritorio y fue hacia Fedor que, con una sonrisa, se acercó rodando hacia él.

—Hola, papá.

Wilson Carter era un hombre alto y corpulento. Se acuclilló para estar a su altura y lo miró a los ojos.

—¿Por qué no me avisaron de que habías llegado? Habría bajado a recibirte... Bienvenido a casa, hijo, estoy feliz de tu regreso.

—Gracias, general —respondió Fedor levantando el brazo y saludando al estilo militar con una sonrisa.

El hombre no pudo evitar que le brillaran los ojos. Su hijo podía mover el brazo... y se veía mucho mejor que la última vez. No tenía la espalda curvada. Miró a Dodum. Quería preguntar muchas cosas y no se atrevía, no sabía cómo hacerlo.

—Puedo ponerme de pie, pero todavía me cuesta un poco —aclaró Fedor al darse cuenta de su indecisión—. ¿Quieres verlo?

—No, no, si te causa dolor, Mark.

—No me duele. Mira.

Fedor se puso de pie simulando cierta dificultad y se apoyó en el brazo del general. Él conmovido, lo abrazó al tiempo que lo sostenía como si fuese un niño. Fedor hizo una leve mueca de rechazo por el contacto físico, que Carter interpretó que se debía a la molestia por ponerse de pie. —Mark, hijo, no sabes lo feliz que me hace verte... —Se le quebró la voz.

—Lo sé, papá —dijo Fedor y sin saber el motivo sintió un nudo en la garganta. Llamar papá a alguien le generaba un extraño sentimiento.

—Pero siéntate, no deseo que te esfuerces, todo debe ir poco a poco, ¿verdad Peter?

—Claro, es lo que siempre le digo a Mark, pero ya sabes cómo son los muchachos —dijo Dodum, un poco más tranquilo que al comienzo. Fedor había pasado la primera prueba.

Wilson Carter ayudó a su hijo a sentarse en la silla.

—Supongo que debes de estar cansado del viaje y eso...

—Sí, un poco —afirmó, para no contradecirlo.

Él mismo lo llevó empujando la silla hasta su dormitorio.

—¿Necesitas algo? Lo que sea, dime.

—No, papá, descuida. Me las arreglaré solo.

—Bien, cuando descanses búscame, que tenemos mucho de qué hablar.

—Sí, señor.

El general sonrió al escucharlo y salió. No sabía cómo tratar a su hijo, aunque se veía saludable, en su mente seguía siendo el muchacho frágil que se

había acostumbrado a ver tantos años. Consideró que debía de estar agotado por el viaje y aprovechó la situación para hablar a solas con Dodum.

De vuelta a su dormitorio, Fedor encontró a la mucama que, después de colocar meticulosamente en su sitio el contenido de la maleta, parecía esperar a que le diera alguna orden.

—¿Se le ofrece algo joven Mark?

—Gracias, Sarah, solo quiero descansar. Me recostaré un rato.

—¿Lo ayudo?

—No hace falta, puedo hacerlo solo.

—Dios bendito ha escuchado mis ruegos —murmuró Sarah y salió no sin antes darle una mirada acompañada de una sonrisa.

Fedor se acercó con la silla a la puerta y la cerró con pestillo. No quería ser sorprendido mientras se movía con facilidad.

Se puso de pie y observó el lugar, esta vez con detenimiento. Suntuoso, era la palabra exacta. ¿Por qué Mark odiaría esa vida? Su padre parecía ser un buen hombre. Abrió una puerta y se encontró con un vestidor en donde se alineaban trajes de vestir; en los estantes camisas planchadas y dispuestas como si fuese una tienda. Los zapatos, todos lustrosos y de diferentes modelos, parecían esperar a ser escogidos para su uso. Pero nada era de su talla. Supuso que era la ropa de Mark de años atrás.

Salió del vestidor y se dirigió al baño, necesitaba refrescarse la cara otra vez, era demasiada tensión en tan poco tiempo. No sabía que la gente pudiera vivir así. Se mojó la cara, la cabeza, y cogió con sumo cuidado una de las toallas que parecían colocadas como decoración. Tendría que acostumbrarse a todo aquello. Después de secarse bien la cabeza fue a la cama, mucho más grande que las que él había usado siempre, y se tendió en ella. No estaba cansado físicamente. Los acontecimientos lo rebasaban y en ese momento lo que deseaba era cerrar los ojos y tranquilizarse. Lo hizo, y poco después se quedó dormido, agotado por tantas emociones.

√

—Amigo, te estaré eternamente agradecido —dijo Carter poniendo una mano sobre el hombro de Dodum—. Ver a mi hijo curado ha sido el mejor momento de mi vida.

Se encaminaron a su despacho y le ofreció asiento.

—Lo prometido es deuda —afirmó Dodum.

Carter sacó de un mueble detrás de su escritorio una botella de escocés.

—Esto merece un brindis, Peter, es más, lo necesito. —Sirvió en dos vasos

de cristal y le alargó uno—. Por Mark y por la vida que se merece.

—Salud —brindó Dodum—. Tu hijo fue sometido a una cura experimental, no sería inteligente ventilarlo, pues, como sabes, tuvimos que hacer pruebas con seres humanos y es considerado antiético. Podría perder mi título.

—¿Hay garantía de que la cura sea definitiva? —inquirió Carter frunciendo la frente.

—En medicina nada es definitivo, en este momento el gen de la enfermedad no está en su sistema, pero no sabemos a ciencia cierta qué puede pasar más adelante. Sin embargo, creo que va bien encaminado.

—Eso espero, amigo, eso espero... tengo tantas esperanzas puestas en mi muchacho...

—Respecto a eso, debo decirte que es probable que notes ciertos cambios de actitud en él.

—¿Buenos o malos?

—Depende. Creo que buenos. Como te dije, el organismo, la mente, los genes, son terrenos que, a pesar de los grandes progresos de la ciencia, todavía no hemos podido conocer a fondo. Ya te expliqué que le fue insertado por el método CRISP el gen de un cefalópodo, era el único viable, por los motivos que sabes. A veces pienso que puede haber modificado su estructura cerebral; es bien sabido que esos animales tienen una inteligencia superior a la mayoría, así que...

—¿Me quieres decir que Mark podría adquirir las cualidades de un pulpo? —preguntó Carter estupefacto.

—No, no... tuve mucho cuidado al hacer la inserción, extremo cuidado —mintió Dodum. No sabía cómo explicarlo de una manera que pareciera creíble y al mismo tiempo poco arriesgada, pero debía justificar de alguna manera los cambios que a la larga era posible que se hicieran evidentes.

—Bueno, entonces no me asustes, hombre.

—Para ser claros: Puede que de ahora en adelante Mark tenga un comportamiento diferente, sea más ordenado, más inteligente, tal vez. Ya me dirás si notas algo.

—Entonces las noticias son excelentes, mejores de las que esperaba.

—Durante gran parte de este tiempo estuvo estudiando mucho. Es muy inteligente.

—¿Mark?

—No lo subestimes. Ya te irás dando cuenta.

—Tal vez la enfermedad lo hizo madurar —comentó pensativo Carter.

—Es posible, creo que los cambios que notarás son mejoras, solo ten más comprensión con él.

—¿Estás bromeando? Siempre fui comprensivo.

—Lo sé, jamás lo dudaría.

—¿Seguirás con tu investigación?

—Me gustaría ampliar el laboratorio porque deseo trabajar en el tratamiento, perfeccionarlo, contratar más personal, mudarme a un lugar más amplio con todas las licencias legales, eso cuesta una fortuna.

—Ya te dije que no tienes que preocuparte por eso. Las finanzas se me dan muy bien —rió Carter—. Y después de lo que hiciste, te mereces lo mejor, Peter. Presenta un plan, no escatimes en nada, lo haré pasar como un proyecto de alta seguridad del ejército al que solo tendré acceso yo y las personas que nombre, incondicionales obviamente, y asunto arreglado.

Dodum no había contado con eso. Pensaba que le daría un cheque por alguna cantidad convenida.

—¿Y no podrías adelantarme algo? Tuve muchos gastos para mantener esto en secreto, tuve que pagar a Ruth, ella es una mujer inteligente, comprar su silencio fue bastante caro.

—¿Qué trato hiciste con ella?

—Básicamente no tenía que decir a nadie nada de lo que allí vio. Confidencialidad absoluta. Le prometí a cambio que haría lo posible por devolverle su licencia.

—No debiste comprometerte, no sabemos si podemos cumplir.

—Lo sé, lo sé... Pero no sabía qué ofrecerle, ya sabes cuánto cuesta un silencio, si ella hablase... no solo yo saldría perjudicado, Wilson.

—Ofrécele dinero, el dinero lo compra todo.

—¿Cuánto?

—¿Te parece suficiente un millón?

—Es una suma demasiado elevada, no sé de dónde...

—No te preocupes. Ahora mismo lo soluciono —interrumpió Carter, sacó un grueso talonario de cheques y escribió una cantidad. Se lo extendió—. ¿Con esto será suficiente? Solo te pido un favor: no lo deposites aquí. Abre una cuenta en las Islas Caimán, Singapur o las Bahamas, no quiero problemas, tú me entiendes. Esta cuenta es de un banco *offshore*.

Dodum recibió el cheque un poco desanimado; al ver el monto su rostro reflejó desconcierto. Once millones de dólares.

—No esperaba...

—Ofrécele uno y el resto es tuyo, te lo mereces, Peter. Por otro lado, prefiero adelantarte esto, ¿sabes cuánto cuesta un proyecto de la magnitud que pienso para el laboratorio que dices? Un par de miles de millones de dólares. En el ejército todo se hace a lo grande. Espero que eso baste para empezar —sugirió Carter. Sospechaba que Dodum no tenía en mente ningún proyecto, pero era su manera de agradecerle por curar a su hijo.

—Comprendo... gracias, Will, no sé qué decir.

—Ve tranquilo, y no perdamos contacto ¿eh? Te tendré en la mira —dijo Carter haciendo un guiño—. Hizo un ademán con su vaso de escocés en dirección a Dodum y apuró el contenido.

Lo mismo hizo Dodum y se despidió.

La furgoneta lo esperaba frente a la puerta. Uno de los soldados le preguntó adónde deseaba ir.

—Al aeropuerto.

Camino de Dulles, Dodum metió mano en el bolsillo interior de la chaqueta un par de veces para asegurarse de que el cheque seguía allí. Estaba eufórico. Iría a las Bahamas y abriría la cuenta. Y la venta de todos los equipos y la maquinaria que había comprado con el dinero de Carter le darían otro tanto. Su pensión de profesor retirado —no pensaba seguir dando clases en el Instituto— tampoco le vendría mal, en buena cuenta tenía su futuro asegurado, sin sobresaltos y con dinero para un viaje de placer, algo que nunca había hecho con su difunta esposa. ¡Qué bien le habría caído ese dinero unos diez años atrás! Y pensó en Mark. El verdadero Mark. Tendría que darle algo de dinero a Fedor para que se hiciera cargo de él. Hasta que pudiera valerse por sí mismo o hasta que muriera, como había previsto. Sonrió satisfecho. A fin de cuentas había hecho una buena obra. Wilson Carter tendría al hijo que siempre quiso y Fedor un futuro jamás soñado. Mark no contaba, era débil, inconsecuente, un vago, en pocas palabras. No valía la pena sino como conejillo de indias. Su preocupación principal en ese momento era Ruth.

## Capítulo 21

*Después de recibir la segunda dosis de Dexametasona Mark durmió como un lirón. En general, siempre había sido de buen dormir, era uno de los motivos por los que su padre iniciaba las discusiones. Para un hombre acostumbrado a levantarse a las cinco y treinta de la mañana todos los días, resultaba inadmisibile que alguien pudiera disfrutar de la cama hasta pasadas las ocho.*

Cuando Mark abrió los ojos a la mañana siguiente, recorrió con la mirada la sencilla habitación. Solo lo necesario para vivir. Si la que había ocupado en casa de Dodum ya le había parecido sencilla, esta era más bien modesta, pero le gustaba. Se fijó en el reloj de la mesa de noche: las ocho y veinte de la mañana. Había dormido más de doce horas; como su padre diría: «Es lo mejor que sabes hacer». Sonrió. Un punto más a favor de la nueva vida que le esperaba. Se sentó en la cama y puso los pies en el suelo, hizo el intento de ponerse de pie sujetándose de una silla y para su asombro pudo hacerlo. Las inyecciones de corticoesteroides habían surtido efecto. Intentó dar un par de pasos sujetándose a la silla y después de casi cinco años, tres de los cuales había permanecido sentado o echado, según se diera el caso, pudo caminar sin ayuda.

Tendría que fortalecer los músculos de las piernas y empezaría ese mismo día. Dio otra mirada al cuarto fijándose en cada detalle, en cada libro, en cada fotografía en la que aparecía Fedor, unas veces con su madre y otras de muy niño con un hombre vestido de militar, que debió ser su padre, y fue impregnándose poco a poco de la esencia del dueño de ese lugar, sentía como si con cada aspiración la forma de vida de su amigo, curador y sustituto empezara a formar parte de él.

A cada paso, sus piernas parecían responder con la única dificultad ocasionada por la falta de ejercicio, al estar sometidas a la absoluta inmovilidad durante tanto tiempo. No obstante hizo un esfuerzo y apoyándose en las paredes llegó al baño. Si hubiese estado en su casa no habría llegado

tan rápido, pensó sonriendo. Le daría una sorpresa a Bertha, aparecería ante ella caminando.

Llenó la tina de agua tibia y se sumergió. Sin la compañía de alguien que viera su cuerpo con lástima o compasión, sumergirse en la bañera le produjo un deleite indescriptible. Se sintió como pez en el agua, el efecto benéfico de hacer las cosas por sí mismo y el contacto con el líquido le hizo sentir un bienestar olvidado. Se enjabonó y usó el cepillo de mango largo a conciencia. Lo mismo hizo con su pelo, media hora después quitó el tapón de la tina y cuando ya no quedó agua en ella salió sujetándose en el toallero. Se secó el cuerpo, cepilló los dientes y regresó a la habitación. Sentado en la cama descansó un rato de su excursión al baño. Vio a través de la ventana las ramas del árbol movidas por el viento. En esa zona del país, le había advertido Fedor, el invierno era crudo y el verano un infierno. Y el otoño con sus vientos huracanados parecía querer arrancar el techo, pensó. Por un momento echó de menos el comfortable ambiente acondicionado en el que se movía en su casa, pero eran minucias, se dijo. Procedió a vestirse. Cuando terminaba de ponerse los pantalones, unos leves toques en la puerta del dormitorio anunciaron a Bertha.

—Fedor... ¿Te sientes bien?

—Adelante.

—Buenos días, te bañaste, ¡puedes caminar! —exclamó ella mirando su cabello todavía húmedo.

—Sí, un poco. La medicina del doctor Norman hizo efecto, desde hoy empezaré a utilizar el caminador y la bicicleta estática, tengo que fortalecer las piernas —afirmó Mark con una sonrisa de satisfacción que rara vez había visto Bertha.

—Me alegra mucho, creo que no necesitarás de mí mucho tiempo, ¿verdad?

—Sí te necesitaré. Te necesito ahora, Bertha.

—Esperaba a que despertases, iré a preparar el desayuno.

—¿Panqueques y malteada?

—Exacto. Solo tengo que ponerlos en la plancha, estarán listos en unos minutos. ¿Necesitas que te ayude? —preguntó indecisa.

—Sí, por favor. No quiero forzar demasiado las piernas.

Se calzó las pantuflas y apoyado en Bertha caminó hasta sentarse en la silla de siempre, en la cocina. Era bastante más alto que ella. Fedor y él se diferenciaban por dos centímetros, Mark era el más bajo. Para ella era indiferente, la última vez que lo vio tenía diecisiete años, se suponía que ya

había cumplido veinte. Era lógico que hubiera crecido.

Le sirvió los panqueques, el jarabe de maple y la malteada de chocolate.

—Está delicioso —dijo Mark saboreando un sorbo—. Todo está perfecto.

—Gracias.

—Creo que empezaré a ejercitarme con el caminador hoy mismo.

—¿No te parece un poco apresurado? Tal vez debas esperar unos días.

—Ya esperé demasiado. No te imaginas cómo es estar paralizado.

—¿Completamente?

—Sí. —Mark calló de improviso—. Bueno no tan completamente, pero sí sin poder moverme como antes —aclaró.

—Esa enfermedad... ¿cómo dijiste que se llama?

—Síndrome de Guillain Barré.

—Es muy rara, ¿no? Jamás escuché de ella.

—Sí, es rara. —Mark se limpió los labios con la servilleta y la miró—.

¿Podrías ayudarme a llegar al caminador?

—Sí, claro.

A medio camino se detuvo. Recordó que debía cepillarse los dientes, es lo que Fedor hubiera hecho.

—Disculpa. Debo cepillarme los dientes.

Cambiaron de rumbo y fueron hacia el dormitorio. Bertha esperó pacientemente y cuando salió Mark vio que tenía el rostro desencajado.

—¿Ocurre algo?

—Debo descansar. Creo que necesito echarme un rato —dijo, y fue hacia la cama.

—¿Quieres que llame al doctor?

—No... no es motivo de alarma, solo estoy un poco agotado.

—Bien, estaré por aquí si me necesitas.

—Gracias, Bertha.

Ella fue a la cocina y dejó todo en orden, después se dirigió al salón, al rincón donde se hallaba el caminador y la situó en un lugar más conveniente, igual hizo con la bicicleta estática.

Se sentó en uno de los sillones y prosiguió leyendo una revista, pero sus ojos sobrevolaban las imágenes, las letras, los anuncios y las páginas sin que pudiera concentrarse en lo que tenía entre las manos. Si de algo estaba segura era de que tener a Fedor cerca la hacía feliz. Como si sus sueños se hubieran hecho realidad, como si sus oraciones hubieran sido escuchadas pero, ¿a costa de qué?, ¿de que él tuviera que enfermar para necesitarla? No debería ser así.

Fedor había cambiado, ya era un hombre, como decía su madre: «A los veinte años no se es más un chico, así que vete con cuidado». Y en cierta forma tenía razón, tal vez él había tenido experiencias con chicas en la universidad, tal vez hasta habría tenido novia... pero en sus circunstancias lo veía un poco difícil. Hubiera dado lo que fuera porque él sintiera algo por ella, aunque fuera un poco. Pero la miraba con indiferencia, como siempre, excepto cuando la tarde anterior la volvió a mirar a los ojos. Pero esta vez no había sentido lo mismo, como ocurrió la tarde en que dejó de ser invisible para él. En esta ocasión su mirada solo exhibía un asombro incomprensible para ella.

Tendido en la cama, Mark miró el cielo raso, trató de no dar importancia a lo que estaba sintiendo pero sabía que algo sucedía dentro de él. Albergaba una inquietud difícil de entender porque no la había sentido antes. Volvió el rostro hacia la fila de libros que se exhibía en la primera ménsula; eran cincuenta y cuatro, sesenta en la segunda porque había seis más gruesos, y en la tercera, setenta y dos. Estos últimos cuadernos de texto, probablemente escritos y llenos hasta la última página por Fedor. Sintió curiosidad por saber su contenido, tal vez de esa manera se acercaría más a su esencia, pensó. Saber que su padre también había sido militar le hizo gracia. Sonrió al pensar los curiosos caminos que la vida ponía a disposición de la gente, ¡quién iría a pensar que se curaría! Y mucho menos imaginar hace un año que ese sujeto tan parecido a él se convertiría en su salvación. En su pasaje a la libertad. ¿Sería eso lo que le producía inquietud? En todo caso debería estar feliz, y no con la sensación extraña que le hacía preguntarse tantas cosas. Él nunca se había preocupado por el futuro, y sin embargo en ese momento sentía deseos imperativos de saber qué hacer más allá del día siguiente. Tal vez era la influencia del ambiente, de la situación, de su curación... ¿Se curaría definitivamente? La sola idea de una regresión de la enfermedad le ocasionaba tal terror que evitaba pensar en ello. Se miró las manos y las movió para cerciorarse de que todo seguía bien. Miró sus pies que sobresalían del pantalón y pudo moverlos y girarlos. Más tranquilo, cerró los ojos y procuró descansar del agotamiento que lo invadía.

## Capítulo 22

Wilson Carter miró la foto de Mark que tenía sobre el escritorio. Tendría unos siete años y para él fue la mejor época como padre. En aquel tiempo guardaba las mayores esperanzas para su hijo, el único, el que había llegado a su vida de manera providencial. Fue justamente cuando fue ascendido a teniente general. Tenía a su cargo un cuerpo del ejército formado por cuatro divisiones, lo que de por sí era una enorme responsabilidad. Sus obligaciones lo llevaron a la guerra en Kuwait. Había sido ascendido justamente por su capacidad para dirigir en combate y estaba acostumbrado a pasar temporadas fuera de su patria, en los ambientes más opuestos a la cómoda vida de Washington o de Arlington, en los que se desenvolvía la mayoría de los altos mandos militares. Era de los que ascendieron desde abajo y comprendía al soldado, el que arriesgaba la vida. Aun en esos momentos, cuando supuestamente los Estados Unidos no debían tener soldados apostados en las agrestes tierras de Asia Central, él debía apoyar a los suyos. Era un deber que ni el Presidente comprendía a cabalidad. Había descuidado a su familia, había faltado a sus deberes de padre y había estado ausente cuando su mujer se suicidó; y cuando pensaba que ya no había algo peor que pudiera pasarle, la enfermedad de Mark fue empeorando y comprendió que su mujer soportara ese futuro negro que vislumbraba en su vida, como tantas veces ella se lo había dicho. Grazia... Grazia había sido una mujer que le exigía más de lo que él estaba dispuesto a dar. La horrorizaba la soledad, quería tener hijos, muchos hijos, pero nunca pudo engendrarlos. Aquello la sumió en un estado depresivo que combatía con medicamentos. No estaba capacitada para criar a Mark cuando se presentó en sus vidas y mucho menos para lidiar con su enfermedad. *Pobre Grazia. Sé que no fui el mejor esposo ni el padre que me comprometí a ser, lo dejé todo en tus manos y eras tan débil...* Wilson Carter dejó de mirar la foto de Mark y se acercó a la ventana. Esta vez lo haría bien. Suspiró mientras sus pensamientos volaban hacia las horas felices pasadas con la única mujer

que había amado de verdad, y regresó a su escritorio.

Al mirar la sonrisa del pequeño Mark en la foto se arrepintió de muchas cosas. No volvería a desaparecer como si de esa manera pudiera olvidar su enfermedad. Nada garantizaba, por lo que había deducido de la conversación con Dodum, que la cura fuese permanente, de manera que tenía que actuar esta vez de otra manera. No le importaba que su hijo fuese poeta o cantante de rock si era lo que lo hacía feliz. Con tenerlo vivo y sano le bastaba. Miró la hora. Habían transcurrido tres horas desde que Dodum cruzó por la puerta con el cheque en el bolsillo de la americana. Se lo merecía. Eso y más. Tenía deseos de hablar con su hijo, de pedirle perdón, de decirle que nada sería como antes y que, aunque sus obligaciones lo mantuviesen lejos, quería hacerle sentir seguro de que cualquier decisión que él tomase contaría con su apoyo incondicional.

√

De manera automática Fedor buscó en la mesa de noche la hora pero no halló ningún reloj. Recordó que para Mark los horarios carecían de importancia, esperaba que en Lisbon se comportase de acuerdo con sus actuales circunstancias. Cuando intercambiaron sus pertenencias Fedor le dio su reloj de pulsera. Mark no le dio el suyo pues no lo llevaba consigo. Buscó en el cajón de la mesilla y encontró no uno, sino dos relojes que parecían ser muy valiosos. Cogió uno de ellos y verificó la hora en el ordenador. Aprovechó para abrir el correo pero no encontró más mensajes de Mark.

Refrescó su rostro y decidió salir de la habitación, era consciente de que en algún momento tendría que encontrarse a solas con Wilson Carter, le había parecido ansioso por hablar con él y era buena idea hacerlo desde el comienzo. Se sentó en la silla de ruedas y después de salir del dormitorio enfiló hacia el ascensor. En la planta baja se topó con Sarah, la mucama.

—¿Joven Mark! ¿Se le ofrece algo?

—No... quería recorrer la casa. Solo eso.

—Si me necesita estaré en la cocina.

—Pensándolo bien, me gustaría tomar una malteada.

—¿Una malteada? —preguntó Sarah, extrañada.

—Bueno, si es posible, claro.

—Por supuesto, joven, lo que usted diga. ¿De qué la quiere?

—De chocolate.

—¿Dónde estará usted?

—Prefiero tomarla en la cocina.

La mucama hizo el intento de empujar la silla de ruedas pero Fedor hizo un gesto con la mano alzada y se dirigió hacia la cocina según el plano mental que había grabado en la memoria, al mismo tiempo recordó que Mark no tomaba malteadas de ninguna clase y que él debía comportarse con cierta acritud, como estaban acostumbrados los demás. Una mujer de aspecto latino le sonrió.

—Buenas tardes, joven Mark. Un gusto tenerlo otra vez en casa.

—Buenas, María. Gracias —respondió con cierta sequedad.

La mucama dio instrucciones a María respecto de la malteada.

La cocina más grande que había visto en su vida se hallaba frente a sus ojos. La mitad de una pared era de cristal con puertas correderas que daban acceso a un gran jardín. Fue hacia la mesa redonda que le había indicado Mark y esperó a que Sarah le sirviera. No había visto una cocina tan elegante y que, además, tuviera dos neveras de tamaño gigante una al lado de la otra. Eso sin contar con la armonía de los colores: blancos, grises y negros con unos toques de amarillo aquí y allá. Él no era un experto en decoración pero sabía apreciar la belleza. Todo en aquella casa era de un gusto refinado al que tendría que acostumbrarse.

—¿La quiere caliente o fría? —preguntó María.

—Fría, por supuesto.

Momentos después saboreaba la malteada, que si bien no era tan deliciosa como la que acostumbraba a tomar en Lisbon, no estaba nada mal para su gusto.

Después de dar las gracias salió de la cocina y siguió recorriendo la planta baja. Vio los salones, la biblioteca y la piscina, volvió al ascensor y subió a la planta alta. Fue hacia el despacho de Wilson Carter y dio un par de toques a la puerta.

—Adelante —invitó Carter con su voz de barítono.

—Hola, papá.

—Hijo... me alegra que hayas venido. ¿Cómo te sientes?

—Me siento bien, muy bien, de hecho quería empezar a ejercitarme desde mañana temprano si es posible. Según el doctor Dodum, cuanto antes fortalezca mis músculos, mejor se recuperarán.

—Ya sabes que tenemos el gimnasio en el sótano. Lo uso cuando estoy en casa.

—¿Hasta cuándo te quedarás? —preguntó Fedor utilizando el tono que hubiera usado Mark, entre irónico y despectivo.

Carter dio vuelta al escritorio y se sentó en un sillón frente a Fedor. Su gestualidad, a los ojos de él, era conciliadora. Adelantó el cuerpo y apoyó las manos en las rodillas para acercarse.

—Verás, Mark, la posición que ocupo no me permite postergar reuniones ni evitar viajes, la seguridad de la nación está en mis manos, creo que lo comprendes, ¿no? Sin embargo, quiero que sepas que deseo apoyarte en todo. Lo que decidas hacer con tu vida contará con mi anuencia y mi ayuda, lo prometo —dijo mostrando la palma como cuando se hace un juramento.

Fedor lo miró a los ojos y encontró en ellos una cercanía que no supo interpretar a cabalidad, pero le gustó la sensación de protección y la seguridad que emanaba del hombre que tenía delante. ¿Habría sido así su padre?

—Gracias, papá.

—¿Qué deseas hacer? —Carter hizo un gesto con la mano como para disculparse—. No, no te estoy presionando, solo quiero saberlo.

—Estás en tu derecho, padre. Quiero estudiar ciencias. A decir verdad, durante todo el tiempo que estuve con el doctor Dodum tuve oportunidad para pensar mucho. Conversamos, me apasiona lo que hace, estuve estudiando y creo que lograré ser admitido en cualquier universidad.

Carter elevó las cejas y lo observó con detenimiento. Creyó que había escuchado mal.

—¿Quieres estudiar ciencias? ¿Estuviste preparándote?

—Sí, señor. Quiero recuperar el tiempo perdido.

Carter lo tomó de las manos. Emocionado, miró a su hijo como si empezara a conocerlo.

—Lo que digas, Mark. No sabes cuánto esperé escucharte hablar así. —Se sentía incapaz de decir algo más. No quería echar a perder el momento.

—Te prometo ser un buen alumno.

—Lo que tengamos que hacer para que seas admitido, lo haremos.

—Sin trucos ni preferencias, señor. Yo lo podré hacer. Ahora lo único que deseo es caminar, valerme por mí mismo. Ni siquiera es necesario que supervises mi educación, te prometo que estarás orgulloso de mí —agregó—. Sé que fui un problema para ti... para ustedes. Quiero cambiar. Ya he cambiado —aclaró.

Carter le puso una mano sobre el hombro, en silencio. No podía emitir palabra, tenía un nudo en la garganta. Cuando Fedor hizo el amago de levantarse, le facilitó la tarea. Una vez de pie, el joven se irguió. Su cuerpo de proporciones perfectas, de espalda recta y de estatura equiparable a la suya, le

ocasionó un orgullo indescriptible.

Fedor dio unos cuantos pasos lentos por el despacho.

—No deseo volver a usar la silla —afirmó con decisión, señalándola.

Carter no soportó más la tensión y cayó sentado sobre el sillón. Todo aquello era más fuerte que tener en frente a una partida de combatientes enemigos cerrándole el paso. Un sueño hecho realidad, ¿se podía pedir más? Tenía al hijo que siempre quiso.

—¿Te quedarás mucho tiempo? —volvió a preguntar Fedor apoyándose ligeramente en una esquina del escritorio.

—No, hijo. Por desgracia debo partir dentro de dos días, pero te ayudaré a conseguir las credenciales necesarias para que te admitan en la mejor universidad. ¿En cuál has pensado?

—Quiero ingresar a Princeton.

Carter no deseaba empezar la buena relación con su hijo interponiéndose a sus deseos, de manera que hizo como que el nombre de la institución no lo intimidase.

—Todo es posible. Hablaré con...

—Yo me haré cargo, papá, si es necesario alguna recomendación especial, te la pediré.

—Tendrías que vivir en New Jersey. Eso puedo arreglarlo.

—Debo preparar las solicitudes desde ahora porque las admisiones son en tres meses. Ya lo averigüé. ¿Adónde irás esta vez?

—A varios sitios... Estoy en una posición que me permite tomar muchas decisiones, pero no es tan fácil.

—¿Qué tipo de decisiones? —inquirió Fedor con curiosidad.

—Una de ellas, por ejemplo, es la sustitución de los tanques Abrams. Son obsoletos. ¿Qué haremos con los que tenemos? Hay enormes cantidades en posesión del ejército, esa es otra decisión que debo tomar y estamos en tratos con algunos países de Oriente Medio para venderlos.

—Sí.

—Pensé que el país estaba en guerra contra ellos.

—Tenemos aliados, Mark, uno de ellos es Kuwait. El año pasado nos compraron doscientos tanques Abrams.

Fedor miró hacia el suelo, pensativo.

—Vendieron tanques de mala calidad a nuestros aliados.

La mirada directa y limpia de Fedor tuvo un efecto intimidatorio en Carter. Sintió la necesidad de justificarse.

—No. Eran tanques modificados, son mejores que los que teníamos.

—¿Y ya tienen tanques que los reemplacen?

—Hay un prototipo, pero su producción no estará lista al menos hasta 2020. Los rusos tienen ya el Armata, que es capaz de soportar un misil pesado de fabricación nuestra, mientras que nuestros tanques explotan y se convierten en una bola de fuego ante el impacto de un misil.

—Vaya, supongo que es un gran problema —comentó Fedor con ironía.

—Y lo es. Pero los problemas son de toda índole, Mark, Por ejemplo, en la base militar de Rumania, Deveselu, el sistema Aegis Ashore, que es parte del escudo antimisiles de la OTAN tienen un problema con unas ovejas, ¿puedes creerlo? A unos pocos metros de distancia de la instalación se encuentra una granja con cerca de doscientas cincuenta ovejas, las cuales causan problemas porque van a las áreas donde los sensores están activos, las malditas ovejas tocan la cerca y se disparan las alarmas.

Fedor sonrió. El asunto le parecía divertido.

—Supongo que eso es mucho más fácil de solucionar.

—Claro, pero los rumanos tienen una idiosincrasia diferente a la nuestra. Ya llevan tres años con el problema. Yo no iré allá, obviamente, pero debo nombrar a quien lo haga y seguirle la pista. Son miles de problemas de toda índole que resolver.

Fedor asintió. Empezaba a comprender al padre de Mark, y dentro de todo lo que pudiera resultarle negativo, veía que era un tipo fantástico.

—¿No te molesta tener que viajar y estar en diferentes lugares todo el tiempo?

—En cierta forma es como si siempre estuviera aquí. No acostumbro a hospedarme en hoteles; podría hacerlo, pero no lo hago. Prefiero las bases militares norteamericanas, que las hay en casi todos los lugares a donde llego. Puedes conseguir las mejores mezclas de café al estilo de cualquier Starbucks norteamericano. Uno de los mejores cafés del mundo lo tiene nuestro ejército y se sirve exactamente igual en todas partes. Si entras a una habitación en una base norteamericana de cualquier país, encontrarás los mismos jabones, las mismas toallas, la misma ropa de cama, los mismos muebles... y en los comedores la misma comida, la misma disposición de las mesas; todo está estandarizado. Eso hace menos extraño cada sitio al que llego.

—Fantástico. No hay nada peor que no tener una rutina.

Carter miró a su hijo y pensó que no lo conocía de nada. ¿Qué había estado haciendo antes? Nunca tuvieron una verdadera conversación. Se sentía

exultante.

—A propósito del café, aquí tenemos ese buen café del ejército. ¿Quieres uno?

—Me encantaría —respondió Fedor al tiempo que caminó despacio hacia el sofá. No le pareció el mejor momento para rechazar la invitación.

El general fue a su escritorio y presionó uno de los botones del teléfono.

—Sarah, sube dos cafés, por favor.

Luego se sentó al lado de Fedor.

—Mark... no quiero que pienses que tu madre se quitó la vida por tu culpa.

—No hablemos de eso, papá. De veras, no es necesario.

—No, no, escucha: ella estaba mal ya antes de que diagnosticaran tu enfermedad. Sufría de depresión crónica. Según su psiquiatra lo habría hecho de todos modos.

—Lo entiendo. Yo ya lo superé. Cuanto menos hablemos del pasado será mejor para mí.

—Tienes razón, hijo, es verdad. Lo pasado pasó... —musitó Carter con nostalgia.

Sentía que se había abierto la cortina que siempre permaneció cerrada entre ellos, la felicidad que lo embargaba solo era comparable al día en que vio por primera vez a Mark. Se fijó en el reloj que llevaba en la muñeca; un Omega Speddmaster con la dedicatoria de Grazia grabada detrás. Se lo había obsequiado el día que se graduó de la escuela. ¡Tenían tantas esperanzas puestas en él!, pero todo se fue al garete cuando Mark decidió que estudiaría artes escénicas. Poco después empezó la enfermedad y al cabo de un año su mujer se suicidó.

## Capítulo 23

Mark se recuperaba gradualmente, mientras el tiempo parecía haberse detenido en Lisbon. Empezaba a agradarle ese lugar sin presiones, sin apuros, sin ruidos... Lo único que extrañaba de su antigua vida era el piano. Lo tocaba bastante bien, había recibido clases desde los siete años y su madre le regaló el piano la siguiente Navidad. Tendría que comprar la música que le gustaba, al menos para escucharla. Los discos compactos que había en aquella casa eran de música de los años setenta, habían pertenecido a la madre de Fedor, o quién sabe si a una generación anterior. No eran muy de su agrado. Mientras con el caminador ejercitaba sus piernas, su mente parecía sometida a un constante aprendizaje. Procuraba no equivocarse al tratar con Bertha, los gustos de Fedor se habían vuelto suyos, con algunas excepciones, como la música, pero extrañamente se sentía atraído por los libros de texto de la estantería, que en el primer momento le fueron indiferentes. Los que trajo en la caja los había acomodado al lado de los anteriores, y también les había echado una ojeada. Se ejercitaba con el caminador y la bicicleta estática hasta agotarse, y pasaba largas horas encerrado en su cuarto leyendo. Los libros de matemáticas, física, química, abrían un universo nuevo ante sus ojos, podía finalmente entender todo lo que en ellos se explicaba, y notó que tenía muy buena memoria para retener fórmulas de todas esas materias. ¿Cómo no había prestado atención antes, si los estudios eran tan interesantes?

Seguía escribiendo a Fedor y por alguna razón evitaba contarle acerca de sus nuevas aptitudes, no veía qué podría aportar a su situación, y en cierta forma esa parquedad de palabras también se parecía mucho a lo que se esperaba de Fedor. Seis meses después empezó a usar la vieja bicicleta colgada de unos ganchos en el garaje, y gradualmente llegó a hacer el mismo recorrido que hubiera hecho Fedor todas las mañanas, con la diferencia de que algunas veces lo acompañaba Bertha. Entonces ambos se perdían pedaleando en silencio, llegaban hasta el promontorio de siempre, a diez millas y cuarenta y cinco yardas de la casa, descansaban unos minutos y regresaban en el mismo silencio. Bertha se había convertido en una persona indispensable. Significaba la permanencia, la tranquilidad y la seguridad en su vida. Se había acostumbrado a escuchar el sonido de la llave al abrir la puerta, a los ruidos que hacía en la cocina, a sus movimientos cuando acomodaba o limpiaba la casa y a tenerla frente a él cuando desayunaba, almorzaba y cenaba. Pero, ¿qué era ella en su vida en realidad? No la veía como una mujer, definitivamente no

era su tipo, sin embargo empezaba a sentir la necesidad de situarla en un lugar exacto y no la veía como una asistente o empleada doméstica. Era más que una compañera, una amiga, aunque no tuviesen muchas cosas en común y su conversación fuese más bien elemental. Sus expresiones verbales le causaban gracia, y se había apropiado de algunas de ellas.

Abrió el correo y le agradó encontrar un mensaje de Fedor. Sus correos habían dejado de ser diarios porque la situación no los necesitaba:

*Hola, Ya empecé a caminar de manera natural y tu padre está muy contento. Es un gran tipo. Todo aquí es enorme y elegante. A veces me pregunto si extrañas todo esto. Quiero saber cómo están tus piernas, cuánto ejercicio haces y si te sientes a gusto.*

Le respondió:

*Todo va muy bien por aquí, A las siete de la mañana salgo con la bici y hago veinte millas y noventa yardas contando la ida y la vuelta. Después me ejercito en la caminadora durante treinta minutos. Bertha sigue ayudando en casa aunque no es tan necesaria, pero nos sentimos bien juntos, como dos guisantes en la misma vaina. Extraño mi música. Ya abrí una cuenta en el banco sin ningún problema. Hoy saldré a comprar algunos compactos de Mozart, Beethoven, Chopin y Rubinstein; olvidé decirte que toco bien el piano.*

Fedor leyó la nota; la manera de expresarse de Mark le pareció curiosa: «nos sentimos bien juntos, como dos guisantes en la misma vaina». Más parecían palabras de Bertha. Tal vez al pasar juntos tanto tiempo se estuviera contagiando su manera de hablar, pensó. Pero no supo interpretar el sentimiento que le generaba el hecho de que él no fuera tan indispensable ya en la vida de Bertha. Le parecía una especie de traición de su parte, pero si lo analizaba, ella creía que Mark era él, de manera que toda su atención la tenía puesta en Fedor a través de Mark. Esta deducción le produjo cierto alivio, no obstante el hecho de que lo que hiciera o dejara de hacer Bertha con Mark lo hubiera perturbado, empezaba a preocuparlo. Lo que sí estaba claro era que tendría que aprender a tocar el piano.

Mark cerró el ordenador y tomó otro de los libros de texto. Era su hora de estudio. Se encontraba en casa solo, Bertha llegaría a la hora de la cena.

√

—¿Hasta cuándo seguirás yendo a casa de Fedor? —quiso saber la madre de Bertha.

—Hasta que él decida.

—Lo he visto y parece estar muy saludable. Creo que no es bueno que pases tanto tiempo a solas con un hombre.

—No lo veo así, mamá. No tiene nada de malo —rebatía Bertha evitando la mirada de su madre.

—Ya sabes cómo es la gente. Empieza a hablar... ¿No te gustaría volver a la heladería?

—Si es por la paga, no. Gano el triple en casa de Fedor.

—¿Y de dónde saca el dinero? No trabaja.

—No se lo he preguntado y no creo que me incumba, mamá. ¿Por qué no me dejas ser feliz?

—¿Eres *feliz* con Fedor? —recalcó su madre.

—Hago lo que me gusta. Preparo la comida, limpio su casa...

—Cosas que puede hacer él, ¿acaso es un inválido? Ya se curó de esa enfermedad de nombre raro.

Bertha hizo un gesto con la mano como restando importancia a sus palabras y se alzó de hombros.

—Ya veo que las noticias vuelan. Pero, ¿sabes qué? Si cualquiera de las mujeres que conoces encontrara un trabajo tan bien remunerado como el mío, no lo dudaría ni un segundo y trabajaría para él.

—¿Qué hace ese joven todo el día?

—Estudia. Se encierra en su habitación, lee y toma notas; supongo que se prepara para regresar al instituto.

Su madre dio un suspiro. Sabía que no podía oponerse, pero le daba mala espina la dependencia que parecía sentir su hija por el dichoso Fedor. Ya era un hombre, no el chico al que se le murió la madre.

—Espero que sepa respetarte. —Fue todo lo que argumentó.

Bertha hubiese querido decirle que lo que menos le importaba era que le faltase el respeto. ¡Cuánto daría por que la mirase como una mujer y no como una simple amiga! El instituto lo había cambiado. De aquella primera mirada de casi cinco años antes no quedaba nada. Por otro lado estaba segura de que la situación no duraría mucho tiempo. Presentía que él se marcharía, regresaría a la universidad o quién sabía a donde, pero mientras tanto estaría a su lado. Era lo único a lo que aspiraba. Hubiera deseado ser bonita, pero sabía que no lo era. Y aun si lo fuera, Fedor se encontraba fuera de su alcance. En los pocos años que había pasado fuera de Lisbon se había transformado en un hombre de una distinción que no se entreveía cuando adolescente. De ser un chico directo y sin tema de conversación se había vuelto un hombre de ademanes elegantes,

muy seguro de sí mismo, de un físico atlético que cualquier muchacho de su edad envidiaría, y desde que se había dejado la barba se veía como uno de los modelos de las revistas que ella acostumbraba a leer. Su presencia era intimidante hasta para ella que tenía entrada libre a su casa y pasaba buena parte del tiempo con él.

√

Mark cerró el libro y el cuaderno de apuntes y los dejó a un lado. Estiró los brazos y fue a tomar agua, el calor asfixiante traía un viento húmedo con olor a lluvia. Poco después tuvo que cerrar las ventanas porque se había desatado una tormenta y las cortinas se elevaban hasta el cielo raso. En esa casa de una sola planta el calor se acumulaba como si fuese un horno y cuando llovía el repiqueteo del techo era tan fuerte que no se escuchaba lo que decía otra persona. Se sentó junto a la ventana y vio el riachuelo que se formaba en el jardín desnivelado. Los árboles que flanqueaban la vivienda escurrían agua por sus hojas, el tronco, las ramas, y se movían al vaivén del viento. Pese a las incomodidades, le agradaba Lesbon. Pensó en las palabras de Fedor: «Tu padre está contento. Es un gran tipo». Se alegró por ambos, no se había equivocado, se parecían mucho. Sus pensamientos vagaron una vez más hacia los días antes de su enfermedad y como siempre, se detuvieron en Liz, la chica pelirroja. ¿Qué estaría haciendo? Probablemente anduviese con algún novio, bellezas como ella no podían estar solas. Y al pensar en Liz sintió que los deseos de estar con una mujer eran imposibles de controlar. La imaginó desnuda y tuvo una erección. Un relámpago iluminó el horizonte y poco después el sonido del trueno pareció darle la razón a sus deseos. Se había olvidado de desear a una mujer durante esos años paralítico, en los que solo la idea le parecía desastrosa. No podía imaginarse delante de una de ellas mostrando su cuerpo deforme y sus extremidades inservibles. Procuró borrar de su mente lo que jamás podría tener y Liz formaba parte de ello, pero en esos momentos se encontraba en mejor estado físico que nunca, y un joven de su edad lo único que tenía en mente después de tantos años de abstinencia sexual era precisamente el sexo. Pensó en Bertha y en su manera de tratarlo, si no se equivocaba estaba enamorada de él, o de Fedor. Daba igual. Empezó a verla bonita. No hermosa pero sí agradable. Se concentró en sus ojos y se olvidó del resto, en realidad nunca pudo adivinar lo que se escondía debajo de esas ropas grandes y sueltas que solía usar. Siempre se vestía con una especie de pijama de algodón. Los debía de tener en todos los colores; unos pantalones anchos recogidos en el tobillo y una camiseta igual de suelta. ¿Qué

clase de mujer se vestía así? Una a la que no le importara agradar. ¿Estaría Fedor interesado en ella? Le parecía poco probable. La lluvia había amainado y el riachuelo del jardín cada vez se veía más angosto. Fue a su habitación y consultó la hora. Dentro de poco llegaría Bertha para preparar la cena.

## Capítulo 24

A su regreso de las Bahamas, Dodum encontró un correo:

*Estimado doctor Dodum,*

*Quisiera saber si logró hablar con las personas indicadas respecto a mi licencia. Espero que no se haya olvidado de su promesa. Es muy difícil encontrar un empleo permanente sin el debido respaldo de un permiso para trabajar. Actualmente me encuentro sin trabajo. Me gustaría hablar con usted personalmente.*

*Un cordial saludo,*

*Ruth*

No había hecho nada por solucionar su situación por la sencilla razón de que no sabía cómo hacerlo. Tampoco sabía a ciencia cierta de qué quería hablar Ruth. ¿Le pediría dinero? Siempre la había considerado peligrosa. Ruth sabía demasiado, bastante como para sacar ciertas conclusiones, especialmente por conocer a Fedor. ¿Qué sucedería si fuera a ver a Carter? Supo desde un comienzo que había sido un error tenerla al cuidado de Mark pero el mal ya estaba hecho.

*Estimada Ruth,*

*Estuve de viaje, motivo por el que no te contesté antes. Será un placer conversar contigo, te espero mañana si te parece bien, a las cuatro de la tarde aquí en casa.*

*Peter Dodum*

Arrugas de preocupación cruzaron su frente. Sus dedos índice y pulgar se movían más que nunca. Se había equivocado con Ruth, no se conformaría con dinero. ¿Y si le diera el millón que destinó Carter para ella? Aun así, nunca estaría seguro de que no quisiera más. Sería peor, porque intuiría la importancia del asunto. Un mal momento para preocuparse por ella, estaba tratando de vender inútilmente los equipos de la calle Lime, lo que lo llevó a

reconocer que era un pésimo negociante.

Y dentro de todo este desbarajuste de ideas que poblaban su mente, pensó en Mark. ¿Qué sería de él? Tal vez a esas alturas ya estuviese completamente osificado, lo mejor sería que estuviese muerto. Tenía que hablar con Fedor. Marcó su número.

—Hola, Fedor.

—Profesor... qué agradable sorpresa.

—¿Todo va bien?

—Sí. Todo bien. Empiezo a adaptarme, ya empecé a estudiar.

—¿Dónde?

—En Princeton.

Dodum guardó silencio como si tratara de digerir la noticia.

—¿Has sabido algo de Mark?

—Algo, sí —respondió Fedor dubitativo. No estaba seguro de querer decirle la verdad. Después de pensarlo, se animó—. Está muy bien, profesor. Totalmente curado, por lo menos hasta ahora y ya han transcurrido más de seis meses.

—Imposible —musitó Dodum.

—Parece que su organismo aceptó el vector y, según supe, sus piernas están totalmente recuperadas.

—Dios...

—Pensé que le alegraría saberlo. Me estoy enfocando en perfeccionar el tratamiento. Pero no se preocupe, Mark está en buenas manos, no parece que quiera retomar su vida anterior, me lo ha dicho en varias oportunidades.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—No puedo estar seguro de nada, profesor. Solo le digo lo que él afirma. Si algún día desea regresar, yo le cederé su lugar.

—Debes estar bromeando...

—Todo es posible, debo estar preparado, mientras tanto quiero seguir estudiando. El general Carter es una magnífica persona y, por si quiere saberlo, nos llevamos muy bien.

—Me alegra.

—Supongo que seguirá transfiriendo el dinero para el cuidado de Mark, creo que es demasiado pronto para que pueda valerse por sí mismo.

—Sí, claro. Lo haré a tu cuenta y tú te encargas, ¿vale?

—Por supuesto, no se preocupe.

—Adiós, Fedor, no dejes de avisarme si hay alguna novedad.

—Hasta pronto, profesor.

—Ah... una pregunta: ¿fue a visitarte Ruth?

—No. ¿Vendrá por aquí?

—Tal vez. Espero que no note la diferencia. Es la única que podría reconocerte.

—En tal caso, procuraré estar preparado.

A Dodum le tembló la mano al colgar el auricular. Sentado frente a su escritorio, los pensamientos atravesaban su mente como saetas. Ruth, Mark, Fedor, Carter... Todo podía desmoronarse de un momento a otro. Si Mark estaba curado, en cualquier momento podría presentarse ante su padre. Si Ruth hablaba con Carter, le podría decir que no le había dado el millón, pero era el menor de los problemas, porque él podría decir que ella quería extorsionarlo. Y Carter sabía que la curación de su hijo tenía que guardarse en absoluto secreto. Lo peor sería que le dijera que existían dos jóvenes iguales. Y que tal vez el joven que tenía en la casa no fuese su verdadero hijo. Pero ¿cómo podría ella afirmarlo sin tener pruebas? Solo encontrando a Mark. Si Carter se enterase de que había sido víctima de un engaño, no se lo perdonaría. ¿Y Fedor? No sabía qué esperar de él. Apenas en esos momentos cayó en la cuenta de que, de todos, era el más peligroso por ser el más inteligente. Siempre saldría bien parado, ante Carter, ante la comunidad científica, ante el mundo, sabría qué decir y exponer sus motivos y razones. A sus sesenta y cinco años y después de una brillante carrera, Dodum no concebía terminar absolutamente desacreditado.

Mientras almorzaba sentado en su solitario comedor extrañaba la presencia de Fedor. No pensó que llegaría a compenetrarse tanto con él. Al conocerlo en el MIT no había imaginado el papel que jugaría en su vida. Todavía no podía creer que Mark estuviera gozando de plena salud, ¿sería verdad? Necesitaba comprobarlo, averiguar dónde vivía, una vez que se lo propusiera no sería difícil. Solo tendría que seguir la pista del pago que había hecho para su traslado. Antes no le interesaba, pero en ese momento era crucial saberlo.

—¿Le sirvo el postre, doctor? —preguntó Lorena.

—No, gracias. Solo tomaré café —respondió después de un ligero sobresalto.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, sí. Estoy bien, solo algunos problemas.

—¿Problemas? Usted es un hombre blanco en un país de blancos. Deje que yo le cuente los míos —alegó Lorena poniendo los brazos en jarras.

Dodum sonrió. Las facciones de Lorena se transformaron al mostrar una larga hilera de dientes blanquísimos.

—Ay, Lorena...

Ella se retiró llevando los platos semivacíos en la bandeja y Dodum volvió a quedar solo.

¿En qué estaba pensando cuando planeó todo? Su plan hacía agua por todos lados, él no estaba hecho para ese tipo de conspiraciones, debió pensarlo antes de meterse en un problema que empezaba a tomar proporciones gigantescas. Tenía que comprobar que era cierto que Mark estaba saludable y que no deseaba regresar a su antigua vida. Siempre tuvo la impresión de que su personalidad era voluble.

Apenas terminó el almuerzo fue a su despacho y dio con la empresa de transporte. La dirección que figuraba era la de la casa de Fedor, en Lisbon. Le sorprendió no haber intuido antes algo tan obvio, ¿a quién más conocía Fedor? Era el único lugar a donde podría haber enviado a Mark. Tomó nota de la dirección y buscó en Google Maps el trayecto para llegar allá. Definitivamente un lugar perdido en el mapa, esperaba que el GPS le sirviera en esa zona.

Como era de esperar, Ruth se presentó a las cuatro en punto. Después de que Lorena le abriera la puerta subió directo hasta el despacho de Dodum.

—Buenas tardes, Ruth.

—Buenas tardes, doctor Dodum. Quería saber si hay alguna novedad sobre lo que me prometió —empezó ella sin preámbulos.

—La verdad es que no. Y no porque no lo haya intentado, verás, eso toma su tiempo, tienen que reunirse, estudiar tu caso...

—La idea era que no tuvieran que hacerlo por la vía ordinaria, ya sabemos que eso no funcionará. Creí que estaba claro.

—Lo sé, pero no es tan sencillo como supuse, lamento haberte creado falsas expectativas.

—¿Qué le parece que hable con el general Carter? Tal vez él desde su alta posición logre que pasen por alto algunas minucias.

—Ya hablé con él. Dijo que no conocía a nadie que pudiera ayudar, por otro lado, es un hombre demasiado ocupado, Ruth, ahora mismo está de viaje.

—No puedo seguir desempleada, usted me entiende, ¿no?

—Claro. Puedo facilitarte dinero mientras se arregla tu situación.

—¿De cuánto está hablando?

—No sé... dime tú.

—Necesitaré al menos unos cien mil para ir tirando. Debo salvar la hipoteca, tengo gastos diarios...

—Te haré un cheque por ciento cincuenta mil. No puedo darte más, no soy un millonario, Ruth, lo sabes.

—Lo sé, doctor, por eso lo único que quería era mi licencia —afirmó ella contrariada.

A Dodum le pareció sincera. Tal vez debería moverse y ver si obtenía la dichosa licencia, se libraría de muchos problemas. Abrió un cajón del escritorio, sacó un talonario y relleno el cheque.

—Aquí tienes, agradezco tu comprensión, te prometo que haré lo posible por ayudarte con la licencia.

—Gracias, doctor. ¿Cómo se encuentra Mark?

—Bien, gracias —respondió él. La pregunta lo había tomado desprevenido.

—¿Quiere decir que se curó completamente?

—Está en proceso, no sé si llegará a curarse definitivamente, pero al menos hemos logrado controlar la enfermedad, lo que ya es un logro.

—Pues debería publicar el resultado, doctor, no es cosa de todos los días lograr una mejoría de esa enfermedad.

—Prefiero, como te dije, mantenerlo discretamente. Todavía es muy temprano para saber si realmente la FOP se detuvo. Tú mejor que nadie sabes que estos procesos toman años.

—Es una lástima. Mark es un muchacho tan amable... ¿Quién lo está cuidando? Porque supongo que necesitará ayuda, ¿no?

—Está en su casa. No tiene una persona que lo cuide, según sé, parece que él puede moverse solo, con la silla, y ha aprendido a apañárselas. Fue él, cuando todavía estaba aquí, quien pidió no tener una enfermera porque no deseaba sentirse inútil una vez empezó a mover los brazos y las manos.

—Asombroso. Que Dios lo guarde, lo que usted hizo fue un milagro.

—No llamaría a eso un milagro. Lo sería si se hubiera curado del todo —rebatía Dodum, pensando que sí había un milagro, pero no gracias a él.

—Voy a ver si un día lo visito.

—Mejor no. Déjalo tranquilo, Ruth, él desea olvidar todos esos años de invalidez y creo que tú se los recordarías. Te lo digo con la confianza que mereces.

—Claro, claro, doctor, tiene razón. Le agradezco su ayuda —dijo, refiriéndose al cheque que tenía en la mano y que guardó en el bolso—. Me retiro, no le haré perder más tiempo.

—Siempre es un placer verte, Ruth.

Ella se puso de pie, le extendió la mano y salió. Dodum quedó con la certeza de que en esa reunión Ruth había obtenido demasiada información. Y en cierta forma era verdad. Ella salió de allí con la convicción de que Dodum ocultaba algo importante. Pensó que sería bueno hacer una visita a Mark.

## Capítulo 25

Bertha caminó por la acera todavía húmeda hasta llegar a la casa de Fedor, se fijó en el cielo y supo que a pesar del calor la tormenta continuaría, el inconfundible olor a lluvia lo anunciaba. Un relámpago iluminó con brevedad el cielo gris y ella abrió la puerta justo cuando el sonido del trueno se escuchó con furia. Mark la vio bajo el dintel como una aparición, como si el trueno y ella formasen parte de una entrada triunfal.

—Hola, Fedor.

—Tienes el cabello mojado —dijo él sin poder evitar una sonrisa divertida. Su pelo se pegaba al cuero cabelludo dándole la extraña apariencia de un gato egipcio.

—El árbol de la entrada escurre agua —comentó Bertha pasándose la mano por la cabeza. Ya se me secará. ¿Qué quieres cenar?

—Lo que tú gustes estará bien, no tengo mucho apetito.

—¿Te sientes bien?

—Claro, estoy bien. Ven, siéntate un momento, conversemos.

Mark se hallaba en el sofá; Bertha se sentó a un lado. Él le pasó una mano por la cabeza.

—¿Qué haces...?

—Nada, solo quiero tocar tu cabeza mojada. ¿Sales con alguien?  
—preguntó luego de un corto silencio.

—¿Yo? No.

—Pero supongo que alguna vez tuviste un amigo, un novio, no sé...

—Tuve, sí. Pero solo fue una amistad, duró poco —dijo ella—. ¿Y tú?

—He pasado tanto tiempo en la silla de ruedas que ya me olvidé lo que es estar con una chica.

—¿Desde cuándo estabas mal, Fedor? Pensé que no había sido tanto tiempo. Mark trató de enmendar el error. ¿En qué estaba pensando?

—Bueno, para mí fue mucho tiempo, Bertha, imagínate estar inmovilizada

solo por un mes; te parecería un año. Estuve mal cinco meses y ocho días.

Bertha sonrió. Era la típica contestación de Fedor.

—¿Y eso de que te has olvidado de estar con una mujer? ¿Había muchas en el Instituto?

—En realidad, no. Creo que quise alardear. Olvídalo.

Bertha lo notó raro. Si la idea no le pareciera absolutamente imposible, diría que Fedor coqueteaba con ella. Él se levantó del sofá y fue al baño, y antes de que ella fuera a la cocina, se acercó con una toalla.

—Déjame secarte el cabello. Puedes resfriarte.

Y le envolvió la toalla en la cabeza, presionó y luego empezó a frotarlo como hacía con su pelo después de bañarse.

—Deja, ¡deja! Fedor, así no se hace —reclamó Bertha y procedió a secárselo ella misma.

Mark la miró y empezó a verla atractiva, en ese momento cualquier palo de escoba vestido de mujer le habría parecido apetecible, el deseo le quemaba por dentro, necesitaba tocarla, estar con ella era imperativo. Le quitó el paño de las manos y lo arrojó al sofá, se acercó más a ella y le estampó un beso en la boca. Sus labios suaves acrecentaron sus deseos y Bertha no opuso resistencia. Era lo que siempre había deseado, sus sueños se habían cumplido. Mark la fue llevando al cuarto y sin que ella ni él supieran cómo, se vieron desnudos en la cama. Y mientras la tarde languidecía y los truenos retumbaban en el espacio, ellos se olvidaron de todo y se entregaron con pasión desenfadada a lo que nunca antes habían conocido. Las mieles de Eros. Hicieron el amor hasta quedar exhaustos.

—Pensé que jamás... —musitó Bertha mientras las lágrimas caían a los lados de su rostro.

—¿Lloras?

—No es porque esté triste. Me siento feliz.

Mark se recostó en un codo y la miró. Su rostro rodeado de su rubio cabello despeinado la hacía verse linda. Y sus ojos, de un verde más asombroso que nunca, la hacían parecer un personaje de cuento, como el de un hada. Por un momento quiso decirle la verdad, se sentía infame. Él no era Fedor y ella estaba enamorada de otro. ¿Qué hubiera hecho Fedor estando en su lugar? La besó en los labios, esta vez con ternura. Su primera experiencia tuvo que ser con Bertha, la única mujer que él no hubiese elegido. Sin embargo en esos momentos la sentía tan cercana, tan propia, tan... ¿cómo decirlo? Tal vez la palabra sería frágil, o quizá transparente, como si pudiera leer en sus

brillantes ojos verdes todo lo que sentía por Fedor, o por él... ya no sabía por quién. Y la realidad era que no hubiera querido encontrarse en ningún otro lugar del mundo; ese pueblo, esa casa y esa mujer que lo miraba con adoración los sentía como suyos. Una sensación nueva, que lo hacía sentirse fuerte, importante, capaz de enfrentar el mundo y lograr lo que se propusiera.

—Yo también me siento feliz —confesó Mark—. Feliz de haberte conocido.

A Bertha le pareció una afirmación curiosa. Se conocían desde niños, o al menos se habían visto desde que tenían memoria. Pensó que se refería a ese momento en especial, pero a ella no le importaba ya si fue antes, durante o después de su regreso, el caso es que tenía a su lado al único hombre que jamás pensó que estuviera a su alcance, mirándola, y diciéndole que se sentía feliz. Y en ese momento su rostro se acercaba al de ella para darle un beso en la boca, suave, tímido, y cada vez más atrevido, hasta hacerla olvidar dónde estaba, si en la cama de Fedor o en su casa, protagonizando una vez más uno de esos sueños de los que no quería despertar. Los fuertes brazos de Fedor envolviéndola y sus labios recorriendo su cuerpo eran más de lo que jamás imaginó, quería ser suya, deseaba pertenecerle, solo eso le importaba.

## Capítulo 26

Una vez más las aptitudes intelectuales de Fedor, sin otro incentivo que la excitante experiencia de rendir la prueba de admisión en Princeton lo hicieron posible. Sus calificaciones sobrepasaron por mucho el promedio de las de los demás alumnos que se presentaban por primera vez a la universidad. No obstante, la obsesión de Fedor por conservar limpio su historial académico, le hacía dudar por momentos si el hecho de que figurase como Mark Carter, hijo del general Wilson Carter, Secretario de la Defensa, tuvo algo que ver con aquello. Lo cierto era que el 1 de septiembre empezaría el tercer año de Ingeniería Biológica en Princeton. Y estaba seguro de que en pocos meses pasaría a cursar el cuarto año, que era el que le correspondía en realidad.

Había escrito una carta que anexó a una solicitud común de admisión explicándoles que después de terminar el onceavo grado de escuela, justo cuando se preparaba para llenar las solicitudes a las universidades le sobrevino el síndrome de Guillain Barré —esa enfermedad se había convertido en el caballito de batalla de él y de Mark—, pero que se había estado preparando para el examen durante todo el proceso de la enfermedad.

La directora resultó ser una mujer, Clara Nelson, quien al igual que ocurrió en el MIT con Michael Trenton, se interesó por él, esta vez por su peculiar condición, y concretaron una entrevista personal en su despacho, en Princeton.

—Buenas tardes, Mark, toma asiento —invitó Clara Nelson.

—Buenas tardes, señora Nelson —saludó Fedor.

—¿Cómo estás de salud? Me asombra que estés completamente recuperado del síndrome de Guillain Barré.

—Yo también estoy asombrado, señora, créame. Por suerte, estoy curado.

—Dices que estuviste preparándote, espero que puedas ser admitido, Mark. Solo nueve de cada cien solicitantes lo son.

—Si no me admiten, lo comprenderé —dijo Fedor muy seguro de sí.

Ella se detuvo un momento para estudiar una carpeta que mantenía abierta

sobre el escritorio. Fedor supuso que le darían la oportunidad por tratarse del hijo de Wilson Carter, y aunque el hecho lo molestaba un poco, comprendió que tal vez sería lo que le diera la única oportunidad de rendir la prueba.

—Está bien, Mark. Vamos a hacer una excepción en tu caso, presentarás una prueba regular para admisión de pregrado, y si vemos que cumples holgadamente con ella, te someterás a la política de «posición avanzada», está diseñada para reconocer el logro académico a nivel universitario antes de la matriculación y para permitir que los estudiantes continúen sus estudios en un nivel apropiado para su preparación. Debes presentarte mañana a las ocho aquí, te llevaré a ver a la decana de pregrado. Las pruebas serán escritas y orales, espero que tengas suerte.

—Estaré a las ocho en punto, señora. Muchas gracias por darme la oportunidad.

Clara Nelson no despegó la vista de su espalda hasta que se cerró la puerta. No era un alumno corriente; tenía veintiún años, seis más que la mayoría de los alumnos que se presentaban a pregrado. La llamada de Wilson Carter había sido más bien de dudosa recomendación, no parecía estar muy entusiasmado con los deseos de su hijo, parecía que era una opción que tenía perdida de antemano, lo dedujo por el tono de su voz: «Dele una oportunidad a mi muchacho, con eso se conformará. Y disculpe que la haya llamado, pero es lo menos que podía hacer como padre, usted, comprende». Sin embargo, al ver en persona a Mark Wilson la imagen estereotipada que tenía de un joven rico y acostumbrado a hacer su voluntad se había esfumado. Parecía saber lo que quería y hasta podría aventurar que saldría mejor de lo que pensaba su padre en las pruebas. «En la carta que nos envió dijo que estaba dispuesto a rendir una prueba como nosotros la dispongamos», le había dicho al padre de Mark, y este, después de un resoplido que viajó claramente a través de la línea telefónica, y se escuchó como una protesta, aclaró: «Prometo no insistir si sale malparado». Fue casi una disculpa.

Y el joven Mark Carter había pasado la prueba con notas sobresalientes. Clara Nelson supo que se encontraba frente a uno de los raros casos que la vida había puesto frente a ella, un genio que seguramente pondría el nombre de la universidad muy en alto. Le habían hecho preguntas no solo relacionadas con sus estudios escolares, también en lo referente a la carrera que había pensado seguir y sus respuestas habían sido claras y reveladoras. Sabía mucho más que los alumnos graduados de pregrado, y, según las propias palabras de Mark, estaba preparado para ir directamente al cuarto año. Clara Nelson

acordó que si no estaba a la altura del tercer año empezaría de cero y, bajo esa condición, Fedor empezó a estudiar. Se alojaría en una de las residencias del campus universitario, un lugar de ensueño, con magníficos edificios de estilo gótico y caminos sombreados de árboles. Otra vez pertenecía a una comunidad estudiantil pujante y prometedora. Se encontraba en su mundo. «¿Podría pedirle un favor especial?», indagó Fedor en su última conversación con Clara Nelson. «Quisiera, de ser posible, ocupar una habitación individual. Tengo un régimen ordenado y no creo que algún otro alumno comparta mi método de vida». Para ella fue un claro indicio de que, como todos los genios, el joven Mark tenía ciertos rasgos extravagantes. Ella le aseguró que así sería, sin decirle que ya había conversado con su padre acerca del alojamiento y arreglado con él los emolumentos que exigía Princeton, en caso de que fuese admitido.

Lo que Wilson Carter no esperaba al regreso de uno de sus viajes fue que su hijo hubiera pasado las pruebas de manera brillante. En casa le dijeron que ya estaba viviendo en Princeton. Llamó a Clara Nelson para agradecerle y su sorpresa fue descomunal cuando ella le dio la noticia de que Mark estaba cursando el tercer año de Ingeniería Biológica y que pronto empezaría el cuarto año.

El silencio al otro lado de la línea hizo que ella preguntara:

—¿Se encuentra bien, señor Carter?

—Sí. Muy bien. La verdad, no me esperaba esa noticia.

—A veces subestimamos a nuestros hijos —reflexionó Clara Nelson.

—Es verdad. Me siento apabullado, para serle sincero, no pensé que pasaría el examen de admisión a pregrado.

—No solo lo pasó. Fue como un juego de niños para él, tuvimos que elevar la calidad de las preguntas orales y nos dimos cuenta de que su hijo tiene un coeficiente intelectual muy elevado. Lo felicito.

—Gracias, señora Nelson. Son magníficas noticias. Todavía no he hablado con él, acabo de regresar de viaje.

—Comprendo, es usted un hombre ocupado, pero me parece que debería hablar con su hijo, merece toda su atención.

Carter esperó a la noche para llamarlo, no deseaba interrumpir sus clases. Asombrado, y a la vez eufórico, no acababa de comprender el cambio operado en Mark. ¿Sería consecuencia del tratamiento al que había sido sometido? Sintió temor de que su hijo hubiese adquirido las cualidades del pulpo que, sabía, eran cefalópodos muy inteligentes, y de ser así, ¿qué otras cualidades o

defectos podría desarrollar? Esperaba que el menor de los males fuese ese, por decirlo de alguna manera, aunque el mal en su caso era más bien una cualidad.

Al escuchar la modulada voz de Mark saludándolo se fueron apaciguando sus temores. *Al diablo con mis aprensiones*, se dijo Carter. Tenía el hijo que siempre quiso y no lo echaría a perder con sus escrúpulos.

—Hola, hijo, llegué hoy, me enteré de que estás alojado en Princeton.

—Sí, papá, estoy en el *Forbes College*, me matriculé en Ingeniería Biológica. Todo aquí es magnífico.

—Te felicito, Mark, me siento tan orgulloso de ti... No sabía que te gustaran las ciencias, pensé que querías ser escritor —tanteó Carter.

—Todos estos años sirvieron para reflexionar, señor. Ahora me interesa saber qué hicieron para curarme y he descubierto que todo esto es apasionante.

—No me habías dicho que estabas tan adelantado.

—¿Ya te enteraste?

—Bueno, sí. Quise llamar primero a la directora y me lo dijo. ¿Cuándo podrás venir a casa? Estaré aquí todos estos días incluyendo el fin de semana.

—No puedo por el momento, papá, de veras, lo siento. Me queda demasiado lejos.

—Comprendo... esperemos a las vacaciones —dijo Carter desanimado—. Y... Mark, me siento muy orgulloso de ti —repitió—. Cuando vengas te espera una sorpresa.

—¿Una sorpresa? Según el calendario, saldré de vacaciones por ocho días el 28 de octubre —le informó Fedor procurando guardarse la curiosidad.

—Octubre 28... bien. —Carter tomó nota—. Enviaré a buscarte, si te parece bien.

—Claro, me parece bien, a menos que salga algún imprevisto... te mantendré informado. Tengo tu correo, papá. Y gracias por la sorpresa.

—Eso es, hijo, hasta pronto.

Fue al garaje y se fijó en el coche que le había regalado a Mark cuando terminó la secundaria. Apenas sin uso, y al parecer, tampoco lo había sacado desde que regresó. Un modelo que tenía ya varios años, era el momento de cambiarlo por otro más acorde con lo que ahora era Mark. Sería su sorpresa. Llamó al concesionario de siempre, pidió que se llevaran el vehículo y le trajeran un Mercedes AMG C63, último modelo, como para un joven de veintiún años. Era su manera de demostrarle que lo quería.

—Que no sea descapotable. Y azul oscuro de ser posible.

Luego de colgar el auricular cayó en la cuenta de que había pedido un coche basándose en sus gustos. *Espero que Mark haya cambiado lo suficiente*, se dijo, hizo un movimiento giratorio como acomodándose el cuello y sonrió.

La vida en Princeton era un tanto diferente a la del MIT, y aunque Fedor era reticente a los cambios, se acomodó bastante mejor de lo que había creído en un principio. Su dormitorio difería del de los demás, las paredes no estaban atiborradas de posters y adornos que él consideraba absolutamente inútiles; lo había notado cuando le dieron un tour por el *Forbes College*. Su habitación con baño privado daba al lado Oeste, de manera que tenía el campo de golf justo frente a su ventana y aunque la mayoría de los alumnos residentes eran de pregrado, acordaron que él se alojaría allí porque el jefe de ese colegio o residencia era Michael Hecht, una eminencia en bioquímica y dirigía un laboratorio de investigación para postgraduados y postdoctorados, lo que le daría, según la directora Clara Nelson, la oportunidad de ponerse al día con el curso, conversar, compartir ideas y ambientarse en un lugar en donde no había cursado estudios previos junto a los demás. Al estar Forbes bastante alejada del resto de las residencias y facultades del campus, el recorrido en bicicleta era uno de sus momentos favoritos, restaba un poco de presión a la especie de saturación que sentía allí, invadido por jóvenes estudiantes, en su mayoría bulliciosos.

La genialidad de Fedor se destacó desde el comienzo y, aunque prefería pasar inadvertido, era imposible que los profesores y el alumnado en general no lo tuvieran como un referente. Se inscribió para estudiar música universal y aprender a tocar el piano los días viernes en el *New Music Building*, que no le quedaba demasiado lejos de Forbes; las clases lo relajaban y al mismo tiempo eran de su completo agrado, existían reglas claras en las partituras, que leía como si fueran fórmulas matemáticas, de manera que no le fue difícil aprender. Le asombraba que Mark, con la poca capacidad intelectual que le suponía, tocara el piano, y si él lo hacía, debía hacerlo también, no quería dejar nada al azar.

Los correos con Mark se habían espaciado, de diarios pasaron a ser semanales, y después se escribían cada quince días. En uno de ellos Fedor recibió la sorpresa de su vida.

*Estoy leyendo tus libros de texto y todos los apuntes de tus cuadernos que traje conmigo. Se me ha abierto un mundo desconocido y creo que me gusta más de lo que había imaginado cuando empecé a hojearlos. Estoy pensando seriamente retomar los estudios que dejaste en el MIT, ¿crees que sea*

*posible?*

Después del asombro inicial, Fedor concluyó que el cerebro de Mark indudablemente debía de haber sido afectado por el ADN del cigoto de pulpo. La inteligencia era una de sus principales características; eso, y la habilidad para camuflarse, es decir, adaptarse con facilidad al medio ambiente que los rodeaba. ¿Sería lo que ocurría con Mark? No obstante, respondió:

*¿Por qué piensas que estás capacitado para suplantarme en el MIT? Yo dejé el tercer año, no es un juego de niños. Tú ni siquiera hiciste el pregrado. En tan corto tiempo no creo que estés preparado para ocupar mi lugar allí.*

Al leer la respuesta, Mark sonrió. Era previsible, y no pensaba que se tratase de celos o envidia, simplemente Fedor quería asegurarse de que haría bien su papel, su nombre era el que estaba en juego.

*Si llegado el caso no pudiera estar a tu altura, desapareceré del panorama, pero quiero intentarlo. Solo debo saber algunos datos, como nombres de profesores, compañeros, con quién debo hablar para ser readmitido en el mismo régimen de beca completa que tenías, son cosas que debo saber para desenvolverme con naturalidad. Si me preguntan por el tiempo de ausencia diré que tuve que arreglar asuntos familiares en Lisbon.*

La vida que había dejado atrás Fedor ya no le pertenecía, era consciente de ello, así como de que Mark podía hacer con la suya lo que le viniera en gana. Al fin y al cabo él hacía lo mismo. No tenía ningún derecho a interponerse en sus deseos y si, como parecía, era para mejorar, con mayor razón le daría vía libre.

*Está bien, Mark, gracias por avisarme. Hubieras podido hacerlo sin decirme nada. Espero que sepas aprovechar tus nuevas aptitudes.*

Seguidamente le dio el nombre y las señas físicas del director, de los consejeros, de los alumnos con los que más trataba, de la vida cotidiana en el instituto, inclusive el de la chica con la que se había topado algunas veces, Patricia Stevens, que para ese momento había pasado a ser la última de sus prioridades.

Mark escribió:

*Te debo todo lo que soy ahora, amigo, y estaré agradecido toda la vida. Lo menos que quisiera es dañar tu reputación, trataré de estar a la altura. Ah, quería decirte que Bertha y yo estamos enamorados. Es la criatura más interesante que he conocido. Algo más que debo agradecerte.*

Al leer la última parte del correo, Fedor pestañeó varias veces como si

quisiera aclarar la vista. Bertha y Mark, es decir, para ella, Fedor.  
¿Enamorados? Sintió que algo le presionaba el pecho impidiéndole respirar.  
*No es posible. Bertha, no.*

## Capítulo 27

*En un pueblo como Lisbon, como era de esperarse, la noticia del regreso de Fedor se difundió sin que hubiera necesidad de ponerla en la cartelera de la iglesia. Bastó que él fuera a la entidad bancaria a abrir la cuenta y después a la tienda de música con Bertha para que todos, como en su momento pronosticó su madre, supusieran que ellos tenían un romance. Y aunque la atracción nació por parte de Mark en una tarde de lluvia de manera espontánea, acicateada por deseos de recuerdos imposibles, aquella tarde tuvo un gran significado en su vida. Bertha no tenía el tipo de belleza que él solía admirar dejándose llevar por los cánones vigentes en su entorno. Era de una belleza pura, salvaje, no contaminada, y eso a sus ojos le daba un atractivo que difícilmente hubiera encontrado en otra parte. Con Bertha sabía siempre a qué atenerse, no era el tipo de chica que coqueteaba sin motivo, que entornaba los ojos y mentía sin razón. Cuando ella decía sí, era un sí. Y cuando decía no, era un no y punto. Por eso cuando le dijo que lo amaba, él supo que era verdad. Y cuando afirmó que lo había amado desde que eran niños comprendió de que en realidad, de quien ella estaba enamorada era de Fedor, no de Mark. ¿Estaría Fedor enamorado de Bertha?, se preguntó. Parecía que no, por la manera como ella reaccionó el primer día que hicieron el amor. Primero fue asombro, después una entrega ferviente y luego la mirada de adoración de siempre. No obstante, tendrían que separarse; para Bertha sería una separación más y para él la primera, desde que pensaba que había encontrado a la mujer que encajaría con él más que ninguna otra, y no es que hubiera tenido mucha experiencia con chicas, pero justamente por ser la primera, Bertha lo era todo en ese momento para él.*

Ella aceptó sin objeciones que Mark se fuera a estudiar. Era su futuro, y sabía que la felicidad de Fedor eran los estudios. Se sentía tranquila, confiada, pues si él había estado todos esos años solo, en un ambiente en el que podría haber elegido a cualquier mujer y no lo había hecho, era una prueba de que la

amaba, aunque su actitud siempre hubiera sido lejana. Solo esas últimas semanas había notado un ligero cambio en él, era más cercano, cariñoso, atento. Por lo demás seguía siendo el muchacho disciplinado, ordenado y meticoloso de siempre. A excepción de los primeros días, nunca más le permitió hacer la cama; su ropa la acomodaba él mismo. Ella solo entraba a su cuarto para hacer la limpieza y para hacer el amor.

—Te extrañaré, pero soy feliz de que sigas estudiando, Fedor.

—¿Qué harás cuando me vaya?

—Volveré a la heladería, no te preocupes.

—Enviaré dinero a tu cuenta todos los meses.

Ella contestó con un «no» rotundo.

—Necesitaré que esta casa se mantenga cuidada, Bertha, y es un trabajo.

—Ya no soy tu empleada. Lo haré porque quiero hacerlo.

Y no hubo forma de que cambiara de idea. Mark fue a casa de Bertha y habló con su madre, le dijo que estaba enamorado de su hija y que la separación sería solo mientras él terminaba sus estudios y sacaba el postgrado. La mujer no salía de su asombro. Amaba a su hija, sabía que era una buena mujer, pero le parecía increíble que un joven como él, tan educado, elegante, y sobre todo tan atractivo se hubiera fijado en Bertha. Quiso creer que volvería, y así se lo manifestó, pero en el fondo dudaba y sentía pena por su hija, quien parecía creer en él como si fuese el Moisés que llevó a su pueblo a través del desierto. Solo esperaba que no se diera con las tablas en la cabeza.

—Supongo que te estás cuidando —insinuó, cuando Mark regresó a su casa.

—Si piensas que estoy embarazada no es así, mamá. Justo hoy empecé a menstruar.

—Pero deberías cuidarte. No quisiera verte sola y con una barriga.

—Claro que no, mamá. No será así.

Y era cierto que no estaba embarazada, y quién sabía por qué milagro, porque habían tenido sexo todos los días desde esa primera tarde.

Si Mark hubiera seguido siendo el joven despreocupado se habría quedado en la apacible Lisbon. Era la clase de vida que antes ambicionaba, pero desde que se ajustó a su papel de Fedor algo en su interior y en su cerebro había cambiado. Deseaba ser alguien, estudiar, obtener conocimientos, de pronto le apasionaban las ciencias, las matemáticas, la lectura, obtener un título, ser un profesional y algún día ser un hombre exitoso. Como si al tomar la identidad de Fedor hubiera absorbido su vida y la hubiera hecho suya.

Esa noche recibió un correo de él.

*Bertha es una chica sensible y abnegada, espero que no estés jugando con ella. ¿Al ir a Cambridge, la dejarás en Lisbon? Supongo que sí. Por favor, no la abandones. Ella cree que tú eres Fedor. Y Fedor no lo haría. Al menos no la enamoraría ni le daría esperanzas falsas.*

Mark comprendió lo que quería decir Fedor.

*No puedo llevarla conmigo, lo sabes, y no pienses que estoy jugando con ella. La amo y ella a mí. Sé que piensa que soy tú, pero por lo que hemos hablado parece que nunca le prestaste la menor atención, así que no veo por qué te preocupas por ella ahora. Me gustaría que nos desearas felicidad, no la abandonaré, volveré cada vez que pueda. Ya fui readmitido en el MIT, y en cuanto me gradúe y obtenga mi doctorado volveré por ella. Buscaré trabajo, no quiero ser un inútil.*

Fedor no podía ver con claridad lo que Mark escribía. Pasó la manga del suéter por sus ojos para eliminar la humedad y contestó:

*Seguiré haciéndote las transferencias a tu cuenta, el profesor Dodum es quien se encarga de eso, en realidad, ya sabes que no quise darle tus datos porque habíamos quedado en guardar discreción al respecto.*

*Deseo que sean felices. Si Bertha te ama, que así sea.*

Mark sintió algo extraño al leer la última línea. Y Fedor sintió que algo en su vida se acababa de romper. Una parte que él siempre consideró permanente ya no existía y era como si caminase en el aire, sin un piso que le diera apoyo. Llenó de aire sus pulmones y se dijo: *solo déjala ir... déjala ir...*

Ambos tomaban sus propios caminos, aunque similares, paralelos. Dos líneas que no parecían tener intenciones de coincidir jamás porque no era conveniente para ninguno de los dos. Dentro del torbellino de pensamientos que rondaba la mente de Fedor, se le ocurrió que tal vez Mark sería feliz regresando a su vida. Ya era un sujeto al que le gustaba estudiar, estaba decidido a salir adelante, y él y su padre no tendrían las desavenencias antiguas. Él podría retomar sus estudios en el MIT y Mark seguir en Princeton, ¿acaso no era lo suficientemente inteligente? Y tal vez más. ¿Qué diría si se lo planteaba? En todo caso, se dijo, tenía que esperar; no sabía cómo se desenvolvería en su nueva faceta, ni si en realidad era tan bueno y estaba tan preparado como él decía. En el fondo deseaba que no lo estuviera, pero era más fuerte el sentimiento que le producía Bertha. No supo que estaba enamorado de ella hasta que recibió la carta de Mark. Creía que la necesitaba, que era su amiga, que se entendían bien a pesar de estar distanciados y a pesar

de que no se escribían a menudo. Solo eso. Trató de ser racional y dilucidar si lo que sentía era amor o eran celos. Pero sentir celos era como estar celoso de él mismo, porque ella estaba enamorada de él, no de Mark. Sintió un vértigo que le produjo náuseas.

## Capítulo 28

Faltaban unos días para que Mark saliera de Lisbon rumbo a Cambridge, cuando recibió la visita de Peter Dodum. Las miradas de asombro de ambos hicieron que Bertha, quien había abierto la puerta, intuyera que no se trataba de una visita de cortesía, aunque aquel hombre extraño de escaso pelo canoso se mostrase demasiado afable.

—Doctor Dodum... ¡qué sorpresa!, no esperaba verlo por aquí —dijo Mark—. Adelante, ¿cómo está?

—Eso debería preguntarte yo a ti, querido... Fedor. ¿Cómo te sientes?

—Muy bien, como puede ver. —Miró a Bertha—. Ella es Bertha, mi novia.

—Encantado, señorita. Soy Peter Dodum. —Se presentó, extendiendo la mano.

Bertha correspondió al saludo y poco después se retiró a la cocina.

—Muchacho, te ves fantástico. No sabes cómo me alegra que te hayas curado, ¿has sentido alguna reacción?, ¿algo que me puedas decir?

En lugar de contestarle, Mark lo llevó a su habitación y cerró la puerta.

—¿Lo ha enviado Fedor? —preguntó bajando el tono.

—No. Yo averigüé tu dirección por la compañía de transportes, no tiene nada de malo, ¿verdad? Tenía interés de verte en persona. ¿Me dejas examinarte?

—Por supuesto.

—Desvístete, por favor.

Mark se quitó la camisa, los pantalones, los calcetines, y quedó en ropa interior. De pie frente a Dodum dio vuelta lentamente, para que él viera que de su deformidad no quedaba rastro. Levantó ambos brazos, flexionó las piernas, le mostró los pies; habían dejado de tener las deformaciones características de la miositis osificante.

—Extraordinario —murmuró—. ¿Tuviste alguna reacción secundaria aparte de esas horas de sueño interminables?

—¿Recuerda la resonancia magnética que me hizo antes de que yo viniera aquí? —preguntó Mark—. Vino un doctor de la localidad, la examinó y dijo que tenía una fuerte compresión a la altura de la tercera vértebra lumbar, me inyectó dexametasona dos veces y desde entonces no he tenido problemas con mis piernas. He estado ejercitándome, puede ver que estoy en perfectas condiciones —aseguró Mark elevando los brazos a los lados del cuerpo.

—Ya lo veo. Además de eso, ¿has sentido algo diferente? —inquirió Dodum—. La manera de expresarse de Mark, su buena memoria, la exactitud de los datos, le hicieron recordar vivamente a Fedor. Sus dedos índice y pulgar se juntaron en un gesto de inquietud.

—En realidad, no... Bueno, sí, si a eso se le pudiera llamar reacción secundaria; tengo mucho interés en seguir los estudios de Fedor en el MIT. Justamente viajaré dentro de dos días a Boston, ya fui readmitido, espero que usted todavía siga dando clases allá, doctor —concluyó Mark como si lo que acababa de decir no tuviese importancia.

—A ver... Déjame entender bien. ¿Estás diciendo que quieres empezar los estudios de Fedor? —preguntó Dodum bajando más la voz y acercándose a él para mirarlo mejor.

—A empezarlos, no. Voy a continuar con ellos. Entraré al tercer año de Ingeniería Biológica. Sé que él entraría a cuarto año pero lo haré a mitad de curso. Les dije que había tenido que resolver problemas aquí, en Lisbon.

—¿Y qué sabes tú de Ingeniería Biológica si apenas has terminado la escuela?

—Sé mucho. Estuve estudiando estos meses los libros de texto de Fedor que traje conmigo y, créame, los he aprendido todos.

Dodum se paseó por la habitación con paso agitado. Lo miraba y no podía creer lo que escuchaba. Quiso ponerlo a prueba.

—¿Qué es el código genético? —le preguntó de improviso, mientras Mark se ponía los pantalones.

—Es el conjunto de normas por las que la información codificada en el material genético, las secuencias de ADN o ARN se traduce en proteínas o secuencias de aminoácidos en las células vivas.

—¿Qué es la síntesis de las proteínas?

—Se conoce como síntesis de proteínas al proceso por el cual se componen nuevas proteínas a partir de los veinte aminoácidos esenciales. En este proceso se transcribe el ADN en ARN. La síntesis de proteínas se realiza en los ribosomas situados en el citoplasma celular.

Dodum no salía de su asombro.

—¿Qué es un codón genético?

—Es un triplete de nucleótidos. En el código genético cada aminoácido está codificado por uno o varios codones. El codón es la unidad de información básica en el proceso de traducción del ARN mensajero. Cada uno de los codones codifica un aminoácido y esta correlación es la base del

código genético que permite la traducción de la secuencia de ARNm a la secuencia de aminoácidos que compone la proteína —explicó Mark terminando de vestirse.

Respondía a las preguntas como si se hubiera aprendido el libro de texto de memoria. No había vacilación ni equivocaciones en sus respuestas.

—¿Tú comprendes lo que estás respondiendo?

—Por supuesto, doctor, ya le dije que estuve estudiando muchas horas.

—Es que me parece imposible que en solo unos cuantos meses hayas podido...

—Pregúnteme lo que quiera.

—¿Qué es química macromolecular?

—Es la rama de la química que se encarga de estudiar la preparación, la caracterización, las propiedades y las aplicaciones de las moléculas que tienen una masa molecular elevada, formadas por un gran número de átomos, llamadas macromoléculas.

—¿Cómo están constituidas las macromoléculas?

—Son sustancias cuyas moléculas poseen una elevada masa molecular, y están constituidas por la repetición de algún tipo de subunidad estructural. Pueden ser lineales o ramificadas...

—¿Y la nanoquímica?

—Es la disciplina que estudia las características únicas de los conjuntos de átomos o de moléculas a un nivel donde se consideran las interacciones individuales y donde los efectos cuánticos pueden ser significativos, lo que posibilita formas innovadoras de reacciones químicas.

Dodum dio un suspiro profundo y se dio por vencido. Aquello no era una competencia de preguntas y respuestas; era mucho más que eso. Un sujeto que hacía unos meses era un absoluto ignorante estaba respondiendo a complicadas preguntas que solo alguien con estudios como Fedor podría haber contestado con tanta propiedad. El asunto estaba muy lejos de ser normal. Mark había adoptado la personalidad de Fedor, los conocimientos de Fedor, en suma, se había transformado en Fedor, y al tiempo que su mente elucubraba acerca de lo inquietante de la situación, de ninguna manera podía apartarse del pulpo que estuvo en el laboratorio de la calle Lime. Era la única respuesta plausible.

—¿Y a ti no te parece raro que te hayas convertido de un momento a otro en el doble de Fedor?

—Ya lo éramos, ¿no? Lo único que hice fue tratar de parecerme a él. No

fue idea mía —dijo Mark mirándolo fijamente con los mismos ojos oscuros y penetrantes de Fedor.

—¿Y qué piensas hacer en el futuro?

—Terminar mis estudios, obviamente. Después empezaré a trabajar, creo que a través del MIT puedo encontrar un empleo bien remunerado.

—¿No tienes deseos de volver a tu vida junto a tu padre?

—No. Nunca nos hemos llevado bien.

—Porque antes no eras como eres hoy.

—Por lo que sea, no creo que sea lo mejor para mí. Es un hombre demasiado prepotente, querrá que haga todo a su manera... no. Tal como estoy, me siento bien.

—Si quieres puedo llevarte a Boston, el trayecto es largo, me harías compañía.

—Creo que es una magnífica idea —celebró Mark abriendo la puerta.

Salieron al salón y Bertha se acercó para preguntarles si deseaban servirse algo.

Mark pidió una malteada y Dodum, café. Sentados en la pequeña mesa de la cocina, cada uno de los tres parecía ensimismado en el contenido de su taza. Bertha, impertérrita, de vez en cuando elevaba la mirada de su infusión y la fijaba en Dodum, quien no parecía darse cuenta de nada. Su mente estaba fija en el joven que tenía a su derecha. Se parecían hasta en sus barbas incipientes, como si se hubiesen puesto de acuerdo. Sin embargo, lo que a Fedor le daba un aspecto maduro, a Mark le otorgaba un aire de elegancia bohemia, pero no los hubiera diferenciado de tenerlos frente a frente, ahora que Mark se hallaba recuperado; un hecho insólito, como si no fuera insólito ya de por sí el que uno hubiera adoptado la personalidad del otro. Dodum no diferenciaba las pequeñas sutilezas que Bertha había captado, que ella atribuía a su estadía en Boston, como sus ademanes elegantes, algo de lo que Fedor carecía, pues no había sido criado en la opulencia como Mark, acostumbrado a dar órdenes y a estar rodeado de comodidades. De pronto, Dodum pareció despertar de una ensoñación y preguntó:

—¿Hay aquí algún hotel donde pueda alojarme?

—Hay uno en la ND-32, es el único de Lisbon, el Island Park Motel —sugirió Bertha.

—Entonces iré allí. Pienso partir mañana temprano, Fedor.

—Tengo todo empacado. Adelantaré mi viaje a Boston —añadió Mark. Miró a Bertha y observó su confusión.

—Bueno, muchas gracias por todo, ya es hora de que me vaya, el viaje fue muy largo y estoy cansado.

—¿No preferiría quedarse aquí? Tengo una habitación desocupada —invitó Mark.

—No quisiera incomodar... —Dodum miró a uno y a otra.

—No es una incomodidad, doctor, usted me tuvo en su casa y yo le ofrezco la mía.

—En ese caso, acepto. Muchas gracias.

—Buena idea —señaló Bertha—. El Island Park no es muy bonito que digamos. Descanse, les avisaré cuando la cena esté servida.

—Eres muy amable, jovencita, estos huesos ya no son los de antes —dijo Dodum con una sonrisa. Iré al coche a sacar mis bártulos.

Mark se ofreció a ayudarlo y poco después regresaron con una pequeña valija y lo condujo al dormitorio que había sido de la madre de Fedor.

—Espero que se sienta cómodo, doctor Dodum. Este cuarto era de mi madre y tiene un gran baño —dijo bajo, como si fuera divertido, señalando una puerta.

Dodum se dio una larga ducha caliente y se tendió en la cama, se hallaba agotado física y mentalmente, necesitaba descansar con urgencia.

Mark fue hacia Bertha y la abrazó por detrás.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —inquirió Bertha.

—Lo decidimos cuando me examinaba, él es el médico que me trató en Boston y se ofreció a llevarme de regreso, no lo supe hasta ese momento, amor.

—Está bien, sé que es mejor para ti, te evitará tomar tantos autobuses. ¿Me recordarás? —pregunto ella volviéndose.

—Siempre. Tú lo sabes.

Los ojos verdes de Bertha desbordaban confianza. Si en algún momento él hubiera pensado en traicionarla, al ver el brillo que emanaba de su mirada simplemente desearía la idea. Fueron al dormitorio e hicieron el amor. Dodum no escuchó los gemidos, ni las risas, ni los susurros. Estaba absolutamente dormido.

—Te amo, Fedor, no me olvides, por favor.

—No lo haré —prometió Mark—. Yo también te amo.

## Capítulo 29

Después de la cena, en la que Dodum se dedicó más a observar que a hablar, dedujo que la nueva personalidad de Mark parecía la de un personaje de una obra teatral. Hacía gala de ciertos gestos que le había visto a Fedor, y aunque en general su comportamiento era muy similar al del muchacho que tan bien conocía él, lo hacía de manera superficial, no eran gestos genuinos ni respuestas nacidas del carácter, sino de la imitación. La única que no parecía notar nada era Bertha; supuso que debido a que estaba enamorada, pero para Dodum significaba un motivo más para notar las diferencias, a menos que ella no conociera ciertas facetas del verdadero Fedor y se hubiese enamorado de la imagen que preconcebía en su cerebro y no de la que le proporcionaba el muchacho.

Frente al volante de su coche nuevo —había sustituido el Chevy deslucido por otro nuevo pero bastante discreto— tuvo mucho tiempo para conversar con Mark. Le había tomado poco más de dos días llegar a Lisbon y el regreso sería otro tanto. A solas con Dodum, Mark se sentía liberado de la obligación de actuar como Fedor, lo cual en cierta forma era un alivio, aunque sabía que una vez llegase al MIT no habría manera de escaparse. Tendría que vivir encerrado en la personalidad de alguien diferente a él. La idea empezó a causarle cierta inquietud, al mismo tiempo sentía la necesidad de comprobar que era capaz de ser tan inteligente como Fedor y más, si fuese posible. Y eso lo notó Dodum. Por momentos tenía la impresión de que Mark lo miraba como a una presa, y en otros con cierta desconfianza, aunque si alguien representaba un peligro real era el propio Mark. Sabía demasiado. Dodum empezaba a temer a todos.

Faltando poco para las nueve de la noche hicieron una parada en las cercanías de Chicago, en una estación de gasolina cercana a un motel y algunos restaurantes. Llenaron el tanque y después fueron a cenar a uno de los establecimientos.

Escogieron un lugar al lado de la ventana y se sentaron frente a frente. Las luces de los avisos luminosos de la estación de servicio, la intermitente que señalaba: «Aquí» para indicar el restaurant de carretera, la de los vehículos que transitaban y las de los que paraban para surtirse de combustible, todas llegaban hasta donde ellos se encontraban. Dodum vio en los ojos de Mark algo diferente. Era como si se adaptase a su entorno, o cambiase su forma de ser dependiendo del lugar y delante de quién se

encontrase. No supo discernir si eran figuraciones suyas causadas por las luces de fuera y su imaginación le jugaba una mala pasada o si en realidad empezaba a verlo como un ser cambiante. Peter Dodum empezó a sentirse incómodo, la sensación de ser observado por un predador se incrementó. Se dijo que era una conducta absurda, que no tenía nada que temer, pero... ¿era cierto? Empezó a analizar cada observación y pregunta de Mark con mucho cuidado antes de responder, y si él se dio cuenta de ello, no lo dio a conocer.

—¿Usted será mi profesor en el MIT? —indagó Mark.

—Pedí unas vacaciones para dedicarme a... Ya sabes, tenía intenciones de curarte y por suerte todo resultó mejor de lo que esperaba.

—Pero seguía dando clases, fue lo que me dijo Fedor.

—Claro, cuando estábamos en plena investigación.

—Experimentación —corrigió Mark.

—Bueno... sí. Después, cuando te trasladaste a Lisbon, llegaron las vacaciones de verano y pedí unos días extra para resolver algunos asuntos pendientes.

—¿Quién fue el responsable de mi curación, usted o Fedor?

Se acrecentó la incomodidad de Dodum. Sabía que llegaría ese momento.

—Fedor —dijo escuetamente.

—Así que él es el genio. Usted no tenía esperanzas de que yo me curase, ¿verdad? Ni siquiera le interesó saber dónde me recluirían. Su plan fue desde un comienzo sustituirme por Fedor.

La conclusión de Mark lo inquietó. Trató de simular indiferencia.

—No fue así. Tienes que comprender que tu enfermedad es considerada incurable. Solo hice lo que creí mejor para todos.

—¿Para todos? Si Fedor no me hubiera curado, hoy estaría convertido en una masa de huesos. O muerto, como sus pacientes A y B y sus ratones de laboratorio. A usted no le importó que yo fuera recluido en un pueblo insignificante a esperar la muerte.

—Tengo que reconocer que Fedor luchó hasta el final, cuando ya no había esperanzas, para que tu curación sucediera. Yo tenía miedo, es cierto, tenía miedo de cometer un error y que tu situación se agravase, pero él se arriesgó y logró el milagro —alegó Dodum evitando que no se le notara el temblor en la voz.

—¿Miedo? Yo fui el que aceptó arriesgarse a todo.

—Lo que probablemente no sabes es que había la posibilidad de que tus huesos empezaran a desaparecer. Se lo dije a Fedor, el ADN de pulpo hizo

posible que la proteína productora de hueso dejara de funcionar de manera hiperactiva, pero podrías haber corrido el peligro de empezar a convertirte en un invertebrado.

—Pero no sucedió.

—Fue pura suerte que Fedor detuviera el vector a tiempo. Creo que ni él mismo podría explicar lo que sucedió. Fue algo fortuito.

—¿Cuánto le pagó mi padre? Porque estoy seguro de que él piensa que usted realizó el milagro del que habla —preguntó Mark cambiando de tema.

—No me pagó nada. Tu padre es un amigo de toda la vida.

El rostro de Mark se transformó. Recuperó su sonrisa jovial y su voz despreocupada.

—No me haga caso, doctor, a veces soy muy vehemente. Como sea, usted fue el profesor de Fedor, y él es un buen alumno. ¿Enseñará usted en el MIT? —retomó la pregunta.

—Tal vez... pero no será este semestre. Necesito alejarme un poco, me siento cansado, Mark —repuso aliviado Dodum.

—Comprendo. Me hubiera gustado tenerlo de profesor. Podré ir a visitarlo, ¿no?

—Claro, por supuesto. La bicicleta de Fedor continúa en casa, puedes retirarla cuando pasemos por allí.

—Debo presentarme a la universidad el martes, adelanté un poco el viaje, ¿le molestaría tenerme en su casa una noche?

—Claro que no. Puedes ocupar la habitación de Fedor, es la que te corresponde —dijo Dodum con una sonrisa forzada.

Hubiese preferido que se quedara en algún hotel, pero como fue él quien se ofreció a llevarlo, se sentía en cierta forma responsable.

—Tiene razón. Ahora soy él. Me gustará ocupar su habitación. La mía me trae malos recuerdos. —Súbitamente cambió de tema—. Puedo conducir, si quiere puedo hacerlo a partir de mañana.

—¿Tienes licencia? No quiero arriesgarme.

—La tengo, no se preocupe.

Dodum pagó la cuenta y fueron caminando al motel. Pagó las dos habitaciones y, tras despedirse, cada cual fue a la suya, ambas en la planta baja, frente al estacionamiento. Mark se sentía inquieto. La presencia de Dodum producía en él unos deseos incontrolables de atacarlo. De hacerle daño. Hasta, ¿por qué no?, de matarlo. La idea se fijó en su mente y no pudo quitársela de la cabeza. Poco después fue a la tienda cercana que lucía un

letrero luminoso: «Abierto 24 horas». Compró una barra de chocolate para calmarse. Era aficionado al chocolate y durante esos meses tuvo que frenar sus deseos porque a Fedor no le gustaba, a menos que fuese en las malteadas. De regreso a su habitación, se detuvo en la puerta del cuarto que ocupaba Dodum. Para él sería muy fácil tocar, esperar a que lo dejase entrar y acabar con su vida. Lo difícil sería salir indemne. Sacudió la cabeza y siguió hasta su cuarto. Fue al baño, tan diminuto como el de un avión, pero tenía ducha. Se observó en el espejo y trató de ver a Fedor. Solo pensar en él lograba aplacarlo, era su salvador y le debía la vida. Se metió bajo la diminuta ducha y dejó correr el agua fría por largo tiempo hasta calmarse.

Esa noche a Peter Dodum le costó conciliar el sueño y, si no fuera por el cansancio físico de conducir tantas horas seguidas, no hubiera podido dormir. Lo hizo con sobresaltos, en los que se intercalaban pesadillas en las que siempre aparecían dos hombres que se ponían de acuerdo para acabar con su vida.

Una vez en Boston, Mark prefirió pasar la noche en un hotel. Después de las tentaciones del día anterior, prefería que Dodum estuviese fuera de su alcance.

## Capítulo 30

Ruth esperó en vano la llamada de Dodum, y decidió entonces ir personalmente a casa del general Wilson Carter. Al ser un hombre con una posición mucho más importante, tal vez encontrase la manera de solucionar el problema de su licencia. Aprovecharía para hacer una visita a Mark y ver cómo había evolucionado. Al llegar a la verja de entrada dio su nombre y la hicieron pasar. Era conocida por el personal de la casa por haber servido a Mark un tiempo antes de que fueran a casa de Dodum.

—Hola, Ruth, ¡qué alegría verte por aquí! —saludó la mucama.

—Hola, Sarah, ¿qué tal todo?, ¿alguna novedad?

—Algunas... Ven, vayamos a la cocina.

—¿Se encuentra el general?

—Salió. ¿Sabía que venías?

—Sí.

—Entonces no debe tardar en llegar, ya sabes cómo es él.

—¿Y Mark? Me dijeron que había mejorado bastante.

—¿Mark? ¡Está completamente curado!, es un milagro, amiga.

—Subiré a visitarlo.

—No está aquí, ahora vive en Princeton, estudia allí.

—¿Mark? No lo puedo creer.

—Nosotras tampoco lo podíamos creer. Él y su padre se llevan bien, creo que la enfermedad lo cambió mucho. Pero tú debes saber más que nosotras, estuviste con él durante su curación.

—Bueno, sí, pero no se había recuperado del todo —afirmó Ruth. No deseaba que supieran que prácticamente había sido dejada de lado.

—¿Qué te trae por aquí?

—Vine a visitar al general. Tengo asuntos pendientes —dijo vagamente Ruth.

Después de algunas conversaciones insustanciales, Sarah respondió al interfono de la cocina.

—Ya llegó el general, Ruth. Le avisaré que estás aquí.

La mucama marcó un número en el teclado del teléfono y después de anunciar a Ruth respondió:

—En seguida sube, señor. —Y colgó el auricular—. Te espera en el despacho.

Ruth se dirigió escaleras arriba. El ascensor había sido instalado

únicamente para uso de Mark y su silla de ruedas. Tocó la puerta del despacho y tras escuchar un «adelante» abrió.

—Buenos días, señor Carter.

—Buenas, Ruth, agradable sorpresa tenerte por aquí.

—Vine a visitar a Mark pero me dijeron que está en Princeton.

—¿No te parece extraordinario? Todo se lo debemos a mi querido amigo Peter.

—Así es, es un científico extraordinario. Justamente venía a hablar con usted por algo que él me prometió.

—¿Se trata de tu licencia? La última vez que hablé con él dijo que se encargaría del asunto.

—Pues no fue así. Dice que no hay manera, es imposible. La verdad, general, estoy muy avergonzada de venir a hablarle de mis problemas, pero tal vez usted pueda ayudarme, tiene influencias...

—Lo lamento, Ruth, pero mis influencias no abarcan el ámbito médico, por eso fue que pensé que Peter lo haría.

—Es una lástima. Perder la licencia me impide encontrar un buen empleo, tener una jubilación, usted me entiende... Si el doctor Dodum perdiera la suya sería toda una catástrofe en su vida, ¿verdad?

—Claro. —Carter vio el brillo en los ojos de Ruth—. ¿Por qué lo dices?

—Sé que para que su hijo recuperase la salud se siguieron métodos no del todo éticos, general. ¿Está usted enterado?

—No sé adónde deseas llegar, Ruth —replicó Carter empezando a inquietarse.

—Si es que de verdad lo curó —dijo ella en un tono mesurado.

—¿Qué dices? Mi hijo está sano.

—Claro, claro... Entonces usted no puede ayudarme y el doctor tampoco. Lo tendré en cuenta.

—¿Me estás amenazando?

—No, claro que no. Solo le estoy tratando de advertir que tal vez su hijo no sea quien dice ser.

Una profunda arruga se anidó en el entrecejo de Carter. Pensó que la mujer estaba loca.

—No sé qué tratas de decir, Ruth, sería mejor que fueses clara.

—Créame que lo seré. Lo seré, general, solo debo comprobar algo.

—No puedes venir aquí a amenazarme y después decir que no tienes pruebas de las barbaridades que dices.

—Las tendré.

—Entonces ven cuando las tengas. Será mejor que te retires.

—Como usted diga. Hasta pronto, general.

Ruth se puso de pie y se dirigió hacia la puerta caminando despacio, como si las órdenes del general no fueran con ella. Salió del despacho, de la casa, cruzó la verja de la entrada y se perdió entre las calles rodeadas de jardines y mansiones del exclusivo barrio donde vivían los Carter. Iría a ver a Dodum y pondría los puntos sobre las íes. Ya estaba bien de que la tomaran por una estúpida.

Como no era una mujer de recursos, fue a la estación y compró un boleto para Boston, no podía darse el lujo de desperdiciar el dinero en pasajes de avión. Lo que Dodum le dio sirvió para pagar la hipoteca de su casa, una modesta vivienda de dos plantas en las afueras de Boston; al menos ya no tenía esa deuda, pero si no conseguía trabajo, pronto estaría en la indigencia. Dos días después estaba frente a la puerta de Peter Dodum, no quiso avisarle que deseaba verlo porque seguramente se hubiera negado. Eran las siete de la tarde, y en esa época, ya a finales de otoño, oscurecía temprano. Tocó el timbre y esperó un rato. La sorpresa de Dodum al verla la hizo sonreír.

—¿Puedo pasar? Me estoy muriendo de frío —dijo.

—Claro, adelante —Dodum se hizo a un lado—. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó mientras se dirigía a la cocina.

—Varias cosas, doctor.

—Ven, llegaste justo cuando me disponía a cenar. Te serviré, Lorena ya se fue.

—No se moleste, doctor, no tengo apetito.

—Bueno, acompáñame entonces. Te serviré alguna infusión, un té, algo...

Ella se sentó a la mesa de la cocina, se desenrolló la bufanda y lo miró.

—Estuve en casa del general.

Dodum hizo un gesto de interrogación con las manos al tiempo que alzaba los hombros.

—¿Y?

—Pues nada. Él tampoco me puede ayudar. Es más, se enfadó conmigo.

—¿Por qué? —inquirió Dodum mientras untaba mantequilla en un trozo de pan.

—Porque le dije que tal vez el que decía ser su hijo no era tal.

El profesor soltó el pan que cayó directamente sobre el plato de sopa.

—¿Acaso estás loca? —exclamó.

—No lo estoy y usted lo sabe, doctor. Estoy bien cuerda, más que nunca. Siempre me pareció raro que ellos dos se parecieran tanto.

—¿Quiénes son ellos dos?

—Doctor... No haga que piense que usted es ciego. Fedor y Mark. Son dos gotas de agua. Y ahora resulta que Mark está en Princeton. ¿No le da qué pensar? ¿A quién creen que engañan? Tal vez al general, que es capaz de creer cualquier cosa con tal de pensar que su hijo está sano. Pero yo no caigo en esa trampa.

—Ay... Ruth... Ruth... sí que estás engañada. ¿Dónde crees que está el que se supone es Mark entonces? —preguntó Dodum mientras trataba de atrapar con la cuchara el pan remojado en la sopa.

—No lo sé. A lo mejor terminó muriéndose y ustedes se lo ocultaron al general.

—Verás, Ruth, Fedor ha retomado sus estudios en el MIT, si quieres puedes verificarlo por ti misma. Y también puedes visitar a Mark en Princeton. No hay nada que ocultar.

Ante la tranquilidad de Dodum y la explicación que acababa de escuchar, ella empezó a dudar.

—¿Me quiere hacer creer que Mark de un momento a otro se convirtió en un aplicado estudiante que pudo ingresar a Princeton?

—Así es —dijo con satisfacción Dodum.

Ella se santiguó.

—¿Qué fue lo que hicieron con él? ¡Dios!, ustedes hicieron un experimento diabólico.

—Si quieres, puedes acusarnos de haber pactado con el diablo. Veremos quién acepta tu acusación.

Ruth movía la cabeza de un lado a otro. No podía creerlo, tenía que cerciorarse.

—¿Quiere decirme que así, convaleciente como estaba, regresó a casa de su padre?

—Bueno, tan convaleciente no estaba...

—¿Cuándo regresó a su casa?

—¿A qué vienen tantas preguntas? Él está bien, está estudiando y está donde tiene que estar.

—¿Y Fedor? ¿De dónde salió ese muchacho? —siguió preguntando Ruth como si no le hubiera escuchado.

—Es un estudiante del MIT. Es muy inteligente, estuvo ayudándome en la

investigación que yo llevaba a cabo para poder curar a Mark.

La mujer guardó silencio por un momento hasta que se decidió a hablar.

—¿Tiene sus teléfonos?

—Por supuesto. Puedes llamarlos, hablar con ellos, visitarlos, verlos...

Dodum se puso los anteojos y tomó un bolígrafo de uno de los cajones de la cocina. Escribió los números en un bloc de notas, arrancó la hoja y se la entregó.

Ruth no salía de su asombro. La serenidad de Dodum la desarmó.

—Gracias... —atinó a decir—. Debo irme ahora.

—¿Necesitas algo? Si no has encontrado trabajo tal vez pueda ayudarte con algo de dinero mientras.

—La verdad es que todo lo que me dio me sirvió para cancelar la hipoteca, doctor. Estoy sin un dólar.

—Comprendo, y quiero ser franco contigo, Ruth, siento mucho no poder ayudarte con lo de la licencia, lo que puedo hacer es recomendarte como una buena enfermera privada. Ven, vayamos arriba.

Subieron a su estudio y Dodum llenó un cheque por la cantidad de cincuenta mil dólares. En ese momento no calculó que tal vez no era la mejor manera de convencerla de lo equivocada que estaba; lo supo cuando vio la mirada de Ruth. Ella extendió la mano, recibió el cheque y se despidió.

—Conozco la salida, doctor, no se moleste en bajar.

Se enrolló la bufanda al cuello y se enfrentó al viento gélido mientras las dudas volvían a invadirla. ¿Qué trataría de ocultar Dodum dándole tanto dinero? Sospechó que algo extraño se traía entre manos.

El profesor sintió que la suerte estaba de su lado. No pudo ser más oportuna la decisión de Mark de ingresar en el MIT suplantando a Fedor. Lo liberaba ante Wilson Carter y ante la propia Ruth, que parecía que se había convertido en un sabueso. Contra todos los pronósticos, Mark se había amoldado al tercer año en Ingeniería Biológica, asombroso para él, y suponía que también para Fedor. Y parecía que tenía probabilidades de empezar el cuarto año antes de lo previsto. El hijo del general, antes un muchacho sin ambiciones, con intereses difusos, se había convertido en un joven inteligente, y todo como consecuencia de una modificación en su ADN. Las implicaciones que aquello traía consigo eran un hito en la ciencia, lo malo era que no se podían divulgar, al menos no todavía. Todo había sido demasiado rápido, las consecuencias no se podrían saber hasta transcurrido un tiempo, unos cuantos años cuando menos y si todo resultaba bien, y ellos quizá no podrían hacer

público el descubrimiento porque implicaba descubrir ante el general Carter que el que consideraba su hijo no lo era. ¡Qué desgracia! Si hubiera tenido la suficiente confianza en el experimento de Fedor... ¿Pero quién podía decir que algo tan estrambótico diera resultado?

Pese a que las cosas parecían haberse arreglado, Dodum todavía desconfiaba de la curación total de Mark. Para él era un sujeto en experimentación cuyos resultados no eran definitivos.

Después de salir de casa de Dodum, Ruth se sintió confundida. Reconsideró lo que había supuesto y se dijo que tal vez el trato constante con Mark y Fedor la habían sugestionado hasta el punto de hacer que tejiera en su mente teorías conspirativas. Sin embargo, había ciertos puntos que no le quedaban claros, creía poco en las casualidades y no le parecía nada casual que dos personas que fuesen tan similares físicamente se hubiesen encontrado por azar. Su plan para denunciar a Dodum por prácticas non sanctas no tenía bases. Era su palabra contra la de él o ellos, si tomaba en cuenta al general Carter. No tenía idea quién había diagnosticado a Mark con fibrodisplasia osificante progresiva, y dudaba mucho de que alguno de ellos se lo dijera. Una enfermedad definitivamente incurable, pero el hecho era que Dodum lo había logrado. ¿O Fedor? Pero no había manera de comprobarlo si Mark no tenía ya la enfermedad. Lo único que le quedaba, desde su punto de vista, era averiguar de dónde provenía el parecido entre ambos jóvenes. Le parecía muy extraño que ellos no se hubiesen hecho la misma pregunta, al menos no que ella supiera. Actuaban como si encontrarse con su doble fuese algo natural. Y si Dodum no hubiese sido tan generoso con el dinero, probablemente ella se habría olvidado del asunto, pero cincuenta mil dólares era demasiado dinero para darlo de buenas a primeras si no tenía nada que ocultar. Y no lo haría por ejercer presiones para obtener dinero por medio del chantaje, no era su natural manera de ser, lo haría por sus convicciones religiosas, le parecía que existía algo diabólico en todo aquello.

## Capítulo 31

*El tiempo transcurrió para Fedor entre clases, experimentos, su nueva afición a la música y los correos de Mark, quien parecía gozar de una inteligencia que jamás soñó. Hubo momentos en que deseó encontrarse con él cara a cara y pedirle que cambiasen de lugar, pero Mark parecía muy contento con su situación, el hecho de no ser ya un joven vago y sin rumbo no parecía afectar la decisión de alejarse de su padre. En todo ese conglomerado de emociones y decisiones, y el rumbo que había tomado su vida, equivocados o no, Fedor tenía una sola constante en su mente: Bertha. Sabía que jamás podría acercarse a ella mientras se hiciera pasar por Mark. Y ella y Mark parecían bastante compenetrados, por lo que él contaba en sus correos, de manera que era un caso perdido, pero se aferraba a sus recuerdos como hacía con todo lo que consideraba indispensable en su vida.*

Desde el punto de vista académico, sus profesores lo tenían —como él estaba acostumbrado— en muy alta estima, debido a su capacidad de raciocinio y experimentación que algunas veces no podía expresar con palabras apropiadas. Su cerebro contenía información que no podía explicar, como si no existiera el léxico suficiente, motivo por el que pasaba largas horas a solas en el laboratorio tomando notas. Su mundo consistía en sus estudios y su pasión principal era encerrarse en el laboratorio. El entorno en que vivía era ideal, no añoraba nada ni deseaba nada más que aprender cada día algo nuevo. Las chicas de Princeton ya habían dejado de acosarlo; veían en él un caso perdido, y Fedor no parecía darse cuenta. Respondía a los saludos, insinuaciones y coqueteos con sus maneras directas y sin preámbulos, lo que no daba demasiado pie a intimar ni a entablar una amistad, a menos que se tratase de temas académicos, entonces él prestaba verdadera atención.

Cuando tuvo la oportunidad de conversar con Eugene Wimberly, partícipe en la primera secuenciación del genoma humano e invitado especial a una conferencia en Princeton, Fedor aprovechó para exponerle sus ideas acerca de la salamandra por su capacidad de regenerar sus extremidades, lo que derivó la charla a la reciente investigación que llevaba a cabo el científico: la del *Ambystoma mexicanum* o axolote, un anfibio vertebrado con la capacidad de regenerar no solo sus extremidades, sino otros órganos vitales como partes del cerebro. Extasiado ante tal perspectiva, Fedor se dedicó a estudiar las propiedades del comúnmente llamado axolote, y encargó un par de ellos para el departamento de investigación de la facultad de biología. Impresionado por

el pequeño animal con el mayor genoma secuenciado de la historia, que contaba con más de treinta y dos millones de bases; diez veces más que el del ser humano, encontró que desde el punto de vista de la regeneración, el axolote era mucho más complejo de lo que suponía. Y su interés personal residía en que al contrario del pulpo, poseía la capacidad de regenerar huesos.

Llevaba a cabo su investigación sin que los demás supieran su interés particular, debido a la cantidad de veces que Dodum le había advertido acerca de la posibilidad de que Mark sufriera una regresión a la FOP en el sentido de que por llevar el ADN de pulpo en su sistema, llegase el momento en que su organismo empezara a degenerar su estructura ósea y tal vez convertirlo en una masa invertebrada.

√

Aun con los conocimientos adquiridos en Ingeniería Genética, Mark no llegaba a esos alcances. Lo suyo era asimilar, no investigar y, aunque hubiera tenido frente a él la solución de un posible problema generado por su peculiar condición, no la hubiera encontrado. Se había convertido en un buen alumno, nada más. Los rasgos de genialidad no existían y, según Dodum, a quien con cierta regularidad iba a visitar a su casa, él era la copia al carbón de Fedor, no su doble. Y aun cuando eran idénticos físicamente, se diferenciaban en mucho, si se trataba de inteligencia. Al vivir lejos del ambiente impregnado por Fedor, la actitud de Mark se había vuelto más laxa, ya no deseaba trabajar para ayudarse, y los profesores habían dejado de verlo como un alumno estrella. Cada vez que necesitaba dinero recurría a Dodum directamente, algo que este no había previsto y empezaba a ser un problema.

√

Las segundas vacaciones le permitieron a Fedor pasar algunos días en casa. Había sido imposible tomar los días libres de las vacaciones anteriores porque se hallaba inmerso en un proyecto extracurricular y era el responsable del grupo.

Un coche negro le esperó en Princeton para llevarlo al aeropuerto, y en Dulles lo esperaba otro, tal como había prometido Carter. Al llegar al frente de la enorme casa de Ballantrae Farm, volvió a sentirse cohibido como la primera vez. No era su sitio, no le pertenecía y se sintió fuera de lugar, a pesar de haber pasado un tiempo en ella.

El general, avisado por la vigilancia apostada en la reja de entrada, esta vez lo esperaba en la puerta con una sonrisa de oreja a oreja. A verlo subir los escalones hasta él lo abrazó con fuerza y lo condujo hacia dentro, mientras un

soldado cargaba la pequeña valija y se la entregaba a la camarera.

—Hijo, está de más decirte que me siento feliz de que pases unos días en casa. ¿Tuviste buen viaje?

—Sí, papá. Yo también estoy muy contento de estar aquí.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, muy bien, señor.

—Te dije que te tenía una sorpresa. Ven. —Lo llevó tomándolo de hombro hacia la cochera. Fedor vio tres coches, y no supo discernir de qué se trataba aquello. Carter sonrió y le entregó unas llaves—. Es tuyo, te espera desde hace trece meses —dijo, señalando el Mercedes azul marino.

—¿Mío?

—Todo tuyo. ¿Qué te parece? Lo hubiera cambiado por uno de este año, pero estuve fuera y no dio tiempo de...

—Señor, no creo que merezca tanto, me hubiera conformado con...

—Mereces esto y más —interrumpió Carter—. He hablado con la directora Clara Nelson y me ha informado de que eres un alumno como pocos. ¿Qué te puedo decir, Mark? Me siento orgulloso de ti.

Fedor jugueteaba con las llaves entre los dedos sin saber qué responder. Le incomodaban las muestras de admiración, para él era normal ser como era, no lo hacía con el ánimo de causar asombro.

—¿No lo vas a probar?

—Claro que sí, padre, claro —dijo Fedor. Él había conducido el viejo coche de su madre algunas veces, y se moría por entrar en el Mercedes pero sentía vergüenza de manifestarlo.

Quitó la alarma y se sentó detrás del volante. Carter lo hizo en el asiento del copiloto.

—Y ahí vamos —dijo Carter sonriendo como un niño, como si fuera él quien hubiera recibido el regalo.

Salió del garaje, dio la vuelta a la rotonda y las rejas negras se abrieron de par en par. El coche era suave, silencioso, Fedor supo entonces lo que significaba hacer uso del lujo y ser parte de él.

—Si hubiera podido elegir, hubiera escogido este mismo coche. El color... el modelo... me encantan. Gracias, papá, siento que es demasiado, espero corresponder a todo lo que me das.

—¿Qué dices, Mark! Lo haces con creces. No comprendo cómo no pudimos entendernos antes. Creo que fui demasiado rígido, incomprensivo, perdóname, hijo.

—No, papá. Siempre fuiste buen padre. Quien falló fui yo. El tiempo que pasé con el doctor Dodum me hizo reflexionar.

—Le debo tanto a Peter... —dijo Carter.

Fedor pensó qué sucedería si se enterase de la verdad. Siguió conduciendo por las calles tranquilas de McLean, una zona en la que las mansiones se divisaban tras muros de árboles, algunos carentes de hojas en esa época. Para finales de octubre el clima era delicioso, fresco, no obstante Carter conectó el aire acondicionado que, silencioso, enfrió un poco más el interior. Un coche negro los seguía a unos cincuenta metros.

—¿Qué tal te llevas con tus compañeros?

—Bien, aunque la mayoría de las veces prefiero estudiar solo. Me concentro mejor.

—Supongo que tienes una habitación individual.

—Sí, con baño privado, y te lo debo a ti —sonrió Fedor.

—Poca cosa —dijo Carter restándole importancia.

—¿Siempre que sales te siguen? —preguntó Fedor.

—Sí. Es por seguridad, nunca se sabe lo que puede suceder —explicó el general. Le pareció una pregunta extraña, Mark siempre lo había sabido.

—Pensé que las cosas habían cambiado —replicó Fedor al darse cuenta de su error—. Es algo que siempre me molestó.

—La seguridad ha cambiado para incrementarse. No creas que me agrada, pero ya me acostumbré y espero que no te incomode.

—¿En Princeton también me siguen?

—No —dijo Carter en un tono poco convincente.

Fedor no supo si creerle. Podría ser que no quisiera hacerlo sentir incómodo, en todo caso, era bueno estar prevenido.

—¿Mientras estuve con Dodum hubo alguien vigilándome?

—Resguardándote, querrás decir. No. Ese fue un asunto que mantuvimos en privacidad entre Dodum y yo —dijo Carter esta vez con seguridad—. No quise que todo el mundo se enterase de tu enfermedad. El médico que te la diagnosticó es un compañero del ejército. Somos como hermanos.

Fedor asintió en silencio. ¿Qué otras cosas habría omitido decirle Mark? ¿Se refería a la constante custodia cuando se dijo que se sentía como un esclavo?

Poco después regresaron a casa. Al entrar en su habitación extrajo el portátil y como siempre, lo primero que hizo fue abrir el correo. Encontró un mensaje de Mark:

*Todo por aquí bien como siempre, de vez en cuando voy a casa de Dodum para conversar con él y recibir un poco de ayuda con los cursos y también financiera. No he podido encontrar un trabajo que se adecúe a mis horarios. Tal vez podrías ayudarme.*

*Ya conocí a Patricia Stevens, es una belleza.*

La carta, como casi todas las que le enviaba Mark, tenía un motivo, y eso le parecía perfecto a Fedor. Lo que había notado desde un comienzo es que poseían un denominador común: la petición de algo y alguna noticia que, estaba seguro, Mark suponía lo incomodaría. En este caso, la petición de ayuda económica no le molestaba. Tenía ahorros y todas sus necesidades estaban cubiertas, él no generaba grandes gastos, nunca compraba ropa, pues la que tenía era más que suficiente, no salía a pasear ni a comer fuera, y cuando asistía a conciertos o eventos culturales, las entradas eran rebajadas por ser estudiante. Y por si fuera poco, el general había insistido, en contra de su voluntad, en abrirle una cuenta bancaria en la que le ingresaba una mesada y le dio una tarjeta de crédito. «No se puede andar por la vida sin un respaldo para cualquier emergencia», le había dicho. El detalle de Patricia Steven era superfluo, porque ella no le interesaba en absoluto, pero Mark sabía que se preocuparía por Bertha.

*Es bueno que tengas la ayuda del profesor Dodum, es un magnífico asesor. Te haré un ingreso enseguida, lamento que no hayas podido coordinar tus horas de estudio con algún empleo. Y me alegra que hayas conocido a Patricia. Espero que no te olvides de Bertha.*

Y si Fedor hubiese visto la sonrisa que asomó a los labios de Mark, con seguridad la habría calificado de malévola.

*Por supuesto que no la olvido. Patricia es solo una buena amiga. Gracias por la ayuda.*

Fiel a su palabra, Fedor hizo la transferencia al tiempo que se preguntaba qué tanto sabía Mark de él. Nada. Y viceversa. Solo habían traspasado sus datos, la mayoría de ellos superficiales, pero él no sabía en realidad cómo era Mark, qué lo motivaba en la vida, de qué provenía el odio hacia su padre y si era racional, en suma, no sabía si Mark era un individuo normal o si sufría de alguna clase de enfermedad mental. Fedor evaluaba a los demás según sus parámetros. Para él existía lo correcto y lo incorrecto, la bondad y la maldad, la verdad o la mentira, y en esos momentos se hallaba ante una encrucijada en su vida. No acertaba a comprender qué lo indujo a aceptar el cambio de identidades. ¿La llamada de auxilio de un sujeto que parecía desesperado?

¿El cargo de conciencia por haber experimentado con él? ¿La ambición de gozar de un estatus que de otra manera hubiera requerido un camino lento y tortuoso? ¿La antipatía que le generó Dodum al referirse a Mark como a un ser inservible? Cayó en la cuenta de que cualquier persona podría tomar decisiones incorrectas en algún momento de su vida, y empezaba a arrepentirse de haber actuado de manera precipitada. El padre de Mark le parecía un hombre bondadoso, comprensivo, y si en algún momento no había sabido ser un buen padre, tal vez habría tenido motivos. A Fedor le costaba trabajo mentir y en esos momentos su vida se había convertido en una enorme mentira. ¿Qué sucedería si le dijera la verdad a Wilson Carter?

√

Mark quería aprovechar esos días de vacaciones de otoño y lamentó que Lesbon estuviera tan lejos. No le apetecía trasladarse sin la comodidad de un vehículo propio, o de un transporte privado como en su vida anterior era costumbre. Decidió quedarse en el instituto y tal vez visitar a Dodum y sacarle algo de dinero. Esa noche iría a cenar con Patricia Steven, la chica que lo había abordado algunas veces con claras intenciones de flirtear con él. Irían en el coche de ella a un restaurante que, según Patricia, era de lo mejorcito que había en Boston.

A pocos minutos del MIT las letras plateadas del L'Espalier fulguraban al reflejo de los coches. Ella aparcó su Corvette en la acera de enfrente y poco después se encontraban en el ambiente sofisticado del «Salón» como ella lo llamó, un lugar donde se podían probar vinos y quesos como aperitivo para la cena.

—Te encantará —dijo Patricia—. Frank es mi amigo.

—¿Quién es Frank? —preguntó Mark.

—Es el chef, propietario del restaurante. Frank McClellan.

Después de mucho tiempo Mark se sentía en su ambiente. Con su madre, porque la ausencia de su padre era una constante, había estado acostumbrado a frecuentar restaurantes como ese, y, aunque no lo hacía desde que empezó la enfermedad, de inmediato se sintió impregnado de la atmósfera del lugar, como si nunca hubiese abandonado la costumbre, o, como le ocurría últimamente, como si tuviese la facultad de absorber el clima, la atmósfera, y hábitos del lugar donde se encontrase. El comportamiento despreocupado de una *bonne vivante* que exhibía ella pronto formó parte de él, para deleite de Patricia, quien no había imaginado a un compañero tan seductor y entretenido como Fedor Mogliani.

—*Au Paradis* de Peter Michael, por favor —pidió ella, escogiendo de la carta de vinos.

Dos copas y una degustación de quesos fueron el aperitivo para una cena perfecta, en la que el chef McClellan se acercó a saludar a la hija de sus amigos. Patricia estaba encantada y Mark rebosaba satisfacción, la principal misión de su vida parecía ser salir airoso de cuantos escenarios se presentasen, y en este caso la presencia de la bella Patricia completaba el momento.

—¿Por qué fuiste a vivir a casa del profesor Dodum? —indagó ella mientras se llevaba a la boca un pequeño bocado de la elaborada bandeja que había pedido en francés.

—¿Qué estás comiendo? —preguntó Mark sin responder a su pregunta.

—Pulpo gratinado, aquí es una delicia.

La mueca de asco de Mark sorprendió a Patricia.

—¿Qué sucede, Fedor?

— Soy alérgico al pulpo.

—No lo sabía,

—Te agradecería que no comieras eso delante de mí —dijo Mark en un tono de mando que indujo a Patricia a obedecer. Observó a Fedor y su imagen le pareció muy distante a la del chico tímido y campesino que conoció los primeros años en el MIT. Mark suavizó sus maneras y disimuló el malestar que le ocasionaban los pequeños cubos de pulpo. Hizo un gesto al camarero—. Retírelos, por favor —ordenó.

El hombre se llevó la bandeja en silencio.

—Lo siento... si lo hubiera sabido...

—Puedo comer de todo, menos pulpo, disculpa mi nerviosismo, pero no te imaginas lo que produce en mi cuerpo comerlo.

—Vaya, está bien, Fedor, tranquilo. ¿Sigues viendo al profesor Dodum? —preguntó ella retomando la pregunta para cambiar de tema.

—Sí, de vez en cuando. Se ha tomado un año sabático. Estuvo de viaje, regresó, y no sé si volverá al MIT.

—Yo dejaré este sitio —dijo ella, pensativa.

—¿Por qué?

—Ingresé al MIT por imposición de mi padre, es médico, pero, ya ves, no se me dan bien las ciencias.

—Hay padres que esclavizan.

—Los míos no. Aceptaron el cambio, fui yo quien los quiso complacer,

pero no pude. ¿Qué me dices de ti? ¿Dónde están tus padres?

—Murieron —respondió Mark.

—Lo siento, no sabía...

—No lo sientas, así estoy bien.

—Me gustaría que vinieras a casa estas vacaciones, les caerás bien a mis padres.

—No sé... ¿Y si no estuvieran de acuerdo?

—Mis amigos siempre son bien recibidos, Mark, estarás cómodo, tenemos una casa de huéspedes. Vivimos en Virginia.

En el cerebro de Mark se encendieron unas luces de alarma.

—¿Virginia?

—Sí, en McLean, cerca de Langley.

—Conozco esa zona. Déjame pensarlo.

—Saldré mañana por la tarde, llámame si te decides, ¿vale?

Mark asintió y dedicó toda su atención a la comida mientras sus pensamientos sobrevolaban Langley, y llegaban a McLean, justo la zona donde él vivía antes de convertirse en Fedor Mogliani. Patricia seguía hablando de esto y aquello, ajena a la turbación que se generaba en Mark. Por un momento él la observó. *Qué diferente de Bertha. Seguramente nunca habrá conocido un lugar como este, y miraría extasiada la vajilla, las mesas, la decoración y al personal de servicio, y yo me deleitaría viendo su asombro. ¿Será que todos los ricos viven en el mismo lugar?*

Miró a Patricia, su cabello castaño, largo y sedoso, su rostro arrebolado por efecto del vino, sus labios perfectos, y la deseó. Quiso saber cómo sería estar con ella, y supo que esa noche terminarían en su cuarto del MIT.

## Capítulo 32

*Bertha* sabía cuándo se tomaban vacaciones en el instituto y esperaba recibir algún mensaje de Fedor diciéndole que iría a verla, pero los días transcurrían sin que él diera señales de vida. No quería ser ella quien diera el primer paso, preguntarle le causaba una especie de humillación, al mismo tiempo pensaba que podría sentirse presionado. No deseaba que su relación se empañase por detalles a los que tal vez él no diera importancia. La noche cerrada de Lisbon, sin luna y sin estrellas por el cielo empañado de nubes le parecía más fría que nunca, hubiese querido estar al lado de Fedor, hubiese querido prepararle la cena, irse a la cama con él y cobijarse del frío con su cuerpo, pero ya había perdido las esperanzas y solo podía rememorar los meses vividos a su lado.

Y si *Bertha* extrañaba sus brazos, Mark extrañaba los de ella. El cabello de Patricia sobre su rostro le producía asfixia. Hacer el amor con ella era como formar parte de una obra de teatro en la que había que seguir un guión. Sus constantes preguntas: «¿Te gusta así?», «¿qué sientes?», «¿te parezco hermosa?». Su cuerpo como cincelado por un escultor con unos senos demasiado perfectos para ser reales no le producía las mismas sensaciones que *Bertha*, con su figura esbelta pero sin estilismos, solo su absoluta entrega y pasión sin palabras que distrajeran sus instintos. Y finalmente, cuando la naturaleza hizo lo suyo porque no hubo manera de impedirlo ante la demanda de Patricia, sintió que había sido violado. No comprendía por qué ella se esforzaba en convertir un acto natural en otro absolutamente artificial. Sus cambios de posiciones, sus grititos, jadeos y ruidos y su rostro que evidentemente era una máscara de actuación para hacerle ver que sentía placer, un placer que él de ninguna manera compartía, lo hicieron sentirse cada vez más alejado de ella. Después del orgasmo, Patricia se echó pesadamente a su lado como si estuviera extenuada y miró el cielo raso dando un profundo suspiro.

—Estuvo súper —dijo.

Mark prefirió guardar silencio. No tenía deseos de hablar, ¿Era necesario hacerlo? Estaba a punto de decirle: «Vístete y déjame solo», pero no tuvo ocasión, porque ella tomó la iniciativa y llevó su cuerpo desnudo al baño. Después de un rato salió, se vistió y él se hizo el dormido. La escuchó salir y cerrar la puerta. Dejó la cama y fue al ordenador.

*Querida Bertha,*

*Mañana salgo para Lisbon. Te quiero.*

*Fedor.*

Al revisar su correo en la mañana, Bertha sintió que su corazón había regresado a su lugar. Fedor la amaba.

*Querido Fedor,*

*Te estoy esperando desde que te fuiste. Te amo.*

*Bertha*

√

Wilson Carter había hecho lo posible para dejar espacio en su agenda durante los días que su hijo estuviera en casa. Deseaba estar en su compañía, conversar y compartir con él, siempre y cuando no opusiera resistencia; eso ya lo había aprendido y no volvería a repetirse, hasta quería llevarlo a conocer su centro de trabajo, algo que nunca se le hubiera ocurrido antes, pero esperaba el momento oportuno. Los días de vacaciones tendrían que ser para el joven inolvidables, y para él también, un reencuentro con su hijo, un nuevo comienzo que marcaría una nueva etapa en la vida de ambos. Ya era un hombre. A los veintiún años él ya había tenido que tomar decisiones trascendentales en su vida y no esperaba menos de su hijo.

Y Fedor, a pesar de la incomodidad que sentía por ocupar un lugar que sabía no le correspondía, trató de adaptarse. No era igual que en la universidad, en donde todo para él fluía de manera normal entre clases, estudios, libros, experimentos, investigación, en suma; un ambiente en el que se encontraba a gusto, sin la fastuosidad de esa enorme casa en la que hubiera podido jugar al escondite sin que jamás lo encontrasen. Un mundo diferente al que le costaba acostumbrarse. Por momentos deseaba decirle a Wilson Carter toda la verdad, pero ¿cómo reaccionaría al engaño? Dudaría probablemente explicaría: «Tu hijo no quiso regresar a pesar de que está completamente curado porque te odia». Después de conocer a Carter, él no podría hacerlo. En cierta forma se veía entre la espada y la pared. ¿En qué desgraciado momento se le había ocurrido semejante locura? El general era un buen hombre y no se merecía el engaño. Pero Mark tampoco se merecía ese padre.

Encerrado en su habitación, Fedor procuraba serenarse y ordenar sus ideas, pero siempre que lo intentaba sabía que nada en su vida estaba bien. Y nada estaba bien si Bertha ya no pertenecía a su vida. Y esa tarde en particular, leyendo a Bukowski, unas lágrimas se filtraron en sus ojos y fueron a caer en la frase: *Hay un lugar en el corazón que nunca será llenado, un espacio. Lo sabremos más que nunca, hay un lugar en el corazón que nunca será llenado y esperaremos y esperaremos en ese espacio...* de su libro «You Get so Alone

at Time that it Just Makes Sense», que otras veces había leído, pero jamás sus letras le habían calado tan hondo. Solo pudo consolarse al pensar que de quien ella creía estar enamorada era de él.

La mucama llamó a la puerta para decirle que su padre lo esperaba a las ocho. Quería ir con él a un restaurante que deseaba que conociera. ¿Había pensado en él como «su padre»? Fedor sonrió con tristeza al notar que le había tomado cariño, y se sintió culpable porque no era merecedor de él. Se miró en el espejo para cerciorarse de que estaba presentable. Con el guardarropa nuevo que había encontrado esta vez, sería imposible no estarlo. Todo de buena calidad, de su talla y como si él lo hubiera escogido. La ropa anterior había desaparecido, la que Mark usaba antes de la enfermedad, tres tallas menos que la que ahora se exhibía en el vestidor.

Mientras el chofer los llevaba, Fedor se preguntó para qué necesitaba un coche si lo llevaban y traían a donde sea que tuviera que ir.

—Iremos al Minibar, su dueño, el chef José Andrés ganó hace poco dos estrellas Michelin simultáneas —dijo Carter con orgullo.

—Vaya... debe ser muy bueno —se le ocurrió decir a Fedor, que de michelines no sabía nada.

—El mejor. Es español pero vive aquí, también es norteamericano —aclaró Carter—. Pasaremos por unos amigos que quiero que conozcas.

—¿Amigos del trabajo?

—Sí, del trabajo y fuera de él también —admitió Carter sonriendo.

La discreta fachada del famoso restaurante era indicativa de lo que se encontraba dentro. El chofer abrió la puerta y Fedor, Carter y la pareja que recogieron bajaron y se dirigieron a la entrada del restaurante, que a ojos de Fedor era bastante pequeño. Él se había imaginado algo enorme, suntuoso, en realidad no tenía idea cómo sería ir a un sitio de aquellos. Para su sorpresa la decoración moderna y minimalista lo hizo sentir mejor.

Fueron al bar y tras un cóctel de bienvenida un maître los acompañó a una mesa privada.

—¿Qué estás estudiando? —preguntó la pareja de la dama de mediana edad.

—Cuarto año de Ingeniería Biológica.

—Y es uno de los mejores en clase —apuntó Carter.

Fedor sonrió con timidez. Le desagradaba ser el centro de la atención.

—¿Qué es exactamente Ingeniería Biológica? —preguntó la mujer.

—Resumiendo, es una disciplina que aplica principios físicos y

matemáticos para resolver problemas relacionados con todos los campos de los seres vivos.

—Suenan muy interesantes —dijo ella.

—Nosotros solo somos abogados —dijo el hombre como excusándose. Fedor notó en su mirada que había cambiado de expresión. Lo empezaban a tratar con respeto, y aunque él no fuera muy bueno para reconocer expresiones irónicas captó que quiso ser amable.

—Oh... ustedes son muy importantes. Hacen que nos mantengamos dentro de la ley.

Todos rieron ante la ocurrencia, que consideraron mordaz, aunque Fedor no había tenido esa intención. Carter supo que su hijo tenía razón, y se preguntó qué sucedería si Mark tuviera una regresión de la enfermedad. ¿Habría cabida para una demanda?

El restaurante no tenía un menú fijo. Se servían platos de degustación, de una creatividad que más parecían pequeñas obras de arte y unos sabores que Fedor jamás había probado en su vida. Y entre plato y plato transcurrió la primera cena elegante de un joven que empezaba a conocer otra parte de la sociedad norteamericana, en la que comer demasiado era de mal gusto, y en la que probablemente las malteadas con panqueques que rebosaban el plato estaban fuera de la carta.

De regreso en casa, un poco picado por los tragos del buen vino de la cena, Carter lo animó a tocar algo, poniendo una mano en el hombro, como si fueran viejos amigos, lo llevó hasta el piano del salón.

—Anda, toca algo, hace mucho tiempo que no escucho el sonido de este piano.

La única pieza que sabía tocar Fedor a la perfección era el [Opus 9 N°1 en si bemol menor, de Chopin](#). Lo pensó un poco y finalmente se decidió. Tomó asiento en la banqueta y concentrado en la música y en las teclas, no pudo observar a Carter. Su rostro se cubrió de una pátina de tristeza mientras la dulce melodía penetraba en sus sentidos. Recordó a la mujer de cabellos negros y ojos como los de Fedor que le había jurado amor eterno. Y al ver a su hijo la vio a ella, sus ojos se nublaron sin poder evitarlo y su gruesa coraza se quebró.

Fedor recordó a Bertha. Ella no tenía nada que ver con esa música, pero cada vez que había ensayado hasta que resultó perfecta, lo había hecho pensando en ella, especialmente después de que Mark dijera que estaban enamorados. La melodía en su mente era un adiós para siempre, y esas notas

musicales en su cerebro privilegiado se convertían en blancos, grises y negros, y mientras tocaba los últimos acordes supo que el amor era de color oscuro.

Carter se puso de pie en silencio y lo acompañó a su habitación. Se sentaron en los sillones junto a la ventana y Fedor notó que su mirada, a pesar de tener muchos motivos para estar feliz, se encontraba tan triste como la suya. Sin embargo, fue el general quien preguntó:

—¿Te sucede algo, Fedor? Estás un poco decaído.

—No, papá, tal vez un poco agobiado, diría yo.

—¿Agobiado? ¿No te sientes bien? —preguntó Carter con una ligera alarma en la voz.

—No te preocupes. Físicamente me siento mejor que nunca, es solo que...

—¿Alguna chica?

—¿Y qué me dices de ti? Tampoco se te ve muy feliz.

Carter iba a dar cualquier respuesta pero prefirió guardar silencio. Era cierto, se sentía triste, tal vez más que su hijo y él lo había notado. Al mirarlo lo volvió a comparar con ella, su madre. Eran sus ojos. ¿Debía decirle la verdad? Ya era un hombre, no le haría un daño irreparable, pero calló.

—Soy más feliz de lo que te imaginas, hijo. Solo me hubiera gustado compartir mi felicidad con alguien que amé demasiado. Descansa, yo haré lo mismo, creo que me pasé de copas.

## Capítulo 33

Como Ruth sospechaba, el general Carter no sabía la existencia de dos personas idénticas, y que una de ellas era su hijo. Había resultado claro cuando se lo insinuó, pero ella no se atrevió a seguir adelante sin tener pruebas. Por su mente se sucedían toda clase de especulaciones, sin dar con ninguna respuesta coherente. Lo mejor sería empezar por el comienzo.

Fue a una biblioteca y preguntó a la mujer que estaba a cargo cómo podía hacer para verificar un dato de nacimiento. Ella la miró con un gesto de condescendencia y le preguntó:

—¿Sabe operar un ordenador?

—Más o menos.

La mujer dio un suspiro.

—¿Sabe utilizar un cajero automático?

—Sí, claro.

—Ah, vamos avanzando. Es casi lo mismo. Venga conmigo.

Fueron hacia una sala donde sillas alineadas frente a unos ordenadores separados por divisores de vidrio opaco, de tamaño suficientemente adecuado para brindar cierta privacidad, estaban ocupadas por cuatro personas. La mujer escogió una vacía.

—Siéntese aquí. Solo tiene que teclear el nombre que busca y aparecerán los datos en pantalla. ¿Qué desea averiguar exactamente?

—La fecha de nacimiento de una persona.

—Entonces teclee aquí: «Registro Nacional.com», luego aquí: «Consulta en Registro Civil».

Ruth siguió las indicaciones y se abrió ante sus ojos la página de Registros civiles de toda la nación, solo tenía que escribir el estado, el distrito, la ciudad, y después el nombre de la persona que buscaba.

—Muchas gracias, creo que ya comprendí —dijo Ruth.

—De nada —respondió la mujer y, satisfecha, volvió a su lugar en la

entrada.

Ruth sabía la fecha de nacimiento de Mark, pues había tenido acceso a sus documentos al vaciar sus bolsillos. En su permiso de aprendiz de conductor —Mark había sacado la licencia a los dieciséis años— figuraba la dirección y demás datos, por lo que no había manera de equivocarse. Tecleó el nombre, la dirección y la fecha de nacimiento y no hubo resultados. Escribió entonces Fedor Mogliani y apareció junto a un Mark Mogliani nacido el 3 de julio de 1996. Los registros se habían hecho en el hospital Providencia en Washington DC. En ambos casos el nombre de la madre figuraba como Cadence Mogliani; el del padre, Fabrizio Mogliani.

En el registro de Mark Mogliani existía una rectificación de apellido de fecha 18 de julio de 1996. Figuraba el nombre de Grazia Carter como madre del niño y Wilson Carter como el padre. El panorama se aclaró ante los ojos de Ruth como si una oscura nube de polvo que antes no la dejaba ver con claridad se hubiese asentado a sus pies. Ya no cabía la menor duda. Mark y Fedor eran idénticos sencillamente porque eran hermanos. Pero enseguida otra pregunta la acometió: ¿Por qué vivían separados? ¿Cadence Mogliani había dado en adopción a Mark recién nacido? ¿Y por qué precisamente a Wilson Carter?

Evidentemente hubo una conexión entre ellos, nadie entrega un hijo así nada más a un extraño a menos que lo haya hecho a través de una agencia de adopción, pero en ese caso los datos no estarían expuestos al público. Aquello había sido una chapuza, que trataron de remediar valiéndose de alguna argucia legal —o ilegal— y tal vez gracias al poder de Wilson Carter se había llevado a cabo sin mayores consecuencias.

El asunto que ahora tenía Ruth entre manos consistía en qué hacer con la información. Era muy valiosa, pero ¿qué podía hacer con ella? Wilson Carter sabía de antemano que su hijo no era suyo porque lo había adoptado, pero tal vez no estaba enterado de la existencia del otro. Lo que no sabía era si entre los planes del doctor estaba el de sustituir a uno por el otro, lo que claramente no se había llegado a hacer porque Mark se hallaba completamente recuperado. Al menos era lo que había dicho Dodum. Tendría que visitar a Fedor, era el que le quedaba más cerca, pues estudiaba en el MIT. Debía de cerciorarse de que Dodum había dicho la verdad. Ruth tenía la sospecha de que existía algo turbio en el asunto. El descubrimiento la dejó muy inquieta, de manera que antes de regresar a casa se dirigió a la congregación religiosa a la que siempre asistía, para liberar los nervios y enfocarse en otra cosa. La

palabra de Dios siempre era reconfortante.

## Capítulo 34

Los días de vacaciones en Ballantrae Farm fueron enriquecedores para Fedor. Conoció mejor al hombre que creía ser su padre y cada vez cobró mayor fuerza en él la sospecha de haber sido manipulado por Mark para ocupar su lugar. Se enteró de que había regresado a Lisbon a pasar las vacaciones, y sus esperanzas de que quedase prendado de Patricia Stevens cuando él le habló de ella se volvieron añicos.

*Salí con Patricia, hicimos el amor, pero nada comparable con Bertha. Como ves, he vuelto al redil. Salgo mañana para Lisbon, no tienes de qué preocuparte. Sé que la haré feliz.*

Fue el mensaje que recibió y que no contestó. No sabría qué decirle. Desearle felicidad no sería la verdad. Se sentía más triste y solo que nunca y no veía el momento de regresar a Princeton para meterse de lleno en los estudios. Durante los días restantes, cuando tenía oportunidad de estar a solas en su habitación procuraba leer y enfrascarse en algún libro, pero el sentimiento masoquista que guardaba en su interior —era consciente de que no era un estado racional, pero estaba enamorado— lo llevaba a leer a Bukowski, su preferido en esos momentos, y terminó escribiendo él mismo sus propios poemas, algo impensable años atrás, cuando todo en la vida parecía sonreírle de una manera sencilla.

Y así era como Fedor sentía su vida. Nada era importante si no tenía con quién compartirlo, comprendió que para el hombre la presencia de una mujer en su vida es necesaria. El hombre no está hecho para vivir solo. Una madre o un padre no son suficientes y la mujer que él quería ya no era para él. A pesar de todo, no pudo sentir odio hacia Mark. Él no era culpable de haberse enamorado de ella. Quien se la había puesto en bandeja era él mismo, Fedor, y aunque al comienzo se consolaba con la idea de que ella lo amaba a él a través del otro, esa idea cada vez fue perdiendo más fuerza. Ya no estaba tan seguro, tal vez Mark y su personalidad encantadora había logrado lo que él jamás

habría conseguido.

√

Al ver a Mark en Lisbon otra vez, Bertha se convenció de que él la amaba. Unos días a su lado era lo máximo a que ella aspiraba, no importaba si después volvía a irse porque empezó a nacer en ella la seguridad de que siempre regresaría, de que no era un pasatiempo para él y de que la posibilidad de algún día vivir juntos, casarse, tener hijos, cosas a las que aspiraba como mujer, era cada vez más real. Sin embargo, hubo momentos en los días de su regreso en que lo sintió ajeno, como si fuese un desconocido. Lo atribuyó a que la ciudad lo estaba empezando a cambiar, y entonces ella tendría que acostumbrarse a este nuevo Fedor más mundano, exigente, y por momentos de un inexplicable malhumor. El hombre del que ella se había enamorado era parco pero gentil; discreto pero al mismo tiempo sensible. El que tenía esos días a su lado se mostraba demandante, hacía el amor como si con ello solo necesitara satisfacer una necesidad apremiante de sexo. Esta vez no hubo momentos calmos, tiernos y cercanos después del orgasmo. Bertha no comprendía qué sucedía. Ella no había cambiado. Él sí. Y dormía. Dormía mucho. Su vida se había reducido a dormir, comer y hacer el amor. Llegó un momento en el que Bertha prefirió estar sola en Lisbon extrañando su regreso.

√

Wilson Carter nunca había sido tan feliz con su hijo como esos días con Fedor. Se había acostumbrado a su mirada triste, pensaba que tal vez era así de naturaleza, no por algo puntual, no lo conocía muy bien, al fin y al cabo fueron muchos años sin apenas contacto personal, no porque él así lo hubiera querido, sino porque su hijo había sido arisco. Esta vez veía a Mark convertido en todo un hombre con el que se podía mantener conversaciones serias, ya no era el chico desvalido y sin rumbo que tantas decepciones le había causado. Fueron al teatro, a reuniones con colegas militares, a restaurantes... y siempre Mark salía airoso y él se sentía un padre bendecido. Por una vez dejó de lado su agenda y puso en primer lugar a su hijo tratando de aprovechar al máximo esos pocos días que serían raramente repetibles.

En el despacho, tomando sendas copas de vino como buenos amigos, brindaban por su última noche en Ballantrae Farm. Al día siguiente Fedor partiría para Princeton y él a sus ocupaciones habituales.

- Dime, Mark, ¿en qué proyecto trabajas actualmente en la universidad?
- Estoy estudiando la secuencia del ADN del oxolote.
- ¿Oxolote?

—Sí, es un vertebrado acuático que tiene la propiedad de regenerar su cuerpo.

—¿Cómo la salamandra?

—Algo así, pero mejor —afirmó Fedor, encantado de poder hablar de algo que lo entusiasmaba—. Puede regenerar órganos, partes del cerebro, del corazón, es un fenómeno.

—¿Y cómo crees que puede suceder? ¿Es el único animal que lo hace?

—El oxolote tiene la mayor secuencia de genomas, más de treinta y dos millones de bases, diez veces más que el ser humano, así que imagina su potencial. El proceso para regenerar cualquier parte de su cuerpo es similar a la embriogénesis. En otras especies, como el hombre, puede que los elementos implicados sean los mismos y que la diferencia esté en cómo se regulan, pero también podría ser que algunas moléculas presentes en el oxolote sean únicas.

—La embriogénesis... —repitió Wilson Carter. En su rostro se reflejaba su desconocimiento.

—Es el conjunto de etapas de la evolución de un embrión. En los humanos se inicia con la fecundación del óvulo por un espermatozoide.

—Vaya... ¿Y qué posibilidades hay de que el ser humano pueda llegar a comportarse como el oxolote? Me refiero a la regeneración de su cuerpo.

—Hace muchos años que se viene estudiando la manera de trasladar sus propiedades al ser humano, pero no ha sido posible. Es lo que estoy tratando de hacer —explicó Fedor sin poder mencionar que lo que en realidad buscaba era la manera de que si algún día Mark empezaba a revertir su situación actual, tal vez pudiera utilizar el ADN del oxolote para crear hueso.

—¿Te imaginas si fuera posible regenerar los miembros cercenados de tantos soldados? —preguntó vivamente Carter.

—Claro, no solo los miembros, podríamos crear sujetos completamente nuevos. Pero apenas estoy empezando.

—Sería bueno que lo hablaras con Peter Dodum.

—¿El profesor Dodum? Es muy bueno, sí. Pero creo que no ayudará en mucho.

Carter examinó el rostro de Mark. Le pareció extraña su manera de referirse a Dodum.

—¿Profesor? ¿Te ha dictado algún curso en Princeton?

—No. Sé que él enseña en el MIT.

Carter guardó silencio. De pronto cruzó por su mente un pensamiento que le oscureció el panorama. Recordó a Ruth y lo que dijera: «Tal vez su hijo no sea

quien dice ser».

Fedor se dio cuenta del error y prefirió mantenerse callado en espera de la reacción de Carter.

—¿Alguna vez recuerdas los días que pasamos en la casa de Cabo Cod?

Era indudable que el general lo estaba poniendo a prueba.

—¿Lo dices por el oxolote? Solo se encuentra en México, es endémico del sistema lacustre del valle de México —dijo Fedor tratando de que no se le notara nervioso.

—No me refería a eso y creo que lo sabes.

—No tenemos casa en Cabo Cod, que yo recuerde —afirmó Fedor sin estar muy seguro.

Carter asintió. Era verdad, ellos no tenían casa allí. Sintió vergüenza. Pero le parecía increíble que Mark se hubiera transformado en el hombre que tenía delante. Y al pensarlo volvieron a acometerle las dudas. Tendría que hablar con Ruth y preguntarle cuáles eran las pruebas que tenía que comprobar, según ella.

—No me hagas caso, fue una broma relacionada con Cabo Cod que nos hacemos los militares.

Fedor lo miró a los ojos tratando de dilucidar cómo continuar la charla.

—¿Dudas de mí, padre? —preguntó, decidido a decir la verdad.

—¿Cómo se te ocurre? En ningún momento. No te imaginas lo feliz que me hace tenerte, Mark, ver que has cambiado, que eres un hombre valioso —respondió el general. Su respiración era agitada, su rostro rubicundo.

—En cierta forma tienes razón al pensar que no soy el mismo —aseguró Fedor con frialdad, esperando su reacción. En vista de que Carter continuaba en silencio añadió—. Debo ir a descansar, mañana temprano saldré para Princeton.

La situación le estaba cansando y deseaba que terminara de aclararse, había dejado de importarle. Si tenía que decirle la verdad, lo haría. Mark le había robado su vida, esa era la realidad. Carter se puso de pie a la par que Fedor. Se acercó a él y le puso las manos en los hombros mirándolo fijamente.

—No deseo que nos despidamos de esta manera, Mark. —Lo miró largamente—. Estos días serán inolvidables, estoy orgulloso de ti. —Lo abrazó y le dio un beso en la mejilla.

Fedor sintió la necesidad de corresponder al abrazo, exceptuando a los de su madre, nunca estaba dispuesto a hacerlo, y sin saber cómo se encontró diciendo:

—Te quiero, papá.

Fue a su habitación, preparó la valija para el día siguiente y se tendió en la cama. No tenía sueño. Extrañó su vida de antes, la sencillez, el no tener que mentir. Estuvo a punto de ir al cuarto del hombre que creía que era su hijo a decirle toda la verdad, y solo lo contuvo el daño que podría ocasionarle. Estaba seguro de que él amaba a Mark, ¿cuál sería su reacción si se enterase de que un extraño lo estaba suplantando? No le importaba ir a la cárcel. Le importaba más el sufrimiento que podría causarle. El general era un gran hombre, el que hubiera deseado tener como padre si tuviera la posibilidad de elegir.

Wilson Carter miró a su hijo cruzar la puerta y tras cerrarse esta volvió a sentarse, esta vez pesadamente en el sillón, como si las fuerzas lo hubiesen abandonado. La sospecha que guardaba desde hacía días parecía estar concretándose, pero no se atrevía a aclararla. Habría sido muy fácil para él poner los puntos sobre las íes y acabar con la farsa, si lo era, pero el Mark que tenía en casa era tan perfecto, tan absolutamente idóneo, que deseaba desechar la duda que se incrustaba día a día en su alma. Su mayor preocupación era saber del verdadero Mark. ¿Estaría muerto y habría sido sustituido por otro joven tan parecido a él? Le parecía una historia de horror que solo una mente enferma podría haber ideado. Y su tragedia residía en que estaba dispuesto a aceptar a este nuevo Mark que a pesar de todo se había ganado su corazón, lo sentía como si por sus venas corriera la misma sangre. El general Carter se quitó la corbata y la arrojó a un lado. Sentía que le asfixiaba. Se quitó la chaqueta y se desabotonó el cuello de la camisa, la presión en su pecho aumentó hasta el punto de causarle un dolor que lo hizo doblarse hacia delante. Le costó seguir respirando y cayó pesadamente sobre la alfombra.

Fedor sintió el impulso de regresar a hablar con Wilson Carter. Le diría toda la verdad, no se merecía el engaño. Se puso de pie, dejó la cama y fue al despacho, esperaba que todavía no se hubiese ido a dormir. Cuando abrió la puerta vio su cuerpo boca abajo sobre la alfombra, le dio vuelta y comprobó sus signos vitales; tenía el pulso muy débil. Presionó con fuerza su pecho rítmicamente mientras comunicaba la emergencia al 911 sosteniendo el móvil entre barbilla y hombro. Cada treinta compresiones en el tórax, le insuflaba aire en la boca, tal como había aprendido mucho tiempo antes, en Lisbon. Para alivio suyo, el general abrió los ojos con expresión aturdida y aspiró una bocanada de aire; Fedor le colocó un cojín bajo la nuca, mientras Carter

trataba de decirle algo.

—No hables, papá. Ya viene la ayuda. —Lo abrazó como para infundirle fuerza, no se le ocurrió otra cosa mejor—. Tranquilo, respira, respira con calma.

Lo dejó y fue al escritorio, marcó el número de vigilancia para que estuvieran atentos y llamó a Sarah para que abriera la puerta principal. Se acercó a él y le sujetó la mano. Momentos después el sonido de la ambulancia invadió el silencio y los paramédicos pusieron a Wilson Carter sobre la camilla.

—Quiero ir con él —exigió Fedor.

A una seña, Fedor subió tratando de no estorbar. Al general le colocaron la mascarilla de oxígeno y en ese momento sus miradas se cruzaron. Hizo un gesto con el pulgar levantado y bajo la mascarilla apareció en sus labios una leve sonrisa.

—¿Adónde vamos? —preguntó Fedor.

—Ya está estabilizado. Lo llevaremos a Bethesda —dijo el hombre después de usar el estetoscopio.

Treinta minutos después el general era atendido en emergencias en ese inmenso hospital naval y, después de cuarenta y dos minutos, trasladado a una habitación. Fedor esperó en el pasillo hasta que los médicos salieron del cuarto.

—Hola, Mark. Saludó uno de ellos. Es el hijo del general Carter —lo presentó.

—Mark Carter, a sus órdenes —dijo él. ¿Cómo se encuentra mi padre?

—Bastante mejor, tuvo un infarto y está en observación. ¿Fuiste quien le dio los primeros auxilios? —preguntó el médico que lo había presentado.

—Sí, doctor.

—Hiciste bien, de no ser por tu oportuna ayuda, es probable que hubiese tenido daños cerebrales. Quiere verte.

—Gracias, doctor —Fedor le alargó la mano y el médico se la estrechó con inusual calidez.

—Me alegra mucho verte recuperado, es extraordinario. Nos veremos después —dijo el médico abriendo la puerta de la habitación para invitarlo a pasar.

—La verdad, yo también estoy sorprendido —respondió Fedor sin saber bien a qué se refería.

—Estaré por aquí —dijo. Cerró la puerta, los dejó solos y se alejó con el

otro médico.

Su padre tenía una pequeña sonda nasal de oxígeno y aparentemente estaba en buenas condiciones, al menos eso le pareció a él. El catéter de suero le trajo recuerdos, probablemente eran para medicarlo, tal como había hecho con Mark.

—Gracias por tu ayuda, Mark —dijo el general.

—No tienes nada que agradecer, papá, es lo menos que podía hacer, por suerte regresé a tiempo.

Wilson Carter preguntó después de un largo momento.

—¿Por qué regresaste?

—No lo sé. Solo sentí que debía hacerlo. —Hizo una pequeña mueca como para sí mismo. Ya estaba harto de mentir, pero no se atrevía a decirle la verdad justo en ese momento. Tuvo miedo de que recayera—. ¿Sufres del corazón?

—No, que yo sepa, pero ahora parece que sí.

Era una conversación parecida a la de un guión aprendido. Ambos sabían que el otro sabía la verdad, pero intentaban no darse por aludidos. Fedor se preguntaba cómo se llamaría el médico que lo atendió. Dedujo que sabía que Mark había estado enfermo con la FOP, de manera que debía ser de confianza del general. De mucha confianza.

—Lo lamento, lamento todo esto —se animó a decir Fedor.

Carter hizo un gesto con la mano.

—No digas nada. Todo está bien, tranquilo. Estoy en buenas manos, Herman Lee es un amigo y médico internista estupendo. Si él dice que estoy fuera de peligro, le creo. Anda, ve a casa y descansa, mañana debes ir a la universidad.

Fedor tenía la mirada en el suelo, mientras su mente elucubraba si decirle o no todo de una vez y sus oídos escuchaban la absurda petición del hombre que yacía en cama. Hasta en eso tuvo cuidado el general, le daba el nombre del doctor. Supo que él no lo sabía.

—No sé si deba... no quiero dejarte solo.

—Solo no estaré. Hazme caso, ve.

Se acercó al lecho.

—Como digas, papá. Quiero que sepas que suceda lo que suceda, te quiero.

—Apretó su mano y salió.

El general finalmente pudo soltar las lágrimas que tenía retenidas, corrieron libres a ambos lados de su rostro mientras musitaba: «Perdóname, Dios». ¿Qué habían hecho con su hijo? ¿Dónde estaba Mark? Pero era incapaz de

odiar a este otro que la vida le había puesto por delante.

Al salir, Fedor vio a Herman Lee. Parecía estar esperándolo, se le acercó.

—¿Quieres tomar un café?

—Me encantaría —respondió Fedor automáticamente.

Fueron al ascensor y bajaron a la cafetería, a esa hora vacía. De una máquina expendedora se sirvieron sendos vasos de café y se encaminaron a una de las mesas.

—Tu padre tendrá que permanecer aquí porque le haremos exámenes para completar el diagnóstico. Es probable que haya desarrollado hipertensión y no se la haya tratado porque no lo sabía. Hace tiempo que ha descuidado los controles...

—¿Una persona puede tener un infarto por cuestiones emotivas?

—No es lo corriente —respondió—. Por eso lo he remitido al cardiólogo. Creo que con el tratamiento adecuado estará bien. El médico que te presenté es uno de los mejores del país—. Y ahora quiero saber de ti. ¿Cómo es posible que te hayas curado? La última vez que te vi te diagnosticué fibrodisplasia osificante progresiva; es una enfermedad incurable.

—Parece que se equivocó, doctor Lee.

—No lo creo... aunque todo es posible. Tu padre nunca me dijo que te estabas recuperando. Te hubiese tratado yo mismo pero en esos años estaba de servicio.

—Estuve mal un par de años, pero fui mejorando y ahora estoy bien.

—Es algo extraordinario. ¿Qué médico te trató?

—Peter Dodum.

—¿El científico Dodum?

—El mismo.

Herman Lee arrugó ligeramente los labios y movió la cabeza en sentido negativo, como tratando de asimilar las ideas que se agolpaban en su mente.

—Bueno, de todos los diagnósticos que he dado me alegra haberme equivocado con el tuyo. ¿Qué haces ahora? ¿Estás estudiando?

—Sí, Princeton, cuarto año de ciencias.

—Entonces te felicito, Mark, realmente estoy asombrado, no pensé...

—Sacudió ligeramente la cabeza como para despejarse—. Bueno, en fin, toma mi tarjeta, llámame y te mantendré informado. Espera. —Anotó el nombre y el teléfono del cardiólogo detrás. —Te puse el número del cardiólogo.

—Muchas gracias por todo, doctor, lo llamaré. Buenas noches —se despidió y salió. Pidió un taxi, miró la hora y calculó que al llegar a casa

tendría dos horas y treinta y cinco minutos para dormir.

## Capítulo 35

Mark se alegró de haber comprado ese coche aunque no fuese el que hubiera deseado, y no se trataba de dinero, pues le resultaba fácil conseguirlo con solo una llamada. Dodum o Fedor, cualquiera de los dos estaría dispuesto a ingresarle lo que él pidiera cuando lo requiriera. Se trataba de apariencias, debía conservarlas porque se suponía era un estudiante becado en el MIT. Un Chevrolet sedán cumplía sus funciones, de no tenerlo le hubiera llevado todas sus vacaciones en ir y volver de Lisbon.

La actitud de Bertha en los últimos días había sido capciosa, esa era la palabra que le venía a la mente. Y no entendía bien el motivo. Él se había comportado como siempre, es decir, como el nuevo Fedor, y ella ya tendría que haberse acostumbrado. Estar con ella le proporcionaba paz y tranquilidad, la certeza de saber que era incondicional y que siempre estaría allí esperándolo era una de las cosas más gratas que había sentido. Eso y el saber que Fedor estaría preguntándose qué tenía Bertha para que saliera ganando en comparación con Patricia Stevens. Aunque Fedor nunca había afirmado que estaba interesado en Bertha, Mark presentía que sentía algo por ella y le causaba cierto placer saber que finalmente lo había vencido en algo. Era consciente de que jamás sería tan brillante como él, así que lo tomaba como una revancha, una especie de broma sin mayores consecuencias, pues Fedor no parecía ser un hombre que pudiera perder la cabeza por una mujer.

Durante el trayecto de regreso pernoctó en un hotel y al segundo día llegó a Cambridge, ya de noche. No se sentía con muchos ánimos de retomar los estudios, pero al menos era una forma de pasar el tiempo, con un poco de suerte se graduaría y tendría un título universitario, no aspiraba a más. Siempre le habían dicho que bastaba para encontrar un buen empleo. Y pensar que de haber querido tendría todos los millones del mundo... pero soportar a su padre sería imposible, y el viejo estaba demasiado fuerte y todavía demasiado joven para morir.

Dejó el coche en un estacionamiento público fuera del MIT, pagaría una tarifa mensual y se evitaría el engorroso papeleo de obtener un permiso para guardar el vehículo en el campus. Allí se movilizaba en bicicleta.

Al llegar a su habitación tomó una larga ducha; el agua lo vivificó, era curiosa la manera como se sentía bajo el chorro de la ducha, estuvo un buen rato solazándose hasta que finalmente salió y luego de envolverse en una bata de felpa abrió el ordenador. No encontró mensajes excepto los de MIT, programas, bienvenida, eventos, presentaciones, invitaciones a charlas, exposiciones, conciertos... lo de siempre.

Para su sorpresa, al dirigirse a la facultad al día siguiente, se encontró con Dodum conversando con un grupo de alumnos. Al parecer el doctor regresaba al instituto. Al verlo, el profesor lo saludó de lejos con la mano y siguió conversando. Rato después el grupo se disolvió y Mark ingresó a su clase.

Vio la inconfundible figura de Dodum al final de la tarde, cuando iba en dirección al estacionamiento. Lo alcanzó en la bici.

—Hola, doc.

—Buenas, Mark.

—Ya veo que se reincorporó.

—Así es, me cansé de vagar y aquí me tienes.

—No me toca con usted, ¿o sí?

—No, doy clases a los alumnos del segundo. ¿Qué tal vas en el tercero?

—Más o menos, podría decir que bien.

—Ya veo que no te presentaste al cuarto. ¿Y cómo te sientes? Físicamente, quiero decir.

—Bien, doc —Mark desmontó y caminó al lado de la bici—. He perdido el interés.

—¿En qué?

—En todo. Es como si necesitara enfocar mi atención en otras cosas, me resulta monótono hacer siempre lo mismo.

—Nunca haces siempre lo mismo, cada momento es diferente, cada clase, cada...

—Lo sé, lo sé, solo que ya no siento el impulso del comienzo. Sabe a qué me refiero.

—Pues si te soy sincero, no lo sé. ¿Piensas dejar la universidad?

—Por ahora no tengo pensado hacerlo, pero no podría asegurarlo.

—Sería bueno que te enfoques, aprovecha tus nuevas cualidades al máximo, Mark. Parece que no serán permanentes.

Mark se detuvo y lo tomó del brazo.

—¿Por qué me odia, Dodum?

—No te odio, ¿de dónde sacas eso?

—Si por usted fuera, preferiría que estuviese muerto, ¿verdad? Soy la prueba de su fracaso.

Dodum, con cuidado, quitó la mano de su brazo. El temor que siempre le inspiraba Mark se acrecentó.

—¿De qué hablas? Eres la prueba viviente de mi éxito. Fui el maestro de Fedor —contestó Dodum—. Fuiste tú el que quiso cambiar de vida.

—Sé toda la verdad, Dodum. Usted querría verme confinado en algún lugar inaccesible o muerto definitivamente. Y quien me curó no fue usted, fue Fedor. Él es el genio, a él le debo la vida, así que no me trate ahora como si mi presencia lo molestara, tendrá que aguantarme porque estoy vivo. Y deje de recordarme que esto no será permanente. Soy un ser humano.

—Perdona, Mark, no sé qué sucede conmigo, a veces suelo ser insensible. Yo más que nadie quisiera que tu curación fuese permanente —dijo Dodum con voz entrecortada.

Supo que Mark tenía razón. ¿En qué estaba pensando cuando le habló de esa manera? Sus ojos parecían más oscuros que nunca y su forma de mirarlo era similar a la de un animal al acecho. Dio un respingo cuando vio acercarse su rostro pero no pudo moverse. Estaba paralizado.

Mark se acercó a él y recorrió con la mirada sus ojos, su nariz, su boca. Acercó los labios al oído de Dodum y musitó:

—Lo que se dice de manera involuntaria suele ser verdad, doc, y puede salir muy caro. Recuérdelo. —Montó en la bicicleta y fue en dirección contraria. Antes, le exigió—: Necesito cincuenta mil dólares en mi cuenta. ¡Ya!

Pedaleó con rabia hasta la residencia donde vivía. No necesitaba el dinero, pero sabía que pedirselo lo hacía sentirse chantajeado. Disfrutaba de ello, aunque se hubiera sentido realmente satisfecho si le hubiera clavado los dientes en el cuello.

Dodum abrió la portezuela y se sentó, apoyó la cabeza en los brazos cruzados sobre el volante esperando a que dejaran de temblar. La imagen de los ratones muertos acudió a su memoria. Sabía que aquello jamás acabaría a menos que Mark lo matase. Condujo hacia la salida del MIT sin fijarse que Ruth iba de entrada.

Después de averiguar en información, Ruth se dirigió al edificio E2 en el

número 70 de la calle Ames. Todo un trayecto que Ruth se lo tomó con calma. El paseo por los jardines y caminos del MIT fue una agradable experiencia, el paso de los estudiantes, algunos abstraídos con sus celulares pegados al oído, otros caminando a paso apresurado, y muchos por los senderos de bicicletas, siempre en dirección hacia algún lugar, le recordó sus años de estudio en la universidad comunitaria de Nueva York. Finalmente llegó a un edificio gris de cuatro plantas de estilo colonial americano, de líneas lógicas y geométricas definidas, con cuatro columnas al frente enmarcando la entrada.

Abrió la amplia puerta de madera y se dirigió al ascensor. Al salir, un largo pasillo la llevó hasta la habitación 401; tocó de la misma manera como lo hacía en casa de Dodum. Automáticamente escuchó un «entre». Como si Mark estuviese esperando al otro lado de la puerta en su silla de ruedas.

Giró la manilla pero la puerta estaba cerrada por dentro. Momentos después la puerta se abrió y apareció Mark ante ella.

—Ruth... Qué milagro, no esperaba verte por aquí.

—Lo sé, Mark, solo quería saber cómo estabas, el doctor Dodum me dijo que te habías curado.

—Estás hablando con Fedor, Ruth, Mark está ahora en Princeton, lo sabías, supongo.

La intensa mirada de él hizo que ella desviara la vista. Indecisa, no sabía si decirle lo que había descubierto. Lo estuvo pensando durante todo el camino, y ahora frente a él, le empezaba a parecer que el asunto no le concernía.

—Tengo una información que no sé si ya conoces —dijo, tratando de no mencionar ningún nombre.

—¿Información de qué?

—De ti y de un posible hermano tuyo.

Ruth extrajo de su bolso un papel doblado en dos y se lo extendió. Mark lo leyó mientras fruncía las cejas.

—¿De dónde obtuviste esto? —Agitó el papel.

—De la biblioteca. A través de Internet entré a Registros Civiles, cualquiera puede hacerlo.

—Entonces... somos hermanos.

—Hermanos gemelos.

La sonrisa dibujada en la cara de Mark indicativa de su satisfacción alegró a Ruth.

—Gracias, Ruth, ¡gracias! —la abrazó con fuerza y le plantó un beso en la mejilla.

—Sé que tú eres Mark, chiquillo, a mí no me puedes engañar.

—Lo soy, lo soy, Ruth, quería empezar de nuevo. Deja que siga mi vida, por favor, pero quiero que Fedor se entere de que somos hermanos, ¿no sabes lo feliz que me has hecho!

—¿No crees que tu padre deba saberlo? Él piensa que tiene un solo hijo.

—Dejemos las cosas como están, yo no le hago falta... nunca le hice falta. Ahora tiene al hijo que siempre soñó: Fedor.

—¿Entonces ustedes se pusieron de acuerdo?

—Sí, Ruth, todo fue a petición mía. Fedor aceptó, no creo que lo haya hecho por conveniencia, él no es así, sé que lo hizo porque quería ayudarme.

—Bueno, hijo. Misión cumplida. Ahora me voy. Te deseo lo mejor, querido, y no sabes cuánto me alegra verte sano y saludable.

—Sí, sano... solo que no sé hasta cuándo. Llevo sobre mí la espada de Damocles.

—Dios ha de querer lo mejor para ti, Mark, ya sufriste el infierno en vida, ahora solo te queda el Paraíso.

Se despidió con un abrazo y salió.

√

Dodum llegó a casa y entró al cuarto de Mark. Se sentó un buen rato en la silla junto a la ventana tratando de poner en orden sus ideas. Sus palabras habían dado en el blanco. Mark era el símbolo de su fracaso y se había convertido en una amenaza. El timbre del móvil lo sacó de su abstracción. Era Fedor.

—Buenas tardes, profesor. Quería decirle que hace dos semanas el general Carter tuvo un infarto, se encuentra bien ahora, hoy lo trasladaron a casa, creo que usted debería ir a verlo. Me parece que sospecha la verdad.

—¿Qué verdad? Él sabe que tú eres Mark.

—No, profesor. Él sospecha que no soy Mark. Sabía que no podía engañarlo mucho tiempo, es un hombre inteligente. Me parece que es el momento de decirle la verdad, no quiero actuar a espaldas suyas, por eso lo estoy llamando. También me comunicaré con Mark.

Dodum no supo qué decir.

—Profesor... ¿Está usted allí?

—Sí... sí. Es solo que... No sé cómo enfrentar la situación.

—Aproveche que Mark está curado, dígame que usted lo logró, dígame la verdad, que él no quería regresar a su casa, ha transcurrido ya el tiempo suficiente y Mark sigue perfecto, el general puede estar imaginando miles de

cosas a estas alturas. Se lo digo para que se evite problemas. Estoy pensando en tomarme unos días libres para regresar a casa del general. Esta situación tiene que acabar.

—¿Qué pasará contigo?

—Yo estaré bien, profesor, quien me preocupa es usted. Yo asumiré la parte de culpa que me corresponde, él lo perdonará a usted porque le dirá que curó a Mark.

—Hijo, yo... tienes razón. Tendré que ir. Sabía que esto no podía durar para siempre. Lamento tanto haberte metido en este problema.

—No se culpe. Yo pude negarme y no hubiera pasado nada.

—¿Entonces, por qué lo hiciste?

—Por Mark. Usted no lo entendería.

—Bien, bien... no te preocupes. Hablaré con Carter.

Después de la llamada, Dodum lanzó un suspiro que significó para él la finalización de sus problemas. Estaba harto de Mark y su chantaje. No le debía nada, le habían devuelto la vida y no importaba quién lo había hecho, lo cierto es que gozaba de una salud que creía perdida. Eso debería bastar para que se sintiera más que satisfecho, agradecido. En cuanto a Carter, tampoco podía quejarse. Fedor tenía razón, Mark fue el que no quiso regresar con su padre. Tal vez sus problemas terminasen de una vez por todas. Aliviado, tomó rumbo a su casa. Llamaría a Carter para avisarle que iría.

√

Después de una cena ligera Mark se retiró a su habitación. La visita de Ruth lo había dejado en estado de shock. No tenía ánimos para nada más, debía asistir a la conferencia de un experto en microbiología pero lo único que deseaba era descansar. Últimamente su organismo necesitaba más cantidad de horas de sueño, y él sabía que era importante concedérselas, intuía que debía hacerlo. Tuvo que admitir con tristeza que Dodum tenía razón. Era posible que su curación no fuera permanente, y de solo pensarlo sentía un miedo atroz. Preferiría morir a volver a su estado anterior. Incapaz de mantenerse despierto, una vez en la cama cerró los ojos y se sumió en un profundo sueño.

Temprano, Mark despertó justo a la hora acostumbrada, era una actitud que había asumido desde que decidió transformarse en Fedor, y la que menos esfuerzo le costaba. Antes de asearse fue al ordenador a revisar el correo y encontró un mensaje fechado el día anterior, ya tarde.

*Tu padre sufrió un infarto, no sé si fue consecuencia de sus sospechas, porque estoy seguro de que ya sabe que no soy tú, o si como dice el médico*

*era un mal que tenía latente. Estuve con él hasta que se recuperó en el hospital. Vine a Princeton, pero regresaré a decirle toda la verdad. Te aconsejo hablar con él, enfrentar la situación y después, si deseas, seguir con tu vida como quieras. Dodum está de acuerdo. Quiero recuperar mi identidad.*

De todos los mensajes de Fedor era el único que siempre había temido. Sabía que llegaría ese momento. Regresar le parecía absurdo, ahora menos que nunca deseaba enfrentarse a la ira de su padre. Lo habían engañado y a él no se le podía hacer eso y esperar a que fuese magnánimo. Pero no podía dejar a Fedor solo en todo ese embrollo creado por él. Le debía demasiado. Por otro lado estaba ansioso de decirle lo que Ruth había descubierto, y quería hacerlo en persona.

*Entiendo. Regresaré, Fedor y, como dices, me haré cargo de la situación. Saldré hoy mismo, quiero que lo hagamos juntos, por favor. No deseo presentarme ante papá, solo. Te estaré esperando en la barra del Old Ebbitt Grill, queda al lado de la Casa Blanca. Tengo algo muy importante que decirte.*

Fedor leyó el mensaje y se alegró de que Mark se estuviera comportando a la altura de las circunstancias. Solo esperaba que la noticia importante que tenía que decirle no fuera que quería casarse con Bertha.

## Capítulo 36

Cuando se enteró de que iría a verlo, Carter de ninguna manera aceptó que Fedor se movilizara por su cuenta

—Papá, no es necesario... de veras, yo puedo ir solo al aeropuerto.

—Ni pensarlo. Irá a recogerte un coche y te llevará al Logan. Y aquí en Dulles, te recogerá un chofer.

—Tengo que ir a un lugar antes de llegar a casa.

—Solo dile a dónde y te llevará, no te preocupes. Te veré en casa, Mark, que tengas buen viaje.

Fedor pulsó el móvil para terminar la llamada. Esta vez notó algo extraño en la voz de Carter. Terminó de preparar la valija pensando en Mark y en la sorpresa que según él le tenía preparada. Salió de la residencia Forbes y justo frente a la entrada, como en la vez anterior, lo esperaba una camioneta negra con vidrios ahumados. El soldado que esperaba de pie le abrió la puerta posterior y partieron al aeropuerto.

El trayecto que lo separaba de Washington lo dedicó a pensar en la extraña situación en que se hallaba. Empezaba a comprender a Mark y la aversión hacia su padre. En cierta forma tenía razón, carecía de privacidad, y para alguien como Mark debió ser una situación insoportable no tener la libertad de ir a donde le diera la gana sin comitiva, guardaespaldas o vigilantes, como quiera que se llamasen los que estaban al acecho. A él no le importaba demasiado, estaba claro que no todos tenían su mismo ritmo de vida tranquila y metódica, capaz de aburrir al más inquisitivo cuidador. Su mente vagó un poco mirando las nubes que asomaban por la ventanilla; no era un vuelo tranquilo, la turbulencia y el mal tiempo lo acompañaron la hora y media que duró el vuelo, pronto empezarían las primeras nevadas, y de pronto no pudo evitar pensar en su lejana Lisbon, en donde los vientos extremos del norte y del sur chocaban como dos trenes descarrilados. ¿Qué estaría haciendo Bertha?

√

Mark abordó el vuelo en Boston con la información de Ruth guardada en el bolsillo interno de la chaqueta, pensando no tanto en la sorpresa que se llevaría su padre, sino en la cara de Fedor cuando le dijera que eran hermanos. Para él su padre carecía de credibilidad, en esos momentos más que nunca. Fue adoptado y no se lo dijo, y quién sabía si estaba enterado de la existencia de un gemelo, de ahí que hubiera aceptado de manera tan benigna a Fedor. Su hermano podía ser un hombre muy inteligente pero carecía de malicia. Haber accedido a su propuesta era la prueba de ello.

√

Dodum recibió el correo de Ruth justo cuando se preparaba para salir al aeropuerto.

*Doctor Dodum,*

*Ya sé que es Mark y no Fedor quien está en el MIT y se ve saludable. Era lo que me interesaba saber. Pero quiero que usted sepa que más allá de eso, existe una conexión entre ellos. Supongo que se enterará de todos modos. Le deseo suerte y le doy las gracias por la recomendación en la institución en la que estoy trabajando ahora. No estoy como enfermera titulada pero tengo un cargo que me permitirá ganarme el sustento y contaré con los beneficios sociales.*

*Un cordial saludo,*

*Ruth.*

El profesor sonrió satisfecho, parecía que finalmente todo se empezaba a arreglar. ¿Cuál sería la conexión a la que se refería Ruth? Movi6 la cabeza y prosigui6 a dirigirse a su coche. Lo dejaría en el estacionamiento del aeropuerto. Temía el momento de enfrentarse a Carter pero no tenía alternativa.

Al salir del aeropuerto Fedor vio al consabido soldado atento a su llegada con la misma actitud de un dóberman. En cuanto lo vio el militar se acerc6, lo salud6 y lo gui6 hasta la furgoneta negra que, Fedor suponía, debía de ser blindada. El conductor de pelo cortado a cepillo al igual que el que se sentaba a su lado tenía la misma actitud vigilante; ambos se comportaban como si siempre estuvieran en alerta, algo que a Fedor le causaba gracia porque, ¿quién estaría interesado en causarle daño?

—Primero debo hacer una parada en Old Ebbitt Grill, está al lado de la Casa Blanca.

—¿Se encontrará con alguien, señor? —pregunt6 el hombre a su derecha.

—Sí, y lo llevaremos a casa.

—No estamos autorizados para llevar a nadie, señor.

—Sería bueno que lo consulten con el general.

—¿Cuál es el nombre de la persona?

—Mark Carter.

El conductor miró a su compañero a través del espejo retrovisor con un gesto de interrogación.

—¿Perdón, señor?

—Solo dígame eso.

El soldado marcó el móvil y esperó respuesta.

—Aquí Coyote Dos. Tenemos al objetivo con nosotros, dice que haremos una parada en el restaurante Old Ebbit, y recogeremos a Mark Carter.

Después de escuchar unos segundos le pasó el móvil a Fedor.

—Desea hablar con usted.

—Buenos días general, voy a reunirme con Mark, hemos quedado en encontrarnos en la barra del Old Ebbit, después te explicaremos todo.

—¿Mark?

—Sí. No te preocupes, ahora no puedo decir más.

—¿Mark! Escúchame. Tu vida puede estar corriendo peligro, ¿Qué rayos estás diciendo?

—No te preocupes, —repitió Fedor—. Dentro de poco estaremos en casa y te lo explicaremos todo —repitió Fedor y pasó el móvil al soldado.

Él lo recibió visiblemente preocupado por la situación y escuchó con atención, aunque la orden fue dada tan fuerte que hasta Fedor la escuchó.

—¡No deje a mi hijo fuera de su vista en ningún momento! ¡Acompáñelo a donde sea que tenga que ir!

—Sí, señor —respondió el soldado con una actitud renovadamente desafiante. Minutos después la furgoneta se detuvo en el Old Ebbit y se apearon Fedor y el soldado. Ambos entraron al restaurante y Fedor fue directamente a la larga barra, en ese momento ocupada solo por dos personas. Una de ellas era Mark. Este al verlo se acercó y le dio un abrazo que fue recibido por Fedor con cierta frialdad. Mark lo atribuyó a su extraña forma de reaccionar a los afectos y sin prestar mucha atención, señaló con la mirada al soldado.

—Veo que tienes compañía —bromeó—. Típico de papá.

—Él es Mark Carter —dijo Fedor dirigiéndose al soldado—. Yo soy Fedor. Mark alargó la mano. Los ojos del soldado reaccionaron como si viese una

aparición; su rostro inmutable se endureció aún más.

—Mucho gusto, señor. Cabo John Steel —se presentó.

—Relájese, cabo, solo conversaremos unos minutos. Después iremos a casa —sugirió con una sonrisa—. Sírvale lo que pida —ordenó al hombre de la barra.

El cabo pidió un vaso de agua. Y luego puso el móvil en la oreja. Carter demandaba saber qué estaba ocurriendo. El soldado los miró y dio vuelta en el taburete giratorio para hablar en voz baja e informarle de la situación.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme? —preguntó Fedor.

—Mira. —Mark le entregó la hoja con la información del Registro Civil.

Fedor la leyó y se quedó un buen rato tratando de asimilar lo que veían sus ojos. Levantó la vista y miró a Mark.

—Significa que somos hermanos.

—Es lo que estoy tratando de decir. Fue Ruth quien hizo la investigación, sabes que es una mujer muy intuitiva, ella sospechaba que había algo extraño en nuestro parecido, según me dijo.

—¿Crees que Dodum lo sepa?

—No lo sé. Habrá que preguntarle.

—Llegará hoy. Le dije que tenía que venir a enfrentar la situación.

—Pobre Dodum —rio Mark, a quien todo el asunto parecía causarle gracia.

—¿Has pensado qué vas a hacer cuando tu padre sepa que no soy Mark?

—Nuestro padre —recalcó Mark—. Seguiré con mi vida. No puede obligarme, tenías razón cuando me lo dijiste, pero no me sentía capaz en ese momento, ahora sé que puedo hacerlo. No estoy dispuesto a andar toda la vida acompañado por un John Steel. Espero que me apoyes.

—Te casarás con Bertha, supongo —comentó Fedor de improviso.

—¿Casarme? No lo sé, ¿estoy empezando a vivir! —Cerró la boca cuando vio la expresión de Fedor.

—Si no piensas llegar a nada serio con ella, ¿por qué sigues viéndola?

Mark comprendió que Fedor jamás entendería que un hombre puede tener varias opciones. Una de ellas era Bertha; podría ser que algún día llegaran al matrimonio, pero mientras tanto se sentía con derecho a disfrutar de la vida.

—Es un poco complicado de explicar —respondió—. Ya habrá un momento apropiado para ello. Ahora creo que no debemos hacer esperar más al general. Estamos listos, cabo Steel —dijo Mark, quien parecía haber tomado las riendas de la situación.

El soldado se hizo a un lado y los dejó pasar. Detrás de ellos pudo observar

el asombroso parecido de ambos al caminar. Fedor y Mark entraron a la parte posterior de la furgoneta y el cabo se sentó adelante, al tiempo que miraba al conductor y se alzaba de hombros con un gesto en la cara que decía mucho más de lo que podía explicar.

## Capítulo 37

Wilson Carter esperaba impaciente la llegada de Mark. O Fedor. O como diablos quisiera llamarse quien estaba con él. El cabo no había sabido explicarse y quien le habló por teléfono, supuestamente Mark, simplemente se había negado a hacerlo. Aquello lo volvía furibundo, acostumbrado como estaba a que sus órdenes fueran obedecidas y que todos le guardasen respeto. En cierta forma le hacía recordar al Mark antiguo, al que aun estando enfermo respondía con sarcasmo.

Veinticinco minutos después, la furgoneta negra traspasaba la entrada de la casa en Ballantrae Farm. Wilson Carter, ansioso, frente a la ventana, vio aparecer a dos Mark Wilson y subir las escalinatas hacia la puerta principal. Le parecía inaudito. La maldita Ruth había tenido razón cuando lo insinuó. Detuvo el impulso de bajar y verificar lo que sus ojos habían visto, y de espaldas a la ventana esperó con los brazos cruzados a que entraran al despacho.

Al abrirse la puerta de dos hojas y aparecerse Fedor y Mark frente a él, el asombro hizo que ambos brazos cayesen a los lados.

—Pero qué...

—Buenas tardes, general —dijeron al unísono.

—¿Es esta alguna broma? —atinó a decir Carter.

—No. Mira. —Mark le extendió la copia del registro civil que Ruth le había dado.

—¿Y quién se supone que eres tú? —pregunto él sin tocar la hoja.

—Soy Mark, el verdadero Mark.

El general lo examinó de cerca como si estuviese estudiando un fusil de alta tecnología. Dio vuelta a su alrededor y luego hizo lo mismo con Fedor. Recibió la hoja que seguía mostrando Mark y fue a sentarse al escritorio con ella. La leyó y releyó y la dejó a un lado.

—Somos adoptados. Me duele saber que la que creía que era mi madre no lo era —dijo Mark en tono de reproche. Y tú... Bueno, ya sabes.

Fedor se dirigió hacia el escritorio y sacó el talón de cheques de la mochila. Escribió una suma que llevaba meticulosamente calculada y se la entregó al general.

—Tome, general, es todo lo que usted me ha estado ingresando a la cuenta, como puede ver, no he tocado nada. Le agradezco por todo lo que hizo por mí cuando creía que era Mark.

—Por favor, déjenme solo. Necesito estar solo —dijo Carter agitando la mano, sin prestar atención al gesto de Fedor.

—Claro, comprendo —dijo Fedor—. Dejó el cheque sobre el escritorio.

Cerraron la puerta al salir y Wilson Carter apoyó los codos en el escritorio y se cubrió el rostro con las manos. Demasiada información. Dos hijos... Jamás pensó que fuese posible. Habían descubierto que eran adoptados, lo que no sabían era que él era el padre. ¿Cómo justificar su paternidad sin enlodar el nombre de su madre?

Fedor y Mark fueron al dormitorio. Mark parecía intranquilo con la situación. Fedor en cambio, observaba con calma a través de la ventana la ventisca que parecía querer arrancar a los árboles de cuajo.

—¿Cómo te has sentido? —le preguntó para hablar de otro tema.

—Cansado. Reconozco que siempre he sido de buen dormir, pero últimamente duermo más que nunca. ¿A qué crees que se deba?

—No estoy seguro. Te mentiría si te dijera que estaba previsto. No sabemos nada respecto a lo que pueda ocurrir, ya es asombroso que sigas con vida.

—Es lo que piensa Dodum. Tal vez la enfermedad no se eliminó de mi organismo.

—Tengo que tomarte una muestra de sangre. Debo analizarla.

—Claro, pero aquí no tenemos cómo.

—Creo que podré arreglarlo. Solo necesito hablar con el general.

—Muy bien dicho: el general. No es nuestro padre. ¿Quién iba a decirlo?

—Deberías estarle agradecido —indicó Fedor—. Te rodeó de todas las comodidades, gastó una fortuna en tu enfermedad, y no porque fueras su hijo o como decías, porque significabas una mancha en sus genes. Lo hizo porque te ama.

Mark prefirió no decir nada. Sabía que tenía razón, pero siempre había sido rebelde, a veces no comprendía el motivo por el que le tuviera tan poco aprecio al hombre que, ahora lo sabía, lo había adoptado y había hecho tanto por él.

—¿Qué haremos?

—No sé tú, pero yo regreso al MIT. No puedo seguir en Princeton. Mis prioridades no han cambiado, sé lo que deseo hacer con mi vida.

—En cambio yo... No quiero hacer planes a largo plazo, no sé si estaré vivo para cumplirlos —dijo Mark con tristeza.

Fedor no dijo nada. No se sentía capaz de mentirle aunque eso lo hiciera sentir mejor. Lo único viable era lo que tenía en mente y no lo diría hasta estar seguro de poder llevarlo a cabo.

Unos toques en la puerta interrumpieron sus pensamientos, el general entró sin esperar a que contestaran y se acercó a los hermanos. Puso sus manos en cada uno de sus hombros y los llevó hacia los sillones junto a la ventana. Se sentó en uno de ellos y Fedor y Mark hicieron lo propio.

—Soy el padre biológico de ustedes —dijo mirándolos de hito en hito—. Apretó los labios y continuó. —Conocí a su madre en 1994 al regresar de Somalia. Me ascendieron a general y pasé una temporada en Washington, fue cuando vi por primera vez a su madre. A la que tú conociste desde pequeño —dijo el general mirando directamente a Fedor, con la seguridad de que era él—. Cadence Mogliani, una mujer de la que me enamoré desde el primer día. Teníamos una reunión en el Pentágono y ella era asistente del cuerpo de traductores de la Policía Militar. Hablaba muy bien el italiano y ese día teníamos de visita al canciller de Italia, el traductor tuvo un contratiempo y no pudo presentarse, tu madre, la madre de ustedes —se dirigió a ambos—, lo sustituyó. Había algo en ella... Fue como si hubiera llegado a mi vida en el momento preciso. Su esposo estaba de servicio fuera del país y ella se había trasladado a Washington, según me dijo después, en busca de nuevas oportunidades. Empezamos a salir y nos enamoramos. O al menos eso creí. Ella quedó embarazada y yo tuve que ausentarme un largo tiempo, tuve que ir a Bosnia, me necesitaban allá y no había elección, de manera que no estuve presente cuando ustedes nacieron. Nunca supe que esperaba gemelos. Cuando regresé en 1996 me encontré con ella por última vez y fue cuando me entregó a Mark. Ella sabía que yo era casado y que mi mujer, Grazia, no podía tener descendencia, fue un acto de amor, quiso que yo criara a nuestro hijo, sabía que le daría buena vida, su matrimonio no iba muy bien, según me dijo. Poco después desapareció, nunca la pude encontrar, dejó el apartamento que ocupaba, no me dejó sus señas, ni un teléfono donde ubicarla. Grazia fue la mujer más feliz del mundo cuando se enteró de que podíamos adoptar a un bebé, Mark —dijo el general mirándolo con aire melancólico—, el día que te llevamos a casa fue un día de fiesta. Ocupabas uno de los dormitorios del lado

oeste decorado por ella, eras un bebé entrañable. Todo iba muy bien hasta que cumpliste los siete años, más o menos. Un día ella encontró una foto de Cadence. Yo no había querido deshacerme de ella, ¿por qué? —reflexionó Carter—. Ni yo mismo lo sabía. Era un caso perdido, mis continuos viajes y misiones en el exterior, Irak, Afganistán, los terroristas... todo se confabuló para que yo estuviera siempre ausente y no pudiera hacer nada por buscarla, y a fin de cuentas ¿para qué? No podía ofrecerle nada serio y Cadence no era una mujer que aceptaría ser la eterna amante. Pero quise conservar la foto, y en la parte de atrás estaba su nombre, era uno de esos retratos que se usan para fines oficiales. Grazia, quien tenía muy buena memoria, recordó el nombre de la mujer que te había dado en adopción, Mark. Su reacción fue terrible cuando leyó que ponía: «Para el amor de mi vida, tuya, Cadence». A partir de ese momento Grazia se transformó. Empezó a sufrir de depresión crónica, y mis ausencias no ayudaban en nada. Sin embargo ella te quiso como si fueses su hijo biológico, ¿es así, verdad?

—Sí. La recuerdo como una madre amorosa. Para mí ella fue mi madre. A Cadence nunca la conocí.

—Descargó en ti todo el amor que llevaba acumulado, pero cada vez que regresaba yo a casa, mi estadía se convertía en un infierno, nunca estuve de acuerdo en su forma de criarte, te convirtió en un niño mimado, te daba todo lo que pedías, y tú no tenías límites. Y empezaron nuestros desencuentros. Hijo, ¿qué te puedo decir? Comprendo que me convertí a tus ojos en un padre exigente, pero era como yo había sido educado. Cuando enfermaste, ella agravó su situación. Me amenazó con suicidarse varias veces, me culpó de todo. Y ya sabes lo que ocurrió después.

—Quedé huérfano —replicó Mark—. Más que nunca.

Fedor escuchó todo sin interrumpir, trataba de asimilar e imaginar toda la historia. Las escenas; su madre en Washington, joven, hermosa como siempre había sido, enamorándose de un atractivo coronel, teniente o general, lo que fuera —a él no se le grababan los cargos militares—, sola porque su marido peleaba en guerras ajenas —tampoco podía comprender aquello—, jurándose amor eterno. Tal vez sentiría lo mismo que él por Bertha. Entonces comprendió la magnitud de su sacrificio. *Por el ser que se ama se pueden hacer todos los sacrificios.* Pensó en Mark, querido, y al final quién sabía, despreciado por su madre postiza. Y probablemente también por su padre, el general vencedor de muchas batallas —que habían dejado al mundo tan desgraciado como cuando empezaron y que ahora se preocupaba por armar a

su ejército con nuevos tanques para matar a más gente con el menor costo posible—. Sintió que todos eran unas piezas del destino en el que una fuerza superior los manejaba como si fuesen títeres. No era el general ni había sido su madre ni su supuesto padre muerto en quién sabe qué guerra culpables de nada. Era esa fuerza la que hizo que siendo hijos gemelos de los mismos padres, uno de ellos estuviese marcado por una maldita enfermedad que tal vez él también llevase en sus genes. No se sentía capaz de juzgar a nadie, ni a su madre por hacer lo que hizo, ni al padre que tenía delante por amar tanto a una patria que le había arrebatado la vida. ¿Acaso él no amaba las ciencias, los estudios, la investigación? Cada individuo tenía un sino marcado y había nacido para un papel. Mark no era sino el resultado de ese juego perverso llamado destino, resultado de acciones que escapan a su responsabilidad, porque la responsabilidad termina donde empieza el destino y el que dijera que era el constructor de su destino estaba en un error; nadie elige tener fibrodisplasia osificante progresiva. Era esa fuerza invisible que los manejaba la que había elegido a Mark para ser el títere enfermo.

—No quedaste huérfano, Mark. Tú me dejaste huérfano a mí cuando enfermaste. Nunca podrás saber cuánto sufrí al verte así, hubiera querido estar en tu lugar para evitarte tanta pesadumbre. —Se puso de pie y fue hacia él, que había elegido el sillón más lejano. Lo tomó de los hombros y lo levantó de su asiento—. Hijo... no sabes lo feliz que me hace verte sano—. Lo abrazó con fuerza y ya no pudo reprimir las lágrimas. —Te quiero.

—Yo también, papá. Perdóname por no haberte comprendido.

La escena que se desarrollaba frente a él hizo sentir a Fedor algo parecido a una brisa fresca, como las que solía sentir en Lisbon después de la lluvia en un verano ardiente. Se sintió bien por ellos. Y también por él. Y aunque tener un padre no cambiaba en absoluto su lugar en la vida, se alegró por Mark, a quien al parecer le importaba mucho sentirse querido. Tal vez le importaba demasiado, a su modo de ver.

—Les prometo no inmiscuirme en sus asuntos, ya no más vigilancia. Comprendo que se sientan atosigados, no tendrán guardaespaldas. Lo prometo. Esta es su casa, quiero que vengan cuando deseen y me pidan lo que les haga falta.

—Gracias, papá —dijo Fedor, con su voz calmada y reflexiva que ya conocía tan bien Carter—. Solo deseo algo.

—Lo que quieras.

—Supongo que en el Pentágono tienen laboratorios de investigación.

—Claro, los hay, tenemos lo último en...

—Necesito analizar la sangre de mi hermano. Si es posible ahora.

—¿Qué sucede con él? —se dirigió a Mark—: ¿Te sientes mal?

—No... todavía.

Fedor se le acercó.

—No permitiré que nada te suceda, Mark.

—Lo sé. —La mirada de Mark había dejado de tener la suficiencia a la que todos estaban habituados.

Dos golpes en la puerta marcaron una tregua.

—Adelante —dijeron los tres.

En el umbral apareció Dodum como si la tormenta que se generaba afuera lo hubiese arrojado a la mismísima puerta. Sus escasos cabellos alborotados como una nube eterna que sobresalían por los lados del gorro de lana gris, y la sonrisa indecisa dibujada en su cara le daban una extraña apariencia. Se frotó las manos con nerviosismo al ver a los tres reunidos.

—Hace un frío de mil demonios —se le ocurrió decir.

## Capítulo 38

—*Hola*, Wilson, Mark, Fedor —saludó, al tiempo que se quitaba la gorra y los guantes.

Fedor los tomó de sus manos porque Dodum parecía no saber qué hacer con ellos y los dejó sobre una mesa auxiliar.

—Buenas tardes, profesor —dijo.

—Veo que ya se conocieron... Verás, Wilson, soy responsable de todo —afirmó enfáticamente—. Si aquí hay un culpable, ese soy yo.

Ante el silencio, Dodum se dio cuenta de que no había curiosidad en sus rostros sino incredulidad. El general los contemplaba a todos como si fuesen soldados desertores justo antes de una importante batalla.

—¿De qué rayos estás hablando? —preguntó—. ¿Culpable de qué?

—Hice pasar a Fedor como hijo tuyo porque no quería admitir mi derrota ante tus ojos, no estaba muy seguro de que Mark se recuperaría, así que se me ocurrió, dado el gran parecido entre ambos, que...

—Estás más loco de lo que siempre creí, Pete —le interrumpió Carter—. Mark y Fedor son hijos míos, mira. —le alargó el papel que conservaba en el bolsillo.

Dodum tenía reflejada en su cara la pregunta: ¿me perdí de algo? Estiró la mano, desdobló el papel y se colocó bien sus anteojos. Abrió y cerró la boca mientras leía y al final los miró a los tres.

—Está bien, son hermanos, pero eso no me libera de la responsabilidad. Toma, Will, no quiero saber nada de eso, regresaré a mi vida de siempre, me he dado cuenta de que no sirvo para estar ocioso. Perdóname si te creé falsas expectativas, estos muchachos son víctimas de mi ambición. —Le extendió un cheque por diez millones de dólares—. El resto lo utilicé en algunos gastos extras, ya te haré el resumen.

—¿Acaso todos se han propuesto darme cheques hoy? —dijo Carter—. No, amigo, tú hiciste mucho por mí. Encontraste a Fedor, aunque no supieras que

era mi hijo, gracias a ti llegué a él.

—La verdad, profesor, no se dé qué está hablando usted. Mark y yo nos pusimos de acuerdo para cambiar de papeles —añadió Fedor.

—Eso es cierto —apoyó Mark. En ese momento no tenía deseos de hundir a Dodum, no le veía sentido.

Dodum lo pensó un rato y asintió varias veces en silencio.

—Está bien, ya veo que todos han conversado. Lo que quiero dejar claro y creo que eso no lo sabes, es que quien curó a Mark fue Fedor. Yo hice muy poco, él llevó a cabo la investigación y el experimento, yo no me atreví, solo dejé que él lo hiciera, porque para ser sincero, tenía miedo de que algo saliera mal. Y aún lo tengo. Estoy sorprendido de que Mark esté bien, realmente sorprendido. De manera que este dinero quien merece tenerlo es él, no yo.

—Profesor, parece que Mark no está tan bien como se ve. Necesito hacerle unas pruebas de sangre, justamente hablábamos de eso cuando usted llegó —explicó Fedor.

—Podemos hacer uso de los laboratorios del Pentágono ahora mismo —dijo Carter.

—Yo todavía tengo las instalaciones en la calle Lime —anunció Dodum.

—Por ahora es cuestión de tiempo, después iremos allá, profesor. Solo quiero salir de una duda —afirmó Fedor.

Mark volvió a sentarse en el sillón con la misma actitud indolente de siempre, como si no hablasen de él sino de un extraño que no fuese la parte crucial de ese embrollo, y se limitó a observarlos. Y si alguno de ellos le preguntase qué pensaba, diría que en lo que a él respecta, el mundo podía irse al demonio. No quería seguir formando parte de él, pues la parte que le había tocado era la peor. Una madre que no lo quiso jamás y lo regaló, otra que lo acogió mientras le servía de muro de contención para sus desdichas, pero cuando se trató de que se hiciera cargo de las suyas, se suicidó. Un padre que lo tuvo producto de una aventura, cuyo sentido de culpa lo llevó a gastar una fortuna para curarlo de una enfermedad incurable y un hermano que no tenía el menor sentido de la compasión, un ser casi autista, a quien no podía culpar de nada para sentirse mejor, porque en realidad lo que él, Mark, deseaba era quejarse en voz alta y ser correspondido, decir a gritos que no deseaba seguir viviendo para que alguno de los que tenía enfrente lo consolara y él sentirse bien aunque sea por unos momentos, los necesarios para secarse las lágrimas y planear su muerte sabiendo que alguien lo extrañaría. Pero, ¿qué podía esperar de un par de científicos que parecían carecer de sensibilidad y de un padre

que había encontrado a un hijo de repuesto? Negó con la cabeza como dándose la razón a sí mismo mientras pensaba que estaba rodeado de gente que creía conocer el precio de todo pero no el valor de la vida. En ese momento deseó estar en Lisbon, con Bertha. Ella no le exigía nada, solo su compañía. Ni siquiera le exigía ser saludable. Y mientras los murmullos de voces discutiendo acerca de su futuro se le hacían cada vez más lejanos, tomó la decisión más cuerda que se le había ocurrido en la vida.

—Voy a regresar a Lisbon.

El general volvió el rostro antes de terminar la frase que estaba por decir.

—¿Adónde?

—A Lisbon. Quiero que mi vida termine allí. No quiero más experimentos, curas milagrosas, vectores, trasplantes de ADN ni cualquier cosa que se le asemeje. Solo deseo vivir en paz hasta que deje de existir.

Fedor supo lo que pasaba por la mente de su hermano. Si él estuviese en su lugar probablemente habría hecho lo mismo, consideraba que tal vez no había nada mejor que vivir al lado de la mujer que se ama. O al menos eso imaginaba él, pues no tuvo la oportunidad de experimentarlo. Bertha significaba para él lo intocable, algo etéreo que sabía que podía alcanzar con una palabra, una que no podía decirle porque no era humano quitarle a Mark lo único que la vida le había puesto delante sin condiciones. Aun así, insistió.

—Mark, no sabemos si estás teniendo una regresión del tratamiento, deja al menos que te haga la prueba de sangre.

—¿Para qué? Sabes bien que no podrás hacer nada. Sé que voy a morir porque lo sé. Lo siento en mis huesos, en mi interior, siento correr la sangre por mis venas y siento cada latido, y no son normales. Escucho tanto que tal vez por eso desee dejar de oírlo y duermo porque es la única manera de descansar de esta pesadilla. Solo quiero vivir lo que me queda de vida en paz. Y cuando el sufrimiento físico sea tanto que no pueda soportarlo, tomar unas pastillas que me hagan dormir para no despertar nunca más. Es el único favor que les pido. Esas pastillas, algo que me permita aferrarme a la vida sabiendo que tendré el final cuando lo desee.

—No dejaré que eso suceda, escúchame, Mark, si una vez lo hice, lo haré otra vez, ahora que te he encontrado no quiero perderte... hermano, te quiero —dijo Fedor y se le quebró la voz.

Mark lo miró con asombro percatándose de que Fedor tenía sentimientos. Se dejó abrazar por él y también lloró. Lloró por todo lo que no había llorado antes porque no tenía quién lo consolase. Y esta vez se sintió bien, se aferró a

su hermano, el único que realmente había hecho algo por él por amor sin saber quién era.

Dodum miró a Carter. El general apretaba los puños con impotencia. En el fondo, todos sospechaban que Mark tenía razón. Solo era cuestión de tiempo. Ambos salieron de la habitación dejándolos solos.

—Necesito tomar algo fuerte —dijo Carter.

Caminaron al despacho y el general sacó la botella de escocés y los dos vasos de cristal, como la vez anterior, como si no hubiese transcurrido el tiempo desde aquella vez en que celebraban la llegada de Fedor convertido en Mark, y ante la mirada interrogativa de Dodum, explicó:

—Tuve un romance con la madre de Mark y Fedor, supe que ella había quedado embarazada pero no estuve cuando dio a luz. Ella no me dijo que había tenido gemelos, me entregó a Mark porque sabía que nosotros no podíamos tener hijos y lo adoptamos.

—¿Estás seguro de que son tus hijos?

—Claro. —Carter lo pensó un momento—. Nunca lo dudé.

—Supongo que ella era casada —reflexionó Dodum—. Cierta vez Fedor me dijo que a su padre solo lo recordaba por las fotos que veía en su casa. ¿Cómo fue eso?

—Él también era militar. Llegó a ser sargento, pero estaba más tiempo fuera que en el país. Por eso Cadence y yo nos conocimos y nos enamoramos. Creo que fue la mujer que más amé en mi vida, Pete.

—Toma. —Dodum le extendió el cheque por segunda vez y lo dejó sobre el escritorio—. No lo merezco, fue tu hijo quien logró curar a Mark, es una de las mentes más brillantes que me ha tocado conocer. Volví al laboratorio farmacéutico y al MIT, no necesito ese dinero. Si mi mujer estuviera con vida, tal vez... No quiero ser un viejo carcamán.

Wilson Carter sonrió y dio la vuelta al escritorio. Fue hacia el pequeño salón del despacho y se sentó frente a él.

—¿Qué piensas de todo esto?

—Creo que por una vez deberías dejar que Mark haga lo que quiera con su vida.

—No puedo permitir que mi hijo muera abandonado en un lugar lejos de todo.

—Veamos... Cómo te lo explico. ¿A partir de qué edad consideraste que tu padre no tenía mayor poder de decisión sobre ti?

—Es diferente, siempre fui saludable.

—No es diferente. Nosotros dejamos de ser niños cuando nos enamoramos. La mujer se convierte en el ser más importante que existe sobre la tierra y por ella somos capaces de todo, es cuando empieza nuestra madurez, igual es para la mujer. Es ley de vida. Tu hijo no estará solo en Lisbon, allá tiene a Bertha, una mujer que lo ama y a la que él también ama. ¿Comprendes? ¿Con quién querrías pasar los últimos momentos si tuvieras que elegir? ¿Con tu padre o con la mujer de tu vida?

## Capítulo 39

*El* último abrazo entre Mark y su padre fue lo bastante fuerte y sentido como para que le durase gran parte del camino y más. Fedor quiso que se llevase el coche azul que el general le había regalado, era lo menos que podía hacer, porque Mark se había obstinado en ir conduciendo él mismo hasta Lisbon. «Tal vez no vuelva a hacer el viaje otra vez», había dicho, y fue suficiente para que estuvieran de acuerdo. Había prometido llamar en caso de que le sucediera algo en el camino; no quisieron referirse a su enfermedad, pero todos sabían que se trataba de eso y, llevando como único equipaje una mochila medio vacía y un frasco de tabletas, se perdió de vista por la larga calle Ballantrae Farm.

Fedor regresó al MIT y en Princeton extrañaron la ausencia de Mark Wilson. La directora Clara Nelson aceptó la explicación del general Carter: «Mark viajó a Europa, seguirá estudios allá porque recibió una interesante propuesta en un laboratorio de biogenética».

Dodum prosiguió con su vida y el general siguió ocupándose de la seguridad del país, pero todos, sin excepción tenían en mente a Mark. Como si esperasen una fatídica llamada, como quien vive a la espera de una sentencia de muerte.

Mientras conducía hacia su destino final, Mark recordó las palabras de Fedor: «Te acompañaría a Lisbon, pero no sería lo apropiado». Sonrió al pensar en la mesura de sus palabras. «No sería lo apropiado» no era lo que había querido decir, estaba seguro de que hubiera deseado presentarse con él y decirle a Bertha que él era el verdadero Fedor y no este otro, una copia burda que tenía los días contados, y que más pronto que tarde ella quedaría viuda —el que no se hubieran casado no importaba realmente— de alguien que no existió. Pero Mark sabía también que tenía el derecho de ser «razonablemente egoísta», porque los otros tenían una vida por delante y era justo que él hiciera uso de lo que le quedaba aunque fuera la causa del sufrimiento de su hermano.

Bertha se alegró de su regreso. Cuando respondió a su llamada dijo: «Me haces muy feliz, te estaré esperando». Y Mark una vez más comprobó que ella era la persona en cuyas manos podía poner su vida. Literalmente.

El impecable Mercedes azul marino se detuvo frente a la casa de Lisbon cuando Bertha se asomó para otear la llegada de Fedor. No lo relacionó con él hasta verlo apearse y caminar en dirección a la puerta. Lucía un poco más delgado, pero como siempre, a sus ojos su apariencia tenía ese aire de inexplicable elegancia que no hacía para nada juego con ella, con la casa ni con el pueblo de Lisbon, algo que por momentos —como ocurría justo en ese instante— la paralizaba porque no podía creer que ese hombre fuese suyo. Se acercó a la puerta y la abrió cuando calculó que él estaría frente a ella y antes de que dijeran nada se abrazaron con fuerza, como si de esa manera asegurasen su futuro.

—Esta vez vengo para quedarme —dijo él besándola en los labios.

Respiró el aroma de jabón de tocador que despedía Bertha, el olor de la casa y el de su cuarto y se alegró de haber tomado la decisión de regresar.

—Te noto cansado, amor —dijo Bertha—. Descansa, iré a preparar la cena.

Mark se recostó en la cama y mientras sus ojos recorrían las paredes, los cuadros, los libros en las ménsulas, la ventana que por momentos temblaba por el azote del viento, y a sus oídos llegaban los reconfortantes sonidos de los cacharros que Bertha manipulaba en la cocina, se quedó dormido.

Los días discurrían en Lisbon como las imágenes evocadoras de un calendario. En el crudo invierno de Dakota, Mark se sumergió en la lectura. En especial en los libros de poemas como cuatro cuartetos de Thomas Eliot: *Tiempo presente y tiempo pasado / están ambos quizá presentes en el tiempo futuro, / y el tiempo futuro contenido en el tiempo pasado. / Si todo tiempo es eternamente presente / todo tiempo es irredimible. / Lo que podía haber sido es una abstracción / y permanece como posibilidad perpetua / sólo en un mundo de especulación. / Lo que podía haber sido y lo que ha sido / apuntan a un fin, que es siempre presente...* se asemejaban a lo que él sentía. Volvía a su naturaleza bohemia, hizo el intento de empezar a escribir y siempre que tenía el bolígrafo en la mano sobre el papel, sentía que no era el momento. *Quizá mañana*. Se decía.

Al llegar la primavera quiso ir a pescar, pensando que de esa manera los pensamientos fluirían mejor y que podría al fin empezar la tan esperada novela. Escribiría acerca de lo que se sentía al vivir encerrado en un cuerpo y mirar alrededor a las personas comportarse como sí él fuera un mueble. ¡Qué

ridículo! El hecho de que no pudiera moverse no les daba derecho a ignorarlo, pero ¿qué otra cosa podían hacer? ¿Qué habría hecho él en una situación similar? O tal vez sería mejor escribir sobre algo imaginario, de la vida que no llevó, de las mujeres a las que nunca pudo amar, de los logros que nunca tuvo. *La vida es una improvisación, un ensayo.*

Sus deseos de pescar casi se esfumaron cuando Bertha le dijo que en ese pueblo no existía un río o un lago lo suficientemente cerca como para decir: «voy a pescar, ya regreso». Ir de pesca significaba recorrer más de ciento sesenta millas. Pero Bertha siempre encontraba una solución: llevarían una tienda de campaña y comida. ¡Ah los platillos de Bertha! Bendecía a Cadence solo por eso, porque no tenía nada más que agradecerle.

Y la previsión de Bertha era incuestionable. Mark no pudo pescar nada comestible, y si no fuera porque ella llevó comida suficiente, con seguridad habrían muerto de inanición. Así y todo, fueron unos días muy agradables, a pesar de que día a día sentía que los ríos de sangre que recorrían su cuerpo se hacía más sonoros, que los latidos del corazón retumbaban cada vez con más fuerza en sus oídos y percibía con claridad una maraña de sensaciones a las que solo él tenía acceso desenredándose y tratando de ingresar por caminos que tenían letreros de «prohibido el paso». Él sabía que cuando esos letreros hubiesen dejado de oponer resistencia no habría marcha atrás. La primavera dio paso al cálido verano de Lisbon, y el estío cedió paso al otoño, y su actitud fue cambiando conforme las estaciones. Ya había dejado de ser Fedor para reconvertirse en Mark, de pies a cabeza, por dentro y por fuera, y como todo lo que sucede cuando no es natural sino forzado, regresó a su naturaleza. Su capacidad de adaptación había llegado a su fin y su cuerpo empezaba a sentir lo que tan bien conocía, y a medida que los árboles cobraban los tonos rojizos supo que ya no había marcha atrás.

Fue cuando decidió hablar con Bertha.

—Sabes, Bertha, no me estoy sintiendo bien últimamente, creo que mi curación está en regresión y no es nada bueno.

—¿Te refieres al síndrome de Guillain Barré?

—No. Me refiero a la fibrodisplasia osificante progresiva.

La mirada de Bertha expresaba lo que él había previsto: estupefacción total. No sabía de qué enfermedad se trataba y cuando se enterase tal vez pensaría que estaba loco.

—No entiendo... Pensé que estabas curado.

—¿Has notado que duermo mucho?

—Claro, dormías con la caña de pescar en la mano, debe ser por eso que no atrapaste ningún pez —dijo ella tratando de suavizar una situación que presentía difícil.

—Es uno de los síntomas. Durante el tiempo que estuve en Cambridge, la enfermedad de la que te hablo apareció de pronto en mi sistema. Mis tendones y músculos empezaron a transformarse en hueso y estuve casi paralizado. El doctor que vino, ¿recuerdas?, fue quien me trató, pero parece que la enfermedad está volviendo, esta vez de otra manera.

Bertha había visto muchas series de televisión sobre temas extravagantes, pero lo que Fedor le decía en esos momentos superaba cualquiera de ellas.

—¿Quieres decirme que tus tendones y tus músculos otra vez... se están transformando en huesos?

Explicarle a Bertha que su ADN estaba mezclado con el de un pulpo era demasiado simplista y sería terrorífico. No había manera de decirle de manera sencilla lo que le empezaba a ocurrir. Optó por dar una respuesta directa.

—No. Esta vez mis huesos están desapareciendo. Mira. —Le mostró su pie derecho. El dedo pulgar era más pequeño que los otros, en el izquierdo era el índice el que mostraba una estructura extraña, como si le sobrara piel.

Los ojos de Bertha se agrandaron más. Era imposible que aquello estuviera ocurriendo.

—No juegues conmigo, Fedor. ¿No será que siempre los tuviste así?

—No podría jugar con algo tan serio.

—¿Y por qué no me dijiste la verdad desde un comienzo? ¡Inventaste lo del síndrome ese...! Realmente no comprendo —dijo ella con cierto tono de enfado en la voz—. ¿De qué trata todo esto?

—No quería preocuparte, porque mi enfermedad es incurable. Por eso mentí.

—Ese doctor... Dodum, dijiste que te había curado.

—Sí.

—¿Cómo pudo alguien curarte de algo incurable?

—Si te lo digo no lo creerías.

—Haz la prueba.

Mark dejó de mirarla y atisbó por la ventana. El otoño tenía algo especial que lo hacía bello: la muerte para volver a renacer. Quiso ser como las plantas, sería todo más sencillo.

—Hicieron un experimento conmigo.

—¿Quiénes «hicieron»? —preguntó Bertha cada vez más suspicaz.

Mark vio que no podía seguir con evasivas.

—Él y otro joven investigador, el más brillante, nunca habrá otro igual. Él fue quien en realidad logró que los tendones y músculos de mi cuerpo que se habían convertido en huesos, revirtieran su estado inyectándome un vector que contenía cigoto de pulpo, pero como en todo experimento, no existen garantías, tal vez más adelante... pero por ahora no.

Bertha se cubrió el rostro con las manos. Sentada a su lado solo deseaba que todo fuese parte de una pesadilla. Cuando pudo levantar la cara, Mark notó una mezcla de incredulidad y horror.

—¿Qué pasará contigo? ¿Empezarás a disolverte? ¡Oh, no...! ¡Qué estoy diciendo. Perdóname Fedor!, por favor, no quise... Todo esto me supera, no sé qué hacer. ¿Qué podemos hacer?

—Nada. La verdad, si nací con el gen de una enfermedad maldita, ya no quiero seguir luchando contra la naturaleza ni quiero más experimentos. Solo deseo morir en paz.

—No digas eso, ¿no piensas en mí?

—Justamente porque quiero ahorrarte el sufrimiento de ver que me... disuelvo, como bien dices. Estoy preparado. Bertha, amor... Vine aquí para morir en paz, a tu lado.

Bertha no pudo retener más el sollozo que había subido hasta su garganta. Lanzó un grito agónico y se abrazó a Mark con desesperación. Él la rodeó con sus todavía fuertes brazos y la consoló como si la enferma fuese ella. La comprendía, comprendía qué significaba perder al ser amado. Él lo había sufrido con su madre, con su vida, con la chica pelirroja que nunca pudo besar. Y seguiría perdiéndolos, se iría de ese mundo dejando a Bertha, a su hermano, a su padre...

De pronto ella se secó la nariz con una servilleta y se sentó con la misma actitud de alguien que recuerda algo.

—Espera —dijo—. Debo mostrarte algo.

## Capítulo 40

El reingreso al instituto no supuso ningún problema para Fedor. Y aunque los demás notaron un cambio en su actitud, gradualmente fueron acostumbrándose al Fedor que todos conocían. Regresó con más aptitudes, más conocimiento y mejor disposición, no porque Princeton fuese superior al MIT. Él estaba habituado a investigar por su cuenta, a tener contacto por correo o a través de una llamada telefónica con investigadores de todo el mundo; en esos casos la curiosidad científica era más fuerte que su habitual timidez. No se limitaba a lo que enseñaban en la universidad, y sea porque la enfermedad de Mark había incentivado su necesidad de saber más o por la simple razón de ser de naturaleza inquisitiva, volvió a ocupar un lugar preeminente en el círculo estudiantil en el que se movía. Empezó a estudiar Medicina al mismo tiempo que terminaba Ingeniería Biológica. No tenía tiempo que perder, y su tesis consistió en lo que ya sabía de antemano: la regresión de la fibroplastia osificante progresiva. Su nueva carrera la empezó con ánimos renovados, mientras Dodum observaba sus adelantos con orgullo. Le había tomado cariño, para él Fedor siempre había sido un ser humano excepcional y estaba seguro de que sería uno de los científicos que dejaría a la Humanidad un gran legado.

Los correos de Mark fueron espaciándose en el tiempo, y después de un año, cuatro meses y dos días, Fedor recibió uno que lo remitió a momentos que desearía haber olvidado.

*Querido hermano,*

*Tengo noticias que no son buenas. Ha empezado. Estoy perdiendo hueso en los dedos de los pies. Sabes que tendré que decirle a Bertha al menos una parte de la verdad, porque no me gustaría morir dejándola llena de dudas. ¿Qué dices? ¿Le digo que yo no soy tú?*

*Mark*

Fedor quedó un buen rato inmóvil mirando las escasas líneas en la pantalla. No hubiese querido enterarse de nada.

*Querido Mark,*

*Decide tú lo que tengas que hacer, para mí estará bien. No sabes cuánto lamento que no me dejes ayudarte, pero también comprendo tu posición.*

*Te quiero, hermano*

*Fedor.*

Se escribieron firmando con sus verdaderos nombres y quizá sería la última vez, pensó Fedor. ¿Qué sucedería con Bertha? De la decisión de Mark dependía todo.

Mark leyó la respuesta y supo que tenía que hablar con Bertha.

Esa misma tarde Fedor habló con Dodum.

—Usted siempre tuvo razón —dijo Fedor—. Los huesos de Mark empezaron el proceso de disolución.

Dodum lanzó un suspiro antes de responder.

—Con lo último que has encontrado podrías intentar revertir la situación, tú lo sabes.

—Lo sé, profesor, pero soy incapaz de someter a Mark a un nuevo experimento que quién sabe a dónde llegaría. Podría ser peor que la enfermedad.

Dodum echó de menos a los voluntarios humanos, ¡la ciencia podría avanzar tanto si hubiera más enfermos dispuestos a someterse a experimentos!

—Todavía tenemos el laboratorio de la calle Lime. Podríamos empezar por buscar gente que quiera...

—Ya no hay tiempo y usted lo sabe. Y en lo que a Mark respecta no desea prolongar su sufrimiento.

—¿Qué pasará con Bertha?

—¿A qué se refiere?

—Sé que ella estaba enamorada de ti hasta que apareció Mark en su vida.

—No pasará nada. Ella pensará que fallecí. Me enterrarán en Lisbon con toda la parafernalia del caso como acostumbran allí, y mi tumba quedará como recuerdo de mi paso por ese pueblo —comentó Fedor con aire fatalista.

—Creerá que te suicidaste, que es muy diferente. Y no tiene que ser así, muchacho. Puedes hablar con ella después, llámala, estoy seguro de que te reconocerá apenas te escuche. Dile toda la verdad.

—No puedo pensar en eso ahora pero gracias por preocuparse. Debo avisar a papá.

Al escuchar la noticia de labios de Fedor el general pensó que una parte de él moriría con Mark. Se arrepintió de todas las discusiones, de todas las

disputas, de toda su falta de sensibilidad para con él. Pero sabía que era inútil, había aprendido muy tarde que los hijos no son una propiedad, había que dejarlos libres pues eran seres independientes, y en ese caso a Mark le había tocado la peor parte. No quiso cometer el mismo error con Fedor y no le exigió nada, por otro lado Fedor era un hombre diferente a su hermano; no necesitaba que lo guiasen ni que lo supervisaran, era autosuficiente. Más que eso, era un líder nato. Hubiera sido un buen militar —pensó Wilson Carter—, tenía lo necesario para sobresalir en un ambiente de rectitud, obediencia y exactitud como el del ejército, en donde el honor ocupaba un lugar preponderante y su hijo lo tenía. Trató de borrar de inmediato esos pensamientos. Fedor ya tenía su camino trazado y le esperaba un brillante futuro. Lloró en silencio por Mark. La vida jamás había sido justa con él.

## Capítulo 41

Bertha fue a su casa y extrajo del pequeño cofre de madera el sobre que le había dado Cadence Mogliani, era el momento de entregárselo a Fedor. Al regresar, Mark seguía en el mismo sitio donde lo había dejado, en su sillón preferido situado en dirección a la ventana. Miraba a través de ella con la mirada perdida. Bertha sabía que sus pensamientos estaban mucho más allá del jardín, de los árboles y de los pajarillos que revoloteaban entre las últimas hojas. Se acercó silenciosa y se acuclilló frente a él.

—Toma. Me lo dio tu madre en caso de que te sucediera algo o corriera algún peligro.

—¿Mi madre? —preguntó Mark ligeramente confundido. En su mente su madre era Grazia.

—Sí. No sé cómo pudo presentir que algún día necesitarías tener esto en tus manos, a veces me pregunto si las madres tienen un sexto sentido —expresó Bertha.

Mark recibió el sobre sin atreverse a abrirlo. Iba dirigido a Fedor, no a él. Le dio miedo enterarse del contenido. Ya tenía demasiadas desgracias en su vida como para soportar una más.

—¿Y lo guardaste todo este tiempo?

—Fueron sus instrucciones. Creo que mejor me retiro. Volveré después.

Bertha regresó a casa de su madre quien por suerte estaba en el trabajo. No deseaba enfrentarse una vez más a sus reproches: «Viven juntos, son la habladería del pueblo, ¿por qué no se casan de una buena vez?» «No es como yo te crié, si él no lo hace hablaré con Fedor». Y era lo mismo que ella pensaba, pero no se atrevía a decirle nada. Él sabría cuándo y cómo, y ahora con lo de su extraña enfermedad, el momento le parecía menos oportuno que nunca. Fuera del alcance de Fedor pudo dar rienda suelta a sus lágrimas, se sentía triste, por ella, por lo que le ocurría a Fedor y por todo lo demás.

Mark decidió abrir el sobre, curioso por saber qué podría decirle de interés

la mujer que lo había regalado.

*Queridísimo Fedor,*

*Si Bertha te entregó esta carta es porque algo muy grave está ocurriendo en tu vida —cuánta razón tenía, pensó Mark con sarcasmo—. Trataré de ser lo más clara posible, porque sé que es como te gustaría enterarte de todo.*

*Durante los años que viví en Washington, tuve oportunidad de conocer a muchas personas, una de ellas fue el recién ascendido general Wilson Carter. Tuve un amorío con él, corto pero intenso. Yo estaba muy sola y me sentí atraída, fue algo irremediable, eran años inseguros en los que no sabía qué sucedería con tu padre, Fabrizio. Él regresaba esporádicamente y la mayor parte del tiempo estaba fuera en unas guerras ajenas, que según él acabarían pronto pero nunca ocurrió. En una de sus cortas visitas a Washington quedé embarazada, y al mismo tiempo me enteré de que me era infiel. Tenía otra mujer. La había conocido en aquellas tierras en donde luchaba, él lo admitió. Yo estaba desesperada, y cuando supe que iba a tener gemelos tomé la decisión de quedarme solo con uno de ustedes y te elegí a ti —vaya, qué suerte la mía, pensó Mark con ironía—. En realidad no tuve que elegir pues eran idénticos, sé que te parecerá una locura, pero yo era joven, tu padre, el hombre que yo amaba me había abandonado y no me sentía capaz de criar a dos niños. Y, para ser sincera, quise vengarme de él en cierta forma, y entregué a tu hermano. Wilson pensó que era su hijo; nunca se enteró de que tuve gemelos porque al igual que tu padre, su cargo lo llevaba lejos del país. Fue el hombre más feliz de la tierra cuando lo recibió. Él era casado, no teníamos ningún futuro, y su esposa no podía tener hijos. Yo regresé a Lisbon contigo decidida a salir adelante sola, pero dos años después se presentó tu padre arrepentido, y dijo que cuando terminase la guerra se quedaría definitivamente con nosotros. La última vez que tú lo viste tenías casi cuatro años, meses después me anunciaron su muerte. Nunca más volví a saber de Wilson Carter, y con esta carta quería sencillamente decirte toda la verdad. Tú tienes un hermano gemelo concebido por amor. Si algún día necesitaras de él, por cualquier desgracia física o de cualquier tipo, solo tienes que buscar al general Wilson Carter, él te llevará a tu hermano, que desafortunadamente no sé cómo se llama.*

*Tu madre,*

*Cadence*

Mark tuvo el deseo de arrugar ese papel y hacerlo desaparecer. La que decía ser su madre lo había entregado a un hombre que no era su padre. En

buena cuenta, él nació huérfano, tal como siempre se sintió. Sonrió amargamente al pensar en el general. Creía que tenía dos hijos y no tenía ninguno. ¿Qué clase de mujer regala a un hijo por venganza? ¿Y, no conforme con ello, se atreve a escribir una carta para contar su estúpida decisión? *El amor hace cometer tonterías y también es causa de las mayores desgracias, quien diga que el amor es un sentimiento sublime está equivocado.* Su madre, su verdadera madre, Grazia, se había suicidado por amor, porque se enteró de la existencia de esta tal Cadence, una mujerzuela alocada que regaló a su hijo, pensó Mark con desprecio. Grazia sí lo amó a su manera aun a sabiendas de que no era hijo suyo, fue la única que lo trató con devoción y lo defendió de los exabruptos de su supuesto padre.

¿Debía entregar la carta a Fedor? Él tenía a su madre en un altar. No ganaba nada con ello. Y su talante fatalista y autocompasivo pudo más que él. Fue hacia el escritorio y escribió directamente en la pantalla debajo del último mensaje de Fedor, el que sería su único poema:

*Estoy aquí.*

*Cuando mi alma viaja incontenible entre las sombras  
corrompiendo la quietud de mi corazón herido  
provocándome en el pecho unas ganas terribles de llorar,  
de buscar entre esas sombras a los dioses,  
para abrirme el pecho y expulsar a los demonios de mi alma,  
mientras las estrellas cantando alegres y feroces  
me llaman incitando a la locura,  
buscando razones para ir allá,  
donde el río se vuelve mar, a gritarle maldiciones al destino.*

Y pulsó enviar.

Sacó de uno de los cajones el frasco de píldoras de eszopiclona, fue a la cocina sin prestar demasiada atención a su torpeza al caminar. Conocía de antemano el resultado de la falta de movilidad en los dedos de los pies. En ese caso, de la falta absoluta de un par de dedos. Todo empezaba de nuevo, pero esta vez él le pondría fin. Preparó un cóctel en un vaso. Vio cómo se disolvían lentamente todas las píldoras en el escocés de notas doradas que parecían bailar al reflejo de las llamas de la hornilla, mientras se desintegraba la carta de Cadence Mogliani hasta convertirse en cenizas. *Adiós Cadence, nos veremos en el infierno. O tal vez jamás te encuentre, porque según Ruth, ya estuve allí.* Luego fue directamente a la cama, tomó todo el contenido del vaso y cerró los ojos. *Solo déjate ir, déjate ir ahora... hasta la próxima vez.* Y por

primera vez descansó en paz.

Dos horas después Bertha se refrescó el rostro con agua para no regresar a casa de Fedor con signos de haber llorado, lo que menos le interesaba era mortificarlo más de lo que estaba. Se sintió absolutamente inútil, incapaz de hacer nada frente a lo que le ocurría al hombre que ella creía era Fedor. Al entrar percibió que un pesado silencio se había adueñado de cada rincón de la casa. Fue a la cocina y vio restos de ceniza sobre la superficie de la hornilla, una forma fantasmagórica de una esquina de papel todavía conservaba el vértice, aun cuando en cualquier momento parecía que iría a desaparecer. Comprendió que había quemado lo que fuera que contuviese el sobre, ¿una nota?, ¿una carta? Por los restos no parecía contener más. De pronto vio en una esquina de la encimera un frasco vacío que no conocía. La angustia oprimió su pecho y fue al cuarto de Fedor.

Lo encontró en la cama, aparentemente dormía. Acercó su cara a la de él y no percibió su respiración, entonces le tocó el pulso: inexistente. A su lado, un vaso absolutamente vacío todavía conservaba el olor a whisky. Desesperada, llamó a emergencias aunque sabía que nada podrían hacer. Se culpó por no haber regresado antes, por no haber estado a su lado en el último momento, por no haberle escuchado con más atención y por no haber hecho tantas cosas que en ese momento pensó podría haber hecho, para evitar que todo aquello sucediera.

Se fijó en la pantalla del ordenador que inusualmente se encontraba abierta y lo que leyó la llenó de un estupor que fue transformándose en horror:

*Querido hermano,*

*Tengo noticias que no son buenas. Ha empezado. Estoy perdiendo hueso en los dedos de los pies. Sabes que tendré que decirle a Bertha al menos una parte de la verdad, porque no me gustaría morir dejándola llena de dudas. ¿Qué dices? ¿Le digo que yo no soy tú?*

*Mark*

*Querido Mark,*

*Decide tú lo que tengas que hacer, para mí estará bien. No sabes cuánto lamento que no me dejes ayudarte, pero también comprendo tu posición.*

*Te quiero, hermano*

*Fedor.*

Y debajo, como respuesta, el poema. Bertha no podía creer lo que leía, ¿quién era Mark y quién Fedor? ¿Qué absurdo sucedía en su vida que no lograba entender? Miró al hombre que yacía en la cama y una vez más se

acercó a él. El sonido de la sirena de la ambulancia no la dejaba concentrarse, de pronto todo se envolvió en una nube de acontecimientos, escuchó los golpes en la puerta, los hombres entrando y vio a Fedor sobre la camilla con el cuerpo cubierto por completo con una sábana blanca, como sucede con los que ya no necesitan cuidados y mientras uno le preguntaba quién era ella, cuál era el parentesco, como si no supieran todos en ese pueblo que era la mujer del muerto aunque no estuviesen casados. Debía —según decía el hombre— cumplir con las formalidades del caso. ¿Quiere acompañarnos?, ella asintió. ¿Cuándo notó que estaba muerto? «No lo sé». ¿Sabía que tenía tendencias suicidas? ¿Algún problema psicológico? ¿Qué iba a saber ella de psicología!, ¿acaso era médica? Preguntas y más preguntas que ella respondía con monosílabos mientras su mente se hallaba fija en la pantalla: Mark, Fedor. Mark, Fedor. Mark, Fedor...

## Capítulo 42

*En el hospital lo declararon muerto debido a la ingesta del hipnótico eszopiclona por vía oral mezclado con alcohol, lo que en pocas palabras para Bertha quería decir: suicidio. Empezó a correr la voz en Lisbon y cada uno daba su opinión al respecto: «los genios siempre terminan de esa manera», «eso se veía venir desde su primera aparición en Lisbon cuando murió su madre», «pobre, no era feliz con Bertha», «probablemente quiso matarse antes que contraer matrimonio» y a la larga Bertha se sintió responsable, víctima y culpable del suicidio de un Fedor Mogliani inexistente. Y como pareja *ad honorem* de Fedor, encabezó la ceremonia fúnebre secundada por su madre que, con mirada recriminatoria hacía lo imposible para pasar el mal trago. Ser la casi suegra de un suicida no era una situación sencilla en un pueblo como Lisbon.*

Bertha sabía que quien estaba en el féretro no era Fedor, pero en esos momentos de sentimientos confusos en los que se mezclaban las habladurías del pueblo, las explicaciones, los pésames y la ceremonia del último adiós, su mente no iba más allá de un solo pensamiento en lo que respectaba a su situación: había sido engañada y no podía darlo a conocer a nadie, aun menos a su madre. Nadie lo comprendería, ni siquiera ella misma. El féretro fue enterrado al lado de la tumba de Cadence Mogliani y, si Mark pudiera ver desde el más allá, hubiera pensado que el destino se había encarnizado con él hasta después de su muerte. La expresión ceñuda de Bertha albergaba una incógnita para quienes la miraban. Su mirada extraviada, que podría atribuirse a la pena por la muerte de un ser amado, era debida más a la certeza que crecía en ella a cada instante de que a quien había perdido era a Fedor.

Solo dos días más tarde, cuando ya el velatorio, la misa, el entierro, las disertaciones nombrando a Fedor Mogliani como «hijo ilustre de Lisbon, y una gran pérdida para la Humanidad» habían finalizado, Bertha volvió a casa de Fedor. La cama apenas desarreglada le recordó que Mark se había tendido

sobre ella con ropa y todo, pero por alguna razón, después del paso de los paramédicos, las sillas, los muebles y todo en general tenía el aspecto que dejan los ambientes en donde ha sucedido algo grave. En el ordenador portátil que había dejado tal cual ese día, una escueta respuesta de Fedor en el correo electrónico ponía:

*Presiento que este es el final. Descansa en paz, hermano.*

La angustia que había sentido Bertha todos esos días desde que descubrió el cuerpo de Mark se transformó en una rabia incontenible. Había sido utilizada por Fedor, pues fue quien le pidió cuidar de él pero envió a otro. ¿Cómo no se había dado cuenta de la diferencia entre ambos? Su amor cubrió los resquicios de duda que de vez en cuando aparecían en el escenario tan bien montado, y reconocía que simplemente no quiso ver lo que no le convenía ver. Salió de ese cuarto y de esa casa con el ánimo de no volver jamás. Se apoderó de ella la certeza de que a Fedor no le importaba en absoluto y anduvo como alma en pena sin saber qué hacer. Su madre temió que fuera a cometer alguna barbaridad sin saber la tragedia por la que atravesaba y, si se lo hubiera contado, con certeza pensaría que su hija había perdido la razón.

¿Dónde encontrar a Fedor? Le gritaría en su cara que lo odiaba, porque Bertha sentía que el odio que la corroía era solo comparable al amor que había sentido por él. Fue entonces cuando regresó a casa de Fedor y escribió debajo de aquellas palabras:

*Fedor, ¿por qué me hiciste esto? Tuve que enterrar a un hombre que no eras tú. Te odio. Te odio más de lo que eres capaz de imaginar.*

*Bertha*

Dos líneas que Fedor leyó como si hubiese recibido una bala en el pecho. Supo que Mark no le había dicho nada, solo había dejado que ella leyera sus últimos correos. No supo contestar, pensó que Mark le explicaría los motivos de su suicidio a Bertha, que de alguna forma allanaría el camino para que él tuviera la posibilidad de un posible reencuentro con ella, pero se había equivocado. Mark tenía demasiada tragedia en su vida como para pensar en los demás. Era pedir demasiado. Y siempre había sido «razonablemente egoísta», como recalca él mismo algunas veces, porque su condición lo ameritaba. Fedor no sabía cómo explicarle a Bertha que lo había hecho pensando que solo lo cuidaría como si fuese él, es decir, con la devoción de una buena amiga, porque no tenía idea de que ella estaba enamorada de él, y mucho menos que Mark y ella desarrollarían un idilio y fue entonces cuando supo que él la amaba. Nada de aquello podía explicarse por correo, y su

vocabulario no poseía palabras suficientes para decir lo que sentía. Tenía que ver a Bertha pero no podía aparecerse por Lisbon cuando todos pensaban que había muerto.

*Bertha, necesitamos hablar en persona, te suplico que vengas a Boston, por favor. Búscame en el MIT, edificio E2 en el número 70 de la calle Ames.*

Y cuando iba a poner como despedida simplemente su nombre, en un arranque de locura puso:

*Te amo,*

*Fedor*

Bertha leyó las dos últimas palabras y quedó estática. Perdió la noción del tiempo que estuvo con los ojos fijos en las únicas dos palabras que había ansiado toda su vida. ¿Fedor la amaba? No podía amarse a una persona y enviar a un individuo de repuesto por más hermano que fuese. Se sentía herida en lo más profundo de su orgullo, de su humanidad o de lo que fuera que estuviese conformada una persona. Fedor pudo haberle explicado la situación, no hacer que ella formara parte de un escenario como una simple comparsa con la que sabía que contaría, porque debió de suponer que ella estaba enamorada. Él podía ser muy obtuso para asuntos relacionados con los sentimientos, pero era lo suficientemente inteligente como para saberlo y también para saber qué decir en el momento apropiado, como ese «te amo», escueto y sin más explicaciones. ¿Pensaría que ella correría a sus brazos? Hasta se había dado el lujo de poner su dirección, es decir, daba por hecho que iría. ¡Qué equivocado estaba!

No respondió. No merecía siquiera saber si ella había leído el mensaje. Salió de esa casa para no regresar, no valía la pena. Con el paso calmo y la cara adusta, que los habitantes de la apacible Lisbon adjudicaron a su reciente pérdida, caminó con la expresión digna de una viuda sin difunto hasta la heladería y retomó su vida.

Fedor esperó frente al ordenador una respuesta que jamás llegó. En su inescrutable cerebro no podía entender qué había sucedido. ¿Acaso Bertha no lo amaba? Él se había confesado ante ella, le había abierto su corazón y ella lo había ignorado. Lo cierto era que la desazón que sentía en el pecho le impedía pensar con claridad. Si todas esas sensaciones significaban amor, prefería no amar a nadie.

## Capítulo 43

Wilson Carter deseaba reconocer legalmente a Fedor como hijo suyo. Pese a la tristeza que lo embargaba por la triste muerte de Mark, debía seguir adelante. Se encontraba en la rara situación en la que no existía ninguna tumba con el nombre de su hijo y no se atrevía a presentarse en ese pequeño pueblo llamado Lisbon para reclamar el cuerpo de un muerto llamado Mark al que todos habían conocido como Fedor. *¡En qué embrollo nos metiste, Cadence!* ¿Y la enfermedad? ¿Vendría de parte de su rama familiar? Él en su sangre no tenía rastros de ella. Al pensar en que era posible que Fedor también la tuviera se le erizó la piel de todo el cuerpo. No se había atrevido a preguntarle si había examinado su ADN. Tratándose de él seguro que sí lo había hecho, era demasiado racional como para dejar por fuera algo tan importante; tan importante como llevar su apellido y no el de un hombre que no era su padre y, sin embargo, Fedor se había negado. Dijo que suponía demasiados cambios en su vida, él volvía a llevar el nombre y apellido de un estudiante aventajado del MIT, ya graduado en Ingeniería Biológica y dentro de pocos años médico cirujano. No deseaba cambiar su estatus; las ventajas de ser su heredero de manera directa lo traían sin cuidado. Carter estaba seguro de que no había tocado el dinero que le ingresaba cada mes de manera religiosa, tan seguro como que él, Wilson Carter, había roto el cheque que le entregó Fedor el día de la verdad en un ingenuo gesto de retribuirle por la mentira del cambio de identidades. Pensar en Fedor le despertaba ternura y admiración. En cambio Mark siempre le había despertado sentimientos diferentes. ¿Cómo se podía sentir ambivalencia por dos seres de su propia sangre que, además, eran gemelos? Desde que se enteró de la existencia de Fedor pensó en él como el original y en Mark como en la copia. Lo cierto era que desde el paro cardíaco supo que no podía posponer por más tiempo la elaboración de un testamento, y en vista de que Fedor no quería llevar su apellido por los motivos que fuesen, él tendría que nombrarlo heredero universal de todos sus bienes, que no eran muchos, a fin de cuentas, pero algo era mejor que nada. Su acceso al dinero era posible por el cargo que ostentaba, pero sabía que ningún cargo en la administración pública era permanente, y el suyo dependía de los vaivenes políticos. No obstante, antes quiso hablar con Dodum, la única persona en la que confiaba, él podía hacer cambiar de idea a Fedor. Y era el único amigo que sabía la verdad de todo el enmarañado asunto.

—Hola Pete.

—Hola Wilson, ¿y ese milagro?

—No pienses que solo te llamo cuando te necesito, viejo amigo —bromeó Carter, a sabiendas de que era así.

—Siento mucho la muerte de Mark, créeme que si hubiera estado en mis manos...

—Lo sé, amigo. Ustedes hicieron lo que pudieron. Ya pasó y nada podemos hacer, tal vez fue lo mejor. —Hizo una pausa y dijo—: «Solo los muertos conocen el final de la guerra».

—¿Platón?

—No hay duda de que era un hombre sabio.

—Así es. —Dio un suspiro y prosiguió—. Te llamaba para pedirte un pequeño favor.

—Ahí está. ¿No te lo dije?

Carter sonrió.

—Está bien, vale. Tienes razón. Quería saber si puedes hablar con Fedor para que acepte mi apellido, el que le corresponde, de una vez por todas. Facilitaría mucho las cosas.

—¿Cómo qué?

—Ya sabes que no soy tan saludable como pensé. En cualquier momento podría volver a sufrir un paro cardíaco y moriría dejando a Fedor por fuera. Necesito que se apellide Carter.

—Lo veo muy difícil.

—No puede seguir llamándose Fedor Mogliani, él está enterrado en Lisbon y supongo que figura en el registro civil con datos con el nombre de la madre y del padre.

—Comprendo, pero todo eso ya lo sabe él, no es tonto.

—Lo sé, por eso acudo a ti. Él te tiene en alta estima, te respeta.

Dodum lo pensó unos momentos antes de decidirse a decirlo.

—¿Y qué tal si no es tu hijo?

—¿De qué rayos estás hablando? ¿Sabes algo que yo no sé? —bufó Carter mientras sentía que la sangre le empezaba a subir a la cabeza.

—Tranquilo, Wilson, no es que yo sepa algo, simplemente me pregunto... digo, ellos fueron concebidos por su madre cuando tenía relaciones contigo y con su esposo, recuerda que para entonces todavía estaban casados, porque tú lo sabías, ¿no?

—Claro que sabía que era casada, pero...

—Solo una pregunta por curiosidad: ¿por qué no te divorciaste y la madre

de Fedor tampoco lo hizo?

—Grazia estaba enferma, me amenazaba con matarse si la dejaba, y yo tenía apenas tiempo para dedicarle, mi vida en esa época era un verdadero caos.

—¿Y la madre de los chicos? ¿Nunca te exigió que dejaras a tu mujer? Es lo que suelen hacer en esos casos, ¿no?

—La verdad es que fue muy comprensiva.

La verdad es que amaba a su marido, pensó Dodum.

—Bueno, como sea, ¿alguna vez te hiciste la prueba de paternidad?

—No. Jamás dudé de que Mark fuera mi hijo. Cadence no me lo hubiera entregado si no hubiese sido así.

—Creo que es hora de que te hagas esa prueba. Sé que tu relación con Fedor no cambiará en nada, pero creo que es necesario que salgas de dudas.

Carter sentía que sus sienes palpitaban con fuerza. Le era casi imposible controlarse a medida que la duda empezaba a hacer presa de él. Respiró varias veces para calmarse.

—Wilson, ¿estás ahí?

—Creo que tienes razón. Haré la prueba.

—Yo personalmente haré la prueba y el resultado quedará entre nosotros dos.

—Te lo agradezco, Pete, no quisiera que Fedor se enterase de esto.

—No te preocupes, consigue un kit de prueba, sigue las instrucciones y me lo envías. Yo tengo muestras de sangre de Fedor. Mejor aún, guardo muestras de sangre de Mark, que viene a ser lo mismo.

—Estoy seguro de que son mis hijos, pero hagámoslo.

—Bien, amigo. Lo mejor es salir de dudas.

—Mis sentimientos hacia él no cambiarán —afirmó el general—. Solo cambiará lo que siento por Cadence, si resulta que me dejó un hijo sabiendo que no era mío.

√

«En los resultados genéticos se observan exclusión en 14 de los 22 marcadores analizados, por lo tanto tu índice de paternidad es de cero. No eres el padre biológico de Mark. Hice la prueba con el ADN de Fedor y el resultado fue el mismo». Dijo Dodum en su última llamada. «Lo lamento, Will, de veras, lo lamento.»

El general Wilson Carter en su despacho del Pentágono pensó en todo lo que había hecho en la vida. Había cumplido con el deber a su patria más allá del límite de sus fuerzas. Había arruinado su matrimonio por anteponer sus

deberes a la felicidad y su más importante misión no la había hecho a cabalidad: engendrar un descendiente. En ese momento le pareció todo tan inútil, tan vacío de significado que pensó seriamente en renunciar a su cargo. No valía la pena tanto sacrificio... ¿o sí? Tal vez ese era su sino. Pensó en Fedor, quien lo consideraba su padre aunque no aceptara nada de él. ¡Claro que tenía un hijo!, y era de los mejores. No importaba si se llamaba Fedor o Mark, y si no corría sangre de él por sus venas. Era su orgullo y jamás le diría la verdad. Fedor le había salvado la vida, valía tanto como el mejor soldado en batalla. No dejó que muriera, no se dio por vencido; lo mismo hubiera hecho él por cualquiera de sus hombres. Su pecho se infló de orgullo, ¿quería un soldado? Tenía uno, un hombre brillante como el que más. Quizá algún día aceptase llevar su apellido, quizá algún día sus nietos se apellidaran Carter. ¡Qué importante era dejar un legado!, para eso estaba hecho el hombre, para perpetuar la especie aunque fuese con un apellido.

## Capítulo 44

Fedor continuó con su vida seguro de que jamás volvería a ver a Bertha. No podía ir a Lisbon porque lo tratarían como a un resucitado. Y si había algún motivo que pudiese hacerlo cambiar de idea para aceptar la propuesta de su padre, sería que él y Bertha... Así sus hijos no tendrían el problema de ser descendientes de un difunto enterrado en Lisbon. Pero ya era inútil pensarlo, era inútil siquiera imaginarlo. Se dedicó en cuerpo y alma a los estudios, era lo único que apartaba la imagen de Bertha de su mente. Comía poco y, aunque era consciente de que se alimentaba mal, no le daba importancia porque su apetito se había reducido al mínimo. Seguía utilizando la bicicleta para moverse en el MIT y también fuera del instituto si no iba demasiado lejos. A veces visitaba a Dodum en su casa para hablar de sus dudas, de sus adelantos y de sus ideas, y agradecía que el profesor nunca mencionase a Bertha.

Cierta tarde empezó a sentirse débil. Mientras caminaba por los pasillos del instituto dio un traspié y cayó de cara, y si no fuese porque puso una de sus mejillas contra el suelo se hubiese roto la nariz. Quedó en esa posición un buen rato. No porque no pudiera levantarse. Pensaba. En el estudio que hicieron de su ADN no encontraron rastros de que el gen ACVR1 hubiera mutado. ¿Habría algún error? ¿Acaso empezaba a convertirse en un amasijo de huesos? Estaba seguro de que él no tenía la enfermedad de su hermano. Los gemelos idénticos no lo eran del todo, así como sus huellas dactilares eran diferentes, también sus ADN tenían una secuencia diferente. Se levantó con lentitud, ayudado por uno de los alumnos que pasaba por allí en ese momento, consciente de que cualquier movimiento brusco podría ser el disparador de la enfermedad. Llamó a Dodum.

—Profesor, creo que la tengo —dijo con voz lúgubre—. Tengo la FOP.

—Imposible —afirmó Dodum—. Hicimos un estudio de tu ADN buscando el gen y la respuesta fue negativa.

—¿Entonces por qué me caí?

—Pueden existir muchos motivos. Ve a casa esta tarde después de clases y hablamos, ahora estoy reunido con la Junta Directiva —dijo Dodum aparentando una tranquilidad que no sentía.

El instituto había adquirido el Ion Proton, un equipo que permitía conocer la secuenciación del genoma en un día, y la tarea se le facilitaba a Fedor al saber cuál era el gen que tenía que buscar, pero no podía hacer uso de ese nuevo equipo a sus anchas, necesitaba un permiso. Y quien podía dárselo era Dodum.

¿Habría mutado el gen en su organismo? Aunque la respuesta de Dodum lo había tranquilizado, debía cerciorarse.

Esa tarde en casa del profesor sentado en uno de los sillones del despacho, sintió la mirada inquisitiva de su mentor.

—Te veo demacrado, Fedor.

—Últimamente me siento débil.

—Estás muy delgado, ¿me permites examinarte los pies?

Fedor se descalzó y se quitó los calcetines. Dodum se encajó los anteojos y examinó uno a uno sus dedos.

—¿Te duele?

—No. Yo también hice la prueba. Sé que la enfermedad comienza por los dedos.

—No es lo mismo que la haga otro —dijo el profesor mientras le apretaba uno a uno los dedos, tocándolos para saber si tenían alguna deformidad—. Por favor, desvístete.

Dodum examinó cada parte de su cuerpo sin encontrar nada más que una delgadez casi extrema.

—¿Te estás alimentando bien? —preguntó mientras le movía el brazo y lo doblaba por el codo.

—Más o menos. La verdad, doctor, he perdido el apetito desde que...

—¿Desde que murió Mark?

—Sí. Podría decirse.

—No pensé que te iría a afectar tanto. ¿No será por otro motivo? —inquirió el profesor entregándole los pantalones.

—Estoy muy ocupado, cuando no estoy en clases, estudio hasta muy tarde, tal vez no me esté alimentando bien.

—Deberías hacerlo. No veo nada en tu organismo que indique que tienes FOP. ¿Has tenido fiebre? ¿Te ha dolido alguna parte del cuerpo?

—No, me dolió la mandíbula cuando me caí, me sigue doliendo —Fedor se señaló un lado de la barbilla.

—Es consecuencia de un golpe, no es un síntoma de FOP. ¿Cómo te caíste?

—No lo sé. De pronto me vi en el suelo.

—No es muy común pero puede suceder, tal vez pisaste mal, había algún desnivel y no lo notaste; siempre andas por las nubes. —Dodum lo miró y sonrió para tranquilizarlo—. Prométeme que empezarás a comer mejor. Muchas enfermedades empiezan por atacar el sistema inmunológico debido a la falta de una dieta balanceada. Lo sabes, supongo. No creo que tengas FOP.

Vamos a la cocina, Lorena debe de haber dejado algo para la cena.

Fedor lo siguió como alma en pena. La tristeza se había apoderado de él. Si resultaba que tenía la enfermedad no quería seguir viviendo, comprendió a Mark y lo admiró por haber soportado tantos años en silla de ruedas.

—Con el nuevo equipo que ha llegado al instituto podemos acelerar el proceso de la búsqueda del gen —dijo Fedor, al tiempo que ocupaba uno de los asientos en la pequeña mesa de la cocina—. Necesito su permiso para utilizarlo.

—La verdad, no creo que sea necesario hacerlo, pero tal vez debamos cerciorarnos. Ustedes, aun procediendo de un mismo embrión, no son idénticos del todo, en parte por las circunstancias personales de cada uno, como sucede con las huellas dactilares, y también porque su ADN ha adquirido sutiles diferencias a lo largo de la vida.

—Ya ve usted por qué quiero hacerlo

—Lo haremos los dos. Es mejor. Ahora, dime, ¿por qué esa tristeza? No me digas que es por Mark, por favor.

—¿Alguna vez estuvo enamorado?

La pregunta tomó por sorpresa a Dodum.

—¡Qué pregunta! No conozco a una sola persona que no haya estado enamorada. Por supuesto, lo estuve, y me casé con ella. Vivir al lado de la mujer que amas es la mejor manera de pasar la vida. Al enviudar me sentí vacío, sin rumbo. Es como si te faltara la otra mitad de ti. ¿Y tú?

—Yo... no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? Es fácil saberlo.

—Es lo que le digo.

—Nunca te he visto acompañado de alguien, ¿eres gay?

—No lo creo.

Dodum estaba a punto de perder la paciencia.

—¿Qué hay de esa joven de Lisbon? —recordó—. ¿La que pensaba que Mark eras tú? Supongo que tendrías algo con ella, pues ellos se veían muy felices, me refiero a que tú y ella... bueno, es complicado.

—Pensé que ella me amaba pero se enamoró de Mark —dijo Fedor facilitándole la explicación.

—Espera un momento. Antes de que ella conociera a Mark estaba dispuesta a cuidarte porque pensaba que tú eras él, ¿cierto? Y una mujer no hace eso a menos de que esté enamorada. Luego llegó Mark y siguió enamorada de ti pensando que eras él.

—Pero antes de que él muriera se enteró de que no era yo.

—Eso ya es demasiado; más para una mujer.

—Me escribió diciendo que me odiaba.

—Es una reacción natural. Amor, odio, son sentimientos parecidos.

—Le dije que viniera y nunca me respondió.

—¿Y qué esperabas? ¡Tú y Mark la engañaron! A una mujer no se le puede hacer eso y esperar a que se quede de brazos cruzados. —Dodum lo miró con estupor haciendo un gesto negativo—. ¡Eres tú quien debería ir a verla y pedirle perdón!

Fedor tenía los ojos tan abiertos, con una expresión de verdadero asombro en su rostro, que hizo que Dodum no pudiera aguantar una carcajada.

—No es nada gracioso, profesor.

—No, no me burlo de ti, es que... —Sin poder evitarlo siguió riendo—. Disculpa, hijo, no pretendo reírme de ti, es decir, sí. Me río de tu ignorancia. —Puso la mano en la barbilla—. Vamos a ver si me logro hacer entender: cuando engañas a una mujer es mejor que lo hagas de una manera que ella jamás, ¿comprendes?, ¡jamás!, se entere. De lo contrario su furia puede de ser de una magnitud descomunal. Una mujer no te perdonará si tú no se lo pides. Es capaz de sufrir, de guardarse todo lo que sienta por ti, de ignorarte, pero no olvidará el engaño. Y lo que hiciste con Mark no es poca cosa. ¿Comprendes que ella estuvo acostándose con tu hermano pensando que eras tú? Y al final se entera del engaño, y a ti solo se te ocurre decirle: ven.

A esas alturas Dodum ya se tomaba los cabellos en un gesto dramático. Bajó los brazos y siguió negando con la cara.

—No puedo volver a Lisbon. Pensarán que he resucitado, usted no conoce a la gente de allá.

—Pero puedes regresar diciendo que eres el hermano gemelo de Fedor.

—¿Y cómo quedaría la honorabilidad de mi madre? Usted no sabe cómo es Lisbon —repitió Fedor.

—Algo se nos ocurrirá. —Dodum parecía sentirse muy involucrado.

—Por otro lado, no puedo dejar el instituto justo ahora por tantos días, usted sabe que estamos en exámenes —Fedor apoyó los codos en la mesa y se tomó la cabeza.

—Termina de comer, es lo mejor que puedes hacer ahora, ya pensaré en algo.

—Gracias, profesor, usted tiene mucha más experiencia que yo en esas cosas.

Dodum sonrió. ¿Experiencia? La única había sido con Margaret. Él también fue un muchacho inexperto al que no se le daban bien los asuntos amorosos. Fue Margaret la que dio el primer paso y le propuso matrimonio. Así de experto era él.

—Todo tiene arreglo en esta vida menos la muerte —sentenció Dodum pensativo.

—Mañana después del examen estaré libre. Podemos ir al laboratorio. ¿Estará ocupado?

—Nos encontramos allí a las 18.45, ¿te parece?

—Buena hora.

—Lleva algo de merienda porque no tendré tiempo de almorzar.

—Lo haré. Gracias, profesor. Por todo. Y... permíteme por dudar de usted sobre lo de Mark.

—Hijo... no hay nada que perdonar, eran tiempos de dudas. Guarda esa petición de perdón para Bertha.

Ya era noche cerrada. Y como en los viejos tiempos, Fedor fue al sótano por su bicicleta y salió rumbo al instituto. Se sentía mejor, sin embargo mientras pedaleaba no podía apartar de su mente las palabras de Dodum: «Ustedes, aun procediendo de un mismo embrión, no son idénticos del todo, en parte por las circunstancias personales de cada uno, como sucede con las huellas dactilares, y también porque su ADN ha adquirido sutiles diferencias a lo largo de la vida ». Lo sabía, pero escucharlo de él era diferente. ¿Y si su gen ACVR1 hubiera mutado como en el caso de Mark? No tendría un hermano que hiciera lo inconcebible por curarlo, ni un Lisbon donde refugiarse, ni una Bertha que lo amase y lo cuidase con devoción. Solo tenía un padre a quien dejaría huérfano de hijo. ¿Se quitaría la vida? Hacer lo que hizo Mark sería lo más fácil. Eso o estudiar en su propio cuerpo la cura para esa maldición.

¿Por qué se sentía así en ese momento respecto a Bertha? Su manera racional de pensar no podía entenderlo. Cuando Mark le dijo: «Estamos enamorados», le dolió, pero se consoló pensando que ella lo seguía amando a través de él. Cada beso que se dieron, cada caricia, cada acto íntimo, quien estaba presente en su mente no era Mark, era él, de eso estuvo tan seguro que se resignó, se conformó con formar parte de la relación como si estuviera operándola por control remoto, y se había amoldado tanto a la situación que cuando Mark desapareció de escena no supo exactamente cómo retomar su papel protagónico. Supuso que entre Bertha y él existiría un acuerdo tácito. Pero ella era una mujer y se sintió engañada. Al recordar la advertencia de

Dodum, Fedor apretó los labios. El asunto lo rebasaba.

Decidió que se preocuparía primero por encontrar el gen mutante en su ADN antes de pensar en su futuro.

## Capítulo 45

**Dodum** y Fedor pasaron un par de horas en el laboratorio del instituto después de clases. Finalmente, el profesor, le extendió a Fedor la hoja con los resultados.

Fedor examinó la gráfica. No existía mutación en el gen ACVR1 del brazo largo del cromosoma 2.

—No comprendo. Entonces la caída, mi debilidad... ¿No hay probabilidad de error?

—Esto es lo mejor que hay hoy en día. Tengo un par de amigos en Torrente Systems, son los mejores —dijo, señalando el equipo, una caja compacta del tamaño de una compresora de bordes redondeados, con una pequeña pantalla rectangular

—Solo tienes que alimentarte más y mirar por dónde caminas —dijo Dodum sonriendo. Ahora tenemos que idear cómo será tu acercamiento a Bertha.

—Como usted dijo, no creo que ella me perdone. Es una mujer, y las mujeres son así.

—Deja todo en mis manos, recuerda que lo único imposible es la muerte —afirmó el profesor con un gesto de picardía—. Ahora salgamos, estoy un poco cansado.

—Gracias, profesor. Por todo.

Dodum hizo un gesto con la mano, apagó las luces del laboratorio y ambos salieron.

√

Esa misma noche Dodum llamó a Carter rezando para que se encontrara en Virginia.

—Wilson, tengo que hablar contigo, se trata de Fedor —dijo directamente, al escuchar la voz de Carter.

—¿Hablaste con él?, ¿aceptó?

—No, no. Se trata de otro asunto, y tal vez influya para que acepte a ser Mark Carter.

—Dime, me tienes en ascuas.

—Como ya sabes, Fedor creció en un pequeño pueblo llamado Lisbon.

—Lo sé. Es donde está enterrado Mark —respondió Carter, apesadumbrado.

—Exacto. Allá hay una mujer llamada Bertha de la que Fedor está enamorado. No puede presentarse como Fedor, porque ya sabemos que él está enterrado allí. Y por otro lado, ella está muy, digamos... enfadada con Fedor porque hizo que Mark se hiciera pasar por él, de manera que, tú me entiendes, ellos tuvieron relaciones durante el tiempo que estuvo en Lisbon y después, cuando se enteró de que quien se había suicidado no había sido Fedor sino Mark, ya te imaginas la que se armó.

—Estos muchachos...

—Bueno, el caso es que necesito tu ayuda, eres el único que cuenta con la logística para llevar a Fedor a Lisbon sin que nadie se entere y traerlo de vuelta en un solo día, si es posible, con Bertha.

—¿En un día?

—Es por los exámenes.

—¿Fedor está de acuerdo?

—El no lo sabe todavía, pero estoy seguro de que lo estará, créeme —dijo Dodum con el mismo ánimo como si estuviera seguro de que existiría el Juicio Final.

—Anda, ya...

—Está *terriblemente* enamorado, Wilson, tú sabes cómo es eso, ¿verdad?

¿Que si lo sabía? Vaya que sí. Carter lo pensó unos momentos. Lo podría hacer, ¿por qué no? Un avión sería la solución, un par de hombres...

—Espero que sepas lo que haces. Dame las coordenadas.

—¿Las coordenadas? ¡Búscalas en Google! Qué sé yo de coordenadas.

—Espera un momento. —Carter buscó en la pantalla del ordenador—. Aquí están: 46°26'21"N 97°41'01"O

Dodum blanqueó los ojos.

—El plan sería recoger a Fedor y llevarlo a Lisbon. Sé que allí hay un aeropuerto para aviones pequeños.

—De eso ya me encargaré. «La operación Lisbon» se llevará a cabo a las 13:00 horas del día sábado 16 de septiembre. Un vehículo esperará por Fedor en la puerta del edificio 2 del MIT.

—Me parece buen día un sábado. Informaré a Fedor, mi general —bromeó Dodum—. Quiero que sepas que Bertha es una mujer muy importante en la vida de Fedor, si él logra convencerla de que lo perdone, su vida dará un gran salto, y es muy probable que tenga un motivo para cambiar de identidad.

—Hecho. Gracias, Pete, te debo una.

—No, gracias, ya has hecho demasiado por mí. Esto lo hago por Fedor, lo quiero como a un hijo. Ahora le informaré del plan, espero que todo salga bien.

—Te llamaré para darte la hora de llegada a Lisbon, debo consultarlo con el piloto.

Satisfecho, Dodum cortó la comunicación después de despedirse. Estaba eufórico. De haber tenido un hijo le hubiese agradado que fuese como Fedor. Se parecía más a él que a Carter, afirmó para sí. Aunque si lo pensaba bien, no tendría por qué parecerse al general.

√

Al paso de los días los ánimos caldeados de Bertha empezaron a enfriarse como si los primeros copos de nieve arrastrados por el gélido viento del norte actuaran de paliativo. Pronto cubrirían de blanco la callada Lisbon, que en invierno era un congelador y en verano un horno. La gente se refería a ella como Bertha, la viuda de Fedor, algo que la removía por dentro, pues nada de lo que ellos pensarán podría acercarse a la realidad. La furia dio paso a la resignación y empezó a arrepentirse por haber actuado de manera tan precipitada. ¿De qué querría hablar Fedor con ella? Escuchó los compactos con las viejas canciones que guardaba de la madre de Fedor y que Mark le había regalado, porque dijo que sus gustos habían cambiado —una de las tantas mentiras— y nunca sintió más dolor al escuchar a Richard Marx cantar *Right here waiting*, y a pesar de toda la rabia contenida supo que todo lo que aquella canción decía era cierto. *Dondequiera que estés, yo estaré esperándote aquí...* y comprendió que para él era imposible regresar a Lisbon, ¿había hecho mal en rechazarlo? Ya no sabía qué pensar. Ni tampoco sabía por quién lloraba, si por haber enterrado a Mark o por haber perdido a Fedor. Y los días pasaban lentos, como si el tiempo se hubiese vuelto perezoso con el propósito de alargar su sufrimiento. Muchas veces frente al ordenador, sus manos sobre el teclado, en lugar de responder «yo también te amo» a aquella única declaración de amor de él, quedaban estiradas y la invadía la pena y el remordimiento. Y si no hubiera sido por la llamada del doctor Dodum, con seguridad ella también hubiera enviado un postrer mensaje

a Fedor, quien parecía el receptor de los adioses, porque ya no podía vivir llevando a costas tanta desdicha.

—¿Bertha? Te habla Peter Dodum, espero que te acuerdes de mí.

—Buenas noches, doctor. Me acuerdo de usted —respondió ella mientras miles de pensamientos cruzaban por su mente. Era uno de los que se habían prestado al engaño.

—Quisiera que me des unos minutos... Fedor desea ir por ti a Lisbon.

—Fedor está enterrado en el cementerio —replicó Bertha. Los sentimientos de solo hacía unos segundos parecían haber desaparecido al recordar toda la trama y las mentiras.

—Escúchame, por favor, no vayas a colgar. Él no se atreve a llamarte, sabe que actuó mal, pero está arrepentido.

—¿Y por qué no me llama él mismo?

—Tú conoces mejor que nadie cómo es. Ni siquiera sabe que te estoy llamando.

—Ya no creo en sus mentiras, y usted, doctor, lo sabía todo —le reprochó ella.

—Por favor, Bertha, todo tiene una explicación, ¿aceptarías conversar con Fedor personalmente?

—No veo cómo.

—Él irá a Lisbon, ya te dije. Te esperará en el cementerio, en la tumba de Mark. No puede presentarse en el pueblo por los motivos que ya sabes. Por favor, Bertha, debes estar el día sábado a las cuatro de la tarde allí.

Bertha guardó silencio. El corazón le latía tan fuerte que pensó que Dodum lo estaría escuchando.

—¿Cómo vendrá? No entiendo.

—De eso no te preocupes. Irá en un pequeño avión que podrá aterrizar en el Aeropuerto Municipal de Lisbon. Tú solo debes estar allí, ¿comprendes?

—Comprendo.

—¿Estarás?

—Sí. Estaré allí el sábado —dijo Bertha, después de un largo silencio. Esperaba que Dodum no se diera cuenta de que estaba a punto de llorar.

—Gracias, Bertha. Ya verás cómo todo se arreglará. Él te ama más de lo que puedes imaginar.

Dodum colgó, satisfecho.

Bertha no podía creer lo que acababa de suceder. Fedor iría a por ella, iría volando, la rescataría de todo lo horrible por lo que estaba pasando en ese

pueblo en el que la gente tenía como única distracción meterse en la vida ajena. ¿Iría por ella? Las dudas empezaron a apropiarse de su alegría, ¿o solo hablaría con ella y regresaría a Boston? Esa noche a Bertha le costó dormir. Todo parecía un sueño, no sabía si contárselo a su madre, o esperar a ver qué sucedía. Faltaban tres días para el sábado, pero preparó ese mismo día una mochila con algunos efectos personales, una muda de ropa, su cepillo de dientes... Su madre no se enteraría porque estaría en el trabajo. Pediría permiso para salir más temprano, recogería la mochila y la bicicleta y en unos doce minutos llegaría al aeropuerto. Ya un poco más tranquila trató de descansar.

Fedor escuchó estupefacto todo lo que Dodum decía.

—Así que el sábado a las 13:00 horas vendrán a recogerte, tu padre dice que cuando veas el vehículo sabrás que son ellos. Te llevarán a Logan, de allí partirás en un Cessna; según dijo irá directo al Aeropuerto Municipal de Lisbon, el piloto dice que allí se surtirá de combustible, porque llegarán con las justas.

—Supongo que habrán tomado en cuenta el tiempo, en esta época no es muy bueno, eso podría influir en el gasto de combustible —acotó Fedor, procurando no mostrar sus sentimientos.

—No creo que tu padre haya dejado por fuera detalles tan básicos, Fedor —dijo Dodum mirándolo extrañado—. El piloto y el copiloto son expertos volando aviones caza. ¿Quieres ver a Bertha o no?

—Claro que quiero. Solo tengo miedo a su rechazo...

—Si ella estuvo de acuerdo en esperarte en el cementerio no creo que sea para rechazarte, me lo hubiera dicho por teléfono.

—Está bien, profesor, muchas gracias, a veces pienso que soy un tonto que no entiende a la gente.

—Ah, olvidaba decirte: todo este asunto se llama «Operación Lisbon». Cosas del general —recordó Dodum.

## Capítulo 46

El reloj de pulsera marcaba las 12:55 cuando Fedor se puso en marcha. Al salir del edificio vio un gran coche negro y a un soldado de pie junto al portón posterior. Apenas se abrió la puerta, Fedor subió rápidamente tratando de no llamar la atención, cosa por otro lado inútil, por la curiosidad que despertaba la escena entre los estudiantes que caminaban a esa hora por allí. Solo llevaba una mochila con un emparedado de pollo y una bebida de frutas que sería su refrigerio. En el aeropuerto Logan entraron directamente a la pista. El soldado le señaló una avioneta que, según Dodum había dicho, era un Cessna. En la parte exterior del fuselaje llevaba escrito N384. Una vez a bordo, escuchó la conversación que sostenía la torre de control con el piloto. Cuando recibió permiso empezó a rodar por la pista la nave que lo llevaría a su destino. No quería pensar en Bertha, le daba miedo encontrarse con ella después de lo que había sucedido, y en ese momento estaba menos seguro que nunca de que ella lo amase; la figura de Mark se interponía cada vez que Bertha venía a su mente. Era imposible no pensar en ello, los pensamientos son como el aire, como el agua, entran o salen por cualquier resquicio. Sabía que no podía compararse con Mark; consciente de que su hermano había resultado más atractivo que él temía que Bertha lo encontrase insulso.

El capitán anunció que el vuelo duraría tres horas y diez minutos. Mil ochocientas treinta millas no era cosa de juego. A él le hubiera tomado poco más de dos días solo llegar a Lisbon. Intentó relajarse pero le fue imposible, se resignó a pasar las dos horas treinta y seis minutos restantes en el mismo estado de inseguridad con el que había empezado el viaje. La turbulencia por la que pasó el avión no ayudó a disipar sus nervios ya crispados, y la voz del piloto advirtiéndole que se ajustara el cinturón, mucho menos. Fedor sabía muy bien que en aquella época del año, finales de noviembre, los vientos del Ártico golpean las llanuras de Dakota, y por un momento dejó de pensar en Bertha para centrarse en lo que hablaba el piloto con alguna torre de control. En ese avión no había nadie más que él y los dos hombres vestidos con traje militar de camuflaje que parecían muy concentrados en pilotar el avión. Y tal como había pensado Fedor sin necesidad de ser un piloto de combate, parecían tener problemas con el combustible. En el lenguaje entrecortado entre ellos se sentía la tensión, y ya era obvio que estaban buscando un aeropuerto cercano dónde abastecerse. Minutos después el avión perdió altura y el piloto anunció que aterrizarían en el aeropuerto de Soux Falls, en Dakota del Sur.

Fedor miró la hora: 15:25. Ya en tierra el piloto se acercó y le dijo:

—Tardaremos treinta minutos. Aprovecharé para revisar el avión, hay mal tiempo en toda esta zona.

—¿Algún problema?

—Descuide, señor Carter, solo paramos para surtirnos de combustible.

Fedor Asintió. Más tranquilo, recordó que tenía el emparedado en la mochila.

El vuelo prosiguió sin novedades excepto por las turbulencias a las que él ya se había acostumbrado.

√

Bertha salió de la heladería a las 15:18 aduciendo que no se sentía bien. La dueña no puso objeciones, al fin y al cabo no había clientela en el local, el tiempo era demasiado frío para vender helados. Fue a casa, cogió la mochila y salió en bicicleta en dirección al cementerio. Solo se cruzó con el coche de una vecina aladaña a su casa a la altura del campo de golf, quien le hizo un gesto de saludo con la mano sin bajar la ventanilla y sintió que la observaba por el retrovisor hasta que la perdió de vista pedaleando afanosamente. El cementerio quedaba a solo dos millas del centro en una ruta poco frecuentada.

Al llegar al cementerio Oakwood pasó entre las dos pequeñas columnas de ladrillo y divisó a lo lejos la tumba de Mark esperando encontrar a Fedor. No había llegado aún. Dejó la bicicleta a un lado y se dedicó a limpiar las tumbas. Las lápidas de Cadence y de Mark se diferenciaban por la antigüedad, una de color más claro que la otra. Diez minutos después la asaltó la idea de que tal vez Fedor no se presentase. No había hablado con él sino con el doctor Dodum y, en realidad, aquello no garantizaba que Fedor viniera. Veinte minutos después, Bertha estaba inquieta. Fedor solía ser puntual, ¿le habría sucedido algo?

Poco antes de las cuatro escuchó el lejano sonido de una avioneta, de las que surcaban el cielo de Lisbon de vez en cuando, y supo que si en ese avión no llegaba Fedor, no llegaría jamás.

Apenas el Cessna se detuvo en la pista, el piloto se acercó a Fedor.

—Disculpe la tardanza, señor Carter. El general Wilson dijo que tenía que estar en el cementerio a las cuatro y ya llevamos treinta y ocho minutos de retraso. Por favor, venga conmigo.

Fedor bajó por la escalerilla al tiempo que se encasquetaba la capucha para no ser reconocido por nadie, mientras el copiloto se había agenciado una furgoneta que aparentemente pertenecía a la administración del pequeño

aeropuerto. Acto seguido Fedor subió al lado del conductor que resultó ser el copiloto.

—Por favor, dígame cuál es la ruta al cementerio.

—Siga por esta misma calle hasta llegar a la 32, y tome a la izquierda. Yo le diré cómo llegar.

A Fedor le preocupaba tener que pasar por la calle principal para poder tomar la vía más directa al cementerio, pero no vio otra solución. Ocultó su rostro lo mejor que pudo con la capucha y en menos de ocho minutos llegaron a la entrada del cementerio.

—Lo esperaré aquí —avisó el copiloto.

Caminó a grandes zancadas al tiempo que bajaba la capucha en dirección a la tumba de su madre. Vio a Bertha de pie mirando hacia él. La emoción la impedía moverse, sentía que si daba un paso en dirección a él sus piernas perderían estabilidad. Las lágrimas inundaron sus ojos y dejó de ver a Fedor hasta que sintió una mano en la suya. Despejó las lágrimas de un manotazo y lo miró intensamente. El candor reflejado en la mirada de Fedor era el que ella conocía, ¡Dios!, ¿cómo pudo confundirse? Era Fedor, así era él, y ya no le cupo más dudas. Sin pensarlo más le dio un beso en la boca. Sabía que si ella no lo hacía, él jamás tomaría la iniciativa. Por primera vez en la vida él abrazó sin reservas, se dejó llevar y se aferró a Bertha, la sintió como si fuera parte de sí mismo. Separó sus labios de los de ella y pronunció las ansiadas palabras:

—Bertha...no sabes cuánto te amo.

Miró la tumba de su madre con tristeza. Sería la última vez que estaría frente a ella y la de su hermano. Gracias a Mark supo que amaba a Bertha. Puso una mano en su hombro y caminaron hacia la salida.

—Tengo mucho que explicarte, Bertha. Perdóname por haberte mentido.

—Ya no importa, Fedor.

—A mí sí me importa —afirmó él—. Empezó a contarle desde el comienzo por qué había tomado la decisión de hacer pasar a Mark por él. Bertha asentía, lo miraba y empezaba a comprender la grandeza del hombre que tenía frente a ella.

—¿Qué hubiera pasado contigo si Mark no hubiera enfermado otra vez?  
—preguntó ella.

—Me habría conformado con que tú y él fueran felices. Al fin y al cabo me amabas a mí a través de él, fue lo que hizo que me resignase.

—Ah, Fedor... Fedor... No dejas de asombrarme. ¡Quién iba a pensar

que tu madre tuvo gemelos!

—Esa parte me entristece. No sé por qué nos separó, por qué entregó a Mark; pude haber sido yo.

—Ella dejó una carta que entregué a Mark cuando todavía pensaba que eras tú, tal vez allí estaba la respuesta. Fue después de leerla que decidió matarse, creo, aunque me parece que él ya lo tenía pensado.

—Lo tenía pensado —confirmó Fedor—. ¿Qué fue de la carta?

—La quemó. Solo encontré las cenizas cuando regresé a tu casa. Y ya era tarde.

—Quiero que vengas conmigo, ahora que te tengo no puedo volver a perderte.

—No me perderás, amor. Siempre estaré esperándote. ¿Has pensado dónde viviremos? —Ahora estaba segura del amor de Fedor y sabía que podía esperarle.

—En el instituto otorgan apartamentos para parejas, podemos vivir allí hasta que me gradúe.

—Prefiero que estudies tranquilo, en vacaciones podremos vernos, tengo que preparar a mi madre, no puedo desaparecer de repente.

—Quiero que conozcas a mi padre.

—¿Tu padre?

—Sí, es otra larga historia.

—Tendremos mucho tiempo para hablar, Fedor. Iré a verte cuantas veces quieras, y cuando te hayas graduado como médico viviremos donde tú decidas.

Fedor sonrió. Bertha era así, casi lo había olvidado.

—Ya no seré Fedor.

—¿Tendré que llamarte Mark?

Fedor la miró pensativo. Bertha no se perdía detalle, es cierto que Mark Carter sería su nueva identidad. Si deseaba hacer bien las cosas tendría que ser el sustituto. Fedor Mogliani yacía enterrado en Lisbon. Para un hombre como él, habituado a mantener todo en orden, los últimos años habían sido caóticos. Sus costumbres, su modo de vida, todo había cambiado demasiadas veces. Cerró los ojos para tranquilizarse. La mano de Bertha sobre la suya le permitió recobrar la serenidad y supo que sin ella la vida carecía del sentido que necesitaba para seguir viviendo, no en el aspecto romántico en que se utiliza ese aforismo sino de manera literal. Se sentía incapaz de afrontar un nuevo cambio sin su apoyo.

—Sí —dijo finalmente.

Al llegar a la salida del cementerio el copiloto abrió la puerta de la furgoneta.

Fedor miró a Bertha. Ella le sonrió.

—Ve, mi amor, te estaré esperando toda la vida.

Se abrazaron con fuerza y se besaron por última vez.

Bertha regresó a la tumba de Mark, cogió la bicicleta y no volvió a casa hasta que vio desaparecer el avión entre la lluvia y las nubes oscuras.

## Capítulo 47

Al llegar al aeropuerto la tormenta se había desatado. Fedor miró las nubes negras y supo que la lluvia tardaría en amainar, conocía lo suficiente el clima de Lisbon y de esa zona en general. Dio una mirada indecisa antes de subir por la escalerilla al avión y se encontró con los ojos del piloto.

—¿Preocupado?

—Un poco. La tormenta apenas empieza y sé que durará un par de horas.

—No se preocupe, señor Carter. He volado en peores tormentas que esta, una vez alcancemos altura nos situaremos por encima de ella.

Fedor confió en la pericia del piloto. Su padre no lo pondría en manos de cualquiera, después de todo era un piloto de caza, aunque en realidad no sabía el significado exacto de eso.

—Por favor, abróchese el cinturón —pidió el piloto y fue a su asiento frente al tablero.

Una vez que la torre de control le dio permiso, el avión despegó al tiempo que un rayo iluminaba el cielo gris. Después de unos momentos de turbulencia la nave siguió ascendiendo hasta situarse encima de las nubes, desde donde, tal como había dicho el piloto, todo se veía mucho más tranquilo. Fedor respiró aliviado. Llevaban rumbo sureste para repostar combustible de nuevo en Soux Falls. Cerró los ojos y pensó en el futuro. Por primera vez se imaginó junto a Bertha, recordó la suavidad de sus labios y una ola de felicidad inundó su ser. Era la primera vez que había besado a una mujer. La primera vez que había besado, en realidad, y la sensación no se podía explicar con palabras. No supo cuánto tiempo estuvo divagando libremente, ni si estaba soñando o despierto, por primera vez permitió dejar que su imaginación volara a su antojo junto a los ojos verdes de Bertha. De un verde único, reservados esta vez solo para él. El tono de voz urgente del piloto lo sacó de su abstracción. Estaban entrando otra vez a una zona tormentosa y alcanzó a escuchar:

—Aligera la carga. ¡Aligera la carga! —Esta vez el tono era de premura.

Fedor vio un chorro de combustible salir del avión.

—Aquí November 384 a torre de control Soux Falls, solicito instrucciones, perdemos altura.

Un silencio siguió a la llamada.

—Mayday, mayday, November 384 perdiendo altura, solicitamos nos indiquen dónde aterrizar.

Fedor supuso que el piloto recibiría instrucciones, no podía creer lo que estaba sucediendo.

—November 384 entendido, torre de control Soux Falls.

—Tanques vaciados —confirmó el copiloto.

—Flaps, Fred, flaps, y baja el tren de aterrizaje. Debemos disminuir la velocidad a 45 nudos —dijo el piloto—. Veo el campo delante, trataré de planear, ve tú atrás y asegura al pasajero. Es Prioridad 1. El copiloto se desabrochó los arneses y fue hacia él.

Lo último que supo Fedor fue que el copiloto pasó sus brazos a su alrededor y lo sujetó con fuerza. Luego sintió un golpe y poco después el avión se detuvo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el piloto.

Fedor abrió los ojos y vio dos rostros sobre él.

—Creo que sí. ¿Qué sucedió?

—La tormenta generó un viento cruzado y perdimos estabilidad, tuvimos que aterrizar de emergencia, estamos sobre un campo de trigo. Pronto vendrá ayuda.

Fedor había perdido el conocimiento por unos segundos. Se puso de pie avergonzado. Pensó que moriría y eso no podía suceder justo en esos momentos de su vida.

—Gracias... sentí que el avión caía.

—Fue un pozo de aire y al encontrarnos a baja altura tuvimos un contratiempo.

Bajaron del avión y ya en tierra vieron acercarse a una ambulancia y un camión de bomberos.

—Creo que prefiero ir a Boston por tierra —dijo Fedor enseñando las palmas.

—Tenemos órdenes de llevarlo...

—¿En este avión?

—No. Este avión no, debe ser revisado. Buscaremos otro...

—Ni lo sueñen. Prefiero ir caminando —dio vuelta y se dirigió hacia la autopista que se veía a unas doscientas yardas.

—Espere, señor Carter. Deje que me comunique con el general.

Fedor asintió al ver el rostro de preocupación de los pilotos, percibió que se encontraban en serios aprietos, parecían más preocupados por enfrentarse a su padre que a haber estado a punto de morir. Después de hablar unos momentos, el piloto le pasó el móvil.

—¿Te encuentras bien, Fedor? —preguntó Carter.

—Absolutamente, señor. Solo mojado y con frío —dijo Fedor levantando el pulgar en dirección al piloto—. Pero no quiero montarme en otro avión. Regresaré a Boston en coche, pediré a los pilotos que me acompañen.

—Se las verán conmigo. Ellos saben que cuando se trata de Prioridad 1 no es un juego.

—Hicieron un buen trabajo, papá, la única culpable es la tormenta, no deja de llover y los vientos son huracanados. Si el avión no hubiera tenido que reabastecerse de combustible todo hubiera ido de maravilla.

—Bien, bien, ya hablaré con ellos. Lo importante es que la operación Lisbon haya salido bien.

—Salió perfecta, general. Perfecta. Y no sabes cuánto te lo agradezco, papá. Ahora solo debo preocuparme por rentar un coche y llegar a Boston.

—Daré órdenes para que...

—No, no... no te preocupes, yo me las arreglo, nosotros, digo. Gracias por todo, en cuanto llegue te llamo.

—Gracias, señor Carter. La verdad, no pensé que algo así podría ocurrir, es...

—No te preocupes. Y llámame Mark —dijo Fedor sonriendo. Tendría que ir acostumbrándose.

La noticia del avión accidentado corrió como reguero de pólvora. El aeropuerto de Lisbon se encargó de regarla después de enterarse que el Cessna N384 que estuvo en sus pistas tuvo un aterrizaje de emergencia en Soux Falls, y cuando llegó a oídos de Bertha por boca de su madre al regresar del trabajo, Bertha se puso a llorar.

—¿Qué te sucede? —preguntó su madre.

—Nada, madre —respondió Bertha secándose las lágrimas.

—¿Y por eso lloras? Estás muy rara desde que Fedor murió.

Esta vez Bertha no pudo reprimir un sollozo. Había enterrado a Mark y ahora Fedor... quién sabe cómo estaría, tal vez se encontraba herido o en peligro de morir. Miró a su madre y supo que tendría que desahogarse, contarle todo aunque creyera que se había vuelto loca. Su madre se acercó a ella y la abrazó.

—Dime qué te sucede, Bertha, me preocupas, cariño.

—Soy la mujer más infeliz de la tierra, madre. No te lo vas a creer.

—Te prometo que creeré cada palabra —dijo la mujer, compungida.

Y Bertha empezó a hablar. Le contó desde cuando llegó el supuesto Mark

hasta el último encuentro con Fedor en el cementerio mientras el semblante de su madre se tornaba pálido, para pasar al rojo de la rabia y después al asombro absoluto. Jamás habría imaginado que semejantes sucesos ocurriesen en un lugar tan tranquilo como Lisbon, y que su hija, la apacible y centrada Bertha fuese protagonista de tales acontecimientos.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —preguntó, como mujer práctica que era—. Debes tener algún teléfono al que comunicarte.

—Llamaré a Dodum —dijo Bertha recuperando la serenidad. Seguramente él tendrá noticias si algo... —Prefirió no terminar la frase.

Dodum ya estaba enterado del accidente de la Operación Lisbon por boca del propio Carter. Cuando recibió la llamada de Bertha la tranquilizó y le dio la hora en que calculaba estaría Fedor en Boston. Tendría que decirle que no llevar su móvil no era buena idea y menos cuando se tiene novia.

## Epílogo

«Una pequeña casa con jardín» había pedido Bertha cuando él le preguntó qué quería. Así era ella, no iba más allá de las cosas cotidianas. Fedor sonrió al recordarlo. Si a él le hubiesen preguntado lo mismo, su mente habría divagado acerca del inicio de la vida en la Tierra y tal vez su deseo habría sido conocer el origen del Universo. Ella era diferente y tal vez por eso se entendían. Los árboles que rodeaban la pequeña casa con jardín que había deseado Bertha ejecutaban en ese momento una danza al compás del viento en una de las escasas tardes de ocio que su trabajo en el hospital le permitía.. En el porche trasero en donde se hallaba sentado con un libro de poemas en la mano, en un cómodo sillón de bambú, rodeado de cojines —Bertha era una auténtica fanática de ellos y de la música de los años setenta—, las notas musicales llegaban hasta él desde la cocina, las melodías favoritas de su madre. Una música que inevitablemente lo llevaba a recordar a Mark, el auténtico, el que tenía otras preferencias musicales, el hermano de aspecto encantador. ¿Qué habría sucedido si se hubiese curado? El presente sería distinto. No estaría él en esa pequeña casa con jardín y tal vez Bertha y Mark estuviesen juntos. O tal vez no. Nunca pudo llegar a conocer al verdadero Mark, un ser atormentado por sentimientos contrapuestos respecto a su padre, a su madre y al mismo Fedor. Y, aunque nunca se le ocurrió preguntarle nada a Bertha, sospechaba que en el fondo ella estuvo enamorada de Mark. Después de todo, era imposible resistirse a sus encantos. Él mismo había sucumbido, al convertirse en su sustituto. Dodum no había tenido nada que ver en ello. Tal vez había sido el poder de la sangre. A pesar de que Fedor no era dado creencias religiosas, intuía que existía un poder mucho más allá del conocimiento humano, porque sabía que era imposible conseguir lo que él había logrado cuando no era más que un estudiante entusiasta. Los pacientes A y B no sobrevivieron, y después nunca pudo comprobar la efectividad de su «fórmula» con ratones de laboratorio. ¿Acaso fue necesaria una confluencia exacta de acontecimientos para que en Mark ocurriera el milagro? ¿Cuánto de fe y cuánto de ciencia fue preciso? Después de varios años, a Fedor todavía le rondaban las preguntas. La superinteligencia de Mark, su habilidad para apropiarse de su personalidad...

Bertha miraba de vez en cuando a través de la ventana a Fedor sentado en el porche junto a la cocina, y cada vez que lo hacía el rostro de Mark se

sobreponía al de Fedor. Para ella era imposible mirarlo como un individuo; eran dos. Como si Fedor se hubiese adueñado de la personalidad de Mark aunque él no fuera consciente de ello. En él se reunían el encanto de Mark, su don de gentes y ese aire casual y elegante que ella tanto había admirado, con la inteligencia, la agudeza mental, el aire inocente y la mirada de asombro ante el mundo de Fedor. Por momentos sentía miedo de que la felicidad que sentía no durase, por ello se aseguraba de mantener los pies en la tierra, y sin proponérselo se había convertido en el ancla que ataba a Fedor a la realidad.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la llegada de sus dos hijos. El autobús escolar los dejaba justo frente a la casa con jardín que ella había soñado. Los gemelos de diez años tenían el espíritu demandante de los niños de esa edad, y lo primero que hicieron fue quejarse de la música.

—Hola, mamá —dijeron al unísono—. ¿Podríamos cambiar la música? —preguntó Mark.

Bertha bajó el volumen y le dio un beso a cada uno.

—Su padre está en el porche. Vayan a saludarlo.

Los gemelos Fedor y Mark junior corrieron hacia su padre. Para ellos era un acontecimiento que estuviera temprano en casa. Fedor los abrazó y los miró uno a uno. Le parecía imposible haber engendrado dos seres como ellos, tan idénticos entre sí como lo habían sido él y Mark.

—¿En qué dirección gira el agua, papá? —preguntó Fedor.

—En el hemisferio Sur gira en dirección a las agujas del reloj. En el Norte gira en dirección contraria. ¿Por qué lo preguntas?

—Se generó una discusión en el colegio cuando vaciaban la piscina y ya sabes cómo es Fedor —explicó Mark.

El pequeño Fedor observó a su hermano con un gesto de condescendencia. Su padre los miró a ambos y se sintió afortunado.

## Agradecimientos

A mi querido amigo Fernando Hidalgo por ser mi primer lector, por sus consejos, su enorme ayuda en la edición de la novela, por ponerme los pies en la tierra y por exigirme más de lo que soy capaz. A Jordi Díez, un amigo invaluable. Sin sus dudas este libro hubiera tomado un camino diferente. Al piloto Jorge Isea (Pancho Tronera), quien hizo posible que Fedor tuviera un aterrizaje de emergencia sin sufrir daños. A los chicos de la tertulia de los sábados, Iris, Heberto, Krina, Ericka y Cesia, porque su interés y apoyo me ayudaron a proseguir sin cansancio, con ánimos renovados y con deseos de llegar al final y, por supuesto, a todos mis lectores, por su constancia y fidelidad, muchas gracias.

Si desean comunicarse conmigo pueden hacerlo a través de:  
[blancamiosi@gmail.com](mailto:blancamiosi@gmail.com)

Si te gustó esta novela te invito a leer mis otras obras en Amazon:

[LA BÚSQUEDA](#), la historia de un niño polaco católico. Solo quería ser un Boy Scout, pero la vida lo transformó en un héroe. Fue prisionero de los nazis en Auschwitz y en Mathausen, pero su historia no termina ahí. Apenas comienza. Tomado de hechos de la vida real. Thriller Award 2007. Traducida al inglés y francés.

[EL LEGADO](#), misterio, intriga e historia unidos. La vida del personaje más controversial entre los allegados a Hitler: su astrólogo. El vidente Erik Hanussen. El único que se enfrentó al Führer y osó retar al destino. ¿Y si un desconocido ofrece concederte un deseo?

[EL CÓNDOR DE LA PLUMA DORADA](#), una historia de amor que dio inicio al secreto mejor guardado de los incas. El imperio incaico, su vida, guerras intrigas... Absolutamente documentada. Finalista del Premio Novela Yo Escribo.

[EL SECRETO, el manuscrito 1](#). La novela que batió todos los récords de venta en Amazon y actualmente a la venta en todas las tiendas digitales, en los primeros lugares. Un manuscrito misterioso en el que está escrita la vida de las personas es hallado por un escritor fracasado. Nicholas Blohm comprende que debe ubicar a los personajes de la novela y... se convierte en uno más. Traducida al inglés y francés.

[EL COLECCIONISTA, El manuscrito 2](#). Un mensaje oculto por Giulio Clovio el miniaturista más famoso de la historia, desata la aventura, una búsqueda que se lleva a cabo en pleno siglo XXI.

[EL RETORNO, El manuscrito 3](#). El cierre perfecto para la trilogía. Una aventura que nos lleva de la mano desde la Baja Edad Media hasta nuestros días.

[LA ÚLTIMA PORTADA](#), relata la historia de Parvati, la hermafrodita. Hombres y mujeres la adoraban. El abandono de la espiritualidad frente a la decadencia de Occidente. Apasionante historia de amor.

[EL PISO DE LA CALLE RYDEN](#), y otros cuentos de misterio, intensos, oscuros, misteriosos...

[AMANDA](#) es gruesa, tosca y sin modales, pero tiene en su poder algo que enloquece a los hombres.

[EL GIGOLÓ](#) una historia de amor exquisito. Cuando los sentimientos van más allá de lo permitido. Una novela romántica

[¿QUIÉN ERA BRIAN WHITE?](#) Un misterio que nace desde su concepción. Un amor arrollador que determinará su camino.

[DIMITRI GALUNOV](#) El niño encerrado en el psiquiátrico no estaba loco... poseía una de las mentes más brillantes del universo.

[EL RASTREADOR](#), Encarcelado, convertido en terrorista y lanzado a la misión.

[LA LISTA](#), El que esté libre de pecado... Cada ser humano tiene sus motivos particulares, sus necesidades ocultas y sus vicios inconfesables.

## Enlaces de la autora

Página web: <http://www.blancamiosi.com>

Blog: <http://blancamiosiumundo.blogspot.com/>

Facebook: <https://www.facebook.com/blancamiosiumundo/?fref=ts>

Twitter: <https://twitter.com/BlancaMiosi>

Amazon: <http://www.amazon.com/Blanca-Miosi/e/B005C7603C>

Primeros capítulos de mi novela “El Rastreador”:

### EL RASTREADOR BLANCA MIOSI

#### Capítulo 1

Si de algo estaba seguro Kevin Stoskopf era de que su olfato lo había situado en el lugar en que se encontraba.

A sus treinta y siete años había tenido una vida que algunos podrían calificar como sumamente interesante, aunque para él había sido normal. No era más que el producto de la crianza y las oportunidades que sus padres le habían proporcionado. Pero en esos momentos no debía pensar como Kevin Stoskopf. Debía pensar, sentir y hablar como Keled Jaume, un guardaespaldas de Aymán al-Zawahiri, el hombre más importante del grupo yihadista al-Qaeda, conocido entre otros alias como *Doctor Muerte* y *El Profesor*. Lo de doctor, porque había sido el médico de Osama Bin Laden y su mano derecha hasta que murió a manos del grupo de *Navy SEALs* en la “Operación Gerónimo” en mayo de 2011.

Justo cuando Kevin Stoskopf había tomado la decisión de llevar una vida tranquila al lado de una sosegada y buena mujer, hogareña, como había anhelado en los últimos tiempos, con la que no tuviera que recordar su pasado ni el motivo por el que en esos momentos se encontraba en ese apartado lugar, el Gobierno de los Estados Unidos, más precisamente la Agencia Central de Inteligencia, CIA, lo había localizado en Junín, en la ceja de selva peruana,

cerca de la población de Satipo. Una finca que perteneció a un hacendado alemán, situada en un promontorio rodeado de poco más de trece hectáreas de terreno montañoso, atiborrado de una vegetación tan espesa que había que andar con un machete en mano para abrirse paso, y conservar la pequeña plantación de café que había heredado con la cabaña y algunos peones, en su mayoría *campesinos* era el hogar que Kevin preparaba para llevar una nueva vida, lejos de los peligros a los que se había acostumbrado y a las incomodidades de dormir en cualquier sitio. Pero aquella mañana todos sus planes se vinieron abajo cuando vio subir por el camino hacia su casa a un hombre que reconoció de inmediato; procedía del lugar del que no deseaba saber más. Se plantó en la puerta y lo esperó.

—Buenos días, coronel —saludó el hombre, con una amplia sonrisa.

Kevin observó el sudor que le chorreaba por el rostro como el mismísimo riachuelo que se deslizaba desde monte arriba.

—Buenos días, Day.

—Fue difícil dar contigo... el calor aquí es intenso —agregó, como si hubiera ido allí a hablar del clima.

—Pero no lo suficiente por lo que veo. Lo que sea que me vayas a proponer, no me interesa.

—Todavía no te hemos dicho para qué te solicitan —dijo Charles Day utilizando el plural como suele hacer la gente del gobierno.

—Ya cumplí con mi país, hice más de lo que cualquiera de ustedes hubiera hecho.

—Mira, Kevin, no estoy aquí porque nuestro deseo sea molestarte. Dadas las circunstancias, eres nuestro único recurso. Estoy autorizado para acceder a cualquier petición que hagas, solo rindo cuentas a John Brennan.

—¡Vaya! Subió de rango. ¿A qué se debe tanta magnanimidad? ¿Será por lo ocurrido con los de la operación Lanza de Neptuno? No teman, no estoy dispuesto a escribir ningún libro con todo lo que sé.

—En realidad, eso no tiene nada que ver —respondió Day frunciendo las cejas.

—En serio, dile al director de la Agencia que no has podido localizarme.

—No es posible, Kevin, es un asunto delicado, te necesitamos.

Kevin percibió el cambio de humor de Day. Era un aroma un poco dulzón y ácido, como el de la mandarina.

—Ya arriesgué demasiadas veces el pellejo, Day. Vine a este tranquilo

rincón del mundo con la esperanza de no ser encontrado, pero olvidé que con ustedes eso es imposible.

—Lo llevas en la sangre, Kevin, recuérdalo —dijo Day forzando una sonrisa.

—Yo también pensaba así —respondió Kevin. Empezaba a hartarse—. Te sugiero que le digas a tu jefe que no estoy disponible.

—¿Ni por amor a tu patria? Existe un peligro inminente, eres el único capacitado para evitarlo, por favor... Solo déjame explicarte.

—¿Kevin? —Joanna se detuvo y guardó silencio en cuanto lo vio en el salón acompañado de un extraño.

—Ven, acércate, Joanna, quiero presentarte a un amigo, está de paso por aquí, vino con un grupo al Perú a conocer Machu Picchu —mintió Kevin.

Charles Day le extendió la mano. Admiró a la mujer de piel trigueña y ojos expresivos. Una auténtica hembra, pensó, y tomó nota mental.

—Encantada, tome asiento, traeré limonada; hace mucho calor afuera.

Fue a la cocina después de observar el sudor en las axilas del hombre.

—Stoskopf, comprendo que tengas tu vida, pero créeme, esto es muy importante. Se trata de Daniel Contreras —dijo Day rápidamente en un tono que denotaba sincera angustia.

El nombre lo remeció aunque Day no lo notara. Kevin pudo olfatear su desesperación, parecía estar realmente preocupado. Después se arrepentiría, pero en ese momento la respuesta salió de manera automática.

—Estaré en el pueblo esta tarde. Espérame en la plaza.

Joanna se acercó llevando una bandeja con tres vasos de limonada con hielo. Day bebió el suyo de golpe.

—Muchas gracias, estuvo deliciosa —dijo.

—Los dejo para que conversen...

—Ya me retiro, fue un placer conocerla.

Se despidió y salió. Kevin se quedó mirándolo bajar por el camino hacia el bote hasta que arrancó y se fue.

—¿Qué es eso que llevas en la sangre? —preguntó Joanna.

Kevin intuyó que no era el momento para confesarse. Mucho menos ahora que había decidido dejar de lado su vida pasada, pero había ciertas cosas que ella tendría que saber, no podía ocultarle todo.

—Se refería a mi abuelo, Jacques Stoskopf. Fue espía en la Segunda Guerra Mundial, trabajaba como ingeniero para los nazis e informaba a los franceses.

—¡Nunca me habías dicho que tuviste un héroe en la familia!

Él sonrió. Si ella supiera... pensó.

—Era un afamado constructor naval, estuvo bajo las órdenes del almirante alemán Karl Dönitz, diseñó y construyó una de las estructuras más complejas del régimen nazi, una base de submarinos de proporciones gigantescas en Francia, en el puerto de Lorient. Poco antes del final de la guerra, la Gestapo lo capturó, y después de torturarlo lo ejecutaron. Le otorgaron la Legión de Honor.

—¿El hombre que estuvo aquí tiene algo que ver con todo eso?

—No en realidad, vino porque necesitan mis servicios y yo no deseo ir.

—Si mencionaron a tu abuelo debe ser porque se trata de algo relacionado con tu antiguo trabajo, ¿no? Dijiste que eras un boina verde.

En su afán por simplificar las cosas, Kevin le había dado esa explicación. No pensó que Joanna recordara el detalle.

—Era. Ya no lo soy —dijo pasándole un brazo por los hombros y atrayéndola hacia él.

Aspiró su perfume con los ojos cerrados que una vez más le trajo un vago recuerdo que había quedado en el pasado. Joanna era una mujer atractiva, de carnes prietas y movimientos sensuales. Su cabello castaño oscuro bordeaba un rostro ovalado en el que resaltaban sus ojos de mirada profunda. La miró y se sintió culpable por no poder decirle toda la verdad. Pero estaba visto que siempre sería así, él guardaba demasiada información y había jurado jamás hacer uso de ella a menos que fuera por una «causa justa». Ella esbozó una sonrisa, la misma que lo enamoró. No tuvo más remedio que hacerle el amor en el amplio sofá de la sala, era el efecto que Joanna ejercía en él. Pronto tuvo entre sus labios su olor mezcla de vainilla y hierba recién cortada, en el que se sumergió un buen rato antes de besarla en los labios y decirle cuánto la deseaba.

Más tarde, mientras comían yuca fresca traída por la mujer de uno de los peones que había recibido con la casa, cecina y plátanos fritos, todo preparado por Joanna al más puro estilo satipeño, Kevin supo que tendría que hacerlo. Se trataba de Daniel y, como dijo Day, estaba en su sangre, más que eso, se trataba de un juramento y Kevin era un hombre de palabra. Pero sería la última vez, después ya no le debería nada a Daniel Contreras y eso no tenía por qué saberlo Day. Deseaba vivir en paz, algún día tener niños, llevar una vida familiar como todo el mundo.

—Saldré al pueblo esta tarde. ¿Necesitas algo de allá?

—¿Por qué no vamos juntos? Así veré lo que compres.

Él supo que había llegado el momento que siempre temió.

—Joanna, debo contarte algunas cosas.

—¿Eres casado?

—¡No!

—Entonces lo demás no me interesa.

—Nos conocemos hace cuatro meses, ya deberías saber que no soy casado ni te engañaría con otra. Se trata de un asunto de trabajo que encierra cierto peligro. El hombre que vino desea que regrese a los Estados Unidos para hacerme cargo de un proyecto. Parece que no encontraron a otro, pero no te preocupes, todo saldrá bien.

—¿Peligro?

Era todo lo que Joanna parecía haber asimilado.

—Ya sabes que soy militar. Bueno, lo fui. Miembro del cuerpo de operaciones especiales, nuestras misiones siempre conllevaban algo de peligro, pero nada del otro mundo. Lanzarse en paracaídas siempre tiene su riesgo, pero es el mismo que montarse en un avión para venir a Satipo —dijo Kevin, aludiendo al pésimo vuelo que tuvieron al viajar a ese lugar.

—¿Te harás cargo de una misión especial?

—No. Lo que ellos desean es que entrene a un grupo de voluntarios.

—¿Y cuánto tiempo te quedarás por allá?

—No lo sé aún. Lo sabré esta noche. La paga será muy buena, la necesitamos si queremos hacer que esto funcione —dijo dando una mirada alrededor—. Pero no quiero que te quedes aquí, vuelve a Lima y espérame en el departamento, dejaré dinero en el banco para que no te falte nada.

—No es necesario. Puedo regresar a mi anterior trabajo... —El rostro de Joanna tomó de pronto un cariz oscuro.

—No creo que tarde tanto, pero si temes aburrirte, hazlo. De todos modos dejaré dinero en la cuenta. —Trató de animarla Kevin.

—Lo que no comprendo es por qué tienen que hablar en el pueblo. Si ya estaba aquí, hubiesen conversado en casa.

—Son costumbres muy arraigadas, amor, no te preocupes.

Un par de horas después Joanna lo vio alejarse hacia el bote. Era la única forma de llegar de manera directa, bordeando el río Satipo. Apreció la figura alta y musculosa de Kevin. Él giró y le mandó un beso volado antes de desaparecer río abajo. Había tenido suerte al topárselo tan fácilmente aquel

día en el aeropuerto Jorge Chávez en El Callao. Estaba un poco perdido cuando se le acercó para preguntarle si sabía de algún hotel familiar. ¡Y pensar que había gente que no usaba Internet para hacer reservaciones!, se había asombrado ella. Pero era cierto. No fue difícil abordarlo, se expresaba bastante bien en español y ella en inglés, por lo que el idioma no fue una barrera, así que durante el trayecto desde el aeropuerto a Lima ya se habían hecho amigos. Joanna sabía cuándo gustaba a alguien, y él parecía embobado al mirarla. Le ofreció alojamiento en su casa y así empezó todo. La primera parte se había cumplido tal como fue planeada. No sería difícil enamorarse de un hombre como él, pero no podía permitírselo, aunque después de varios meses parecía inevitable. Kevin le gustaba, se odió por reconocerlo, sin embargo se veía obligada a llevar a cabo lo acordado.

## Capítulo 2

Trabajar en el Departamento de Estado le daba a Ian Stoskopf la oportunidad de mantener vínculos con organismos clave del Gobierno, entre ellos el Departamento de Seguridad Nacional y entidades como la Administración de Servicios Generales (GSA).

En medio del polvo levantado por las excavadoras que intentaban que su trabajo pasara desapercibido para los habitantes de Washington, en especial para los siempre curiosos reporteros, tan similares a los *paparazzi* cuando se trataba de cualquier evento relacionado con la Casa Blanca, Ian trataba de prestar atención a uno de los trabajadores que señalaba con la barbilla un acceso tapado con plásticos negros.

—Sería bueno que entrara a revisar si es lo que pidieron —dijo el hombre entregándole un casco con linterna.

Ian levantó el grueso plástico y se animó a entrar por el largo pasadizo seguido por el rechoncho individuo.

—¿Hacia dónde se dirige exactamente el pasillo?

—Tal como lo pidieron, da al Salón Rojo. —Desenrolló un plano y lo señaló con el dedo cubierto por un grueso guante de trabajo.

—Bien —respondió Ian satisfecho—. ¿Qué me dices de los demás? ¿Han hecho alguna pregunta al respecto?

—Aquí nadie pregunta nada. Se limitan a cumplir órdenes y si esto figura en los planos, es lo que se hará. En *estos* planos naturalmente —añadió el hombre.

—Necesito que la entrada quede perfectamente camuflada en el jardín. Sé que volverán a cubrirlo con las plantas y árboles que se encontraban antes, el trabajo de jardinería lo dejo en tus manos, es tu responsabilidad.

—No hace falta que lo digas. Todo quedará como lo quieren.

Al salir, ya la maquinaria pesada había dejado de trabajar. El polvo se empezaba a asentar y pronto empezaría el turno vespertino. Ian se quitó el casco y se dirigió hacia su coche. Uno que no llamaría la atención de nadie, con unos cuantos años de uso.

# Table of Contents

[Capítulo 1](#)  
[Capítulo 2](#)  
[Capítulo 3](#)  
[Capítulo 4](#)  
[Capítulo 5](#)  
[Capítulo 6](#)  
[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)  
[Capítulo 11](#)  
[Capítulo 12](#)  
[Capítulo 13](#)  
[Capítulo 14](#)  
[Capítulo 15](#)  
[Capítulo 16](#)  
[Capítulo 17](#)  
[Capítulo 18](#)  
[Capítulo 19](#)  
[Capítulo 20](#)  
[Capítulo 21](#)  
[Capítulo 22](#)  
[Capítulo 23](#)  
[Capítulo 24](#)  
[Capítulo 25](#)  
[Capítulo 26](#)  
[Capítulo 27](#)  
[Capítulo 28](#)  
[Capítulo 29](#)  
[Capítulo 30](#)  
[Capítulo 31](#)  
[Capítulo 32](#)  
[Capítulo 33](#)  
[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te gustó esta novela te invito a leer mis otras obras en Amazon:](#)

[Enlaces de la autora](#)